

REYES Y GUERRA

Carlos Aymí Romero

W

N



MARQUILLO
CAPITOLIA

Puerta
Bella

MERCADO ALTO

MERCADO MEDIO

MERCADO BAJO

FERIA DE LOS
ESQUERITOS

Bohodón Ediciones

Carlos Aymí Romero

REYES Y GUERRA

Reyes y guerra

Primera edición: marzo de 2015

Segunda edición (versión libre): noviembre de 2021

© De la obra: Carlos Aymí Romero

Se permite la reproducción total o parcial de este libro, su incorporación a un sistema informático, su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, con el permiso previo o por escrito del autor.

*A todos los que leyeron Hermanos y Reyes, y con sus comentarios
hicieron mejor esta historia. En especial, para Héctor y Alf*

PRÓLOGO

Sobre la pequeña hoguera comenzó a caer una nieve suave, casi cálida, que no pareció preocupar demasiado al peregrino sentado junto ella. Se levantó tranquilo, cerró el libro que leía, silbó, y *Rita*, su mula, se acercó de inmediato. El peregrino guardó el volumen en las alforjas. Apenas pudo abrochar los correajes. Se subió la capucha de su deshilachada túnica gris. Alzó la vista y contempló las nieves perpetuas de los picos de la Gran Cordillera Central, sonrió y dejó traslucir una dentadura sin mácula. Ató la mula al tronco del pino más robusto que le ofrecía esa altura de Pasoestrecho y regresó a la hoguera.

Lucero hacía varias horas que había abandonado el firmamento y Vespertina comenzaba a declinar con premura. La nieve no era copiosa y el cielo no amenazaba tormenta. El peregrino decidió que se trataba de un lugar perfecto para pasar la noche. Al amanecer cruzaría el paso y se adentraría en Honoria.

Otro tronco avivó las llamas. Echado sobre una piel de cordero y cubierto con otra, quiso dormir, pero antes de conciliar el sueño musitó unas extrañas palabras y de inmediato una pálida y casi imperceptible aura, como si de hondas en un estanque se tratara, se extendió a su alrededor y abarcó un perímetro que rebasó a la mula. El animal rebuscó al contacto del cosquilleo energético.

Horas más tarde despertó al escuchar, gracias a un ligero tintineo del aura, unos pasos lejanos. Había dejado de nevar, las nubes se habían marchado y el firmamento lleno de estrellas iluminaba la noche. Se incorporó hasta quedar sentado, las pisadas se acercaban y le preocupó la perturbadora presencia de una espada de acero y anaracanita, de momento envainada y lejos de la mano del viajero.

—Malos tiempos para un peregrino en mitad de un Paso como este y sin protección —dijo el recién llegado—. Menos mal que mis intenciones —el viajero hablaba relajado— no son sino pediros compartir vuestro fuego. A cambio puedo ofreceros algo de pan y queso, y un vino amargo como la hiel, pero reconfortante en esta fría noche.

El viajero llevaba un pellejo de vino en una mano, y a la espera de respuesta, miró a la figura sedente con la convicción de quien no se deja engañar por las apariencias. El peregrino pensó exactamente lo mismo.

Un corpulento honorio le sonreía desde un rostro con perilla y bigote teñidos de rojo. La cabeza estaba afeitada por completo, pero no era calvo, y gastaba una prominente barriga que abrigaba, como al resto del cuerpo, con varias capas de pieles. A pesar de la sonrisa, parecía incapaz de borrar su ceño fruncido, como si este se rebelara contra él por más que intentara suavizarlo. A la espalda del viajero, permanecían mansos, un corcel poco agraciado y una mula de carga. El corcel cargaba con una alforja que a su vez llevaba atado un forro de cuero alargado, de donde provenían las interferencias que el peregrino recibía.

—Cómo negaros mi humilde hoguera, señor —comentó con tono sereno—, pero agradecería que saciarais mi curiosidad. Honorio, sin duda, pero...

—No sabía que los peregrinos fueseis tan curiosos —respondió el viajero esbozando una sonrisa.

—En estos malos tiempos, como vos dijisteis...

—Está bien, está bien, no os justifiquéis, por favor. —El honorio se puso en cuclillas junto a la hoguera y alargó el pellejo al peregrino,

quién lo aceptó—. Soy herrero, sin duda el mejor de la ciudad de Es-taño, y voy a ser sincero con vos. Despechado por mi pueblo, marcho a Arcania para ofrecer mis servicios, pues he oído que la depuesta reina aceptó a indignos mercenarios, por lo que tengo esperanzas de que el nuevo rey acepte a un humilde honorio de bien. Mis servicios tal vez le puedan interesar si los rumores de guerra que se escuchan en todas partes, son ciertos. Pero decidme, amigo —el peregrino devolvió el pellejo tras un trago que permitió al herrero contemplarle el rostro a la luz de la hoguera—, ya que he sido sincero con vos, y hasta he reconocido una deserción que me podría costar el cuello, agradecería por vuestra parte la misma sinceridad.

Después de preguntar, el orondo herrero agarró el pellejo para dar buena cuenta de la bebida mientras esperaba respuesta. Fruncía el ceño y sonreía casi al tiempo. Ambos despedían sombras bajo la noche y la luz del fuego, ambos jugaban, y ambos lo sabían. Lo que no tenían claro era cómo terminaría el juego.

—No soy más que un sufrido sacerdocio que se acerca a la vejez, y antes de que me alcance, quiero recorrer Karak para terminar mis días recluido y rezando en mi amada Onar. Debo decir que ya estoy cerca de ella, pues he predicado las verdades del Padre en Paria y en Arcania, por lo que para poder retirarme tan solo me queda vuestro belicoso reino.

Mientras hablaba, el peregrino no dejó de escrutar los ojos color cobre del herrero, como si pudiera adivinar sus secretos. Este pareció sentirse incómodo, se limpió la boca con el dorso de la mano libre tras su último trago y pasó de nuevo el pellejo al peregrino.

—Vaya, vaya, así que venís de hablar de vuestro dios a los arcanos, justo cuando han cambiado de rey... Pero decidme, ¿habéis tenido suerte y habéis ganado hijos para vuestro Padre?

—Sembré las semillas. Ahora hay que esperar un tiempo para recoger la siembra.

—Ah, qué aburrida me resultó siempre la agricultura, algo propio de parios, sacerdocios y débiles dispuestos a vivir (perdonad que me

exprese con sinceridad) de un trabajo indigno, en lugar de darse a templar el acero o a manejar la espada. ¿Sabéis?, creo que en Honoria no vais a conseguir demasiadas ovejas para el rebaño de vuestra isleta; pero bueno, no pretendo desanimaros, Karak es un mundo libre, al menos en asunto de dioses, y allá cada cual a quien lerece. Pero decidme, amigo, ¿sabéis qué ocurrió en Luz para que la poderosa reina Aglaia perdiera su corona?

—Yo predico, no pregunto —el peregrino echó otro tronco a la hoguera, mientras el herrero se mostraba cada vez más relajado—. Pero reconozco que sé escuchar. Debéis saber que los arcanos son un pueblo difícil, aman a partes iguales el placer y el conocimiento, y dejan poco espacio para el sacrificio y la fe, que son mi terreno. Ciento es que, aunque pequeño, lo dejan, y esa es siempre mi esperanza con ellos, y no creo que sea muy distinto con vosotros. Pero no quiero desviar la pregunta que me hacéis, y os diré que se cuenta que en los últimos tiempos, Aglaia había cambiado el placer medido y el conocimiento, por el alcohol, el sexo desmedido y por un ansia de poder, bajo los que percibió a manos de un joven llamado Tabalt, quien por otra parte ha llegado con tambores de guerra e ínfulas de elegido y predestinado.

—No parecéis muy satisfecho con el nuevo rey —dijo el herrero con una media sonrisa—, a pesar de que esa elección de la que habláis, si no he escuchado mal, proviene de vuestro dios, del supuesto único Padre por el que decís que recorréis Karak.

—¡Profecías! ¿Quién puede fiarse de ellas? ¿El nuevo rey de Arcania, o la nueva reina de Honoria, destinados a gobernar todo Karak por la vieja promesa del Padre? Dios no miente nunca, pero sus hijos sí, siempre, por lo que sus lenguajes son incompatibles y la interpretación correcta de la que tanto alardean algunos, es imposible.

«Sabias palabras para un supuesto seguidor del Padre», pensó decir el herrero, pero decidió callarse y escribirlo más tarde en sus notas.

—No hay que ir muy lejos para llenarnos de sospechas —continuó el peregrino, algo encendido—. ¿Acaso no existe en Paria otro supuesto

rey, *Destructor de Yugos*, como ya le llaman sus fieles, quienes se le unen bajo una promesa de libertad y justicia, y que les terminará por conducir a la horca y al dolor? ¿Dónde se ha visto que el pueblo pario tenga el carácter suficiente para salir de su condición de siervo?

El peregrino, al terminar su pregunta, escupió al suelo, y el herrero de inmediato pasó de su media sonrisa a una entera. Aquel supuesto pastor de almas, pensó el honorio, había perdido de vista su sosegada y devota interpretación, pero quién era él para reprochárselo.

—Esos parios no tienen ni carácter ni orgullo —se mostró conforme el herrero, y enseñando los dientes añadió—. Como tampoco lo tienen los arcanos. Y de eso precisamente nos sobra en Honoria, así que cuidaos de no enfurecer demasiado a Zarrk con vuestro Padre taimado, pues su Hijo os puede dar una dentellada que no os guste.

—Gracias por la preocupación y el consejo —dijo el peregrino, de nuevo dueño de sí, enfadado consigo mismo por haber hablado más de lo que tenía previsto y barajando la posibilidad de acabar la conversación del peor de los modos para el herrero—, pero descuidad, el Padre me cuida y protege con mimo.

«Mejor os protege vuestra magia», pensó el herrero, mientras clavaba sus ojos en los de su compañero de encrucijada, azules como un día despejado. Unos ojos en los que veía poder, y en los últimos minutos, la sombra de una amenaza que no tenía ganas de comprobar. Se levantó ágil a pesar de su aparente obesidad.

—¿Sabéis, amigo?, hemos compartido el vino, el fuego y una charla interesante, pero debo decir que estas cosas me despiertan el ánimo en lugar de aplacármelo, y puesto que aún me quedan largas jornadas de viaje y caminar de noche bajo un cielo invernal como este me es placentero, voy a tener que ponerme en marcha. Eso sí —el herrero se acercó a su mula, al tiempo que se cuidaba de no hacerlo sobre el corcel y el forro alargado; sacó algo de un lateral de las alforjas del animal de carga—, prometí compartir con vos, y solo cumplí con el amargo vino, así que tomad este trozo de queso fuerte.

—Como gustéis, herrero —el peregrino lo aceptó y antes de que el honorio enfilara de nuevo hacia el Paso, dijo—. Permitidme un consejo, amigo; cuanto más os adentréis en Arcania, más cuidado deberéis de tener en blandir a vuestra compañera.

El peregrino no añadió más, lo que pareció molestar al herrero, quien tras unos segundos de silencio incómodo, dijo:

—Agradezco el consejo, amigo, y permitidme dos para vos. Cuidaos del final del desfiladero, al entrar en Honoria, porque hay ojos que vigilan posibles presas. Y más cuidaos aún, de subestimar mi reino.

La hoguera crepitó cuando recibió el último tronco apilado. Para entonces, el herrero ya se había adentrado entre lo más angosto de Pasoestrecho, camino de Arcania a través de Paria. El peregrino se bajó cuanto pudo la capucha, para dormir otro poco antes de ponerse en marcha, camino de Honoria. Ninguno de los dos lo había dicho, pero los dos tenían marcada a fuego la sensación de que volverían a encontrarse, en términos mucho menos amistosos.

CAPÍTULO I

Te dirán que nadie es libre realmente, porque siempre se es esclavo de algo: de la riqueza, de la suerte, de la tradición... Pero ese discurso vendrá de los poderosos, los holgados por la fortuna, los que hacen las leyes y la trampa. Ofréceles cambiar al pueblo por su situación, y cuando digan, ¡no!, hazles la guerra.

Palabras con las que Salamino, padre de Bravalo, arengaba a su hijo cuando era pequeño.

El látigo del capataz Asjorn restalló contra el suelo de la mina en clara amenaza. En la próxima ocasión lamería la espalda del díscolo Bravalo. Era la segunda vez que en poco tiempo le encontraba susurrando con otro minero.

—Insidia tras insidia —musitó el capataz—. Es incorregible.

Asjorn estaba nervioso aquella mañana, como todas las que supervisaba el agujero. Hacía unas horas que un barco había atracado en el puerto con nuevas de Honoria: se requería más anarcanita, extraerla más rápido y venderla más barata. Aunque las noticias no eran tan nuevas, pues era la misma orden de las últimas semanas, pero a pesar del aumento de horas de la jornada laboral, de la disminución

del salario y de que entraran a trabajar mujeres y niños, desde Espada, la capital del Reino Honorio, exigían aún mayor sacrificio y rendimiento, y el margen que le quedaba al capataz era escaso.

Habían pasado cuatro meses desde que Asjorn atracó en Puerto Lágrimas, en la primera galera que Reika enviara con el objetivo de controlar la producción de la mayor mina de anarcanita de todo Karak. La orden era clara: eliminar la extracción independiente de parios, que negociaban el precio del mineral con mercaderes intermediarios que, volvían a negociar a un precio aún mayor con compradores arcanos u honorios, según quien depositara más triángulos o espadines sobre la mesa. Reika no quería intermediarios, no quería independencia y no quería ventas a ningún arcano.

Ya en los primeros momentos el honorio había maldecido su suerte por tener que abandonar su rutinaria y tranquila vida en la ciudad de Cobre, por tener que abandonar a su amante y hasta por tener que decir adiós a su mujer. Cuando le comunicaron su cargo y su misión, el asunto le pareció descabellado. «¿Qué es eso de navegar por mar?», repetía una y otra vez cuando nadie le oía. «¿Acaso no bastan las reservas de anarcanita que mi padre procuró a Hackon?». El cobrense incluso fue más lejos en su pensamiento: «¿acaso Reika va a lograr sujetar la corona sobre su cabeza y esta sobre sus hombros?».

Sin embargo, Reika, contra todo pronóstico, se había asegurado la cabeza, la corona y el respeto de todo el reino, y a partir de ahí, se desencadenó el rumor: guerra inminente contra Arcania. Si la guerra cuajaba sería la quinta Guerra entre los Reinos en más de mil quinientos años de Historia, y Asjorn no dejaba de lamentar que le hubiera tenido que tocar a él ese puesto de responsabilidad tan desagradecido. Si las reservas del preciado mineral llegaban bien, siempre debería hacerlo mejor, y si la cosa empeoraba..., mejor no pensar lo.

Esta vez no lo pudo evitar y el látigo sacudió a un minero que se había detenido más tiempo del que precisaba entre golpeo y golpeo con el pico. Debía ser exigente y duro a pesar de las caras ennegrecidas,

a pesar de los cuerpos famélicos, a pesar de los últimos muertos por la mala ventilación de la galería del sexto nivel. Al fin y al cabo debía hacer rendir a aquellos parios, súbditos de los Reinos, que cobraban exclusivamente de Honoria.

—Más bien —se atrevieron a contestar algunos insumisos unos ciclos atrás, con la voz de Bravalo al frente— lo que hacéis es explotarnos.

Asjorn reaccionó ante la protesta y ordenó a los guardias una lluvia de latigazos sobre las voces discordantes, al tiempo que gritaba verse obligado a tomar esa decisión por el bien de los represaliados y de sus familias. Sin embargo, sospechaba que no había resultado convincente. Y aunque esperó que a los cabecillas, la mísera celda en lo más profundo de la mina, llamada *Pozo Negro*, terminara de convencerles, el regreso al trabajo de Bravalo, el último en salir de la celda, provocó aún más dudas en el capataz.

Al menos podía reconfortarse al pensar en las cuentas en bruto de la última semana: más quilos de anarcanita extraídos a un menor coste.

Los sueldos de bronce pagados por horas trabajadas se habían reducido en un cuarenta por ciento a causa del aumento de la mano de obra, compuesta ahora también por mujeres y niños de las villas y aldeas cercanas a la Llanura del Estrecho, quienes se habían visto obligados a acudir a las minas por el aumento vertiginoso del precio de productos como el pan y la leche, así como por el incremento desmesurado de impuestos y diezmos. Todo parecía formar parte de la misma rueda.

A Asjorn muchas cosas no le gustaban, como ver parias envueltas en jirones, que al terminar su larga jornada se olvidaban de sus críos e iban a las tabernas que habían proliferado cerca de las galerías, para emborracharse junto a otros mineros y acabar la mayoría de las veces fornicando en cualquier esquina. Pero no tenía más remedio que asumirlo, el mineral era necesario si entraban en guerra, y aunque sintiera simpatía por los parios, había que exigirles el máximo, por más que algunos no lo comprendieran.

Bravalo volvió a hablar sin permiso en lugar de picar y esta vez la paciencia del capataz se reflejó en la espalda del indócil pario. El látigo rajó la frágil tela de la camisa y rasgó la débil piel que con el impacto, recordó latigazos pasados y volvió a abrir las heridas aún sin curar. Bravalo como un resorte se dio la vuelta y miró al capataz, los ojos negros del pario brillaban, su cuerpo robusto estaba sucio de arriba abajo, en tensión. Si pensó en decir o hacer algo, finalmente no lo hizo. Apagó la rabia de sus ojos, agarró con fuerza el pico y siguió con el trabajo.

—¡No quiero oírte abrir esa bocaza! —gritó el capataz a Bravalo cuando este ya se había girado—. O tendré que enviarte de nuevo al Pozo Negro. No hagas que me arrepienta de mi benevolencia.

El honorio temió por unos segundos que el pario reaccionara arrojándole el pico a la cabeza, pero ni siquiera se giró para sonreír, como hacía antes de que le encerrara. Tal vez hubiera aprendido alguna lección. «¿Pero cuál?», se preguntó Asjorn.

Max levantó la lona y accedió al pabellón de campaña real. El interior era austero y amplio, con una mesa rectangular en el centro donde se extendía un mapa de Capitolia, varios papeles y un tintero. En una de las esquinas del fondo del pabellón quedaba dispuesta una silla de pino y un velador color caoba en el que se depositaba una bandeja con comida sin tocar y una jarra de cerveza llena. Elmer permanecía abstraído, de pie junto a la mesa central, estudiando el mapa que se extendía ante él.

—Mi rey —dijo el Manco anunciando su presencia—, hemos abierto tres pájaros más, le traigo de nuevo los mensajes.

Elmer se tomó unos segundos para salir del ensimismamiento y al fin dijo:

—Rey sin corona, sin trono, sin reino, sin ni siquiera querer ser rey..., pero qué le vamos a hacer, mi General. Pasadme esas notas.

Max se tomó también unos segundos, observó las ojeras de Elmer, cada día más marcadas. Finalmente contestó:

—Vuestro General sin preparación, sin merecerlo, sin desearlo, trae lo mismo de siempre.

Los dos sonrieron, aunque no se podía decir que fuesen sonrisas felices.

—Gracias por recordarme que no soy el único que se encuentra a disgusto en esta aventura. ¿Quién abatió a las aves en esta ocasión?

—Los honderos se llevaron la victoria dos a uno, es increíble la puntería que tienen, digna de ver. Abatieron a una paloma y a un cuervo. La tercera fue una torcaz cazada por el halcón del cetrero. Que sepamos, tampoco en esta ocasión ha escapado ningún ave, pero las noches son tan propicias..., y cinco son demasiadas como para que no lo haya logrado ningún pájaro.

—Tal vez alguno lo haya conseguido, pero eso tampoco significa que lleguen a sus destinos... Recompensad con algo de buena comida al cetrero y a los honderos.

El rey tomó los mensajes enrollados que le trajera su General. Desenrolló el primero y lo leyó, su voz sonó cansada de encontrar de nuevo lo mismo.

Al reverenciado Reino de Honoria,

el Illegítimo, del que suponemos tendréis constancia, ha seguido su fatuo avance hasta plantarse a los pies de Capitolia. Vuestra leal ciudad se encuentra asediada y, si caemos, Paria quedará en sus manos y toda la Región le reconocerá como rey. Necesitamos ayuda, Capitolia fue, es, y será, fiel a los Reinos, pero precisamos de sus reyes y ejércitos, de su fuerza, de su legitimidad. ¿Cuál de los dos Reinos se mostrará clemente para con sus súbditos, cuál se llevará la gloria de evitar una matanza?

Sagh, Gran Burgomaestre de Capitolia

Al acabar, Elmer leyó por encima los otros dos mensajes; uno decía exactamente lo mismo, palabra por palabra, y el otro tenía la salvedad de decir “Arcania” por “Honoria”. Sagh reclamaba ayuda y no le importaba quién le socorriera. El rey no le culpó por ello, él habría hecho lo mismo. Arrugó las tres notas y las dejó echas una

bola en un lado de la mesa. Acto seguido miró a su General. Le dolía su único ojo y hubiera jurado que también el que perdiera hacía ya mucho, cuando era hijo de un volatinero borracho, cuando nada podía imaginar ni de su ascendencia ni de sus futuros derroteros. «Libertad contra destino», le había dicho en más de una ocasión el viejo, un Athan que no aparecía a pesar de su promesa: «une a los parios, marcha hacia Capitolia y acudiré en tu ayuda».

Elmer lo recordaba demasiadas veces, tras vencer al Sapo todo se había enredado aún más, en lugar del descanso en Dima que hubiera deseado, le convirtieron en rey; en lugar de las enseñanzas mágicas del viejo, le tocó aglutinar un ejército que se unía a su dudosa causa; en lugar de la libertad que pregonaba su particular maestro, responsabilidades que no habría querido elegir nunca.

Afuera, Lucero y Vespertina se repartían el cielo y ofrecían un tiempo sofocante. Dentro de la tienda el rey sentía frío, opresión y cierta debilidad que decidió alejar de sí con tesón. Debatíó entonces varios aspectos estratégicos con su General. Entre ellos, cómo distribuir a los vigías para intentar abatir todos los pájaros avistados, ya fuese de día o de noche; ni Capitolia ni ellos sabían si las aves mensajeras habían tenido éxito, y por tanto, seguiría el mismo juego. También se decidió mantener las frugales raciones de comida para el campamento; había provisiones..., pero no previsión de cuánto duraría el sitio. Llevaban cinco ciclos y todo apuntaba a que serían muchos más. Finalmente se reforzaron las líneas de retaguardia, con cada amanecer resultaba más probable un ataque del ejército Honorio.

Con pájaros o sin pájaros llegados hasta Honoria, allí debían saber si no del asedio, sí de la existencia de un ejército pario cuyo capitán había sido proclamado rey. Honoria además era el Reino más interesado en los recursos de Paria. Menos en la existencia de un monarca que reclamara justicia y pusiera trabas al comercio y a la explotación de los recursos. Así las cosas, Elmer envió a numerosos nuevos reclutas a patrullar las orillas del río Vida, su mejor defensa natural

ante un eventual ataque honorio, por sorpresa o planificado, pues las tropas parias dominaban la posición de los puentes, que podrían quemar en caso de necesidad..., si bien no se engañaba con respecto a las escasas posibilidades de defensa que eran capaces de ofrecer ante un ejército profesional.

Cuando el General sondeó la idea de tomar la ciudad por la fuerza, Elmer retomó el discurso que ya esbozara en las primeras horas del asedio:

—La cuestión no es conquistar la ciudad, sino ponerla de nuestro lado. No se trata de ganar esta batalla, sino de tener alguna posibilidad en la guerra que se avecina, y para ello, todos los elementos de Capitolia deben estar de nuestra parte, o al menos, los máximos posibles. Ellos tienen una milicia profesional de la que nosotros carecemos. Ellos poseen espadas y reservas de acero que necesitamos. Las grandes familias tienen dinero. Y las murallas de Capitolia, por viejas y abandonadas que estén, siguen siendo murallas. Si nos hacemos con ellas y con todo lo anterior, en poco tiempo podremos llegar a algo..., pero si entramos en la ciudad por la fuerza, es posible que vencamos y que se nos unan los pobres, los criminales y los campesinos que quedaron dentro cuando se cerraron las puertas, pero eso es insuficiente. Acepto que podría usar mi magia para entrar en la ciudad y acabar con Sagh, pero le imagino rodeado de anarcanita y una guardia competente, y en cualquier caso, creo que él será la llave de todo esto, sospecho que no es tonto y que tampoco es cobarde, habrá que jugar con ello.

En ese momento entró Liv al pabellón de campaña. Iba embutida en prendas de cuero rojo; botas altas, pantalones que ceñían sus muslos y un chaleco con un generoso escote. Su belleza y su ropa provocaron un lacerante contraste con el aspecto rudo y desaliñado de Max, y la figura sobria y desmejorada del rey. El General se limitó a saludar con un gesto de cabeza, temió tartamudear si abría la boca. El rey no pasó de un simple: «Capitana....».

—Majestad, General..., vengo de hacer la rudimentaria revisión de tropas —por el tono quedaba claro que la tarea no era de su gusto—. Informo de que se nos siguen uniendo nuevos parios de toda la Región. Los últimos han llegado del Norte, del Oeste, y hasta de la Llanura del Estrecho, allá por el Sureste. Son decenas de viejos y docenas de jóvenes que llegan con lo puesto, sin armas más allá de un cuchillo, sin experiencia en nada útil y con los estómagos vacíos. Por si fuera poco, lo primero que escuchan es que su amado e idealizado rey, ese que les va a llenar la tripa y los bolsillos, ese que acabará con los bandidos y la tiranía de los Reinos, no se atreve a tomar unas viejas murallas. Si se me permite expresar mi opinión, mi rey, yo misma he escuchado insolencias que quisiera castigar, sé que hasta ahora no se me concedió permiso, pero vuelvo a solicitar de nuevo vuestra aprobación. Si sigo escuchando ciertos comentarios, terminaré por cortar alguna cabeza, con vuestra venia o sin ella. Por otra parte, los antiguos *Tarados* seguimos repartiendo los víveres, manteniendo el orden y tratando de hacer que estos cabezas huecas aprendan algo de estrategia militar, del manejo de la espada, del arco, y lo mínimo imprescindible para que puedan llamarse “soldados”. Aunque volveré a decirlo: con pocas excepciones, nunca vi mayores patanes. Para acabar con mi informe seré rotunda: ahí fuera se vive un difícil y tenso equilibrio que cada ciclo peligra más, esos parios no saben lo que es la disciplina y yo..., apenas si estoy empezando a aprender a controlarme. Por si fuera poco, tengo que escuchar los sermones del novicio sacerdocio al que decidisteis perdonar la vida. No para de predicar la bondad del Padre y de querer unirnos a la causa de ese dios torticero y taimado que lo único que supo hacer bien fue darnos a Zarrk.

—Capitana..., hoy se encuentra de buen humor —dijo Max con una sonrisa que le salió más forzada de lo que le hubiera gustado.

—Sé que no es vuestro estilo —Elmer obvió las palabras de su General—, pero os pido paciencia. Nuestros burgomaestres están de camino,

en unas horas tenemos el encuentro con Sagh, y sabéis que estoy a la espera del viejo. Podríamos tomar la ciudad, pero ya sabéis por qué no lo hago. Sumad a mis argumentos de siempre —el rey miró tanto a Liv como a Max—, las cicatrices que el asalto generaría entre los parios de dentro y los de fuera; la guerra entre hermanos tarda demasiado en sanar, y a nosotros no nos sobra tiempo precisamente. Más bien, no nos sobra nada, salvo orgullo; a mí, a vosotros y a los que llamáis patanes, que por cierto, os guste o no, son nuestra esperanza. Y no es que sea malo ese orgullo, pero debemos aprender a enfocarlo.

—No sé cuándo os habéis vuelto tan sabio —Liv bufó de exasperación—, pero si aparecen las tropas de Reika o de Tabalt, podemos olvidarnos de sanar cicatrices, para cavar nuestras tumbas y preparar nuestras propias piras funerarias.

Horas más tarde, Vespertina comenzó su cílico descenso. El Illegítimo, el rey Tuerto, el rey Mendigo, pero también *Destructor de Yugos*, el Salvador..., salió del pabellón camino de la Puerta Norte de Capitolia. Vestía sin ornamento real, y solo una capa roja enlazada al pecho con un broche de plata, le daba cierta distinción. La capa cubría el cinto de la espada que colgaba a la cintura, y a la espada misma, sin duda el mejor acero de la Región.

La espada era obsequio de Villa Soto, el mayor tesoro que esta aldea había poseído nunca, regalada dos centurias atrás por el rey honorio Audro, tras una rocambolesca historia de amor con una aldeana de la villa, que no le costó la vida al rey gracias a la lealtad que los aldeanos mostraron. Ellos supieron de las intenciones de la bella muchacha: engatusar, robar y matar a un rey, su gran sueño, fuese este un sueño trastornado o no. Sus propios vecinos, sin embargo, frustraron el plan de la joven al enterarse de que pretendía un regicidio. Tal vez lo hicieron por lealtad hacia su señor, o tal vez, por miedo a las represalias.

Los aldeanos no llegaron a saber nunca que el rey, al enterarse del asunto, había lanzado una moneda al aire. Había salido cara,

motivo por lo que fueron recompensados con la espada..., y la vida. En cuanto a la muchacha, nunca más se supo de ella.

En cualquier caso, esa historia había ocurrido hacía mucho tiempo, y la villa decidió librarse del presente de aquel casi olvidado rey, para otorgárselo a uno del que esperaban mucho más. «Tal vez demasiado», pensaba Elmer cada vez que recordaba la historia y las explicaciones de los aldeanos que le habían entregado la espada, cuando el joven, en su itinerario, descansó en Villa Soto de camino al asedio de Capitolia.

A medio camino de la Puerta Norte esperaban los burgomaestres Anvar y Tirio, quienes habían regresado dos horas antes de su gira por Paria para recabar apoyos. Unos pasos más adelante y bajo la atenta mirada de cientos de ojos ansiosos por ver a su rey, se presentaron de nuevo Liv y Max, con unas genuflexiones ante Elmer que le hicieron ruborizar, pero que aceptó como parte del juego.

Sagh no tardaría en aparecer si cumplía con su palabra.

Mientras llegaba o no el Gran Burgomaestre de Capitolia, el rey caviló en el nerviosismo mal disimulado de su Capitana, y apostó porque fuera fruto de la tardanza de Wint el Risas, quien debería haber regresado hacia dos ciclos con nuevas de la frontera de Honoria.

El rey se sentía culpable por haber enviado al rastreador hasta allá, y no porque no estuviera preparado, o porque no le correspondiera la misión de acuerdo a sus nuevos cargos, comandante y jefe de los exploradores, sino porque lo hizo para separar a la recién creada pareja. La mala fe de su acto le remordía.

Consiguió alejar su culpa cuando la Puerta Norte, un gran portón de madera ajada y vieja que ofrecería escasa resistencia al fuego, comenzó a abrirse.

Las posturas de la comitiva ante el inminente encuentro eran variadas, y el rey temía que el asunto se desmadrase.

Los burgomaestres Anvar y Tirio regresaban con el apoyo de la mayor parte de las villas y aldeas de Paria, quienes hartas de sentirse

abandonadas, de impuestos y de criminales en los caminos, habían despertado con sed y hambre de revolución, y por lo que habían oído del Rey Pario, estaban dispuestas a unirse a él de manera oficial, desafiando a los dos Reinos. «Al menos —había pensado Elmer sin tardar en escribirlo—, mientras no llegasen las derrotas, la represión, la realidad de la guerra y la espada».

Tirio se mostraba firme y decidido; sin duda, demasiado. Apostaba por un ataque frontal, por derrocar al Gran Burgomaestre Sagh... y por ocupar él su lugar. Lo último no lo manifestaba, pero en cuanto hablaba se tenía la sensación de que estaba a punto de gritarlo.

Anvar en cambio, venía a coincidir con Elmer. Había tratado a Sagh en varias ocasiones y no le parecía un mal dirigente, por más que estuviera aferrado a la silla. Como Anvar, ejercía el cargo desde hacía varias décadas, y eso debía suponerle un miedo horrible a los cambios y a realizar una nueva apuesta, por muy justa que fuese. Anvar recordaba que él se había visto obligado a ese cambio, y lo mucho que le costó enfrentar la realidad de su canallesco y aborrecible hijo. Al final, él había abierto los ojos, y pensaba que debían hacer lo mismo con Sagh, mostrándole que los Reinos no eran mejores de lo que había sido su propio hijo.

El General por su parte no presentaría batalla por llevar razón, tenía sus propias ideas, pero seguiría las de su rey sin dudarlo un solo instante, aunque este cambiara de opinión de un ciclo para otro. Max había estado con su rey desde que salieran de Dima, camino de la incierta aventura de liberar a Paria de algunos de sus bandidos más peligrosos. Entonces, él apenas era un desharrapado que acababa de quedarse manco, que apenas sabía blandir una espada con las dos manos, cuanto menos con una, y que tenía por capitán a quien precisamente le había amputado la mano. Contra todo pronóstico, su vida a partir de entonces cobró sentido. Lo que decidiera Elmer sería lo correcto, su lealtad le dictaba que no expresaría, al menos en público, ni una sola discrepancia.

La Capitana, en cambio, sí era capaz de mostrarse tozuda. Su lealtad era incuestionable, pero también su atrevimiento y su carácter díscolo. Capitolia, en su repetida opinión, debía ser asaltada. Como honoria que era, llevaba el acero, la sangre y la estrategia militar en las venas, y un asedio innecesario le parecía ridículo y peligroso. El mensaje del rey lo había escuchado, pero no creía en él, como tampoco en las últimas palabras que Elmer le dijera tras su última conversación:

—Eres la más lista y competente de todos nosotros, sí, pero Paria no es Honoria, y nuestro ejército aún no es un ejército.

La Puerta Norte rechinó y luego se abrió hasta la mitad. Sagh apareció escoltado por cuatro soldados que vestían armaduras completas. Dos de ellos portaban espadas envainadas y antorchas ante la caída de la noche. Los dos restantes marchaban con largas lanzas en cruz, abriendo el paso del burgomaestre.

—Cada uno de esos soldados —musitó el rey con resignación—, posee más acero que una decena de mis parios.

—¿Por qué todos los burgomaestres estáis rematadamente gordos? —preguntó Liv con sarcasmo ante la cercanía del dirigente de Capitolia.

Tirio resopló ante las palabras de Liv, él no terminaba de entrar en la categoría de gordo, aunque fuese en camino, pero el resoplido denotaba más bien que no soportaba a la Capitana, sentimiento recíproco, por otra parte. La reacción de ella no se hizo esperar y un nuevo dardo fue directo a por el burgomaestre de Gredo:

—¿Y por qué vestís siempre con ropajes tan feos? Parece que os gusta mostrar vuestros culos a la legua. ¿Tenéis complejo de bufonas o qué?

—Algo de eso debe haber —contestó Anvar con humor tras mirarse sus ropas, llenas de colores chillones, como las de Tirio y el nombrado Sagh.

El burgomaestre de Capitolia no tardó en llegar con su escolta, mostraba una sonrisa esculpida en su rostro.

La noche había caído, el cielo estaba raso de nubes y rutilante, y el vivac más cercano aportaba un excedente de luz que permitía a todos los presentes verse las caras sin excesivas sombras. Sagh habló primero, rotundo, seguro, con arrogancia:

—Os escucho como me rogasteis, convencido de que no intentaréis ninguna treta sucia aquí y ahora. Pero, falso rey de ilusos campesinos sin seso, no esperéis que os abra las puertas de mi ciudad.

La Capitana estuvo a punto de hacer saltar por los aires el encuentro, pero un gesto firme de Elmer la contuvo. El rey hizo entonces otro gesto a Anvar y este habló:

—Gran burgomaestre, vos nos conocéis a mí y a Tirio, y deseamos informaros de que venimos de recorrer Paria, desde la Llanura del Estrecho hasta la frontera Sureste con Arcania, desde el Oeste de la Cordillera Central hasta el Noreste. Y podemos deciros que todas las villas y las aldeas con sus burgomaestres a la cabeza, están con el rey que tenéis ante vos. Nosotros hemos dicho basta a los Reinos; basta de que nos esquilmen y no nos protejan, basta de que nos humillen y nos azoten..., y os ofrecemos la posibilidad de uniros a nosotros. Si lo hacéis, conservaréis vuestro puesto y formaréis parte de una revolución justa, donde vuestro nombre brillará y será recordado por la Historia de la nueva Paria.

—Amigo Anvar, Anvar el Iluso, Anvar el Buenasintenciones; os recuerdo que la última revolución justa acabó en matanza para nosotros, y no parece que ahora vaya a ser muy distinto cuando lleguen los Reinos. Si no puedo evitarlos morir, al menos evitare la muerte de aquellos que se refugiaron en mi ciudad. Permitidme que os diga que ahí dentro no estamos nada mal. Tenemos provisiones para resistir un largo asedio; nos protegen unas murallas más resistentes de lo que puedan parecer; las espadas, las flechas y el ejército están prestos a impediros el paso; y por si fuera poco, la ley está de nuestro lado, así como la lealtad hacia los Reinos que pensamos respetar. Pero por mera curiosidad, dejadme que os pregunte: ¿qué es lo que tenéis vosotros?

—Tenemos a quien será vuestro rey..., o vuestro verdugo —contestó Liv con altanería.

—Ya basta, Capitana —intervino el rey, molesto por las palabras de Liv—. No hace falta intimidar a nuestro invitado, de lo que aquí se trata es de hacerle ver que las cosas no son tal como dice. Burgo-maestre Sagh, podéis tener vuestro ejército, las espadas y las flechas, pero de nada sirven cuando se vuelven contra uno; vos sabéis como nosotros, del hambre de justicia que crece dentro de vuestras murallas. Murallas que no son más resistentes de lo que parecen, ni mucho menos los portones, como demostrarán nuestros arietes si llega el caso. Por otra parte, podéis tener la ley de vuestro lado, pero no la justicia, y no hay ley que sea válida si es injusta. Por último, podéis ser leal a los Reinos, pero no tonto, y bien sabéis que esa lealtad no es recíproca —Elmer se tomó unos segundos antes de realizar su propuesta—. Seré claro: rendid la ciudad e informad a vuestro ejército de que pasará a formar parte de la nueva Paria... y que vos seguiréis a la cabeza de Capitolia. Pero obligadnos a tomarla por la fuerza y esa misma cabeza colgará de una pica en lo alto de vuestras murallas. Vos elegís.

—¡Por supuesto que yo elijo, reyezuelo, y elijo el lado de la victoria! Decidme, ¿cuántos pájaros mensajeros habéis abatido; diez, quince, treinta...? ¿Acaso creéis que los Reinos no saben de vuestras pobres andanzas y de este estúpido asedio? ¿Cuántos ciclos dais al ejército honorio para que se presente a vuestras espaldas y os aplaste? Si fuerais un buen rey, ordenaríais a los infelices que os siguen que regresaran a sus casas y a sus campos, sin la gloria y la justicia que esperan..., pero vivos.

—Los parios que han decidido unirse a nuestra causa —replicó el rey— están aquí por su voluntad, y por la misma se podrán marchar. Nosotros no contemplamos la deserción, y me pregunto si vos podéis decir lo mismo de aquellos a quienes tenéis confinados en Capitolia. Hasta ahora el miedo os funcionó bien, como suele ocurrir..., por un

tiempo. La mayor parte de los parios que permanecen encerrados en Capitolia son padres, hermanos, vecinos de quienes están afuera, y según pasen las lentes horas, sentirán cada vez más que en ocasiones merece la pena apostar por la esperanza en lugar de por el miedo. Tal vez la nueva reina de Honoria o el nuevo rey de Arcania manden a sus ejércitos y nos aplasten, pero tal vez antes un cuchillo en vuestro corazón o a vuestra espalda, zanje el problema para el Gran Burgomaestre que no quiso apostar por su pueblo. Vos creéis tener la razón y la fuerza. Nosotros creemos tener la razón y la esperanza. Los ciclos decidirán, pero recordad que si rendís la ciudad sin sangre, os uniréis a la esperanza y participaréis de ella.

—Qué bonitas palabras —contestó Sagh, recuperando su amplia sonrisa—. Y qué terribles serán los hechos en breve para vosotros.

El encuentro no dio para más. El Gran Burgomaestre se despidió con el mismo orgullo con el que había llegado y se marchó con las mismas intenciones de no rendir la ciudad de Capitolia.

Mientras, la comitiva paria regresaba a los pabellones para descansar bajo un manto estrellado y una temperatura pegajosa. Tirio trató de hablar con el rey. El burgomaestre de Gredo se mostró muy preocupado por las palabras de Sagh:

—Si es cierto...

Pero Elmer le cortó sin contemplaciones.

Liv se marchó a su tienda sin apenas despedirse. Había muchos ojos puestos en el regreso de la comitiva, pero a la Capitana no le importó lo más mínimo no guardar las formas. Elmer lo entendió como un largo reproche, aunque ella no lo manifestara. Moría otro ciclo sin tomar la decisión de asaltar la ciudad, y sin que regresara Wint.

El rey trató de alejar de sí ese último punto. Esa misma noche escribiría en su diario: «por suerte, tengo donde elegir de entre mis preocupaciones». En Anvar vislumbró dudas al despedirse, pero el burgomaestre tuvo la amabilidad de callárselas. En cuanto a Max, trató de levantar el ánimo caído, y pidió encargarse de anunciar que

de momento, todo seguiría igual, aunque la negociación había resultado útil.

Por la noche el rey no descansó. Soñó con traiciones, pero sobre todo soñó con Liv; junto a ella pasaba largas horas de pasión sobre una cama que nada tenía que ver con el jergón sobre el que dormía, o más bien, sobre el que lo intentaba. En su enésimo desvelo y tras maldecir a todo lo que se podía maldecir, llegó a la conclusión de que no le ayudaba el hecho de llevar tanto tiempo sin saciar su apetito sexual. La última vez que se había acostado con una mujer fue en el burdel *La Esperanza*, la noche previa de conocer al anciano Athan y a Liv, casualidad o no, en la misma Capitolia que ahora trataba de conquistar.

Con el alba encima decidió no volver a dormirse. Logró su propósito, pero por la interrupción del General, ya que Elmer estaba a punto de caer rendido cuando Max entró en la tienda.

—Majestad, el Comandante Wint acababa de llegar y quiere reunirse urgentemente con vos.

—Bienvenido, Comandante —saludó Elmer, ya en el pabellón real poco después, frotándose su ojo sano para quitarse las legañas de la mañana y sin poder quitarse de encima la mala noche que había pasado—, me alegra tenerle de vuelta.

—Mi rey —el comandante y jefe de los exploradores pareció atractarse al decirlo, pero Elmer lo quiso achacar al esfuerzo que se reflejaba en su rostro—, llevo tres ciclos sin bajarme del caballo, sin dormir, sin descanso alguno —tomó resuello y continuó—. Tropas del ejército de Reika atravesarán la Cordillera Central de inmediato. Calculo que en una semana pueden plantarse aquí. Su número es bastante menor que el nuestro, no más de dos mil, pero...

—Pero son un ejército de verdad. Puede terminar la frase sin problemas Comandante, por hacerlo los dioses no nos castigarán.

—Así es, mi rey, son un ejército, no como nosotros. La infantería es la sección más numerosa y asusta con sus largos estandartes y sus lustrosas armaduras, la caballería resulta imponente con poderosos

corceles enjaezados, y los arqueros, sin ser muy numerosos, portan largos arcos cuyo alcance bastaría para abatirnos sin necesidad de cruzar el río Vida.

El rey necesitó de unos segundos para recuperar el ánimo. Luego ordenó:

—Puede retirarse, Comandante, y tanto vos como la Capitana Liv pueden tomarse unas horas libres, seguro que ella se alegra de veros y al menos vosotros tendréis algo que celebrar. De todos modos, estad localizables.

—Gracias, mi rey, sois muy considerado —contestó Wint con la sombra de una mueca.

Max el Manco y Wint el Risas, reflexionó el rey tras quedarse solo, eran sin duda los *Tarados* que más habían cambiado desde que comenzara su incierta andadura. No le costó a Elmer llegar a la conclusión de que ambos se habían beneficiado de pasar largas horas junto a él y junto a Liv, respectivamente. Desde el ciclo que salieran de Dima, aquellos dos aldeanos se habían ganado el respeto y los títulos que ostentaban, si bien Wint, pensó el rey con cierto rubor, salía vencedor del cambio por haber conquistado también el corazón y el cuerpo de la bella honoria, mientras que el pobre Max debía conformarse con servir en exclusividad a un rey que tal vez ya hubiera vivido sus momentos más gloriosos.

La noticia de los honorios acercándose voló por el campamento como una flecha envenenada a lo largo de esa mañana y de esa tarde. Elmer no quiso ocultar la información a su bisoño ejército, ya que si él lo hacía, vino a pensar, el Gran Burgomaestre Sagh se encargaría de que se enteraran.

El resultado fue que los corazones de los parios, que en los ciclos previos de marcha y asedio esperaron jornadas triunfales, se habían topado primero con una tensa espera donde se rebajaba poco a poco la euforia, y en ese momento con una alarmante amenaza que haría crecer hora a hora la tensión.

Para intentar contrarrestar el efecto de la semilla del pánico, el rey Elmer ordenó intensificar las sesiones de entrenamiento. La Capitana Liv, el General Max, los Comandantes Vige el Cebolla y Rodo el Bocas, y los Tenientes y hermanos, Aston y Gradon, habían cargado desde el primer ciclo con la ardua tarea de convertir a los aldeanos en soldados. Si no lo lograban en breve, podían darse todos por muertos.

La primera prueba de fuego sería inmediata. Tras caer la noche podría producirse una estampida del ejército pario, quien podría elegir asegurar la vida, regresar a sus aldeas y clamar contra la injusticia desde la seguridad de quien se arrodilla. Si tal cosa ocurría, reflexionó Elmer, él no era quién para reprocharlo. En todo caso, se reprocharía a sí mismo la estupidez de haber aceptado ser el defensor de una causa perdida.

—¿Dónde estáis, viejo? —no paró de repetirse una y otra vez durante ese ciclo cuando nadie le escuchaba—. Vos me hicisteis rey con vuestras decisiones, siempre contrarias a lo que yo quise, y cuando por fin lográis convertirme en un iluso, me abandonáis a mi suerte cargando con un peso que no podré soportar. Prometisteis reuniros conmigo en Capitolia, ¿dónde os habéis metido?

La temperatura en la cueva, como siempre, resultaba agradable, y la iluminación de las teas era justa, ni excesiva, ni poca. Adel jugaba con la pequeña Damara bajo la mirada de Marina, quien terminaba de cocer una gallina en pepitoria que comerían en breve. Tras probar el caldo, decidió echar una pizca más de sal y darle un mayor toque de pimienta.

La toscana se sorprendió al advertir que sonreía con la cuchara de madera en la mano, al contemplar la escena de su hija retorciéndose bajo las cosquillas de Adel. Era innegable que la situación en los últimos meses había cambiado a mejor. Tal vez la ausencia del mendigo, proclamado rey de Paria como sabía por Athan, hubiera sido

un principio para su mejora. Sin él, Marina se sentía menos frustrada. Le echaba de menos tras haber vivido en Dima tres años con aquel hosco y torturado ser, pero su ausencia aminoraba las contradicciones que su *salvador* le ocasionaba. Además, la presencia del anciano resultaba un bálsamo, tanto por su humor como por la seguridad que transmitía a las tres mujeres, por lo que Marina esperaba que la reciente ausencia de Athan no se alargara en exceso, como él había prometido.

En cuanto a Adel, la paria liberada por Elmer y Athan en Capitolia junto a Liv y a otras esclavas que no llegó a conocer, le había ocurrido un gran recelo al principio, confirmado cuando Adel había intentado matar al anciano por orden de Sacerdocia, pero desde aquel momento crítico, la situación había mejorado hasta un punto inimaginable para Marina. Incluso había momentos en los que comenzaba a dudar de las palabras de su madre, de las palabras de que el amor mata más que el odio.

Dio otra vuelta a la comida con la cuchara, desprendía un olor agradable. Desde que el velo de la desconfianza entre ella y Adel cayera, esta había enseñado las artes culinarias a la toscana, quien había mejorado notablemente como cocinera. Marina sintió pena porque el mendigo no hubiera probado aún sus guisos, pero se consoló pensando que ya lo haría, y no solo eso, pues cuando se reencontraran, vería que ella era otra mujer, más alegre, más valiente y hasta más guapa.

Mientras tanto, pensaba en disfrutar de los ciclos hermosos y de su maravillosa hija regordeta a punto de cumplir los cuatro años, quien no paraba de sonreír y de juguetear por Dima, pero ya bajo una permanente supervisión que no daba a la pequeña margen para incursiones y aventuras no deseadas por la madre. Sin embargo, no todo era perfecto, y con la reciente ausencia de Athan, la niña no paraba de repetir las palabras «abuelo» y «biblioteca». Para compensar a Damara, marchaban por las tardes a la biblioteca e intentaban

continuar sus lecciones. El anciano estaba desentrañando los misterios de las letras para las tres, si bien la niña era sin lugar a dudas la alumna más aventajada.

El guiso estaba listo y comerían al aire libre. La idea de Athan de construir un corral con gallinas y conejos, y de plantar un pequeño huerto afuera de la cueva, había resultado un éxito. Marina podía sonreír al salir de la cueva y no encontrarse con un terreno yermo donde solo quedaba un abismo por horizonte, y unos recuerdos en los que había atravesado las tripas de Suer, y visto la muerte de Alvar y del resto de *La Banda*. Ahora disponía de un revoltoso corral, de un huerto que proporcionaba trabajo y comida, y de unas hermosas vistas en los días despejados.

La risa de Damara lo inundaba todo y Marina supo al mirar a los ojos de su hija, que el anciano, estuviera donde estuviese, echaría de menos a la pequeña. Desde que Athan se marchara pensaba mucho en él, y no tanto por lo que les había dicho, «debo reunirme en Capitolia con Elmer para cumplir con mi palabra y para deshacer una Profecía», cuanto por las condiciones en que lo había hecho, tras volver de una de sus ausencias con la cara arañada. El anciano jadeaba cuando las reunió para comunicarles su marcha. Aún tenía restos de sangre reseca, fuera suya o no.

—No creo que nada ni nadie vaya a molestaros —dijo a las dos parias mientras levantaba en vilo a Damara y daba vueltas con ella—, pero por si acaso, os procuré unos buenos amigos.

Desde entonces sentían la manada de lobos más cerca que nunca, si bien su presencia no perturbaba a Marina. Los lobos nunca parecían amenazantes, ni siquiera el más grande, con una enorme y extraña mancha verde que le recorría todo el lomo.

—Mamá buena, mamá buena —repetía la niña entre bocado y bocado.

El ciclo estaba despejado de toda nube y las vistas al valle eran hermosas. Adel alabó el guiso.

Marina no se recordaba tan feliz. Dejó perder la vista por el horizonte, en dirección al Oeste, y a lo lejos quiso ver una gloriosa batalla donde el nuevo rey de Paria se alzaba con la victoria, llevando la paz y la prosperidad sobre una tierra que nunca había tenido ninguna de las tres cosas.

Sin embargo, la presencia de los lobos a menos de cien pasos, visibles en la ladera cercana, preocuparon a Marina en esta ocasión. Los lobos parecían mostrarse inquietos, tal vez porque les había llegado el aroma de la comida. Tal vez...

CAPÍTULO II

Queremos y necesitamos justicia, y para ello necesitamos y queremos esta revolución. Revolución en la que o triunfamos, o morimos.

Palabras de Bravalo a los suyos la noche antes de la revuelta.

Al amanecer tan solo una veintena de soldados parios habían abandonado el campamento. Estos eran demasiado viejos, demasiado jóvenes, o estaban demasiado enfermos, y habían decidido regresar a sus casas. Nadie les había detenido, ni se marcharon bajo una lluvia de insultos. Más bien al contrario y muchos estuvieron a punto de imitarles, pero finalmente se contuvieron, por el momento...

Elmer supo que había llegado la hora de tomar la decisión.

En el pabellón real se encontraba reunido el Consejo del rey; es decir, Elmer, su Capitana y el General, y los burgomaestres Anvar y Tirio. También habían sido llamados el resto de oficiales superiores, miembros todos de la que fuera la milicia de los *Tarados*, y responsables a esas alturas de las distintas divisiones del ejército. Incluso se encontraba el novicio sacerdocio a quien el rey liberara y perdonara la vida en el campamento del Sapo. Solo faltaban el

Comandante Wint, que aún descansaba tras su encuentro con la Capitana, y Athan.

El rey ya no esperaba al anciano, lo había hecho durante demasiados ciclos y en la última noche decidió borrar su esperanza. No obstante, Elmer parecía resistirse a dar comienzo a la reunión, y observó silencioso a quienes menos atención prestara en los últimos tiempos.

Aston y Gradon se gritaban entre sí. Como todas las mañanas, estaban borrachos. Seguían sin reponerse de la pérdida de su hermano pequeño, y el alcohol era su escape para reparar su ausencia. El rey sabía que no eran una buena elección para dirigir nada, y sin embargo, les había nombrado tenientes.

El contrapunto de los hermanos era el silencioso Pan, quien a juzgar por su mirada esquiva, anhelaba no encontrarse en el pabellón. En su momento quiso rechazar su ascenso a oficial, pero su petición fue desoída.

El teniente Vige trataba de mediar entre los hermanos. En cuanto pudiera, el antiguo cocinero de los Tarados se quejaría de los nuevos cocineros del ejército. «Como sigan sin hacerme caso —diría como otras tantas veces—, terminarán por envenenarnos». El rey sabía de la exageración, así como que no era excesiva.

Por su parte, Ben se mofaba de Visamaus diciendo que los perros del primero componían mejores versos que el segundo. El juglar amenazó con recitar nuevas composiciones y Elmer decidió parar aquello. El rey alzó la voz e indicó a todos que guardaran silencio. Nadie rechistó.

—Nuestro asedio se acaba. ¡Mañana, al declinar Vespertina, atacaremos Capitolia!

Tras unos segundos de contención hubo gritos de júbilo. El rey ya era el único que se obstinaba en mantener el asedio sin atacar la ciudad. Cuando no sabían que las tropas honorias se acercaban, su decisión era cuestionada, pero después de que la información del Comandante Wint se propagara como las malas cosechas en tiempos de sequía, mantener el asedio parecía un suicidio.

El rey volvió a hablar:

—Mañana, al ocaso, tendremos una prueba de fuego. Y ese fuego se llevará muchas vidas. Así es la guerra, pero no olvidemos nunca que la nuestra es justa. Recordadlo, porque tendremos que ser un ejército en busca de justicia, y nunca, una horda de campesinos buscando venganza.

El resto de la reunión consistió en discutir los pormenores de la toma de Capitolia. Era evidente que por tiempo y preparación, no estaban para floridas estrategias ni para tácticas complicadas. Del mismo modo, el rey rechazó el uso de la magia como elemento central del ataque, pues en la ciudad debían existir reservas de anarcanita, y él era el único con poderes mágicos.

Visamaus propuso que se nombrara a un campeón, en concreto al rey, o a la Capitana Liv, para enfrentarse al campeón que eligiera Sagh. Max preguntó entonces al poeta:

—¿De dónde habéis sacado tan peregrina idea?

A lo que el bardo contestó:

—De la inspiración.

La propuesta se zanjó con la respuesta sentenciosa del General:

—Sospecho que Sagh no tiene las mismas inspiraciones que vos, y en cualquier caso, no es idiota.

No hubo réplica.

Para sorpresa de todos, el novicio quiso aportar su grano de arena, y no sin miedo en la voz, sugirió que deberían rezar al Padre antes de la batalla. Liv trató de amedrentar al joven sacerdocio con una respuesta bastante blasfema, pero fue cortada en seco por el rey.

—No es tan mala idea —dijo Elmer para sorpresa de todos y desesperación de Liv—. Podemos cambiar las piedras por rezos y hacer que los honderos envíen mensajes por encima de los muros de la ciudad, animando a sus habitantes a la revuelta en nombre de Paria, del Padre y de la justicia.

Elmer estaba convencido de que dentro de Capitolia tenía seguidores que por miedo, debilidad o sensatez, no se movilizaban para intentar derrocar a Sagh, pero tal vez un empujón en el momento justo, pudiera cambiar el sino de las cosas. Las piedras con mensaje serían un intento; el asalto, la apuesta por el doble o nada.

Finalmente la estrategia quedó fijada cuando Vespertina alcanzó su cémit. Las horas se habían sucedido veloces y el rey ordenó un alto para comer, justo tras descartarse asaltar las murallas y decidirse un ataque frontal contra la Puerta Este, por ser la más vulnerable al fuego y a los arietes, por no estar bloqueada con bloques de piedra como ocurría con la Puerta Sur, y por ser la más idónea en cuanto a los accesos a la ciudad.

Tras la comida, que no fue del gusto de nadie, y menos aún del antiguo cocinero Vige, se prosiguió con la planificación del ataque.

Cuando Vespertina al ciclo siguiente hubiera ocultado la mitad de su disco naranja, comenzaría la ofensiva con el fuego y el ariete, para derribar la Puerta lo antes posible. Una vez se consiguiera, entrarían sucesivas oleadas de soldados. Elmer esperaba minimizar el daño de los arqueros capitolios con su magia de alcance y con los grandes escudos que se habían fabricado con la madera de los árboles del lecho del río.

Aston y Gradon pidieron ser la primera compañía en atacar. Elmer se lo concedió bajo la condición de permanecer sobrios. El rey iría en la tercera oleada, tras la Capitana, quien se obstinó en marchar la segunda, tras ceder a regañadientes sobre la primera embestida. El consuelo de Elmer radicó en que en caso de desastre, Max quedaría al mando de lo que quedara del ejército. El General y sus soldados no podrían atacar hasta que la puerta estuviese tomada y la victoria pareciese probable.

Elmer no hubo agotado los detalles del plan cuando sintió todo el peso de la duda y la angustia. «Mañana —pensó para sí— se resolverán estas incertidumbres, pero pase lo que pase, cambiaré unas preocupaciones por otras... Salvo que muera y encuentre la paz». Una parte de él deseó que así fuera.

El pabellón poco a poco se vació según se ataban los pormenores. Al final, solo quedó su Consejo. Elmer tuvo la tentación de librarse de todos, excepto de Liv. Si lo hubiera hecho, si hubiera dicho que quería discutir los últimos aspectos del ataque con la Capitana, que el resto se había ganado un merecido descanso, no habría resultado extraño. Y tal vez, una insinuación bastara para que los sueños de noches anteriores, se convirtieran en realidad. Según aumentaba su cansancio, aumentaba su deseo.

—Marchaos todos —dijo sin embargo, con un tono de repentino malhumor que sorprendió a los consejeros—. Lo que quede por resolver, lo haremos mañana al amanecer.

Nadie discutió la orden, pero cuando el Consejo se disponía a salir del pabellón, la lona fue descorrida desde afuera y apareció el anciano Athan. El rey no le había vuelto a ver en persona desde que abandonara Dima incitado por el anciano, con una pequeña milicia de desharrapados en busca de bandidos a los que ajusticiar. Desde entonces, era difícil encontrar algo que no hubiera cambiado.

—¿Llego tarde? —preguntó Athan con una sonrisa que afloró entre una barba que ganaba terreno en su rostro, camino del matorral blanco con el que Elmer le descubriera por primera vez, preso en una jaula.

—Supongo que llegáis justo a tiempo, viejo —el rey, tras reponerse de su sorpresa, puso una cara de alegría y de preocupación alternativa, al observar al anciano cansado, consumido y con largas cicatrices que recorrían sus brazos—. De hecho, tenéis el tiempo justo para descansar, pues mañana atacaremos Capitolia.

—Vaya, si lo llego a saber, no castigo mis huesos por tan poca cosa, pues soy de la opinión de enfrentarnos directamente y a campo abierto, contra el ejército honorio, contra las tropas del general Gardar que se nos vienen encima.

De inmediato, murmullos de desaprobación y de enfado llenaron el pabellón.

—Nos pagan por matar y eso es lo que vamos a hacer.

—Lo sé, Malasombra —dijo timorato Eryx el Mago—. Solo pido que no nos excedamos, que no destrocemos nada de lo que hubiera allá arriba. Esta montaña me transmite extrañas vibraciones, y quisiera poder estudiarla.

—Habéis escuchado, granujas —replicó Malasombra con una sonrisa, volviéndose al resto de la compañía—. El maguito quiere que seamos limpios y aseados.

—No sé, jefe —dijo Pedo el Flaco rascándose una mejilla llena de psoriasis—. La mejor cabeza no está en esa cueva, y ya veremos la del *agüelo*, pues lo mismo tampoco está, según cuentan los *jaldeanos*. De las otras, apenas nos darán unos cientos de espadines como para andarnos con *mirandeces*.

—Con miramientos, ¡cretino! —le corrigió Boro el Dulce—. Y lo importante es la diversión. Ahí arriba hay dos mujeres y una niña. ¿Qué más se puede pedir?

Caty la Bella le miró con asco y faltó poco para que no le escupiera, pero aún tenía heridas recientes de la última pelea entre ambos, y decidió reservar fuerzas y tragarse la bilis que le producía Boro.

La conversación de la compañía mercenaria llamada *Las Sombras*, continuó mientras iniciaban el ascenso a Dima. La mañana comenzaba a despuntar con Lucero radiante, aunque las nubes cubrían parte del cielo.

—Jefe —habló un muchacho feo llamado Escipo, decepcionado por la paz entre Caty y Boro—. ¿Ya decidió quiénes marcharán a alistarse a las filas del falso rey, y quién irá a Sacerdocia para cobrar la recompensa por las cabezas que vamos a cortar?

—A Sacerdocia no irán más de dos —contestó malhumorado Malasombra al observarse los sobacos de su camisa y comprobar que ya había comenzado a sudar—, y tú no serás uno de ellos, así que continúa y cállate.

Malasombra encabezaba la marcha, seguido por Anabel la Muda, de quien el líder de la banda pensó que tampoco sería la elegida para

ir a la isla, pues no quería desprenderse por las noches de sus arañazos. Del resto tuvo dudas y decidió dejar el tema para cuando no le quedara más remedio que tomar una decisión.

Orejón, quien marchaba el último, hizo callar al grupo con un siseo. El mercenario tenía ambas orejas cortadas, pero nadie discutía sobre sus privilegiados oídos. Era el rastreador del grupo y el segundo de Malasombra. Decidió pasar de la retaguardia a la vanguardia. No dio explicaciones, nadie rechistó.

Tras varias horas de ascenso, la montaña ofreció paredes por las que tuvieron que marchar pegados, y sus pasos tuvieron que cubrir desfiladeros estrechos que exigían un gran esfuerzo físico.

Malasombra pensó, mientras se deshidrataba y se rascaba su barba negra, que si la información sonsacada en las aldeas cercanas a Dima era correcta, la cueva que buscaban no podía quedar muy lejos, ni ser muy difícil de encontrar.

Poco después, en un desfiladero algo más ancho que las paredes estrechas recién atravesadas, Ben el Oso estuvo a punto de despeñarse tras perder por unos segundos el conocimiento. Tenía tanto vello por todo el cuerpo, que parecía llevar incorporado un manto a la piel, lo que unido al calor y a su tamaño, resultaba una mala combinación para tal lance. Ben rugió por un descanso y Malasombra accedió, no estaba mucho mejor que el grandullón.

—Ya debemos estar cerca —dijo Malasombra agarrando un odre de agua de su petate.

Escipo preparó una frugal comida a base de pan duro, fruta pasada y vino malo.

—¿Por qué sonreís así? —preguntó entre bocado y bocado Caty la Bella a Eryx, quien miraba hacia la cara de la montaña con una expresión ciertamente estúpida.

«Porque siento tanta energía en esta montaña, que podría convertir tu feo rostro en una belleza sin igual», pensó el mago decir, aunque se limitó a contestar:

—Porque esta montaña es... diferente.

Malasombra vertió lo que le quedaba del odre por su cabeza. Un millar de gotas resbalaron y se le perfilaron en la enmarañada barba, indecisas de si desprenderse hasta el suelo, o fundirse con las cedras duras. El mercenario jefe se acercó a Orejón, algo apartado del grupo.

—¿Qué os inquieta, amigo? ¿Qué os dice vuestro instinto?

—Lobos, jefe. O más bien, me inquieta su comportamiento extraño. Nos olfatean y se alejan, es como si nos estuvieran vigilando.

—¿Muchos?

—No sé con seguridad, una manada; menos de veinte, más de diez.

—¿Peligro de ataque?

—Somos muchos como para que lo hagan, y si se atreven, tal vez alguno de nosotros caiga, pero si estamos atentos acabaríamos con ellos sin duda. Aun así...

—Aun así permanece atento, confío en vuestro oído y en vuestra nariz, tanto como en mi espada.

Reanudaron la marcha y una hora más tarde llegaron hasta la cueva que buscaban. Inconfundible, se hallaba a la vuelta de un desfiladero, en una pequeña explanada con una sima a la izquierda. Coronando la oquedad grande y bien formada, había unas runas que Eryx no pudo descifrar. No divisaron movimiento en el exterior al margen de gallinas y conejos en una especie de corral que no hubieran imaginado encontrar allí. Habitase quien habitase, preferían el frescor interior de la montaña, a las horas tórridas que se daban en ese momento.

Malasombra recapituló lo que había escuchado en las aldeas cercanas a la falda de Dima; que la cueva era el hogar donde nació quien ahora se proclamaba rey, criado por osos y lobos hasta que el Padre le eligió para liberar Paria; que junto al encargo divino, el Elegido se había hecho con una esposa y con una amante gracias a su maestro,

el poderoso e invencible anciano que controlaba las tormentas y que llegara a la montaña precisamente para revelar al joven su destino; que el Elegido se había marchado a cumplir su misión, pero el anciano se había quedado para cuidar a la futura heredera, una niña nacida..., no se tenía claro si de la amante o de la esposa.

El líder de los mercenarios escupió al suelo y se preguntó si los aldeanos no le habían estado tomando el pelo con tanto cuento. Luego recordó el encargo que le hiciera el alto sacerdocio, escueto en sus órdenes: «cien triángulos de diamantino por la cabeza del falso rey, mil espadines de oro por la del viejo y cien espadines de plata por cada pista que desaparezca». No hizo falta que le explicara a qué se refería con la palabra «pista».

Malasombra hizo una mueca de desagrado al recordar que iba a matar a un anciano, a dos mujeres y a una niña, pero se dijo que el trabajo era el trabajo y que él ante todo era un profesional.

Los mercenarios esperaban la orden de su líder sin cruzar la distancia que les separaba de la cueva, y este esperaba a Orejón, quien había marchado a vigilar la retaguardia. El rastreador regresó.

—Todo en orden, los lobos parecen haberse esfumado.

Malasombra desenfundó su espada y se colocó la adarga al brazo mientras observaba a Eryx. Nunca le había visto tan seguro de sí desde que le perdonara la vida, al unirse a la Compañía de Las Sombras, hacía ya dos años.

—Hemos venido a hacer un trabajo —terminó por decir Malasombra—, y será un trabajo bien hecho. Nos han pedido que no seamos crueles con las mujeres y con la niña, y cumpliremos también con eso —Boro el Dulce borró su sonrisa de la cara, muy decepcionado con lo que acababa de escuchar—. Muertes rápidas, sin explicación, sin dolor. Y cuidado con el viejo, unos nos dicen que está, otros que se marchó..., aunque, supongo, mago, que podréis encargarlos de él.

—Nunca he podido encargarme mejor de nada.

—Pues no hay más que hablar, hagamos lo que tenemos que hacer —sentenció Malasombra.

Bravalo no se concedió el privilegio de la duda, había que matar para iniciar la revolución.

—¡Sangre y libertad! —gritó, y de inmediato clavó en la cabeza un pico de minero a uno de los guardias.

El otro guardia se agarraba la garganta después de que el viejo le hubiera rebanado el pescuezo con un cuchillo. La revuelta en la mina había comenzado. No había marcha atrás.

En *El pozo Negro*, en lo más recóndito de la galería más profunda, se hallaban Bravalo, Ailoon el Anciano, de quien tan poco se sabía, y Ron, el compañero de encierro en esta ocasión del primero. Los tres rebeldes esperaban llegar a la superficie al menos junto a treinta mineros más, siempre y cuando ningún traidor desbaratase los planes y estos saliesen como estaba previsto.

Hasta ese momento todo había salido bien, pero se trataba de la parte fácil: provocar un nuevo encierro de Bravalo en el *Pozo*, y que el viejo, en apariencia inofensivo, se presentase con la ración de comida concedida por los honorios para los prisioneros. En lugar de sopa aguada, Ailoon llevó la sangre. El viejo, desgarbado y con la cara casi cadavérica, registró los cuerpos de los guardias: una espada y dos cuchillos fue el botín que entregó a los mineros. Estos se hallaban hambrientos, pero no había tiempo que perder, y dejaron los cadáveres y la sopa en la celda. Una enorme energía recorría a los mineros, como se constataba en el brillo de sus ojos, reflejado gracias a la antorcha que tomó Ron en sus manos.

Ailoon parecía saber lo que hacía. Fue el impulso final que necesitara Bravalo, el cual apenas se había preguntado quién era ese viejo llegado hacia unas semanas para trabajar en la mina, o cómo era posible que a sus años aguantara el trabajo al que se le sometía sin caer rendido. Y por supuesto, el joven rebelde daba por hecho que el viejo

conocía al rey del que no paraba de hablar, un rey al parecer justo, que clamaba por la libertad y la justicia de Paria.

Cuestiones que Bravalo no había querido plantearse demasiado, porque lo que él buscaba eran hechos y no respuestas. Allí mismo, junto a los cadáveres de los guardias, en la celda a la que juró por el Padre que no volvería jamás, comenzó a ver los hechos que ansiaba.

Bajo la luz de la antorcha se dirigieron al montacargas para llegar al nivel más profundo de cuantos se habían excavado en busca de la preciada anarcanita —más abajo tan solo quedaba el *Pozo Negro*, donde se hallaban—. Bravalo y Ron no se limpiaron el hollín ni las salpicaduras de sangre de sus rostros, y pensaron al verse el uno en el otro, que el plan podía tener éxito.

La revuelta estaba pensada como un camino de abajo arriba, y para conseguirlo, Bravalo tuvo que hacer lo suficiente para volver al agujero. La intercesión de Ron, culpabilizándose frente a Asjorn de ser él y no Bravalo quien se burlara de un capataz del nivel cuatro, hizo posible que acabaran los dos en la celda, pero sin que el líder moral de los mineros perdiera a latigazos la piel de su espalda por reincidencia.

Llegaban a la parte difícil del plan, ascender nivel a nivel, sumar rebeldes y matar a los capataces y a los guardias de cada galería, sin que se dieran cuenta los de las siguientes.

—Es posible, es posible, es posible —se repetía Bravalo mientras el montacargas iniciaba el primer ascenso.

Ailoon había gritado: «¡Arriba!». La tarea del viejo de llevar la comida a los presos parecía cumplida y los guardias ordenaron a los encargados del montacargas que tiraran de las poleas.

Ese nivel resultó sencillo. Los tres guardias honorios perdieron la vida con rapidez, incrédulos, o así parecía reflejarlo su última expresión. El capataz de esa planta, sin embargo, no tuvo tanta suerte, y los cuatro parios que se sumaron a la revuelta se cebaron. Había sido cruel en el mando, y pagó golpe a golpe sus latigazos y sus castigos.

Pronto ganaron otro nivel y sumaron un total de diez efectivos. La ascensión en el montacargas tenía que hacerse en varios turnos, lo que en adelante podía provocar sospechas. Por si fuera poco, los cuatro guardias de esa altura trataron de alertar con gritos a sus compañeros de arriba, mientras luchaban por sus vidas. Los honorios no tardaron en morir, pero mataron a tres parios en su defensa. Ron rezó con su voz rota al Padre, por los suyos y para que los gritos no hubieran alarmado a la galería superior.

—La ventaja de nuestra locura —dijo Bravalo para despejar las dudas que se habían levantado en torno al grupo de rebeldes— es que no hay marcha atrás. ¡Solo nos queda seguir hacia delante!

Hasta la sexta galería no hubo más incidentes por los que rezar. Justo antes de llegar a esta, los rebeldes discutieron al pie del montacargas la posibilidad de perdonar la vida a los guardias y al capataz si estos rendían las armas y se ponían de su lado, pues en ese nivel, tanto los primeros como el segundo habían tratado a los parios con respeto y sin ejercer ninguna violencia. Tras una votación ajustada, se decidió que la revolución exigía sacrificios y que se daría a los *buenos enemigos* una muerte lo más rápida posible. Se rezó por las futuras víctimas y todo salió según lo previsto.

En esta ocasión, Ailoon observó la matanza sin intervenir. Al final en el sexto nivel murieron el capataz, siete guardias y cuatro parios. El viejo sabía de la fina barrera que separa sueños y pesadillas, cuando se trata de convertir los primeros en realidad, pero tenía claro que no iba a ofrecer sus reflexiones a los desventurados. Suficiente tenían ya con sus propias dudas, suficiente tendrían con lo que les esperaba.

Asjorn quedaba más cerca. Habían elegido ese ciclo no solo por estar Bravalo en las entrañas de la mina, sino por estar también el gran capataz en el primer nivel. Eso significaba que el enemigo más peligroso y astuto, más desconfiado, competente y con más guardias a sus espaldas, quedaba lo más lejos posible de la revuelta..., hasta que ya

la tuviera tan encima, que no pudiera escapar de ella. Según se acercaban a él, los movimientos del montacargas en el que no cabían más de cinco mineros por viaje, se hacían más peligrosos, y los espaciaban cuanto podían.

En el nivel previo al gran capataz hubo más guardias de los previstos y menos parios dispuestos a arriesgar sus vidas por la revolución: solo cuatro. Así, puesto que en el primer viaje del montacargas subieron de nuevo cinco y no se pudo esperar a un nuevo viaje, las fuerzas estuvieron más equilibradas de lo que esperaban. Por suerte para los rebeldes y como hasta entonces, el factor sorpresa, los contundentes tajos de Bravalo y la increíble pericia del anciano Ailoon, decantaron el enfrentamiento. Para su desgracia, murieron cuatro rebeldes más, y Bravalo resultó herido en el antebrazo. Este no paró de repetir que era un rasguño, que estaba bien. A lo que añadió:

—No he llegado hasta aquí para preocuparme por un pequeño corte. La libertad está al alcance de nuestra mano y debemos vengar a los compañeros que no podrán volver a ver las estrellas.

Faltaba el último paso y el líder de los rebeldes quiso subir en el primer turno del montacargas, a pesar de que su brazo mostraba que el corte no era desdeñable. Le acompañaría Ron, que había descansado en varios niveles; el anciano, infatigable; y los tres mineros que se mostraron hasta ese momento más hábiles con la espada. Arriba esperaban contar con la ayuda activa de cinco parios más, si en esta ocasión se cumplían las previsiones. Un total de diez rebeldes para los mismos guardias. Si no tenían suerte y no les acompañaba la sorpresa, la revuelta fracasaría en el último momento. Asjorn estaría allí, más les valía que el gran capataz aún no sospechara nada.

Tampoco esta vez se cumplieron las previsiones. En lugar de cinco mineros se sumaron trece. Los supervivientes relataron más tarde que al ver aparecer a Bravalo en el montacargas, creyeron ciegamente en la revolución y decidieron luchar por ella. El precio a pagar fue muy alto.

Asjorn se defendió con valentía y mostró su pericia. A base de tajos y giros causó estragos entre los rebeldes que le rodearon. El capataz atravesó el pecho de Ron, cortó el cuello a un muchacho con el que nadie había contado e hirió de gravedad a otros tres mineros que morirían a lo largo de las siguientes horas. El honorio encontró su final después de una herida crítica que le causó Ailoon en el vientre. Durante la lucha, Bravalo resultó un estorbo por el estado de su brazo, y más tarde se declararía el culpable de la muerte de su amigo Ron al considerar que no le cubrió de un modo adecuado, lo cual tampoco era demasiado preciso. El líder de la revuelta ni siquiera se consoló ante la agonía extraña y los estertores del gran capataz. Asjorn murió entre violentas risas. Para entonces, el resto de honorios también habían muerto.

Al acabar todo, Bravalo no tuvo estómago para ningún discurso, y vomitó a la entrada de la mina, donde se desparramaba la hermosa luz de la tarde. Ailoon improvisó una venda y unas extrañas palabras para el pario. Este no tardó en reponerse y comenzó a organizar el tributo a los muertos, así como los planes para unirse al rey de Paria.

El cielo quedaba teñido de azul y naranja a partes iguales. El calor de la estación seca se atenuaba por las densas nubes desgarradas a su vez por el viento. Athan, Elmer y Liv llegaron al mismo punto de encuentro donde tuviera lugar la primera conversación con el Gran Burgomaestre de Capitolia.

—Ahí viene el seboso, no sé si soportaré de nuevo su sonrisa y su lento pavoneo. De seguro que está encantado con nuestro cambio de plan.

Liv no se mostraba nada satisfecha con lo ocurrido después de la llegada del anciano, y costó convencerla para que repitiera su presencia cerca de la Puerta Norte. Sabía tanto como el rey, pero veía unas consecuencias distintas; volvía a perder de su lado al Comandante Wint, y desperdiciaban la única posibilidad de victoria.

—Jovencita malhumorada, es bueno que Sagh crea que domina la partida, y cebar su orgullo es óptimo para luego desinflarle mejor. De hecho, vuestra insolente presencia está justificada para esa tarea, si no, hubiera preferido al General. No hace falta ni que habléis, tan solo seguid mirando con ese desprecio que os caracteriza.

Athan dijo tales palabras sereno y con una ligera sonrisa.

Después de su viaje, del que apenas contara nada, necesitó menos de una hora para desbaratar la estrategia fijada de ataque a Capitolia, y poco más para organizar un nuevo encuentro con el burgomaestre de la ciudad. Sus palabras, eso sí, solo consiguieron convencer a Elmer, y aunque no necesitara de nadie más para ejecutar sus planes, sabía que con todos en contra, la situación podía descontrolarse si no mostraba prudencia.

Elmer no abrió la boca. Estaba cansado de las disputas internas y prefirió concentrarse en las cuatro figuras que se acercaban hacia ellos. Sagh marchaba en el centro de la comitiva y marcaba el paso, era un paso lento. El burgomaestre vestía su habitual ropa chillona y holgada. Al moverse, tenía dificultades para coordinar su sonrisa con las oscilaciones de su cuerpo. A su derecha quedaba Gregor el Fuerte, el robusto capitán de la milicia de Capitolia, cuyo sobrenombre no era una casualidad. A su izquierda caminaba Noros, el mercader más rico de la ciudad, quien lucía una sonrisa engarzada de piezas de oro y se cubría los hombros con un mantón de seda dorada que le caía hasta la altura de las rodillas. Por último, detrás del burgomaestre, la figura delgada y alta del sacerdocio Wellun, la principal figura religiosa de Capitolia.

—Por cómo se desarrolló nuestro primer encuentro —Sagh habló nada más llegar, y se mostró ufano, aunque el viento le descolocó el escaso pelo repeinado hacia la derecha—, temí que en el siguiente estaría de rodillas y suplicando por mi vida, pero resulta que es el *ilegítimo* el que me suplica una reunión con alguno de mis mejores amigos. ¿Pensáis acaso que con ellos cambiaré de postura y rendiré

la ciudad? Pero, ¿ya habéis confirmado por un casual que las tropas de Honoria están en camino? Y aún permitidme otra pregunta, ¿quién sois vos, anciano, que acompañáis a este falso rey y a la bella de mirada enfadada?

—Cuántas preguntas, burgomaestre; pero seré generoso y os responderé a lo que os interesa —Elmer sabía que no debía caer en provocaciones—. Os contesto «sí» a lo de las tropas honorias; que no hace falta que os arrodilléis..., todavía; y os explicaré por qué os pedí venir junto a vuestros «mejores amigos». Un rey debe ganarse el respeto de sus súbditos y eso es lo que hice hasta ahora, razón por la cual tras nosotros acampan miles de vidas dispuestas a sacrificarse si se lo pidiera. Sin embargo, reconozco que aún no me he ganado vuestro respeto, y eso es lo que me propongo hacer. Queráis o no creerlo, mi ejército podría entrar en la ciudad, pasaros a cuchillo a vos y a toda vuestra comitiva, y gobernar Capitolia tras una estela de sangre —Sagh se guardó su sonrisa y el resto de los aludidos, especialmente el Capitán Gregor, se tensaron—, pero esta posibilidad, propia tal vez de Honoria o de Arcania, no me parece el mejor de los estilos..., de momento. Celebrad pues vuestra suerte y preparaos para asistir a una gran batalla, porque desde las viejas murallas de la ciudad, podréis asistir al primer combate, que no al último, entre los Reinos y Paria. Mi ejército se enfrentará a las tropas del General Gar-dar y las derrotará ante vuestras narices. Cuando lo hayamos hecho volveré a este mismo lugar, y si en esa ocasión no nos abrís las puertas, si ni siquiera entonces me he ganado vuestro respeto, no tendrá más remedio que desgrasaros con mi espada. Si rogué que os acompañaran los aquí presentes —Elmer posó por un instante su ojo verde y fiero en todos ellos—, fue porque quiero que mi mensaje llegue a todos los estamentos de la ciudad, pues llegada la hora, no considero de justicia que sea un engréido como vos, quien apenas puede ponerse en pie, el que decida la muerte de tantos inocentes. Y ahora que me habéis oído, podéis marcharos, vuestro rey habló.

A Sagh la indignación le recorrió de arriba abajo, y sin embargo, no hubo réplica alguna de su boca. La rabia le quemaba por dentro, pero por fuera no pudo hacer más que mirar rabioso a Gregor, a Noros y a Wellun, y comprobar que tampoco ellos decían nada. Finalmente, rojo de ira se dio media vuelta y regresó a los muros de su ciudad con un paso bastante más acelerado que con el que había llegado. El resto hizo lo propio.

—¿Qué es lo que ha ocurrido aquí? —preguntó Liv, confusa—. ¿Qué les hizo, viejo?

—Apenas nada —respondió lacónico Athan.

Los tres regresaron al campamento. Sobre ellos cayeron miradas ansiosas y llenas de angustia de los reclutas, que no querían creer lo que no paraban de escuchar: que se iban a enfrentar a las tropas honrías en lugar de asaltar la ciudad asediada durante la última semana. El miedo al rumor, que pronto se confirmaría, comenzaba a causar estragos en la fidelidad que los campesinos sentían hacia su rey.

La Capitana no se dio por vencida en su postura y cerca del pabellón real insistió:

—A pesar de la puesta en escena que acabamos de hacer, sigo pensando, viejo, que nos habéis condenado. Nuestra única posibilidad era tomar Capitolia. Cuando lleguen las tropas de Gardar nos van a barrer del mapa. No estamos preparados aún para enfrentarnos a un ejército de verdad, y menos si lo comanda el competente General de los Nueve.

—Estaremos preparados cuando tengamos que estarlo —contestó el anciano sin dejar de mirar los ojos negros de la Capitana—. Por eso hemos montado la función. Esperemos que no se eche a perder.

Entraron al pabellón sin que Athan añadiera nada más y fue Elmer quien salió de su mutismo para empezar a dar órdenes. Un viento racheado golpeaba las lonas de la tienda.

—Capitana, avisad al General Max y al resto de oficiales, quiero movimiento ya. Al anochecer hablaré a los soldados y les explicaré

que se avecina nuestra primera prueba de fuego. A partir de mañana habrá que aplicar mano dura contra las deserciones, quien quiera marcharse podrá hacerlo esta noche, pero los que se queden...

Y casi en un susurro que Liv no llegó a escuchar bien, salvo en sus tres últimas palabras, el rey añadió:

—Si el comandante Wint y su patrulla no regresan pronto, y si no lo hacen con ciertas noticias, entonces quiero estar preparado para saber dirigir a mi ejército... hacia una matanza.

En los dos ciclos siguientes la tensión estuvo a punto de hacer reventar el campamento. A pesar del emotivo discurso que diera Elmer a su ejército, no hubo manera de contener las deserciones, ni las peleas entre detractores y defensores del rey, ni el descontento generalizado por la continua propagación del miedo.

Hacia ellos marchaba un temible ejército, entrenado durante años en las armas y en la estrategia militar, mientras que ellos no eran sino un grupo de campesinos que ni siquiera contaban con una espada y un escudo para cada uno. La sed de justicia había empezado a saciarse de pronto y comenzaba a ser un clamor el reclamo por la sed de vida. Elmer ya no alentaba a que sus oficiales repitieran el discurso sobre el no derramamiento de sangre de los hermanos de Capitolia, era preferible permitir la respuesta de, «mejor su sangre que la nuestra».

—¿Por qué no compartir nuestra esperanza ni siquiera con mis oficiales? —terminó por preguntar con angustia Elmer al anciano, al atardecer del tercer ciclo de espera—. He aprendido a confiar en vos, pero esto...

—Porque tal vez me equivoque —contestó Athan con una calma impasible que desesperó al rey—. Y mejor será tener a nuestro ejército temeroso y al borde de la rebelión, pero preparado para lo que sea. Por otra parte, ponéis a prueba la lealtad de los vuestros, y eso para vos como rey no tiene precio de cara al futuro.

El Comandante Wint finalmente regresó al amanecer del cuarto ciclo desde que partiera. Wint dio su informe a punto del desmayo: el ejército del general Gardar no marchaba a liberar del asedio a Capitolia, había tomado una ruta hacia el Sur que le conduciría directo hacia las Llanuras del Estrecho, donde había estallado una revuelta que debía sofocarse de inmediato. El abastecimiento de anarcanita primaba sobre atender las demandas de Capitolia.

Pocas horas más tarde llegó un cuervo a la ciudad asediada. El ejército parió lo vitoreó y lo alentó al suponer que informaba a Sagh de lo que ellos ya sabían. Para entonces, Elmer había dado la orden de mover a su jubiloso ejército desde la orilla del río Vida, donde esperaban el enfrentamiento contra Gardar, hasta las murallas de Capitolia.

El gran burgomaestre Sagh, con el mensaje del cuervo en la mano, solo rindió la ciudad tras la presión de sus amigos; el Capitán de la milicia de la ciudad, Gregor el Fuerte, el mercader Noros, y el sacerdocio Wellun. El rey se había ganado el respeto y el miedo de estos. Elmer entró en la capital de Paria sin derramar una gota de sangre, sin apenas armas en su haber y con un ejército de campesinos.

Sagh, con unos pantalones y un chaleco ordinarios y descoloridos, se arrodilló poco más tarde en la sala del Consejo de la ciudad. Fue el propio Elmer quien le ayudó a levantarse, dejando la cabeza de Sagh sobre sus amplios hombros, tras desoír el consejo de Tirio, de Liv y del rico mercader Noros. El alcohol vino a curar el ánimo de los disconformes y a saciar a los que no tenían queja alguna. La Capitana y Wint fueron los primeros en desaparecer bajo la atenta mirada del rey, quien pronto se desprendió de ellos para centrarse en el anciano.

—¿Qué os preocupa? —preguntó el rey cuando Athan abandonaba la sala con rostro serio.

Elmer quería exigirle respuestas, como la que explicara por qué sabía que Gardar cambiaría su objetivo. Sin embargo, el rey se percató

de que las cicatrices de los nervudos brazos del anciano habían comenzado a sangrar.

—Algo va mal en nuestro hogar, la pequeña y su madre están en peligro.

—No podéis marcharos de nuevo, Athan —dijo el rey, solemne—. No ahora. Además, ocurra lo que ocurra, no llegaríais a tiempo.

—Lo sé —contestó el anciano limpiándose la sangre de la cicatrices—. Lo sé.

CAPÍTULO III

—Cuando cumplí nueve años —el maestro Solvi miraba a su pequeña pupila con reprobación después de lo que había hecho—, mi padre me regaló mi primera espada de acero. «Una espada es un medio para conseguir un fin —me dijo entonces—, pero por mucho que tengamos el mejor medio y seamos el mejor manejándolo, si el fin perseguido es un error, antes o después nuestra arma nos traicionará».

Arenga que recibió Reika cuando era una niña, en su formación junto a Solvi.

La reina bajó las escaleras que conducían al calabozo con la cabeza inclinada, no quería golpearse contra las húmedas y mohosas piedras del techo. No lo consiguió y se golpeó en varias ocasiones.

—Finn el Constructor no tuvo bastante con levantar el Palacio en lo más alto de la ciudad —protestó Reika tras magullarse con un saliente—, sino que además horadó la Loma para terminar de fastidiarme.

—Ya casi hemos llegado, alteza —dijo Freydis, el jovencísimo Comandante de la Guardia Real nombrado por la insistencia del Capitán

Ari, para sustituir al desventurado Olafur, dado por muerto, aunque todavía no hubiera aparecido su cadáver.

Llegaron al último tramo de escaleras, a punto de alcanzar los calabozos más inhóspitos, si es que un calabozo en cualquier lugar puede tener algo de cómodo y de grato. Freydis abría la marcha con una antorcha, tenía los hombros anchos y era apuesto, apreciable incluso bajo la luz trémula que le envolvía, pero su baja estatura le libraba de retorcerse en un escorzo para no golpearse contra el techo, como sí debía hacer la reina, que marchaba justo detrás.

A Reika le seguía una soldado con varias vendas en su rostro y con una antorcha. Se trataba de Dalla, la misma que durante el Desfile Anual ayudara a salvar la vida de su reina y la de sus consejeros, al posibilitarles escapar cuando se produjo la insurrección tras el asesinato de Iscar, la esposa de Hakon y la víctima de su propia conjura. Dalla perdió en aquel lance un ojo y una oreja, pero tras una larga convalecencia velada por su propia reina, se había convertido en su sombra.

Doblaron el último recodo de las escaleras. Reika se preguntó cómo andaría el prisionero tras varias semanas de cautiverio e interrogatorios. Llegaron al calabozo. No era demasiado amplio, pero al menos le permitió erguirse y la reina sintió un cambio a mejor de su humor, tornadizo y a flor de piel, especialmente en los últimos ciclos.

Kolli, el otrora atractivo y noble coronel, quedaba colgado del techo por una cuerda, mientras que otra le ataba los pies. Estaba desnudo, lacerado, exánime, en mitad de la estancia y fuera de su celda. Escoltaban a aquella ruina, con caras serias y de desagrado, el Comandante Grimm y el gigante Kohdran, más alto aún que Reika, mucho más corpulento y casi tan taciturno como su compañero.

—Comandantes —la reina contempló el cuerpo y las cicatrices del Coronel sin emoción aparente—, ¿sabemos algo más sobre los planes del traidor Vestein?

—Nada nuevo, mi reina —se limitó a decir Kohdran, y se apartó de Kolli para dejar espacio a Reika.

Al hacerlo, el gigante mostró su cojera.

«A cada paso —pensó Reika al ver moverse a Kohdran—, mi acero le recuerda a quién debe lealtad. Eso, y que conserve su cabeza y su puesto, debería bastar para que se olvide de jugar a la traición».

—Nada nuevo, mi reina —dijo también Grimm—, y si me permite opinar, no va a decírnos nada que no sepamos ya... y sea verdad. Aunque si lo que busca oír es cualquier cosa, el aún Coronel de la Guardia se encuentra en ese punto.

«Fue un insolente con Hakon y lo es conmigo —pensó la reina mientras esbozaba una sonrisa que hubiera hecho temblar a la mayoría de sus súbditos, pero que no inmutó a su oficial; horas más tarde recogería en su diario esa impresión y las que siguen—. Sin embargo, me ha sido siempre leal, y si conservo mi corona y la vida, en buena medida se lo debo a él. Y eso sin contar con su polla y con su lengua, que me divierten y me sacian... ¿o lo hacían?».

—Despertadle —ordenó la reina, escapando de sus reflexiones—. Hay que acabar con esto. Va a contar lo que sepa, y lo que haga falta.

La orden no tuvo destinatario y generó un cruce de miradas indecisas entre su Guardia Real. Finalmente fue Dalla quien tomó la iniciativa, y tras mirar con desdén al Comandante Grimm, agarró un cubo de agua fétida y lo arrojó sin contemplaciones a la cara del prisionero. Restos de sangre del rostro amoratado e hinchado de Kolli, salieron despedidos. El Coronel abrió los ojos cuanto le dejó la hinchazón, y al reconocer la presencia de su reina hilvanó una sonrisa que resultó tétrica y rota.

—Mi amada reina —sus palabras tuvieron cierta fluidez—, cuánto tiempo, cuántos cambios desde nuestro último encuentro... íntimo.

—Es verdad, mi Coronel, pero estos cambios son consecuencia de la traición, y más aún, de vuestra repetida apuesta por el perdedor. He venido para ofreceros más cambios, pero esta vez a mejor, si me

decís dónde se esconde ese conspirador nato, como vos mismo lo llamasteis en una ocasión más feliz a esta. Quiero daros descanso, pero para ello necesito al Teniente.

—Lo que sé, ya se lo dije a mis queridos camaradas —Kolli intentó poner voz irónica, pero se fue desinflando poco a poco hasta que sonó patético—. Mi amada reina, la tortura estropea el atractivo... y yo no quería ser estropeado. Y aun así, aun con mi sinceridad, aun reconociendo mis traiciones, aun confesando que engañamos a Olafur y que Vestein se deshizo de él, y aun reconociendo que planeamos la muerte de la arpía Iscar para hacerla recaer en vos, aun con todo y con eso, no he logrado descanso. Si queréis más me lo invento, pero comprobaríais que es falso, y sé que no os gustaría.

—Mi querido Coronel, ¿habéis oído lo que le cuentan a los niños, eso de que jugar con fuego es peligroso? Vos ya os habéis quemado, pero podéis acabar aún mucho peor. Vuestras confesiones me las creo, y cómo no hacerlo si ya lo sabía de antemano, pero os marchasteis del Reto por la Corona antes de tiempo, mientras Ari y yo dirimíamos nuestras diferencias en la arena. Y eso de que discutisteis porque vos queríais pedirme perdón, eso de que intentasteis detener a Vestein para que no huyera y que por eso cruzasteis espadas, eso de que os hirió en la pierna y os condenó a intentar escapar porque sin él como prisionero no os creeríamos... Todo eso, lo siento de veras, pero no me lo creo, y antes me resulta más probable que toda vuestra historia y hasta vuestra pose, formen parte de su nuevo plan.

—Hacéis más listo al Teniente de lo que es, y lo que es peor, a mí mucho más tonto.

—*Debería cuidarse de todos sus movimientos*, me dijisteis hace tiempo, por una vez sincero. ¡Y eso es lo que hago! ¡Basta de juegos, o me confesáis todo, o lo vais a lamentar de veras!

Sin dejar de mirar al prisionero, la reina ordenó:

—¡Grimm, dadme vuestro cuchillo!

Reika tomó el arma corta que le ofreció su Comandante y probó el filo en una mejilla de Kolli. Este esbozó una sonrisa. No tardaría en arrepentirse de aquello.

La reina agarró los testículos de su antiguo amante y le dio un tajo sin contemplaciones. El Coronel empezó de inmediato a suplicar y a pedir clemencia entre gritos. Toda su fuerza se le escapó de golpe. Balbuceó una vez más lo que ya había contado y dio detalles que resultaron insignificantes a la reina, o al menos insuficientes, pues esta le asestó un segundo tajo que profundizó en la herida anterior.

Kolli confesó entre lágrimas que Vestein no contaba con él y que por eso se enfrentaron en los pasillos del anfiteatro. Reconoció que no había sido rival para el Teniente, quien le había perdonado la vida tras herirle en el costado y en la pierna. Pero el Coronel no pasó de ahí, no había más, juró y perjuró entre súplicas y sollozos; no sabía de los planes de Vestein.

La reina no escuchó lo que quería oír del todavía Coronel. Los presentes contemplaron inmóviles la escena. Grimm se mostraba incrédulo, Kohdran estupefacto, Freydis a punto del vómito y Dalla fascinada. La propia reina se preguntó qué estaba haciendo, y llegó a plantearse si disfrutaba con aquello. Apartó de sí la pregunta, no era propia de una reina; hacía lo que tenía que hacer, y a pesar de ello no encontraba la respuesta. No escuchó el paradero del conspirador Vestein, sino tan solo los gritos de lealtad eterna del desdichado Kolli, sus gritos de clemencia.

Sin embargo, el antiguo amante de la reina no obtuvo lo que mendigaba, y un tercer, cuarto y quinto corte, terminaron el trabajo. Reika, nada más castrarle, con la sanguinolenta masa de los testículos y el pene en la mano, la levantó poniéndola casi a la altura de la cara de su coronel. No lo hizo por crueldad, sino por curiosidad y descuido. Los gritos de Kolli cesaron, el coronel se acababa de desmayar.

La reina arrojó al suelo su obra y devolvió el cuchillo ensangrentado a Grimm, quien lo cogió con asco y una mirada torva.

—Llamad a un matasanos —ordenó Reika a Grimm—, y si salvara la vida, dejadle libre. Queda despojado de todas sus responsabilidades como miembro de la Guardia, queda expulsado de la misma, así como de sus títulos y honores. Pero que siga vivo si es capaz de arrasarse como un gusano.

En una esquina del calabozo el joven Freydis vomitó el desayuno. El gigante Kohdran trataba de mostrarse impertérrito, pero el sudor le recorría la frente y le delataba. Dalla parecía mostrarse orgullosa de la firmeza que mostraba su reina. Grimm, en cambio, aunque pensó callarse por una vez, finalmente no pudo hacerlo:

—Hoy habéis hecho historia, alteza, no se os puede negar que estéis dispuesta a llegar a las últimas consecuencias por vuestro reino. Supongo, sin ser un experto, que ningún rey de Honoria ha castrado antes a uno de los miembros de su propia Guardia Real.

—Esperemos que no aparezca en los libros de Historia —contestó Reika con sequedad—, que tuve que hacérselo a más de uno de mis Guardias.

La reina dio por concluido el interrogatorio al prisionero, repitió la orden de buscar a un médico y antes de comenzar el lento y penoso ascenso por las mohosas e incómodas escaleras, dijo:

—Habrá que cubrir los dos puestos vacantes de mi Guardia. Las Guarniciones del Ave Fénix y del Grifo, requerirán de un digno Teniente y de un valiente Coronel.

El Salón del Laudo, el equivalente honorio a la Sala del Consejo de Arcania, no era especialmente grande, ni demasiado ostentoso, ni tampoco ofrecía las mejores vistas del Palacio de la Loma. Su gran ventanal quedaba orientado hacia la Puerta de la Ganadería, el portón menos solemne y lucido de Espada.

Históricamente la tradición de reunirse en consejo para enfrentar la toma de decisiones del Estado, no era en Honoria tan importante como en Arcania, y se basaba más en la imposición irrevocable del

rey, que en la participación activa del monarca en una decisión consensuada. Reika, educada por Solvi y Heriho bajo un sistema más abierto y menos tradicional, se había propuesto cambiar el modelo y dotar de mayor importancia a las voces de los suyos, sin abandonar, eso sí, su capacidad para decidir, aun en contra de todos los consejeros. Algo que también ocurría, de hecho, en el Reino de la Magia.

En las últimas semanas, sin embargo, se encontraba cada vez más cansada de encontrar pequeñas oposiciones a sus ideas, y tenía la sensación de que a pesar de haber derrotado a Hakon, a pesar de haber vencido al capitán Ari y mostrado clemencia más allá de la Ley, y a pesar de ser la elegida del Padre y de Zarrk, era mirada por encima del hombro, como si se tratara de una niña. «Solvi y Heriho han visto cómo me cagaba y me meaba encima —reflexionaba la reina—, y supongo que es algo que no se olvida con facilidad. En cuanto al resto...».

Reika llegó la última a la reunión. Tras lo ocurrido con Kolli se tomó su tiempo para darse un baño reconfortante y para vestirse con un cómodo y provocativo traje de gasa azul, que traslucía sus pequeños pezones y dejaba al descubierto sus fibrosos brazos y parte de su espalda, no exenta de cicatrices.

El Laudo estaba compuesto, además de por la reina, por el ausente Ministro de Guerra, Oddi, encamado desde hacía un mes y aferrado a la vida por un hilo que nadie comprendía que aún no se hubiera roto. Por el también ausente Gardar, quien marchara a Paria para sofocar la revuelta del falso rey. Por el capitán Ari, recuperado ya del Reto, aunque con la secuela insalvable de la completa pérdida auditiva de su oído izquierdo, lastre que el capitán llevaba con orgullo y señorío junto a su cojera y a la gran cicatriz que atravesaba su mejilla derecha. Por el sacerdocio Heriho, imponente como siempre en su porte, con su gesto acostumbrado de entrelazar los brazos en las mangas de su túnica. Y por el maestro de armas Solvi, quien mucho más menudo que su viejo camarada sacerdocio,

se mostraba intranquilo y hasta disgustado, si atendíamos a sus inquietos movimientos.

—Bien —comenzó a decir la reina tras observar los semblantes de los reunidos, y se sirvió una copa de vino de una jarra que había sobre una consola de roble—, estamos aquí para hablar de nuevo sobre los preparativos de la guerra.

El sacerdocio fue el primero en tomar la palabra:

—Mi reina y Elegida, hace dos horas uno de mis halcones regresó con noticias del general Gardar, traje la nota por si su majestad quisiera leerla en lugar de que le informe a viva voz, pues considero que es de sumo interés.

—Hacedme el favor de leerla para mí, con esa voz cadenciosa que poseéis. Así estaremos todos al tanto..., aunque apostaría a que tan solo faltó yo por enterarme.

Heriho no se inmutó ante el reproche de su reina, cierto, e injusto al tiempo. Era verdad que lo había compartido con el resto de consejeros del Laudo antes de la aparición de Reika, pero también que no tenía sentido ocultárselo ante la inminente reunión. El sacerdocio descruzó sus brazos con parsimonia, introdujo una de sus grandes manos en un bolsillo lateral de la túnica y sacó un pergamino tostado que desdobló con calma antes de empezar a leer:

A la justa y honorable reina de Honoria, por Gardar, su leal General de los Nueve:

Debo informaros que he considerado preciso desoír la petición de ayuda del burgomaestre Sagh al respecto del asedio que sufre la ciudad de Capitolia. El motivo, majestad, lo encontré al atravesar el Paso, donde recibimos noticias que me obligaron a tomar una decisión apremiante aun sin consultarlos, y que espero consideréis acertada, de acuerdo a la prioridad de vuestras órdenes iniciales.

Ocurrió que desde ciclos atrás nos habíamos cruzado con parios, en ocasiones con familias enteras, que afirmaban provenir de aldeas cercanas a Capitolia y que huían de la Región, por preferir según sus propias palabras,

vivir como esclavos en el reino de Honoria, a morir libres, pero con el estómago vacío en la nueva Paria. No encontré entre el centenar de desharrapados con los que nos cruzamos, uno solo que hablara bien de su nuevo y autoproclamado rey, al que acusaban de conducirles al mayor de los desastres en lugar de al paraíso que prometía. Por si fuera poco, describían su ejército como un atajo de descerebrados incapaces de tomar Capitolia, cuanto menos de tener la más mínima posibilidad contra nosotros o contra Arcania, como al parecer proclaman a los cuatro vientos.

Así las cosas, arrasar al susodicho rey en las afueras de Capitolia, parecía una empresa fácil y sin mérito, pero necesaria. Sin embargo, un nuevo encuentro me decidió a cambiar la ruta y los planes previstos. Resultó que nada más atravesar las lindes fronterizas entre Honoria y Paria, nos topamos con un viejo consumido, enclenque y lleno de cicatrices, que marchaba a nuestro reino refunfuñando sobre los nuevos tiempos que se avecinaban. Cuando le interrogué, me dijo que el rey Tuerto era una epidemia que se extendía por toda la Región, a la que su locura amenazaba con destruir rápidamente. Como ejemplo, habló de la Llanura del Estrecho, donde según contó, no solo se habían producido revueltas, sino que los rebeldes habían pasado a dominar el gran yacimiento de anarcanita, y eliminado a las fuerzas honorias que llegaran meses atrás para sustituir a los corruptos intermediarios que desde hacía decenios, se encargaban de suministrar el mineral a honorios y arcanos. El viejo no aportó pruebas de lo que decía, pero no encontré un solo motivo para dudar de su testimonio, y parecía lo suficiente cabal como para prestarle atención.

Y puesto que la misión principal es la de asegurar la región para que haya un correcto fluir del suministro de anarcanita, he adoptado la decisión de aplazar el rescate a Capitolia, dejando que Sagh, al menos de momento, se las apañe contra ese ruinoso ejército del que hemos oído hablar, para tomar la ruta directa hacia la Llanura, donde se encuentran nuestros intereses más vitales.

Sin nada más que decir, esperando no haber contrariado la voluntad de mi reina, se despide siempre a su servicio, su leal General.

Heriho terminó de leer la misiva y miró tranquilo a Reika, aunque con la incertidumbre de su reacción, pues últimamente se mostraba imprevisible y antojadiza.

La reina habló:

—Inquietantes noticias las de nuestro General, más si tenemos en cuenta que ayer mismo debería haber llegado un barco cargado de anarcanita y sin embargo, todavía no ha atracado en la ciudad de Cobre, ni dio señal alguna de su paradero. En cuanto a la decisión de Gardar —el Capitán Ari mostró especial interés en la respuesta de la reina, preocupado como estaba por el acierto o error de su amigo—, ha hecho lo que yo hubiera hecho. Es agradable sentir que una está rodeada de cargos competentes..., y sin embargo, algo me huele mal. No sé, ese viejo..., nunca me gustaron los viejos, aparentan fragilidad, pero son astutos...

Y tras un minuto de silencio que nadie interrumpió, añadió de golpe:

—Heriho, estad pendientes del próximo pájaro, en cuanto llegue quiero que me lo comuniquéis, esté donde esté, haga lo que haga. ¿Entendido?

—Por supuesto, alteza, la Elegida será informada en cuanto uno de mis halcones traiga nuevas sobre el General Gardar.

—Pasemos a vos, mi Capitán —dijo Reika volviéndose a Ari de inmediato—. ¿Cómo se encuentra mi ejército?

Ari se tensó en un primer momento, en un segundo cambió el peso del cuerpo sobre su otra pierna, la que no padecía cojera, y finalmente, tras sacudirse el peto de la coraza gris como si se hubiese manchado de algo, comenzó a hablar:

—Mi reina, a falta de que se nombre un Teniente para la guarnición del Ave Fénix y un Coronel para las capas azules del Grifo, y a falta de los dragones de capa blanca que se han marchado con Gardar, su Guardia se encuentra al completo y lista para lo que ordene. Además, a su ejército regular debemos añadir los soldados que las

ciudades honorias estarían dispuestas a reclutar. La idea que habéis mandado transmitir de que no habrá un solo combatiente, por muy humilde que sea su nombre, sin anarcanita, ha entusiasmado y enfervorecido Honoria, y ha generado una altísima disposición del pueblo y de las grandes familias para la Guerra contra Arcania. El mensaje de inevitabilidad del conflicto y de la debilidad del enemigo, ha levantado el ánimo de los honorios como no ocurría desde hace centurias. El espíritu de lucha honorio, el valor y el ansia de victoria, corren por las calles y fluyen por nuestras venas como nunca pensé que fuera a ocurrir. Poco a poco, majestad, vuestro pueblo, y confieso que yo mismo, nos vamos contagiando de la Profecía, seguros todos de que sois verdaderamente la Elegida por Zarrk.

El Capitán terminó su discurso extrañado de sus palabras, y no porque dudara de ellas, sino precisamente porque creía en lo que decía. Aquella mujer había derrotado al rey Hakon, a quien Ari considerara su hermano, y tras haberle derrotado también a él en la arena, pero concediéndole una clemencia que no esperaba, se veía a sus pies, dudando de alguna de sus decisiones impetuosas, pero creyendo firmemente que había llegado el momento de atacar Arcania y que Zarrk les había enviado para ello a Reika.

La reina escuchó atentamente lo dicho por su Capitán, y aunque se alegraba de oír la disposición de su pueblo para enfrentarse al Reino de la Magia, quiso aclarar dos puntos:

—Las cosas parecen marchar según lo previsto, y me alegra oíros hablar como lo hacéis, pero dejadme que os corrija un poco. En primer lugar, debéis decir que tengo que nombrar a un «coronel» o a una «coronela», y a un «teniente» o una «tenienta». En segundo, no habéis especificado en número, el entusiasmo de mis ciudades por marchar a la guerra.

—Disculpad el desliz lingüístico, ya sabe, majestad, de la fuerza de la costumbre —el Capitán se rascó la cicatriz de la mejilla antes de continuar—, y perdonad también la omisión numeraria. En estos

momentos, los alcaldes y príncipes de las ciudades calculan que están en disposición de reclutar cerca de cincuenta mil soldados, cifra que podría variar hacia lo alto o hacia lo bajo, dependiendo de flecos como quién será su capitán en batalla, o la cuantía de triángulos y de botín que podrán obtener tras la victoria.

La reina, que hasta entonces apenas había probado el vino, dio un largo trago a la copa antes de girar su cabeza hasta Solvi, quien se pasaba la mano por su calva, como tenía por costumbre.

—¿Escucháis, mi querido maestro? A lo mejor sois vos el elegido para organizar a tanto soldado indisciplinado e inexperto.

Solvi quiso hablar, pero le cortó su reina con un gesto, pues no había terminado. Volvió a preguntar a Ari:

—Mi Capitán, ¿de qué ventaja numérica estamos hablando?

Ari se tomó algo de tiempo, movió los ojos ligeramente hacia la izquierda mientras realizaba sus cálculos y terminó por decir:

—En el mejor de los casos para Arcania, vuestro hermano podrá ser capaz de reunir a un ejército de cincuenta mil magos, aunque tal vez no llegue a cuarenta mil, pues no tiene el apoyo incondicional de todas las ciudades arcanas. El caso es que hablamos de tres, e incluso cuatro, y hasta cinco contra uno, a nuestro favor, ventaja que probablemente fuera insuficiente sin la anarcana que precisamos, pero si se cumplen las previsiones, aunque fuesen a la mitad..., entonces la victoria está asegurada. El mineral nos dará una ventaja determinante.

El capitán Ari no creyó necesario añadir más y cambió de nuevo el peso de su cuerpo, dejándolo recaer sobre su pierna maltrecha.

En cuanto a Solvi, el nerviosismo y la cara de disgusto que había presentado durante la junta se solapó en ese momento con un gesto de sorpresa tras escuchar que podría estar al mando de los jóvenes reclutas de las ciudades honorias. ¿Se trataba de una broma, de un premio, o de un castigo? Dependía de cómo lo mirase, pero lo que sí tenía claro es que no podía marcharse del Laudo sin recriminar a su reina lo que había venido a recriminarle, por lo que cuando esta le

preguntó con una sonrisa en los labios si tenía algo que decir, el maestro mostró la insolencia que solo un padre se permite ante su hija, cuando esta es una reina:

—Claro que tengo algo que decir, majestad —la cara de disgusto se le volvió a imponer sobre la de sorpresa—. Me gustaría que nos explique los motivos para hacer lo que habéis hecho en los calabozos.

Tanto el Capitán como el sacerdocio se tensaron al ver el súbito cambio en el rostro de la reina, quien borró la sonrisa perfilada, entrecerró sus ojos, apretó sus finos labios y clavó la mirada en Solvi con evidente enfado. Este no se arrugó y añadió:

—Ya me costaba entender de antemano, majestad, que hubierais mandado a dos de vuestros oficiales a torturar a un tercero, por muy traidor que sea, pero que vos misma le interrogarais... de la manera en que lo habéis hecho. ¿Qué pensará el comandante Helg sobre lo ocurrido con su hermano? ¿Qué vuestro pueblo al que tanto os costó convencer de que sois la reina que debe reinarles? ¿Creéis acaso que un hecho semejante no dará que hablar?

—Así que mi querido Consejero Solvi —la reina no cejó en su intensa mirada—, cuando en vuestras sabias lecciones a lo largo de los años me repetíais una y otra vez que una reina debe aprender a mancharse las manos por su reino y por su pueblo..., ¿no os referíais a lo que he hecho?, ¿no queríais decirme que una reina debe llegar a las últimas consecuencias para desenmascarar a un traidor, por mucho que ese llegar al fondo, resulte desagradable, y aunque el traidor pueda saber cuándo y dónde va a tener lugar la próxima conspiración? La verdad es que estoy muy confusa, pues no podía imaginar que terminara malinterpretando de esta manera vuestras sabias palabras. Y por supuesto —Reika buscó un deje de burla en su voz—, tampoco imaginé que el Comandante Grimm, a quien siempre visteis con ojos de recelo, correría hacia vos para contaros lo que ocurrió hace apenas una hora en los calabozos. Extraños son sin duda (otra de sus lecciones, querido maestro), los caminos que Zarrk traza para todos nosotros.

—Extraños en verdad, majestad —la tensión de las miradas se atenuaba o se recrudecía, difícil resultaba saberlo—, y del mismo modo debo reconocer que sí, que siempre fuisteis una gran alumna, aunque con una inexorable tendencia a saliros de la pauta y a reinterpretar la lección. Tal vez tan solo haya sido eso, pero si le permitís a vuestro humilde consejero una insolencia más, dejadme que os haga esta pregunta: ¿Cuando castrasteis al coronel Kolli, asumíais las dificultades de ser reina, o disfrutasteis con vuestro acto?

—¡Consejero Solvi! ¡Cómo os permitís hablar así? —el sacerdocio Heriho saltó como un resorte, indignado, mientras que el rubor cubría al Capitán, quien se abstuvo de decir absolutamente nada.

Fue la reina quien se mostró tranquila, quien dulcificó el rostro y quien se dispuso a contestar a Solvi tras una amplia sonrisa. Sin embargo, cuando iba a hacerlo, la puerta de madera de doble hoja del Salón del Laudo se abrió de golpe y sin previo aviso. Dalla dijo con voz entrecortada:

—Majestad, siento interrumpiros, pero..., a los pies de la Loma ha aparecido un arcano que solicita audiencia privada e inmediata con vos..., y cuando los soldados quisieron registrarle para escoltarle con seguridad, se negó en rotundo. Desde ese momento comenzó a reducir a un soldado tras otro. Exige vuestra presencia... Su magia es colosal...

La reina no esperó a tener más información y sin una palabra salió al encuentro del arcano. Mientras, el sacerdocio repitió a Reika en varias ocasiones que era una imprudencia acudir de aquella manera; el Capitán la siguió apresurado con su cojera y le aconsejó que al menos se pusiera su mejor armadura de anarcanita, en lugar de presentarse con ese vestido que no le ofrecía protección alguna. Solvi se puso a su lado, le prestó su espada y arrebató la de Dalla cuando pasó a su lado sin que esta supiera bien cómo lo había hecho.

—Ese arcano —dijo Reika muy enfadada cuando salía de Palacio con su corcel más rápido—, sea quien sea, está en mi reino, en Espada, a los pies de mi Palacio, y yo debería decidir cómo le recibo, y no él a mí, maldita sea.

CAPÍTULO IV

Para que un duelo de espada sea bonito, debe ser como la vida; repleto de intercambio de golpes, con alternativas, sangre por ambas partes... ¡No busques duelos de espada bonitos, busca vencer!

Solvi, después de una agotadora jornada de entrenamiento junto a Reika.

Como cada mañana desde que llegó a la capital de Honoria, el arcano se levantó mucho antes de aparecer Lucero en el horizonte, y de inmediato comenzó a estudiar bajo la luz de tres velas de sebo. Cuatro libros permanecían abiertos desde la noche anterior sobre una pequeña y vieja mesa de pino, y en ellos se sumergió.

Se había instalado en aquella habitación pequeña y sucia dos semanas atrás, y hasta ese momento, por fuerte que hubiera sido el impulso, no había usado ningún tipo de magia, ni siquiera las figuras geométricas de lectura que le hubieran permitido estudiar varias obras al tiempo. Cuando Lucero asomó su disco, el arcano cerró los libros con un gesto satisfecho en su rostro. Pensó que no tendría que volver a usar el método primitivo de lectura jamás. Había llegado su momento.

Se preparó de nuevo para recorrer las calles de la ciudad, pero esta vez no sería como las anteriores. Antes de salir escribió en su diario: «se acabó deambular disfrazado como un honorio venido a menos. Ha llegado la hora de mostrar quién soy y el poder que poseo». Tenía toda la información que precisaba de la ciudad, de Honoria, e incluso de Paria, por donde había peregrinado antes de llegar a la capital del Reino de la Guerra.

Se vistió con sus mejores galas de arcano, coronadas con una densa capa negra talar y recogida por un broche de plata al pecho. Decidió no cubrirse la cabeza con la capucha y se procuró de su baúl su mejor báculo; un cayado blanco de tilo, tallado con gran detalle y finura, que representaba sobre su madera el bautismo de fuego de un joven arcano en lucha a muerte con cuatro honorios.

Contempló el cayado y se preguntó con cuántos rivales se tendría que enfrentar para conseguir su objetivo. Sonrió al pensar que partía con una desventaja más importante que la numérica: intentaría no matar a ningún honorio..., a no ser que resultara necesario. Un espejo roto colocado sobre la única puerta reflejó su imagen antes de marcharse. Sus ojos claros, sus guedejas rubias y la negrura de la capa, resaltaban su atractivo. Era consciente de que nada más atravesar la puerta, todas las miradas recaerían sobre él; estaba por ver cuánto tiempo tardarían en intentar ponerle las espadas encima.

Desde hacía quince ciclos ocupaba un cuartucho a mitad de camino entre el Portón de la Medicina y el Anfiteatro Snorri II. Su ruta resultó inequívoca hacia el Palacio Real, situado sobre la Loma de la Gloria, que destacaba en la lejanía a pesar de una tibia niebla. Su paso era tranquilo y los soldados que estuvieran de guardia tendrían tiempo de organizarse para darle el alto antes de llegar siquiera a los pies de la colina.

Tras su llamativa aparición en las calles, la voz corrió más que el aire, y no tardó en saberse que un arcano se dirigía con paso firme hacia el Palacio Real. Hubo quienes se quedaron petrificados a su paso, sobre todo comerciantes, quienes se encerraron en sus casas,

principalmente ancianos y mujeres, quienes echaron a correr. En cuanto a los niños, les pudo la curiosidad por encima del miedo y comenzaron a seguirle a una distancia poco prudencial.

Cuando el arcano llegó a la falda de la Loma coronada por el Palacio, diez soldados de la Guardia le esperaban. El mago les identificó sin problemas. A pesar de que todos llevaran capas verdes, sus escudos, petos y yelmos quedaban estampados o bordados con su guarnición propia. Contó cuatro osos, tres hienas y otros tres lobos. Al instante supo que ninguno de ellos tenía ni un gramo de anarcanita encima, lo que facilitaría las cosas. A distancia se situaron los niños y los adultos más intrépidos; se preveía un espectáculo digno de canciones de taberna.

—¿Quién sois, arcano, qué hacéis aquí y qué queréis? —preguntó un fornido oso que adelantó su posición unos pasos con respecto a la de sus camaradas.

—Tales preguntas..., soldadito —contestó el arcano, con evidentes ganas de provocar—, no tendrán respuesta ante vos. Sed amables y llevadme ante vuestra reina.

—¿Y por qué íbamos a hacer tal cosa, bravucón? —le espetó un soldado hiena mientras se ponía a la altura de su compañero, que aún rabiaba por haber sido llamado «soldadito».

—Muy sencillo..., carroñero, porque así lo querría vuestra señora, y porque sería lo más inteligente que podríais hacer por vuestra parte, si es que sois capaces de diferenciar entre lo inteligente de lo que no lo es.

—Tenéis una lengua muy larga para estar en desventaja de diez a uno y en territorio enemigo —dijo con gallardía la hiena que hablara antes—. Mataros nos sería tan fácil como pescar en un barril..., pero si queréis ver a nuestra reina porque vais a arrodillarlos ante ella, entregadnos ese bastón, esperad a que traigamos una cadena de anarcanita, y estaréis listos para mostrar algo de amabilidad. Tal vez la reina hasta os deje besar sus pies.

—Me vais a perdonar..., cabo Asleif —el arcano no había perdido el tiempo y la charla le sirvió para leer los pensamientos de la mitad de los guardias en busca de información y debilidades que usar contra ellos—, pero prefiero presentarme por mi cuenta ante la reina..., a quien, ¿cómo la llamabais hace un momento en vuestra cabeza?

El cabo dio por concluida la negociación y mientras desenfundaba su espada arengó a sus compañeros para que atacaran todos a una:

—¡Vamos, guardias, demostremos a este mentecato quiénes somos!

Sin embargo, su arrojo solo fue secundado por el soldado fornido que hablara al principio, y aun así, el oso prefirió cubrirle la espalda a ponerse a su misma altura.

Cuando el cabo Asleif se abalanzó contra su enemigo dispuesto a arrebatárselo el báculo y a herirle si se resistía, el arcano simplemente levantó su mano libre, lo que bastó para que el honorio saliera despedido hacia atrás con gran virulencia y por encima de los otros soldados, como si hubiera sido golpeado por una fuerza invisible y terrible. La escena paralizó por un instante al soldado oso, quien había estado a punto de ser arrollado por el vuelo involuntario de su camarada, pero de inmediato recobró el ánimo, y lo mismo ocurrió con el resto de guardias, a quienes lo visto les sirvió de acicate para atacar al mago todos juntos y bajo un rugido atronador.

Cuando llegaron los comandantes Grimm y Helg, calcularon de un vistazo alrededor de veinte soldados esparcidos a lo largo de los pies de la Loma. Unos parecían tener huesos rotos por la posición de sus cuerpos y el cariz de sus gritos, otros sangraban profusamente, algunos parecían estar muertos, o inconscientes en cualquier caso.

A pesar de lo ocurrido, o precisamente por ello, en la distancia ya se habían arremolinado decenas de curiosos, y no solo niños. El espectáculo había vencido al miedo y muchos no quisieron perderse el enfrentamiento, tan inesperado como brutal. Al llegar a las inmediaciones, los comandantes habían ordenado a esos curiosos que se

marcharan, pero su éxito resultó nulo, e inmediatamente se centraron en su enemigo.

No tenían nada que decirle a la vista de lo que les rodeaba, y tampoco el arcano se mostró con ganas de hablar. Parecía satisfecho del desastre que había causado —no solo era la veintena de soldados, sino también pequeños chopos y cedros arrancados de raíz que había usado como lanzas, o adoquines desencajados para utilizar como escudos y como proyectiles—, y no mostraba signos de agotamiento.

El arcano les recibió con una sonrisa. Su báculo rebosaba energía y mostraba un destello azulado. Grimm y Helg cruzaron miradas y se entendieron; querían herirle, apresarle, y arrojarle a los pies de la reina para que ella decidiera qué hacer con el mago. Los comandantes le devolvieron la sonrisa. Para ellos, enfrentarse a un rival de tal calibre era un regalo, una oportunidad para disfrutar de la lucha, de la energía interior que solo ofrece la batalla.

Tal vez el arcano había derrotado sin demasiado esfuerzo a los soldados desparramados a los pies de la Loma, pero pronto se pudo apreciar que no ocurriría lo mismo con los comandantes, pertrechados además de por su talento, por cantidades variables de anarcanita tanto en la espada como en la armadura de ambos.

Grimm fue el primero en atacar y logró cruzar su acero contra el báculo del arcano. La Hiena comprobó al instante que la madera hechizada repelía la espada, mejor que si del mejor acero se tratase. El honorio resultaba más rápido y preciso en aquella suerte, pero el arcano, a cada choque, imprimía una fuerza creciente que hacía vibrar la espada del Comandante con un mayor retroceso cada vez. Era cierto que la hoja absorbía parte de la magia gracias a la anarcanita, pero no podía neutralizar toda la energía que desprendía su enemigo, y el octavo choque fue tan brutal que a punto estuvo de rajarse su propio rostro con el retroceso. Al final, tras una finta que le sacó del cuerpo a cuerpo, pudo controlar la espada y anular el remanente mágico poco a poco.

El honorio fue de inmediato cubierto por su camarada Helg, quien atacó al arcano con golpes intercalados entre su espada y su gran escudo, al más puro estilo Hakon *el Magnífico*, de quien había aprendido la técnica. El Oso logró hacer retroceder a su enemigo varios pasos, hasta que este trastabilló con un soldado inconsciente y estuvo cerca de caer. Sin embargo, antes de que el Comandante Oso pudiera lanzar una estocada que resultara crítica, el mago conjuró una rápida esfera de protección que el honorio no logró desarbolar. El arcano pudo controlar su equilibrio y la situación.

Tras el duro ataque del robusto comandante, llegó la réplica del mago, quien usó su báculo a modo de maza. Helg pensó en un primer momento que sería beneficioso para él cubrirse del cayado antes de pasar de nuevo a la iniciativa, pero pronto se arrepintió. Su escudo apenas contenía el preciado mineral en algunos remaches, y el báculo descargó una energía tan potente, que convirtió su madera de tilo en la maza más pesada. Con la primera arremetida, el arcano consiguió abollar notablemente el escudo de su enemigo; con la segunda, derribar al comandante y luxarle un hombro. La tercera le habría causado heridas tal vez mortales de haberse quedado para comprobarlo. Por suerte, tuvo la suficiente habilidad para escapar del golpe y distanciarse del mago. El brazo izquierdo de Helg estaba fuera de combate.

Mientras el Oso recuperaba el aliento, Grimm se cruzó de nuevo ante al arcano. Los tres eran conscientes de que a menor distancia entre ellos, mejor para los honorios. ¿Por qué entonces el arcano no se esforzaba en alejarse para lanzar hechizos de media y larga distancia? Tal vez el motivo fuese el mismo por el que los comandantes atacaban por separado, lo que daba mayor oportunidad al mago. Cuestión de orgullo.

Grimm creyó descubrir un punto débil en su enemigo. Sabía que si ejecutaba los pasos que tenía en mente, uno de los dos moriría, pero se enfrentaba a un digno rival y la muerte sería honrosa. El arcano

sonrió, se pasó la mano que no sujetaba el báculo por sus guedejas rubias. Grimm supo que le había leído el pensamiento. La clave era saber cuánto había sido capaz de ocultar mentalmente al mago, en ello encontraría la muerte o la vida. Grimm le devolvió la sonrisa y levantó su acero, listo para el ataque.

—¡Ya basta, Comandante, guardad la espada de inmediato!

La reina quedaba unos treinta pasos detrás de Grimm, montaba un gran corcel bayo y a su lado cabalgaba el maestro de armas Solvi. Justo detrás se recortaban las figuras del Capitán Ari, del consejero Heriho y de la soldada Dalla. Reika llegó a la altura del combate y desmontó con habilidad, sin usar las manos. Grimm reconoció la espada habitual de Solvi en la mano diestra de la reina. El Comandante no salió de su asombro al ver a Reika con un vestido de gasa azul en lugar de con una armadura.

—Mi reina, no os acerquéis sin protección!

—¿Qué haría yo sin vos, mi Hiena? Pero creo que no va a ser necesario derramar más sangre, ni tampoco más orgullo —y girándose hacia el arcano le espetó—. ¿No es así, mago?

—Así es, majestad —contestó el arcano, sobrado de confianza—. Lo cierto es que parasteis el combate en el momento justo. Ya había agotado todas mis habilidades para derrotar a vuestros guardias sin causarles la muerte.

—Me gustaría llamaros prepotente —contestó de inmediato Reika, sin prestar demasiada atención a sus comandantes, especialmente a Grimm, quien mordía de rabia—, pero a la vista de lo que veo, me cuesta negar la evidencia.

Una brisa repentina agitó los rizos del arcano, al tiempo que racheó el negro flequillo de la reina contra su rostro. Esta lo retiró de su cara y retomó su discurso:

—Supongo que el espectáculo que habéis montado tendrá un sentido, y supongo que el rey arcano tendrá un mensaje que darme. Desembuchad de una vez y si no rebosa insolencia, tal vez os deje volver

vivo y de una pieza a Arcania. Pero antes de contar a qué habéis venido, agradecería que os presentarais.

El arcano terminó de relajar su postura corporal, bajó el báculo hasta convertirlo en un bastón de apoyo y sonrió ampliamente antes de hablar.

—Puestos a suponer, majestad, supongo que os referís a vuestro hermano Tabalt —el arcano usó un tono de voz con un toque de ironía que la reina no acertó a interpretar—. Pero lo cierto es que tengo la certeza de que en ese aspecto os equivocáis por completo.

—Majestad —dijo de pronto el Capitán Ari, casi a la altura de su reina—, yo sé quién es este arcano.

—Yo también le conozco, mi reina —observó Solvi.

—Vaya —dijo Reika asombrada—, ¿y quién de todos va a tener la delicadeza de aclararme de una maldita vez ante quién estoy?

—Les dejaré el honor a ellos —respondió condescendiente el arcano.

Y antes de que Reika se exasperara, el Capitán lo desveló:

—Si no me equivoco, majestad, y pondría mi pierna y mi mejilla sana en juego, este arcano se llama Taros. Es uno de los consejeros más... ilustres de la desaparecida reina Aglaia.

—No os equivocáis, Capitán... en nada —intervino Solvi, pasándose la mano por su cabeza calva—. Estamos ante el antiguo valido y amante de la anterior reina de Arcania, depuesta de su trono por vuestro hermano.

—Y no olvidemos —dijo el sacerdocio Heriho, en silencio hasta ese momento—, que se le busca por traidor y por ser el responsable junto a Aglaia, de incendiar la Magna Biblioteca.

—¿Sois vos el responsable de tal crimen? Si es así —sentenció Reika con una media sonrisa—, definitivamente no podéis ser el enviado de mi hermano. Si quemasteis todos esos libros, para él solo podéis ser un traidor, y vuestra presencia aquí toma un aire misterioso.

—¿Terminaron ya su majestad y sus súbditos de decirme quién soy? —habló afectando orgullo y serenidad en sus palabras, y tras un

silencio que tomó como una respuesta afirmativa, dijo—. Como se ha dicho, mi nombre es Taros, Taros de Cadhyfu. Y sí, fui amante, y valido, y miembro del Consejo de Aglaia durante décadas. Hasta que apareció vuestro hermano para torcer los designios de mi reina, y con ellos los míos. ¿Traidor? Lo seré mientras Tabalt sea el rey de Arcaña, pero cuando él desaparezca, habrá que ver cómo quedan los cargos. ¿Culpable del incendio de la Magna Biblioteca? Puede, pero intenté lograr con ello evitar un mal mayor, mi intención fue la de acabar con vuestro hermano, obsesionado con el trono y con la guerra. Con la perspectiva que dan los ciclos, tal vez pueda decirse que mis actos le impulsaron, o que la Profecía de la que ahora todos se hacen eco (pero entonces casi todos desconocíamos) debía cumplirse ocurriese lo que ocurriese. No sabría decirlo, no, pero sí puedo decir que la guerra entre los Reinos va a tener lugar, y que no quiero permanecer escondido ni al margen, aunque para tener protagonismo deba pelear en el bando contrario.

—Así que el odio y vuestro orgullo son vuestros acicates —replicó con acidez Reika—. Desde luego, no se os puede acusar de melifluo, o de no hablar claro, pero..., ¿no creéis que deberíais ofrecerme algo más que traición y rencor para que me pueda fiar de vos?

—Me insultáis, majestad, os ofrezco mis servicios incondicionales, y eso incluye mucho; no solo soy uno de los arcanos más poderosos de Karak, sino que tal vez sea el más listo, el que más secretos conoce..., y el único que está a vuestra disposición. Sinceramente, si no sabéis reconocer en mí a un poderoso aliado, entonces tal vez no merezcáis ser llamada reina.

La osadía del arcano provocó instintivas reacciones. El capitán Ari se adelantó unos pasos, preparado para apoyar un inminente ataque de su reina; Dalla desenfundó su espada; el Comandante Grimm llamó al mago «insolente» y «bastardo»; Helg se ajustó con un silencioso gesto de dolor su escudo al hombro herido; Heriho levantó la cabeza al cielo implorando una pacífica resolución; y tan solo Solvi

permaneció quieto y sin pestañear, a la espera del siguiente movimiento de Reika, quien no se hizo esperar, echándose a reír y relajando con ello la tensión de los suyos. Cuando calmó su risa dijo a Taros:

—Desde luego, no necesitáis quien os adule, y reconozco que tampoco os falta valor, pero vayamos a algo útil. Ya vi que sois poderoso, ahora mostradme que sois listo. Decís que conocéis numerosos secretos de vuestro Reino; pues bien, contadme uno que me satisfaga.

—¿Qué os parecería, majestad, si lo que hago es contar un secreto de Honoria? Llevo observándoo lo suficiente como para saber que buscáis ansiosa a vuestro principal traidor, y que ninguno de vuestros súbditos os ha dado una respuesta satisfactoria. Pues bien, yo sé qué ha sido de vuestro Teniente Vestein.

Dos ciclos más tarde tenían lugar los funerales por el Ministro de Guerra. Había fallecido Oddi el *Eterno*. El nonagenario honorio, tras varias semanas encamado sin recuperar la conciencia, llegó al final de su longeva vida. Reika no olvidaba que el *Eterno* comenzó a perder su sobrenombre justo en la fecha de su coronación, cuando ella cerenó la cabeza de su amado Hakon.

La reina miraba abstraída el cadáver seco de Oddi, quien tumbado sobre la pira perfumada esperaba su último viaje, cuando Taros de Cadhyfu se acercó por detrás silenciosamente. El movimiento provocó que el Comandante Grimm y la soldada Dalla se tensaran y cubrieran a su reina, lo que llevó a esta a tranquilizarles con un gesto de cabeza, con el que a su vez permitía hablar al recién nombrado, *Invitado de la ciudad de Espada y del Reino de Honoria*. Taros ignoró el celo de los improvisados centinelas.

—Majestad, no me cabe duda. Después de haber analizado el cadáver de vuestro Ministro, de haber escuchado lo que de él y de su vida se cuenta, y de leer pormenorizadamente sus diarios..., puedo asegurar que fue vuestro hermano quien acabó con el anciano. Me explicaré.

El Ministro, como todos cuentan, llevó una vida honorable y de leal servicio a vuestro reino durante décadas, pero antes de ser nombrado en su cargo, tuvo un pasado aventurero que le situó en la escaramuza de Bosqueespeso, que a punto estuvo de provocar la guerra, y cuya crisis se cerró de un modo más o menos aceptable para ambas partes. No es que sus aventuras fueran un secreto, y tampoco creo necesario recordar que el entonces lozano Oddi, soldado de la Guarnición de los Dragones, regresó de aquella trifulca con un trofeo de guerra: un báculo de hermosas inscripciones blancas que arrebató a un poderoso arcano tras una victoria, aseguraba él, en singular combate. Pues bien, lo supiese el Ministro o lo ignorase, ese báculo le permitió envejecer con tan buena salud, y casi me atrevería a decir que al estilo arcano. Así, cuando el cayado mágico estalló en mil pedazos tras vuestro duelo contra el rey Hakon, comenzó el declive imparable de su salud. Y ahora encajemos todas las piezas. En los ciclos en los que os preparabais para ser reina, vuestro hermano Tabalt también había descollado en Arcania, de modo que yo ya había puesto a mis espías sobre sus pasos, y es así como sé que Tabalt viajó de incógnito hasta Espada para presenciar vuestro combate. Y por acabar brevemente con el asunto, tras analizar los datos y después de haber leído y es-
cuchado cómo estalló el báculo, solo vuestro hermano pudo ser capaz de hacerlo, por lo que de un modo indirecto al menos, fue el responsable de que hoy estemos ante este vejestorio que ya no contempla nada. Pero mi reina, quisiera añadir aún que Oddi fue objeto durante décadas de un privilegio sin igual, al poseer una de las mayores creaciones jamás logradas en Arcania, siendo lamentable que vuestro hermano destruyera el mítico báculo de Uglieia.

—Vaya con mi hermanito —observó divertida la reina—, algo y hasta mucho sospeché entonces de lo que me contáis, pero me resultó imposible confirmarlo. Así que os doy las gracias, ya que me gusta alejar de mí la incertidumbre que como reina parece perseguirme.

Y aún añadió, mirando con intensidad a los ojos del mago:

—¿Qué os pasa a los arcanos? Vos quemáis la Magna Biblioteca, mi hermano quiebra un báculo de poder... Para amar tanto el conocimiento, no parece que lo refrendéis con los mejores actos.

Taros sostuvo la mirada de Reika, pero temió ruborizarse por la burla, cargada de sentido. Al final inclinó la cabeza a modo de saludo y se alejó. Dalla y Grimm, quienes no se habían movido un ápice, se sentían incómodos el uno con la presencia del otro, y no ayudaron las palabras que su reina les dedicó:

—Tranquilos, mis salvadores predilectos, que no me va a morder... En todo caso, mordería yo antes a él.

Poco después el funeral llegaba a su fin. Oddi el *Eterno* se consumía bajo las llamas y su característica mitra dorada chisporroteaba sobre su cabeza, fundiéndose poco a poco. Heriho ya había pronunciado las oraciones pertinentes al Padre, el Capitán Ari había hecho lo propio con Zarrk y Reika había pronunciado un breve discurso laudatorio sobre los más de cuarenta años de servicio al Reino del nonagenario. Mientras los reunidos se alejaban, la reina reparó en la total ausencia de lágrimas y lamentos de los reunidos. El Ministro había sobrevivido a todos sus familiares directos, sus funciones políticas ya eran desde hacía tiempo más que secundarias, y había vivido sus últimas décadas enrareciéndose cada vez más. «Yo no quiero morir así», pensó Reika sin esfuerzo.

Más trabajo daría a la reina decidir quién sucedería a Oddi como Ministro de Guerra y Consejero del Laudo. Dependiendo del candidato que eligiera, tendría mayor o menor apoyo para su gran causa: la guerra.

Las apuestas del pueblo se inclinaban mayoritariamente por los comandantes Grimm o Helg. El grueso de los honorios veía en esas dos opciones una justa recompensa a los servicios que ambos habían prestado a la reina en sus momentos más complicados. Unos pensaban que la balanza se inclinaría finalmente hacia los favores de cama que la Hiena prestaba a Reika, mientras que otros opinaban que debía

prevalecer la lealtad incondicional del Oso, recompensando además la deshonra de su hermano Kolly, humillado por añadidura por la reina, si lo que se contaba sobre la castración era cierto. Por otra parte estaban las presiones de las grandes familias, especialmente de las ciudades del Norte y el Sur, quienes no cesaban de recomendar que fuera un noble quien ocupara el cargo. Finalmente, quedaban los temores de los otros consejeros, quienes sospechaban que la reina podía adoptar una decisión poco o nada conveniente.

El cementerio real, situado al oeste de la Puerta de la Guerra, había perdido ya a casi todos los asistentes al funeral. La reina, sin embargo, no tenía intención de marcharse aún.

El olor a carne quemada flotaba en el ambiente. Reika tomó un camino que no conducía a la puerta de salida. Junto a los restos de Oddi tan solo quedaron los encargados de recoger las cenizas, que se guardarían en la urna a introducir en el obelisco recordatorio que se había erigido para el Ministro.

Reika quería disfrutar de esos últimos momentos de paz; la guerra aguardaba afuera. Cuando saliera del cementerio se habría acabado el paréntesis que se inició con la aparición del arcano, y que se cerraba con el funeral de Oddi. En unas horas pronunciaría un breve discurso a su pueblo para anunciar los nombres de los cargos vacantes: un teniente, un coronel y el nuevo consejero y miembro del Laudo. Después, los preparativos para enfrentarse a Arcania se acelerarían sin freno. Antes de todo eso, necesitaba acudir ante Hakon.

Los consejeros Heriho y Solvi habrían deseado no tener que interrumpirla en ese momento, pero sus temores finalmente se impusieron. Por una vez estaban plenamente de acuerdo y decidieron que fuese en el camposanto, y que fuese el sacerdocio, quien hablara con ella de urgencia. Solo quedaban ellos cuando Heriho dio alcance a la reina, poco antes de que llegara a los pies del gran obelisco erigido en honor a Hakon *el Grande*.

—Majestad, Elegida de la Profecía y el Padre, debo confesaros que me tenéis preocupado, ¿acaso mañana haréis lo que me temo?

Tranquila, Reika miró con sus ojos azules al rostro de su consejero.

—Mi querido Heriho, hasta ahora en mi reinado no he podido hacer lo que hubiera querido, y ni siquiera lo que debería. Hasta ahora he tenido que hacer lo preciso y necesario para ganar esta guerra que quiere vuestro Dios..., y eso incluye tomar decisiones que parece os atemorizan, y que a mí no me gustan.

—Pero mi reina —el sacerdocio conservó la calma—, mi querida hija, él acaba de llegar... del Reino enemigo, y no sabemos cuánta confianza nos merece.

—La confianza, padre, se la ganará con sus actos. De momento no ha usado la magia conmigo como vos usáis las palabras para intentar manipularme, y no hace falta decirle que si se le ocurre hacerlo, perderá su bonita cabeza. Así que, mientras nos proporcione buena información, mientras su odio hacia mi hermano me sea útil, mientras no sepa con certeza si se trata de un aliado o de un enemigo, prefiero tenerle cerca y escucharle con atención.

El sacerdocio no quiso rendirse y mientras caminaban despacio, no dejó de dar su opinión:

—Será un escándalo, majestad, no gustará a la Guardia Real, soliviantará al pueblo, y es probable que os enfrente a familias de rancio abolengo que esperaban colocar a uno de sus vástagos en el cargo de consejero. Es una mala jugada y hasta es posible que arriesguéis un importante número de soldados de esas familias, que retirarán parte de su apoyo a la causa de la guerra.

—Mi querido Heriho, el pueblo es voluble, la Guardia lo suficientemente disciplinada y las nobles familias no estarán dispuestas a perder su ración de gloria y su porción del botín. Las aguas se agitarán, sí, pero la guerra nos ligará con fuerza. Y ahora, por favor, permitidme que me quede a solas con mis recuerdos. Nos veremos mañana en el Laudo.

Habían llegado al obelisco de Hakon. El sacerdocio se despidió respetuoso.

En plena noche y tras pensarla un momento, Heriho decidió desobedecer la última orden de su reina, la de verse en el Laudo, para cumplir una anterior que consideró prioritaria. No le gustaba la idea de presentarse en los aposentos de Reika sin previo aviso, porque temía que no durmiera sola, pero acababa de recibir una información importante.

El sacerdocio atravesó buena parte del Palacio con un farol en la mano y llegó hasta la puerta del dormitorio, que no estaba vigilada por ningún centinela. Reika era de la opinión de que estos solo servían para hacer volar los chismes a gran velocidad, y para que en caso de traición, se convirtieran en el eslabón más débil de su seguridad.

Heriho se dispuso a llamar, pero comprobó que las hojas de la puerta estaban abiertas y que solo necesitaba empujarlas. Lo hizo y se produjo un ligero chirrido que despertó de golpe a la reina, aunque no a su acompañante. El sacerdocio había acertado; la Elegida no estaba sola, pero se equivocó sobre de quién se trataba.

—Majestad —Heriho, con el farol en la mano y cara de asombro, comenzó a hablar con evidente incomodidad, sin poder apartar los ojos de la durmiente Dalla—, siento molestar a estas horas, pero acabo de recibir un mensaje de uno de mis halcones, y como hace varios ci-
clos me dijerais que...

—Sí, sí, sí —bostezó la reina al tiempo que retiraba de ella la sábana para recostarse mejor contra el respaldo de la cama y encender una vela de sebo que quedaba sobre la mesilla de noche. Reika estaba completamente desnuda—. Aún recuerdo mis propias órdenes ¿Qué noticias traéis? Espero que sean buenas, porque no son formas de entrar en los aposentos de vuestra reina.

En esos momentos despertó Dalla, desnuda al igual que Reika, quien al descubrir al sacerdocio, se ruborizó de arriba abajo y cubrió su cuerpo de inmediato con la sábana que había retirado la reina.

—Creo que quedará satisfecha de la noticias... parcialmente —dijo Heriho, sin saber muy bien dónde mirar—. ¿Quiere que lea yo la carta, o preferís hacerlo vos?

Reika se frotó los ojos legañosos, pero antes de contestar, al ver la incomodidad y la turbación de su compañera de cama, dijo:

—¿Qué os ocurre, Dalla, acaso os avergonzáis de estar donde estáis?

—Mi reina —acertó a farfullar—. ¿Cómo podéis pensar...? Yo...

—¡Basta! Será mejor que os calléis y no lo estropeéis más. Traed esa carta, Heriho, suficiente habéis hecho al atravesar el Palacio farol en mano, pasando las noches desvelado y a la espera de vuestros fieles pájaros. Pero hacedme el favor de dejar de mirar con esa cara de estupor. Si el Padre me quiere como a su Elegida, deberá hacerlo con todas las consecuencias.

El sacerdocio, también ruborizado, acercó la misiva a la reina, quien desenvuelta tomó el papel y el farol que llevaba el sacerdocio. Leyó en voz baja.

A la justa y honorable reina de Honoria:

Majestad, ha llegado la hora de que os informe de los últimos acontecimientos acaecidos en Paria, y que lo haga por partida doble, si bien la mitad de la información tal vez sean noticias viejas. En cualquier caso, empiezo por estas, puesto que prefiero despedirme de su excelencia con el sabor de las buenas noticias.

Finalmente el ejército pario, supuesto atajo de inútiles, logró tomar Capitolia. O mejor dicho, la ciudad terminó por rendirse a ellos, abriéndoles las puertas sin derramar una sola gota de sangre, lo que me lleva a pensar que, o bien el burgomaestre Sagh es más incompetente de lo que pensábamos, o bien el rey pario no es tan descerebrado como pude oír de quienes huían de la región. Al respecto, yo mismo estoy confuso y no le puedo dar más detalles. Tal vez su majestad posea ya más información, pues le hablo de una noticia que ocurrió varios ciclos atrás, y si he tenido constancia de ella, es porque aunque marchamos a la Llanura del Estrecho, envié a Capitolia a un grupo de rastreadores y a un halconero para que me tuvieran informado de lo que allí acontecía.

Paso ya a informar sobre lo acontecido bajo mi mando.

Como su majestad conoce, tras atravesar la Cordillera Central y adentrarnos en la Región, decidimos por las apremiantes noticias de rebelión en el gran yacimiento de anaranita del Suroeste, dirigirnos lo más aprisa posible hacia allí. Quiero dejar constancia de que mis dragones hicieron un digno esfuerzo, de modo que en tan solo una semana de marcha a un ritmo agotador, pudimos alcanzar nuestro objetivo. La premura nos hizo reventar más de un caballo y perder más de un herido previa caída de sus monturas, pero hicimos lo correcto, puesto que los rumores de rebelión eran ciertos. Los mineros habían acabado con el capataz Asjorn y sus soldados.

Antes del combate decidí dar descanso a mis soldados y a sus monturas por unas horas. Perdíamos el factor sorpresa, pero ganábamos aliento, de modo que montamos un vivac en la llanura de la villa de Alazor, que se sitúa muy cerca del yacimiento donde los rebeldes se habían atrincherado. A la mañana siguiente, con la llegada de Lucero, atacamos.

Les arrasamos. Para cuando Lucero alcanzó su cémit, todo había acabado. Debo reconocer que los parios lucharon con valor, pero es lo único que supieron ofrecer. Ni siquiera el parapeto de la villa ni las burdas trampas que elaboraron, pudieron frenarnos lo más mínimo. Poco mérito en cambio quiero para mí; los trescientos efectivos que habían reunido y su inexperiencia resultaron devastadores para ellos.

Apresamos vivo a su líder, un orgulloso, valiente y testarudo pario llamado Bravalo, pero se nos murió esa misma tarde. Luchó con un solo brazo, pues al parecer durante la revuelta en la mina resultó herido y tuvieron que amputarle el miembro tras complicaciones en su cura. Nosotros terminamos de rematarle, a pesar de que sus heridas tal vez hubieran podido sanar, pero fuimos incapaces de conservarle con vida; tras haber visto cómo su revolución se extinguía, sus ojos ya miraban sin vida, y así, ni el mejor cirujano es capaz de salvar a un paciente. Antes de morir, eso sí, y ya sin orgullo, se arrastró para suplicar que perdonáramos la vida a sus camaradas, y si le entendí bien, también a un hijo del que nada sabemos.

Mi sabia reina, sé que lo que sigue no es de mi incumbencia, pero creo que debo comentároslo. Estas últimas horas he visto las condiciones en las que se trabajaba en las minas, y he escuchado los alientos que estos infelices esperan del rey ilegítimo. Y majestad, aunque no quiera justificar sus actos, quiero decir que yo también me habría sublevado en su lugar. Son parios y puedan llevar el mero trabajo físico mejor que nosotros, pero les redujimos a esclavos sin horizonte, cuando ese rey les ha prometido libertad y orgullo.

Le expondré con brevedad un caso. Durante la batalla, si es que puedo llamarla tal cosa, me enfrenté a un viejo reseco y con una cabeza que parecía pura calavera, y sin embargo, era tanto el orgullo que le animaba, que si no hubiera sido por la diferencia de nuestras armaduras, es posible que me hubiera matado.

Siento excederme, pero quería expresar lo que pienso para ser justo con los hechos. Ahora quisiera rogarle que me dé indicaciones a seguir para cumplirlas de inmediato, ¿desea que ejecute a estos pobres desgraciados rebeldes que aún siguen con vida, o será suficiente con encerrar a unos y condenar a trabajos forzados a otros?

Para acabar esta larga y espero que no ingrata misiva, dejo lo mejor. Ya hemos restablecido la comunicación marítima y en breve comenzará a fluir de nuevo el mineral hacia Espada. He puesto a trabajar a todo el mundo de un modo eficiente, lo que incluye no solo al pueblo pario que no se rebeló directamente contra nosotros, sino especialmente a los soldados; hay dragones que trabajan ampliando el puerto, otros construyendo barcos, y un tercer grupo, el más numeroso, extrayendo anarcanita. Calculo que en una semana la extracción de la mina y la distribución del preciado tesoro, se multiplicará por dos con respecto a lo que teníamos anteriormente a la revuelta.

A la espera de nuevas órdenes y de haber cumplido satisfactoriamente con lo encomendado, se despide vuestro leal Gardar, General de la Guardia Real de los Nueve.

La reina, al terminar de leer la carta de su General, la dejó sobre la cama y quedó en un silencio y una quietud que ni Dalla ni el sacerdocio quisieron romper, por muy incómoda que la situación se

fuese haciendo según pasaba el tiempo. Finalmente, Reika alzó la cabeza hacia Heriho, y con serenidad, aparente satisfacción y una ligera sonrisa en la comisura de sus finos labios perfilados bajo la escasa luz, dijo:

—Ya habrá tiempo para ocuparse de ese molesto y falso rey, del que por cierto quiero toda la información posible, pero en unas horas daré mi discurso ante mi pueblo, y estas noticias me facilitan las cosas. En cuanto recibamos el siguiente suministro de anarcanita por barco, prepararemos la guerra a gran escala. De momento, haremos dos pequeñas incursiones rápidas, una en Paria y otra en Arcania. Tenemos suficiente mineral para sorprender ya a mi hermano. Consejero —Reika hizo desaparecer la satisfacción para dejar tan solo un tono exhortativo—, mañana tengo varias reuniones a primera hora, luego llegará el discurso donde daré a conocer los nuevos nombres de los cargos vacantes, y por la tarde la reunión del Laudo. Es hora de moverse, la V Guerra entre los Reinos, y la primera que incluirá a la Región de Paria, va a dar comienzo.

Apresurado, el sacerdocio se retiró tras anunciar que los deseos de la Elegida serían cumplidos.

Al escuchar la reina el chirrido de la puerta del dormitorio, retiró la sábana con la que se había cubierto su compañera de cama. Reika tomó acto seguido una vela que iluminaba con palidez el cuarto y recorrió el cuerpo desnudo de Dalla. Tras un pormenorizado examen, dejó la vela, se colocó encima de su amilanada amante y tras besarle con ternura las cicatrices del rostro, le susurró:

—Oficiala, hasta el amanecer voy a comprobar sus conocimientos tácticos y estratégicos, pues la guerra os pondrá a prueba.

CAPÍTULO V

La magia no lo es todo, ni lo único que necesitas aprender, ni lo que te dará el poder, ni mucho menos la felicidad..., aunque ya sé que tú no buscas esto último.

Lección de Diometres a Tabalt cuando este tenía once años y lloraba de rabia por no haber sabido resolver dos problemas sencillos; uno de matemáticas y otro de lógica.

Los ojos negros de Tabalt parecían suplicar, lo que entraba en cierta contradicción con su voz clara y decidida.

—Rechazasteis mi perdón. Habéis rechazado formar parte del Consejo. No rechacéis también esto. Aprenderé a vivir sin lo primero y haré que Arcania sobreviva a lo segundo, pero os necesito para esta tarea. No es una oportunidad para vos, es vuestra responsabilidad, sois el mejor arcano para llevarla a cabo. Maestro, vamos a ir a la guerra, pero lo que os encomiendo es igual de importante e igual de necesario, ganemos o perdamos frente a Honoria.

Diometres se mesó la barba con desesperante parsimonia para las prisas de Tabalt.

—Está bien —contestó finalmente el anciano con voz seria, cediendo ante su propia promesa, tras la muerte del niño Dymi, de no ayudar ni mezclarse en los asuntos de su antiguo pupilo, inminente rey de Arcania—. Acepto bajo la condición de tener plenos poderes y presupuesto para realizar lo encomendado.

—Así será, maestro, vuestro único límite será no interferir con vuestras acciones en el devenir de la guerra, pero a partir de ya, sois el encargado de que la Magna Biblioteca recupere todo su esplendor.

—Asumo el cargo y comienzo a trabajar. Veré en el archivo de la Escuela qué puede ser de utilidad. Id llenando, mi rey —la palabra rezumó reproche—, la bolsa de monedas, porque tengo la intención de contratar a todos los amanuenses de Arcania... y este será mi gasto menor.

Tabalt se tragó el orgullo, dio las gracias al anciano por aceptar el cargo y le abrazó sin que Diometres pudiera hacer nada por evitarlo. Finalmente el joven se alejó pisando las baldosas gastadas de la Escuela Norte. Acababa de poner la primera piedra importante de su reinado, y lamentó no ser aún oficialmente rey; temió por un momento que las crónicas no reflejasen este mérito en su haber. Una de sus preocupaciones se atenuaba, aunque sabía que los resultados, de llegar a verlos, se producirían a medio y largo plazo. Mientras abandonaba su vieja Escuela, dio vueltas a la idea de las dificultades de reinar, y eso que aún no tenía en sus manos el Cetro. Al menos eso se resolvería en breve.

Varias horas más tarde, con Lucero y Vespertina semiocultos por un cielo a ratos nublado, a ratos despejado, Tabalt llegó a la escalinata medio derruida que daba entrada al Palacio. Vestía una toga color marfil sobre una túnica blanca, sujetada en varias vueltas sobre el hombro izquierdo, y un cinturón de cuero tan sencillo como las sandalias que le servían de calzado.

El Palacio se hallaba en reconstrucción. Habían pasado cuarenta y cinco ciclos desde la batalla entre Tabalt y Aglaia, y a pesar de las

artes mágicas empleadas, aún faltaba aproximadamente la mitad del trabajo; se habían regenerado los cimientos, levantado muros y cubierto algunos techos, pero faltaban la mayoría de estos últimos, así como la práctica totalidad de la decoración y el mobiliario. Tabalt, por otra parte, había dado prioridad a las obras de la Sala del Destino y a la del Consejo. Estas sí estaban acabadas, y con un aspecto similar al que tuvieran antes de ser consumidas bajo las llamas y la ruina de la batalla entre los dos poderosos magos.

A su llegada, al inminente rey le esperaban su criado y su secretario. En un principio, Tabalt se había negado a aceptarles a su cargo, a pesar de que el Consejo de la Ciudad, compuesto por los miembros de las familias más ilustres de Luz, se afanara en ofrecérselos como gesto de reconciliación y como petición de perdón, por haber dudado de él, culándole sin juicio ni pruebas del incendio de la Magna Biblioteca.

—Cómo pensar que Aglaia llegaría a tal grado de obscura locura —le había dicho arrodillado Thaiso, el más ilustre de los ilustres del Consejo de la Ciudad.

En tales circunstancias, no haber aceptado el ofrecimiento, hubiera sido un acto poco cortés y nada inteligente, y al menos, Tabalt debía reconocer que tanto uno como otro eran competentes en sus funciones.

El secretario, de nombre Evan, era un arcano que rebasaba las cuatro décadas, de muchas canas y con una inteligencia notable, que se encargaba de regular asuntos menores, priorizar peticiones y redactar infinidad de cartas burocráticas, tan necesarias como aburridas. En cuanto al criado, se llamaba Estrato, y era un parro servicial, hablador y chepudo, que rondaba los cincuenta años y que entretenía al joven contándole innumerables historias de su vida, de su familia, o de Paria, que resultarían intolerablemente aburridas para cualquier arcano que se preciara, pero que a Tabalt le servían de contrapunto a su vida de estudio y sacrificio permanente frente a los libros.

Estrato sirvió a su señor una copa de agua con fragmentos de hielo, la bebida habitual del joven. Esta costumbre de beber agua había

provocado entre algunos arcanos cierta burla al generar comentarios del tipo de que si Aglaia no hubiese muerto en su duelo contra Tabalt, esta se habría suicidado en su celda al saber que sus inmejorables bodegas de extracto —la bebida predilecta de la reina, compuesta de vino, sidra y miel— se habían consumido bajo el fuego, y lo que era peor, que su sucesor, no solo no hacía nada por reponerlas, sino que aun con el trono asegurado, persistía como incorregible abstemio.

Mientras el futuro rey bebía agua, el secretario Evan le puso al corriente. Todo estaba listo para la ceremonia y los asistentes comenzarían a llegar de un momento a otro. Tabalt terminó de beber y masticó los fragmentos de hielo con cierta fruición. Ya solo le separaban del cetro y del trono unos minutos y un discurso. Pidió quedarse solo, y al hacerlo se encaminó al centro del Palacio. Quiso mostrar a Luz y a toda Arcania de lo que era capaz.

Cuando Tabalt llegó al centro geométrico del edificio —este correspondía a un estrecho pasillo en ruina total, salvo por una baldosa de mármol que brillaba como un rosado atardecer—, se paró, clavó su rodilla izquierda en el reluciente mármol y golpeó tres veces con su báculo de roble. El arcano tenía los ojos cerrados.

Una aureola mágica entre blanca y azul comenzó a sacudirse espasmódicamente a su alrededor, cada vez más fuerte y más grande. Según la aureola tocaba la pared o el suelo, de inmediato recuperaban su antiguo esplendor. El efecto mágico siguió como una onda expansiva; más allá del pasillo, llegando a las distintas salas y salones, a las despensas, a los baños, a sótanos, techos, frontispicios, y hasta a la desaparecida panoplia de báculos legendarios y cetros reales. Cada espacio tocado por el hechizo recuperó su antigua forma e incluso en algunos casos mejoró; se materializaron cuadros que recuperaron los vivos colores de cuando fueron pintados centurias atrás, baldosas nuevas en lugar de las gastadas que recubrían el suelo antes del incendio, y hasta los útiles de oro y plata recuperaron su brillo original.

Las últimas líneas del complejísimo hechizo las terminó de formular unos diez minutos más tarde de que se formara la pequeña aureola azulada del principio. Cuando acabó, abrió los ojos, se puso en pie y sonrió. Su rostro estaba perlado de sudor y un buen observador habría notado que el esfuerzo, a pesar de su sereno semblante, había sido enorme.

Tabalt regresó a la entrada con la idea de pedir a su criado más agua y algo ligero de comer. Sin embargo, no logró encontrar a Estrato, y no tuvo tiempo para ocuparse en su búsqueda; los asistentes a la ceremonia llegaban y todos los ciudadanos de Luz parecían concentrarse a las afueras del Palacio, bien para contemplar la ilusión óptica recién forjada, bien para festejar a su nuevo rey, bien para comenzar a criticarle, o bien para hacerlo todo al mismo tiempo.

El joven salió a recibir a sus invitados bajo el frontispicio, entre las columnas, arriba de la escalinata. Todo ello acababa de recuperar su antiguo esplendor. Apenas hubo un solo noble que no buscara estrechar las manos de Tabalt, que no comentara, y que no felicitara a su señor por lo que acababa de conjurar. Con especial interés le buscaron algunas arcanas. Entre ellas Celandia, la hija mayor del consejero Karsten. Esta, con una sonrisa y un posterior guiño, dijo a Tabalt:

—Una vez más, jovencito, nos dejáis atónitos. Y perdonad mi confianza por lo de «jovencito», pero es la última vez que me puedo dirigir a vos de tal manera, y no quería perder la ocasión.

Tabalt aceptó el cumplido y siguió estrechando manos. Frunció ligeramente el ceño al recibir el apretón de Zale, un anciano barbudo que venía en representación de la lejana ciudad de Esdla. No supo muy bien por qué, pero al joven no le gustó el tono con el que se le decía:

—Sin duda alguna, la mejor ilusión que vi nunca.

De entre quienes se limitaron al saludo sin admiración alguna, destacó el ecónomo Damon, a quien el joven agradeció en silencio, que se ahorrara palabras falsas; de los suyos iba a pedir respeto y trabajo,

no vanas pleitesías. Sin embargo, tampoco quiso dejar de mostrar la profundidad del hechizo, y cuando el excéntrico Arsen, vestido para la ocasión bastante sobrio con una túnica talar escarlata, le dijera entre risas que esperaba que el Palacio *reconstruido* no se les fuera a caer encima, Tabalt contestó, con una voz profunda que iba dirigida mucho más allá del viejo maestro:

—Ciertamente espero que no se nos caiga encima, mi querido Arsen, porque si así fuese, la *ilusión* que vemos, nos iba a hacer más daño de lo que creéis.

Entonces, para sorpresa de todos, Tabalt descendió por la escalinata de la entrada, anduvo los pasos precisos hasta encontrar y coger una piedra del tamaño de un puño y la lanzó contra una de las columnas aparecidas con el hechizo. Si el acto había asombrado a los presentes, el resultado les enmudeció cuando la piedra, en lugar de atravesar la ilusión, rebotó.

—Una ilusión óptica, sí —manifestó Tabalt—, pero no solo eso.

Cuando se llegó a la Sala del Destino, todos los presentes habían comprobado con sus propias manos o con sus báculos, que en el hechizo del joven había *cierta* dureza. Nadie en cambio se atrevió a forzar demasiado la resistencia de la ilusión, por lo que se quedaron sin saber la capacidad física de la misma. Al entrar Tabalt, el último en llegar a la Cámara, como mandaba la tradición, se hizo el silencio.

La Sala del Destino guardaba varias peculiaridades. Era un foso profundo trabajado con pico y pala, que iba de mayor a menor tamaño cuanto más se descendía. La sala, como si fuera un cono invertido, se estrechaba poco a poco en sus diferentes niveles. A lo largo del perímetro de cada nivel, los asistentes se colocaban de pie sobre baldosas enlucidas e individuales de mármol blanco. La Cámara tenía dos usos, bien para asistir a la ceremonia de entronización del nuevo rey, o reina —como gustaba decir a los más puritanos del lenguaje, muy influyentes en las dos últimas décadas, pero bastante callados desde la muerte

de Aglaia—, como era el caso, o bien para presenciar el Duelo de Candidatos, que en esta ocasión no había tenido lugar. Tabalt había concedido los plazos y límites legales al respecto, pero no surgió ni un solo oponente en toda Arcania.

Tabalt descendió con lentitud los escalones iluminados con pequeñas antorchas de luz blanca, hasta que llegó al fondo del cono, una pequeña superficie circular, con un suelo de pizarra negra y pulida. Se situó en el centro y comenzó su discurso.

—Insignes y sabios entre los sabios, me ahorraré el esfuerzo de agradarlos —no dejó de girar con teatral lentitud sobre sus talones, para dirigirse a todos debido a la circularidad de la Sala, y a todos pareció mirar, ya estuvieran en los niveles superiores o en los inferiores—. En cambio, sí que dedicaré tiempo a deciros dos verdades, y a mostrároslo que ya empecé a trabajar por el bien del reino. La primera verdad es evidente y fácil de asumir, puesto que no hubo otras candidaturas. ¡Desde este mismo instante soy vuestro rey! De todos vosotros espero lealtad, pero también sinceridad y valentía para darme vuestras opiniones; todas serán escuchadas, todas serán respetadas, y algunas serán atendidas.

La estructura física de la Sala del Destino buscaba entre otras cosas que el rey se tuviera que *humillar* ante sus súbditos, al quedar en la profundidad y al tener a todos por encima de él, pero al escuchar la seguridad con la que el nuevo rey hablaba, y al ver su porte, con dificultad los presentes hubieran afirmado un atisbo de tal sensación.

—La segunda verdad es dolorosa y feliz al tiempo. La Guerra contra Honoria se nos echa encima. Sé que la mayoría de vosotros no queréis creerlo, que muchos la rechazáis de plano, y que prácticamente todos conocéis desde hace muy pocos ciclos mi verdadero origen y mi destino. Pero sabed que todo eso en el fondo da igual. La realidad es que la reina de Honoria, sí, mi hermana, como afirma la Profecía, está llenando su reino de planes de guerra..., y de anarquía. No hay alternativa para nosotros: o guerra o muerte. Y puesto

que habrá guerra, tengo todas las intenciones de ganarla... Pero de esto hablaremos más tarde.

Del primer arcano al último de los presentes, y del nivel más profundo donde quedaban los principales del reino, hasta el nivel superior donde ciento cincuenta magos abarrotaban el perímetro, se guardaba silencio absoluto. Otra cosa es que muchos de ellos no gritaran por dentro. Hasta ese momento los tambores de guerra no habían retumbado con tanta evidencia como exponía el nuevo rey, el rey profeta. Incluso aquellos que veían con buenos ojos la guerra, tuvieron dudas, por hacerse esta inexorable.

—Dichas las verdades anteriores —Tabalt se mostraba rotundo y parecía que el esfuerzo del conjuro no le pasaba factura—, quisiera comunicaros algunas acciones que ya he emprendido, o que emprenderé en breve. Lo primero es comunicaros cómo quedará constituido mi Consejo. En él, Thomar el Negro ocupará el cargo de Ministro de Guerra; su lealtad es irreprochable y su valía extraordinaria; ha llegado la hora de que no solo me proteja a mí, sino a todo el reino.

Ningún asistente se extrañó del nombramiento y hasta los más recelosos a que alguien que profesara la fe en el Padre, ocupara un cargo tan elevado en Arcania, tuvieron que reconocer que tras lo ocurrido durante el duelo entre Aglaia y Tabalt, Thomar debía saber bastante de guerra. Más extrañó en cambio que Thomar asistiera al acto, ya recuperado de sus heridas, aunque sin un brazo, amputado durante su enfrentamiento con los mercenarios custodios. Y mucho más aún, que a su lado, en el segundo nivel más profundo de la sala, se encontrara Evadne, la anterior Ministra de Guerra.

El rey había decidido que a pesar de la pasión de Evadne por Aglaia, aquella conservara la cabeza y hasta un cargo menor en el nuevo gobierno. Tras humillarse ante Tabalt para suplicar clemencia por lo equivocada y ciega que había estado, el joven pareció reconocer que la exministra hacía un ejercicio muy duro para su corazón, pues aunque Evadne ya fuera consciente de que la reina le había utilizado

a su merced, o que mandó destruir la Magna Biblioteca para librarse de su rival, su corazón enamorado la seguiría justificando de una u otra manera. «Tal vez solo quiera salvar su cabeza —pensó el joven cuando de rodillas, la arcana se postró ante él al poco de acabar el combate—, pero aun así, la cantidad de orgullo y bilis que debe estar tragando, tiene su mérito». Y bajo ese pensamiento, actuó.

—Damon de Oretina —continuó su discurso el rey—, seguirá como economista del reino y Consejero Real. No ha habido decisión más fácil que tomar, pues nadie hay en todo el reino ni en todo Karak, que sea capaz de llevar mejor la contabilidad de nuestra Casa. En cuanto al leal y proyectista Karsten, anuncio que le libero de sus obligaciones y le doy su merecido solaz, si bien no le libraré de preocupaciones, pues será su hija Celandia quien ocupe su cargo en el Consejo.

Esta sustitución no dejó indiferente a nadie, y se vio como una jugada de ataque y defensa que había acabado en empate. El rey pretendía librarse de Karsten, pero sabía que hacerlo sin ceder en nada, le supondría un duro rival que boicotearía decisiones y planes, por lo que llegó a un acuerdo con el anciano. El resultado de ese acuerdo fue Celandia.

Padre e hija se encontraban juntos en el nivel más cercano al rey, y la pálida luz y la posición impedían ver a la mayoría la cara de satisfacción de ambos. Karsten se apoyaba en su cayado como si le fuera necesario, sabía que engañaba a pocos, pero prefería representar el papel de marcharse por senectud, que no por intrigante o por connivente con la anterior reina. La hija, por su parte, rezumaba belleza y orgullo a la par, y no dejaba de preguntarse entre otras muchas cosas, si sería capaz de arrancar a su mustio pero atractivo y poderoso rey, del celibato.

—El quinto miembro del Consejo de los Cinco, lo ocupará el venerable Arsen de Sori.

Tabalt pensó en añadir algo más sobre este nombramiento, que esta vez generaba verdadera sorpresa por inesperado, pero tan solo

guardó silencio unos segundos. En la sala se había apostado por el nombramiento del antiguo tutor del rey, Diometres, y si las apuestas fallaron no fue porque el monarca no lo intentara. Tras la negativa del matemático, Tabalt optó por el viejo excéntrico, leal al menos, y tal vez útil. Tras esperar a que se apagaran los murmullos y tras fijar sus ojos en el propio Arsen, que se encontraba sereno en el cuarto nivel, el rey continuó su discurso:

—Decidido y anunciado quién formará nuestro órgano del Consejo, quisiera pasar al asunto tan doloroso que ha sacudido nuestro reino, así como el remedio que desde ya mismo, comenzará a paliar parte de su desgracia. Como todos habéis supuesto, me refiero a la perdida bajo el fuego de la locura, de nuestro mayor tesoro, la Magna Biblioteca, a la que por si fuera poco, se le unió en cenizas la importante colección privada del Palacio, colección que Aglaia pretendió usar como instrumento de poder político. Os comunico que Diometres el Matemático, quien decidió no asistir a la Ceremonia por comenzar cuanto antes con su tarea, queda al cargo del proyecto que regenerará nuestro saber. Se trata de un ambicioso plan por el que él y su equipo, podrán acceder a toda biblioteca pública, privada o particular, así como a cualquier Escuela, y podrán tomar prestada toda obra hasta que los amanuenses y escribas encargados hagan una copia de la misma. Por otra parte, esta misma semana comenzarán las obras de construcción de nuestro más preciado Templo, frente al lugar en el que las llamas consumieron al anterior. Por supuesto, sé que el proyecto causará molestias, y lo que es mucho peor, que habrá cientos y hasta miles de ejemplares únicos que jamás podremos recuperar de ninguna manera, pero debemos hacer todo lo posible para no dejar a nuestros vástagos en la oscuridad de un saber mediocre, y al arbitrio de la capacidad familiar para dotarles de recursos y sabiduría.

Como Tabalt había supuesto, en la Sala del Destino hubo bastantes caras de sorpresa ante lo anunciado y pocos rostros de alegría, pues a

pocos les gustó la idea de que manos ajenas pudieran husmear libremente en sus bibliotecas particulares y que pudieran quedarse por un tiempo no definido sin algunos ejemplares que podían resultar no solo de valor, sino cruciales en la instrucción mágica. Sin embargo, la mayoría admitió que se necesitaba impulsar una empresa de ese tipo de cara a las futuras generaciones, y que puestos a realizarla, Diometres era la mejor opción. Todos reconocían que era digno, capaz, incorruptible e independiente.

Tabalt observó que tras hablar de Diometres, el cansancio definitivamente se adueñaba de él, y decidió no abrir más brechas en su primer discurso; la Guerra, los nombramientos y el proyecto de la nueva Magna Biblioteca, eran más que suficientes. Así, decidió callar sobre los denodados estudios mágicos que llevaba a cabo desde las últimas semanas, y por los que esperaba ofrecer a los suyos la herramienta que convertiría la Guerra contra Honoria, en una contienda victoriosa. Pero el agotamiento y el estar lejos de un resultado tangible, hicieron que no quisiera hablar todavía sobre ello.

—No me queda nada más que anunciaros. Doy por concluido mi discurso de la toma del Cetro. Podéis marcharos, pero permitidme un aliento final. ¡Se avecinan tiempos de odio, tiempos de sangre..., pero al final, triunfará la magia!

Una hora más tarde, Tabalt se encontraba solo en la Sala del Destino, con el primoroso Cetro Real firmemente empuñado. El rey había rechazado hablar con todos los miembros de su nuevo Consejo, excepto con Celandia, quien no lo intentó siquiera al ver cómo se actuaba con los demás. Del mismo modo, el rey rechazó a numerosos arcanos que habían ocupado los primeros niveles de la sala. Todos habían recibido una disculpa más o menos amable, más o menos hábil, pero los que no le conocían lo consideraron un gesto de vanidad y de mal augurio que llenaba el nuevo camino de piedras. Tabalt fue consciente de todo, pero no estaba de humor ni con fuerzas para

sonreír y hacer de rey afable, y sabía que de ser necesario, las piedras se podían pulverizar.

Por fin decidió abandonar la cámara donde se había proclamado rey y dado un paso tan importante para el cumplimiento de la Profecía. Abandonó el fondo de la sala de pizarra negra e inició el ascenso por los escalones iluminados, que le llevaron de nivel a nivel y de escalón a escalón hasta la puerta. En su cabeza buscó la causa de la fatiga. «¿Se debe al hechizo que me encamino a deshacer, o a la responsabilidad que el cetro supone?».

En el arco de la entrada se percató de que al empezar el corredor que conectaba con la Sala, había un pergamo tirado en el suelo. Su instinto quiso avisarle de lo anómalo del asunto, pero el cansancio y principalmente las señales de alerta que no recibió, no le dejaron inquietarse; no sintió trazas de interferencia cerca, por lo que se descartaba la anarcanita, tampoco notó presencia mágica alguna que no fuera obra suya, y para evitar cualquier sorpresa, rastreó elementos de hierro o de acero con el mismo nulo resultado. Cruzó el arco con la intención de recoger el pergamo. Sin embargo, nada más atravesar el umbral una sombra agazapada se encarnó amenazante a su lado.

La sombra vestía de arriba abajo ropajes negros, se movió como un rayo y no dio tiempo de reacción a Tabalt. Llevaba dos extraños cuchillos y lanzó una estocada directa al ojo derecho del rey, y otra al tiempo a la altura de su corazón. Ambas puñaladas se detuvieron antes de alcanzar el golpe crítico, pero no por la defensa del arcano, sino porque la sombra así lo quiso, quien arrojó de inmediato e incomprensiblemente las armas al suelo.

Todo ocurrió de un segundo para otro. En el siguiente, Tabalt reaccionó y llegó con su magia hasta el cuerpo que le *atacara* instantes antes. De inmediato le estampó contra la pared del corredor, haciendo temblar del golpe las llamas de las antorchas cercanas. El impacto resultó brutal y la sombra, que ya resultó muy visible a pesar de la vestimenta, pareció perder el conocimiento por un momento.

Finalmente, con gesto de dolor, logró mantener la conciencia. No pareció bastarle al rey el hecho de recuperar el control de la situación, y comenzó a estirar telequinéticamente el cuello de su enemigo de un modo tan antinatural, que estuvo a punto de provocar el desgarriamiento del tronco con respecto a la cabeza.

Mientras, el inmovilizado atacante lo único que podía hacer era entrecerrar sus ojos en una expresión de concentrado dolor, como si así consiguiera ayudarse a conservar todas las partes de su cuerpo unidas, mientras una mancha roja se extendía por la parte posterior de su cabeza, a causa sin duda de la brecha que el golpe le provocó. Finalmente, Tabalt controló su rabia y deshizo el hechizo. El atacante cayó con estruendo al suelo, herido, pero de una pieza. Sonreía a pesar de todo, y el rey le escrutó con calma.

Se trataba de un honorio de mediana edad, sus ojos pequeños de color cobre destilaban perspicacia, el pelo era rubio castaño. Su nariz se perfilaba aguileña y los labios eran finos. Músculos no le faltaban, era alto sin destacar, y apuntaba a atractivo sin llegar a serlo. Su rostro le era conocido, pero no sabía de qué.

—Extrañas ropas —dijo el rey—, extraña acción y extraño lugar para un honorio. Decidme quién sois y vuestras intenciones, y tal vez salvéis la vida.

—Vestein de Acero —y tras tocarse la brecha y comprobar que su cabeza estaba abierta y pegajosa de pelo y sangre, añadió—. A partir de ahora a vuestro servicio..., a vuestro doloroso servicio.

—Eso es algo que deberé decidir yo.

—Lo decidiréis en breve, majestad —le costaba articular bien las palabras—. Me apuesto el cuello que casi me arrancáis..., si sois tal como me he figurado.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo os habéis figurado que soy?

—Muchas cosas, pero al caso que nos ocupa, inteligente.

—Explicaros si no deseáis que os aplaste a causa de vuestras zalamerías.

—Está bien —Vestein parecía dolorido, pero no intimidado—, pero majestad, no vayáis a olvidar que fui yo quien primero pudo haberos matado, y que como veréis en breve, esto ha ocurrido en más ocasiones de las que os figuráis. Me explicaré para sosegar vuestra impaciencia, si bien antes quisiera advertiros, que de haber acabado conmigo, hubierais encontrado las explicaciones pertinentes en ese pergamo que aún sigue en el suelo. Llegados a este punto no hace falta leerlo y prefiero contarla. Lo repetiré, soy Vestein de Acero, Teniente de la Guardia Real al servicio durante años de Hakon el Grande, y durante un tiempo breve de Reika *la Terrible*, quien ha resultado ser vuestra hermana —Tabalt le concedió crédito al asociar el rostro que tenía enfrente, con uno de los oficiales que vio durante el ciclo de la coronación de Reika en el Anfiteatro—. Aunque supongo que a estas alturas habré perdido ya mi cargo..., y no sin motivos por otra parte. Y tales motivos son precisamente los que me traen ante vos. Desde que vuestra hermanita derrotara al capitán Ari y se aliara con él en lugar de cortarle la cabeza, me quedó bastante claro que mis servicios a Honoria habían concluido, y me vi forzado a buscarme la vida en nuevos horizontes. Entonces me pregunté, ¿qué puedo hacer para que vos no me despellejéis vivo? Y concluí que el único camino era demostraros mi valía.

—Reconozco que pudisteis matarme con esos extraños cuchillos de cristal, o al menos haberme dejado malherido —Tabalt reconoció que estaba intrigado—. No os presenté, y es cierto que habilidad no os falta, ¿pero creéis acaso que eso será suficiente para que no os despelleje en cuanto terminéis de contarme vuestra historia?

—Mi rey, esa misma pregunta me la planteé yo, y la respuesta que me di fue la de ofrecer mucho más para convenceros de que respetarais mi cabeza sobre los hombros, y mi culo a vuestro lado. ¿Y cómo lograrlo? Pues concluí que debía ofreceros información, y sobre todo, protegerlos.

—¿Protegerme vos? ¿Habláis en serio?

—Completamente. Y no es que quiera enfadados, majestad, pero vuestra autodefensa, que en tan alta estima guardáis, da asco. Dejad que me explique —Tabalt pudo haber hecho un pequeño esfuerzo y curar la brecha del honorio, que sangraba en abundancia, pero no lo hizo, y este parecía que se derrumbaría en cualquier momento, si bien no perdió la compostura ni la seguridad en sí mismo—. Llevo en Luz tres semanas y desde que estoy aquí tuve innumerables ocasiones de acabar con vos... Os las contaré gustoso. Veréis, he montado una pequeña comedia en torno a vos que podría titularse, *Formas de matar a un rey*. La primera manera que ideé pertenece a una modalidad que en la Historia de nuestros Reinos ha tenido varios casos, karakianos menores que asesinaron a otros ilustres, y hasta a algún rey, con el único fin de intentar legar su olvidadizo e insignificante nombre a la posteridad. El papel se lo otorgué a vuestro criado Estrato, quien hoy mismo, para que os hagáis una idea, pudo haberos envenenado con esa jarra de agua que os ofreció, o para ser más exactos, que yo os ofrecí. Y es que llevo representando su papel desde hace cinco ciclos, y me reconoceréis, que no lo hice mal del todo. Pero no os preocupéis —Vestein puso la misma voz del criado y torció la espalda como éste la tenía en una imitación precisa—, pues no haberos dado cuenta no es fruto de vuestro error, sino de mi talento. Si lo pedís, que lo haréis, os mostraré las réplicas exactas de las caras de vuestro criado, así como el resto de mis disfraces, el maquillaje y mis dotes interpretativas. Y todo ello por supuesto, sin una gota de magia, que me habría traicionado ante vos, y que por otra parte, ni puedo conjurar ni me interesa. Como prueba final de lo que digo, no tendré problemas en devolveros a vuestro criado, quien está sano, pero preso, desde que iniciara mi representación.

Tabalt escuchaba atento, y aunque le surgieron infinidad de preguntas, optó por dejarlas para el final. El rey debía reconocer que el honorio podría resultarle de utilidad, y desde luego, astucia y valor no le faltaban.

—La segunda forma de mataros que quise representar y ofreceros, fue la clásica de la traición política, que reconozco me llevó ejecutarla más tiempo e ingenio, aunque tampoco mucho. Es verdad, majestad, que rivales no os faltan, pero también que tras derrotar a Aglaia, os encontráis en vuestro momento álgido de fidelidad, por lo que más que encontrar a un traidor..., lo que hice fue fabricarlo. Y sabed que mi resultado pudo haberos asesinado en vuestro gran ciclo, cuando en la recepción os abracé. ¿Recordáis al barbudo Zale de Esdla? Hacedlo y tal vez veáis en sus ojos los míos. También prometo llevarlos ante el viejo para que habléis con él lo que consideréis oportuno. Pero lo que debéis apreciar aquí, no es que hace unas horas me hiciera pasar por él, y que vos no os dierais cuenta, sino que durante estos últimos ciclos me he servido de emisarios y misivas secretas, para convencerle de que cometiera traición por el bien de Arcania, haciéndole creer que tendría apoyos y que su ciudad saldría muy beneficiada de todo esto. Lo interesante no estuvo en hacerse pasar por un viejo estúpido, sino en tomar a un inocente y noble arcano, convertirle en traidor, y evitar finalmente al apresarle que os apuñalara por la espalda como tenía previsto hacer. No dudo de que comprobaréis que es verdad cuanto digo, palabra por palabra, cuando interrogueis al anciano.

El rey hizo un esfuerzo por mantenerse impertérrito. Nunca pudo haber imaginado, ni siquiera en Aglaia, tal grado de retorcimiento.

—Y llegamos, majestad, a la tercera forma de asesinaros, que quise fuese la más habitual de todas, la de unir traición con el menor riesgo posible, contratando a un asesino para hacer el trabajo sucio. Pero no os preocupéis, porque no tenía intención de remover más deslealtades y me contrató a mí mismo. Y ya lo reconocisteis... —Vestein hizo un parón que tal vez fuese pausa dramática, pero que más bien parecía necesidad, pues sus palabras se entrecortaban y le costaba respirar—. De querer, lo habría conseguido... Detectáis la anarcanita a cientos de pasos, podéis sentir la magia ajena, percibís trazas de hierro y de acero

cercano, y sois capaces de endurecer vuestra piel y de recubriros con esferas de protección si oléis el peligro..., pero tomado por sorpresa y atacado con el arma adecuada, resultáis tan mortal para un competente asesino como cualquier otro ser de este planeta. No sois un dios —Vestein jadeaba y tras tocarse de nuevo la brecha, hizo lo posible por terminar su discurso— y habéis vivido bajo la mentira acerca de vuestra seguridad. Vos ya sabéis, si no lo sabíais de antes, que los locos con sed de gloria pueden aparecer en cualquier momento, que la traición política puede truncar el mayor de los destinos y que un buen asesino no resulta fácil de detener. Majestad, sois inteligente y solitario, y necesitáis reforzar vuestra seguridad e invertir mucho tiempo en ella..., o bien, ponerme a mí a vuestro servicio y dejar que me encargue de todo. Os ahorraré tiempo, espaldines y disgustos, y a cambio, tan solo espero obtener el deleite de veros vencer a vuestra hermana en la guerra que yo no quise, pero que aquí está. Solo aspiro... a representar un papel importante en esta tragicomedia de Karak.

Vestein no aguantó más y se desmayó.

Tabalt se preguntó qué hacer, si salvarle o dejar que se desangrara del todo. Tampoco pudo resolver la cuestión de inmediato, porque escuchó pasos por el corredor, alguien se acercaba con mucha prisa. No tardó en aparecer el consejero Damon. Llegó con el rostro descompuesto y al ver a su rey junto al cuerpo tendido y ensangrentado de lo que parecía un honorio, lo mudó por el de sorpresa.

—No preguntéis, económico, al menos no de momento —dijo sosegado el rey—, y contadme la urgente noticia que anunciabais en vuestro rostro y en vuestros pasos antes de ver... esto. ¿Acaso Reika nos ha atacado ya?

—No, majestad, al menos que yo sepa. Se trata..., se trata de la princesa Alyzia.

—¿Qué ocurre con mi madre? —preguntó con cierta impaciencia Tabalt.

—Ha despertado, mi rey, ha despertado.

CAPÍTULO VI

—*Esta ha sido la última lección que recibiréis por mi parte. No habrá más.*

—*Pero..., ¿por qué, maestro?*

—*Porque os miro y no os encuentro límite. Y eso me da pavor.*

Palabras de Diometres a Tabalt, cuando este terminaba su adolescencia.

—*¿C*ómo... mi madre, es eso posible acaso? —el rey miró alternativa y en repetidas ocasiones a la figura inconsciente y a Damon, y finalmente dijo—. ¡Qué gusto tienen los dioses por enredarlo todo, es como si se aburriesen y les gustara complicarnos la vida para entretenerte! Vayamos a ver a mi madre. Pero antes busquemos a mi secretario Evan para que se encargue del honorio. Le quiero vivo y le quiero cerca de mí —y tras escrutar a Damon, añadió—. Ahí donde le veis tendido, sospecho que es parecido a vos: inteligente, rodeado de secretos, leal... a su manera, y seguro que buen jugador de guerras y tronos.

El economista no puso ninguna objeción y fue plenamente consciente del reproche o del halago, este punto de comparación le resultó ambiguo. La mirada escrutadora y el comentario se remontaban a cuarenta ciclos atrás, cuando Tabalt, ya recuperado tras el enfrentamiento

con Aglaia, mantuvo una reunión con Damon, que este recogería en sus diarios pormenorizadamente, y que transcribo tal cual.

El hijo de la princesa Alyzia, mi futuro rey, el talento más orgulloso de Arcania, se encontraba velando a Thomar el Negro en la casa del cambia fe, del inesperado espadachín que aún no se había recuperado de las heridas que le infligieran los mercenarios de la reina.

Sin duda, de entre las diversas heridas, la más grave era la amputación de su brazo derecho, por ser diestro, "el de la espada"—creo que así se llama al brazo con el que se maneja el acero—. Nadie lo ponía en duda, si Thomar no se hubiera encargado de los mercenarios, la balanza se habría inclinado del otro lado.

Al ver a Tabalt cuidando a su maestro, me impresionó su rostro de impotencia; por muy poderosa que llegara a ser su magia y su poder, nunca podría devolverle el brazo. No existía tal hechizo, y de llegar a existir —el joven tal vez fuera capaz después de lo que había demostrado frente a Alyzia—, sabía que Thomar, por su acérrima fe, nunca le permitiría trasgredir uno de los preceptos sagrados del Padre: «Todo sacerdocio debe asumir que lo dado y permitido por Mí, no es sino un don, y solo Yo tengo el derecho de modificarlo».

Yo permanecía en silencio, en el atrio exterior. Él y Thomar quedaban bajo el único techo de la morada, en el cuarto central de la misma. El joven se encontraba arrodillado, el herido tenía mala cara y probablemente algo de fiebre. Con voz tranquila y algo más baja de lo normal, el joven me dijo cuando se percató de mi presencia:

—Ya he formalizado mi candidatura a rey, mañana me reuniré de nuevo con el Consejo de la Ciudad para comprobar si tendré rival el día de la Elección. Allí os emplazo para comunicarme lo que deseéis.

Tuve que sonreír ante su repentino legalismo, que preferí achacar a la devoción por su amigo en lugar de a otras causas.

—Mi futuro rey —le dije—. Vine por un motivo ajeno a lo de mañana... o tal vez no.

—Sonáis intrigante —dijo acercándose a mí, y me invitó con un gesto a que saliésemos al jardín, repleto de hermosos manzanos.

—Lo que quiero es sonar sincero y haceros alguna que otra confesión, dados los últimos acontecimientos.

Los manzanos nos dieron sombra y el Foso quedaba en el horizonte. Le espeté a quemarropa:

—No creéis, futuro rey de Arcania, que mañana sería un buen día para revelar vuestros orígenes, vuestro secreto... la Profecía.

—¿Cómo sabéis vos...? —me preguntó de inmediato, sin terminar la frase.

Sospecho que acababa de perder por primera vez en muchos años la plena seguridad de todo cuanto le rodeaba. Ni siquiera Aglaia consiguió nunca hacerle torcer el gesto, ni siquiera ella logró que perdiera la seguridad en sí mismo. Yo en cambio lo había logrado, y sin mi mejor estocada, que llegó de inmediato:

—¿Qué queréis que os diga, jovencito? He sido el económico de este reino durante más de dos décadas, y debéis saber que quien maneja el dinero, maneja la información. Además... y para seros sincero de una vez, llegué a conocer a vuestro padre, y fui muy amigo de la princesa Alysia. De hecho, junto a vos y a Thomar, soy la única visita que vuestra madre, con su extraña catalepsia permanente, ha recibido a lo largo de sus desventurados años.

El orgulloso Tabalt trató de ocultarme su rostro de desconcierto, y aunque su actuación no fue mala, tampoco fue lo suficientemente buena para mí. En cualquier caso, había ido a visitarle con un objetivo, y no pensaba marcharme de allí sin alcanzarlo, por lo que apreté un poco más:

—No me resulta difícil imaginarnos con la intención de revelar por fin vuestros secretos ante toda Arcania, dando vueltas y más vueltas a la pregunta de cuándo debería ser el momento más adecuado. Y por supuesto vos elegiréis, pero creo que hacerlo cuanto antes, sin esperar por ejemplo a la Ceremonia de Entronización, ayudaría a vuestros planes de guerra... y al motivo principal por el que vine.

—Os escucho.

—Me gustaría que vuestra madre... que la princesa Alyzia, residiera en mi palacete. Reconozco que hasta ahora fue necesario que vos ocultarais vuestro origen, y yo creí conveniente que no supierais que guardaba vuestro secreto, pero considero que las circunstancias han cambiado, y que revelar cuanto antes la verdad y la Profecía puede ayudaros. Además, para seros sinceros y por el aprecio que guardo a vuestra madre, me gustaría rescatarla del pequeño, oscuro y húmedo cuchitril donde se encuentra confinada.

No tenía intención de darle un respiro hasta que me dijera: «de acuerdo».

—Vuestra casa es pequeña, mi futuro rey, y creo que no tenéis tiempo para ocuparos convenientemente de las necesidades de la princesa; para mudaros al Palacio Real aún os queda tiempo por delante, y además se encuentra en reconstrucción; y que siga recluida en la vieja casa donde vive, con la nueva situación que os concierne, me parece el error de un corazón frío, que estoy seguro no habita en vos.

Había puesto todas mis cartas sobre la mesa. Cogí una manzana madura y me preparé para un torrente de preguntas. Sin embargo, sobrevino un largo silencio, y tras varios minutos de mutismo, me comunicó:

—Mi querido economista, mañana durante el Consejo de la Ciudad recibirás respuesta a vuestra petición, y sea cual sea esta, no tardaré en tener una charla con vos para que me expliqueis las numerosas dudas que hacéis que me asalten.

Me quedó claro que debía retirarme, mordí la manzana y reconocí que el joven había manejado bien sus opciones. Mi futuro rey deseaba analizar las aristas del asunto antes de decidir nada. Me acompañó a la salida y ya en el atrio me dijo:

—Económico, nunca tuve vuestra animadversión en el Consejo de Aglaia, y siempre lo achaqué a vuestra inteligencia y honradez. ¿Cómo imaginar que había motivos, digamos, personales?

No añadió más, y yo tampoco. No me dio las gracias, tampoco me censuró. Sin duda pretendía dejarme incómodo, jugar en parte mi juego... y en

buenas medidas lo consiguió, pues escribo esto mientras espero ansioso al Consejo de la Ciudad.

El circunspecto Damon y Tabalt, nervioso como pocas veces lo había estado en su vida, llegaron al pórtico del palacete donde vivía el septuagenario ecónomo, y donde desde hacía varias semanas, habitaba también la madre del joven. Tras más de veinticuatro años, tras más de nueve mil ciclos, Alyzia, la madre de los reyes de la Profecía, había despertado.

El Consejero, antes de que el rey escuchara por primera vez a su madre, creyó adecuado prevenirlle de una circunstancia:

—Majestad, una vez que la princesa Alyzia despertó, apenas intercambié un par de palabras con ella antes de dejarla en manos de su criada para marchar a buscaros.

—¿Y?

—Creo conveniente, majestad, que debéis saber que en su estado cataléptico le hablé de todas las noticias que circulan sobre Karak y que creí le podían interesar, incluyendo rumores...

—¿Y? ¡Venga económico, decidme ya lo que queráis decir!

—Que entre esas noticias, entre esos rumores, le hablé sobre el parto que aseguran es el tercer niño de la Profecía. El hijo que finalmente no fue sacrificado, vuestro supuesto hermano pequeño. Y fue su nombre lo que vuestra madre murmuró nada más abrir los ojos.

Tabalt entrecerró su mirada y escudriñó al menudo consejero de arriba abajo. Qué es lo que pensara en ese momento, no lo dijo y no lo reflejó en ningún escrito, pero resultaba fácil apreciar que sus sentimientos encontrados hervían a flor de piel, a punto de reventar, y que le convenía controlarse, si no como hijo, al menos como rey.

Al fondo del salón principal del palacio, se sentaba la princesa sobre una silla labrada con filigrana y acolchada con mullidos cojines. Su rala melena blanca caía más allá de los hombros. Dormía, y su quietud resultaba a simple vista tan imperturbable como lo había

sido durante más de dos decenios. A su lado dormitaba la criada, sobre una silla sin atavíos, y con diversas madejas de lana en su regazo. La anciana dio un respingo al asustarse por la llegada repentina de las visitas, pero tampoco con el gruñido de la criada la princesa reaccionó lo más mínimo. Aquella miró con cierta reticencia al rey, pero de inmediato se puso con su labor de punto.

El rey no lo hizo notar en su rostro, pero confesaría más tarde que en ese instante se alegró de no toparse con su madre despierta, y que por momentos deseó que *la vuelta a la vida* de Alyzia, tal y como le había contado el ecónomo, no fuese sino una alucinación del consejero, o tal vez un mal hechizo. Sin embargo, Tabalt pronto venció a su propio temor y se acercó a su madre hasta casi tocarla.

Pudo comprobar que el aspecto de Alyzia había variado. Ya no tenía esculpido un rostro pétreo, una piel tirante, fría, blanca. La princesa mostraba en la silla una postura natural, y cabía apreciar a simple vista una respiración sosegada. Alyzia parecía haber rejuvenecido al menos una década y el rey la percibió llena de vida. Tabalt sonrió, por un momento fue feliz.

Consejero y rey intercambiaron una rápida mirada cuyo significado era preciso: Alyzia debía descansar, ya habría tiempo de charlas, de recuerdos y de proyectos. Pero cuando Tabalt se disponía a marcharse, Alyzia abrió los ojos clavando en el sitio a su hijo, quien no supo cómo reaccionar. Una parte de él se inclinaba por abrazarla, otra, por marcharse para no volver jamás, y una tercera, le pedía llorar. Solo pudo quedarse inmóvil, casi tan pétreo como su madre durante tantos años. Fue ella quien rompió el silencio, su voz sonó metálica y lenta, pero clara. Sus ojos comenzaron a llorar de alegría.

—¿Sois uno de mis hijos? Mi querido Damon me dijo que os haría venir..., pero acercaos más, por favor, hijo mío, mi rey.

El joven hizo caso a su madre y se acercó aún más. La princesa extendió su débil brazo hasta que con su mano tocó la mano de su hijo.

—¡Cómo habéis crecido! Sí, a pesar del velo del tiempo puedo recordar esos profundos ojos negros. Vos sois el mediano.

—Sí —la voz del rey se endureció—. Yo soy el niño que siempre estuvo con vos, que os visitó, que os cuidó, que os habló durante años..., pero no soy el hijo que ha motivado vuestro despertar... ¿Me equivoco, madre?

—Pero, pero... —la princesa se desconcertó y balbuceó—. Mis tres hijos, mis tres hijos estáis vivos. Creer en la Profecía me arrebató la vida, y sin embargo, no era cierta; los designios del Padre son mejores de lo que Sacerdocia me obligó a esperar. Comprendí mi error cuando creí asistir al Sacrificio. Pero mis tres hijos estáis vivos, y los tres reináis.

—Tal vez, y solo de momento —el joven se cuestionaría pasado el tiempo sus duras palabras, pero en ese instante no las reprimió—. La Profecía se cumplirá con todas sus consecuencias, y al final solo quedará uno de nosotros. Y os guste o no, ese seré yo.

Las lágrimas se desbordaron en las mejillas de Alysia. Su voz en cambio cobró cierta firmeza:

—Pero, hijo mío, estáis vivos, estoy viva, y os quiero, y os ruego y me encomiendo a vuestra clemencia y a vuestra sabiduría para que digas a tus hermanos que les amo, y que quiero la paz y no la guerra, y que seguro que la Profecía se interpretó mal. Concertad una reunión, daos las manos, miraros frente a frente y veréis como no deseáis la sangre, vuestra sangre, mi sangre, sino la vida.

—Siempre fuimos lo que aún somos, madre, sangre de vuestra sangre destinada al sacrificio de la Profecía, y esta llegará antes o después, pero llegará, por el bien de Karak y la voluntad de los dioses. Simplemente perdisteis la fuerza de vuestra convicción, la fe en el sacrificio, y no pudiendo soportar ambas pérdidas, al hijo y a Dios, os derrumbasteis. Ahora que habéis oído de aquel, volvéis a levantaros creyendo en una benignidad divina que no existe, porque nada ha cambiado realmente, porque todo sigue su curso, porque tus hijos

se verán envueltos en la gloria y en la sangre que vos misma propiciasteis conscientemente.

—¡Basta, majestad! —el consejero decidió intervenir—. No hace falta que hagáis sufrir a vuestra madre, necesita comprensión y esperanza, no vuestra rudeza.

Tabalt contuvo sus palabras, la expresión fiera de su rostro señalaba que aún le quedaban reproches, pero calló. Alyzia en cambio, pasó de las lágrimas al llanto, de su rostro se había esfumado la felicidad de minutos atrás, los años rejuvenecidos regresaron de golpe, y su sentimiento de culpa pareció golpearla sin piedad. La criada trató de consolar a su ama con caricias y abrazos, al tiempo que dedicaba furiosas miradas al hijo, y si no dijo nada a este, fue porque no pudo, al sentir su lengua atada. El rey se percató del ligero hechizo convocado por su consejero para relajar la situación, y a punto estuvo de decirle que se lo aplicara a él mismo. Con todo, no lo hizo y controló su ira poco a poco, hasta quedar ablandado ante las lágrimas de su madre.

—Perdonadme, madre, no quería decir lo que dije. Después de tantos años, solo me muestro ingrato con vos. Nunca he tenido la ocasión de ser hijo, y me resulta más complicado que el más difícil de los hechizos. Dejad de llorar y os prometo que haré saber a mis hermanos que su madre les quiere, que está viva y que anhela la paz.

Tabalt pensó, pero no dijo, que él seguiría con sus planes, y no dudó de que Reika se reiría de las nuevas que le llegaran. Tal vez con el pario fuese de otro modo, pero poco importaba.

El rey optó por el silencio, por no provocar más daño inmediato a su madre, por ofrecerle falsas esperanzas. Alyzia cesó en su llanto y al poco también cesaron las lágrimas.

—Ahora debo marcharme, madre, pero os prometo que volveré a veros en breve. Consejero, venid conmigo.

Los dos arcanos salieron con paso firme del salón y cuando se encontraban en el pasillo, lejos de la vista y el oído de la compungida Alyzia, el rey habló a Damon:

—Mi querido consejero —Tabalt repitió intencionadamente la expresión que usara Alyzia para referirse al economista—, quiero que mandéis trasladar a mi madre al Palacio Real. Tenéis hasta el amanecer para que ella se instale conmigo.

—Pero majestad —protestó Damon—, la princesa necesita descanso, atención... y cariño.

—Es una orden, no pienso repetirla. Que le acompañe la vieja arpía si así lo valoráis, pero a partir de mañana ya sabéis dónde debe estar mi madre. Allí os doy permiso para visitarla cuanto gustéis, al fin y al cabo vos y solo vos habéis logrado el milagro de sanarla al hablarle de su hijo no sacrificado; lo que le hirió, le ha sanado. Damon, habéis obrado un milagro al despertar a mi madre. Fuisteis más allá de la magia. Haced el favor de aceptar mi agradecimiento, pero no quiero sentirme más en deuda con vos. Y recordad que a partir de ahora ella es la madre del rey de Arcania, no la princesa de un monarca ya olvidado por todos, hasta por mí, su nieto. Espero haberme pronunciado con claridad.

Quince ciclos más tarde, con Lucero en su cémit y Vespertina destellando con fuerza sobre la ciudad de Luz, Tabalt se encontraba en la penumbra de una salita especial del Palacio.

Se trataba de una cámara pequeña, de techos bajos, de paredes mal rematadas, húmedas, con aspecto de lugar abandonado y situada en el extremo suroeste del edificio recién reconstruido. En esta salita era donde el rey había pasado la mayor parte del tiempo desde su entronización; junto a algunos libros fragmentarios, extraños y mal conservados; con probetas por doquier; y rodeado de la anarcanita más pura que pudo encargar de las minas al noreste de Luz.

Solo Thomar el Negro sabía realmente en qué ocupaba el rey la mayor parte del tiempo, y solo aquel conocía las intenciones que este se traía entre manos. Con respecto a su madre, Tabalt apenas si le dedicaba tiempo; mantenía con ella breves diálogos y esquivaba con

largas las peticiones que ella le hiciera con respecto a sus otros hijos. El rey, además, parecía haberse descuidado; su barba crecía desaliñada, vestía con ropas pobres y sus ojeras eran muy visibles. En la salita solía hablar consigo mismo, pero también lo hacía en algunas ocasiones delante de su secretario y de su criado, siempre enfadado y como si ellos no estuviesen delante.

—¡Si al menos hubiera conservado los seis ejemplares! ¡Tiene que ser posible! ¡Debe existir un modo de reinvertir la polaridad!

Ni Evan, ni el verdadero Estrato —quien fue liberado sin un rasguño por Vestein en cuanto este recobró la conciencia—, sabían a qué se refería su rey, pero estaban preocupados por verle tan taciturno e irritable. Sabían que a menudo arrojaba probetas contra la pared de la salita donde se encerraba durante horas, que allí profería maldiciones y blasfemias terribles, y que salía deshecho tras encerrarse con su gran enemiga la anarcanita.

Y fue en el ya mencionado decimoquinto ciclo de su mandato y del despertar de su madre, cuando su recién nombrado *Asesor para los asuntos de guerra* fue a buscarle.

—Majestad —apuntó Vestein mientras observaba sin perder detalle del desorden de la salita, apenas iluminada con unas pocas velas de sebo—, dados sus frecuentes olvidos, me he permitido venir a avisarlos para recordaros que el Consejo de los Cinco se encuentra reunido, y que está esperándole.

—Está bien, iré de inmediato, esperadme fuera mientras termino aquí.

«No todo ha cambiado —pensó el rey mientras recogía algunas probetas y guardaba los volúmenes, apuntes y formulaciones inextricables que se esparcían sobre la mesa de estudio—, todavía se me viene a buscar, y aún llego tarde al Consejo».

Al menos en esta ocasión se tomó su tiempo para vestirse adecuadamente a su condición de rey, con una túnica de bordado mágico en blanco, con filigranas de oro en los laterales y en los pliegues.

—Si me permitís una curiosidad, majestad —Vestein rompió el silencio camino del Consejo—, me gustaría saber si pensáis desperdiciar vuestro reinado y vuestro poder en ese cuarto pequeño, oscuro y húmedo.

El rey apenas miró al honorio, no contestó a su impertinencia y le ordenó que esperara fuera de la Sala sin permitir a nadie que les molestase.

Los miembros del Consejo no estaban con ánimo de apreciar la excelente túnica de su rey, tras más de una hora de espera, bajo las miradas de unos sobre los otros sin tenerse demasiado que decir. Tal vez el ambiente que se respiraba en la Sala del Consejo no estaba tan viciado como durante los últimos tiempos de Aglaia, donde los intereses del reino ya quedaban sepultados bajo las pasiones de la reina, sus efluvios alcohólicos y los enrevesados intereses que se urdían alrededor; pero tampoco se podía decir que en el aire nuevo de este Consejo, se respirara una excesiva confianza.

Además, el Consejo no se libraba de suspicacias y murmuraciones, y en el reino nadie olvidaba que Thomar abrazaba la fe del Padre, en lugar de la de la Hija Danadanial; que a Arsen, maestro en la Escuela Norte, la mayoría de sus conciudadanos le consideraba un estrañafario por su forma de ser, y sobre todo por sus métodos mágicos, tenidos por caducos y poco prácticos, cuando no rotundamente falsos; que Celandia era tan hábil con la magia, como joven, hermosa e hija de Karsten, con todo lo que esa combinación suponía; y que Damon, con un currículo honorable e impoluto durante décadas, acababa de mostrar con *el extraño asunto de la madre del rey*, cómo se conocían las diversas noticias que circulaban en torno al caso, que guardaba más secretos de los que en principio se le habían supuesto. Y por supuesto, todo lo rumoreado en Luz, se rumoreaba dentro del Consejo.

Al menos todos estaban de acuerdo en celebrar que el honorio no formara parte de las reuniones, como se habían temido tras su misteriosa aparición. El rey le había admitido a su lado y le escuchaba

con atención, pero de momento no tenía voz ni voto dentro del Consejo, y para los miembros del mismo supuso un alivio por el recelo que Vestein les causaba.

—Perdonad el retraso —fueron las palabras del rey cuando entró a la suntuosa Sala del Consejo—. Os diría que no se va a volver a repetir, pero para qué mentiros. Bien —Tabalt hacía lo posible por mostrarse lleno de energía y fuerza—, antes de adentrarnos en el punto principal de la sesión, quisiera comunicaros que adopté al fin una decisión con respecto a la petición de mi madre y cumpliré su voluntad. Mandaré un emisario a Honoria confirmando la noticia, pues el rumor de que la madre de los hijos de la Profecía está viva, en el Palacio de Arcania y con ganas de reunir a sus vástagos, supongo que ya habrá llegado. Y mandaré otro emisario al usurpador. Creo que como mínimo lograremos descolocar a mi hermana, y tal vez nos permita conocer algo más de ese Elmer. ¿Alguna objeción al respecto?

No llegó ninguna. En el anterior Consejo, Damon había sacado el punto tras obviar el propio rey las peticiones de su madre, y aunque con cierto fastidio por parte de Tabalt, se habían debatido las ventajas y los inconvenientes del asunto. Al final y tras una primera votación, todo había quedado en suspenso tras el voto negativo de Arsen, las abstenciones de Celandia y Thomar, y el voto a favor del economista. Todo quedó a voluntad del rey, y este acababa de pronunciarse, aunque fuese con una semana de retraso. Por tanto, no había nada que debatir, y los flecos de quiénes serían los emisarios, se resolverían más adelante.

—Entonces anunciaré ya el punto clave —el rey parecía satisfecho y permanecía de pie, en lugar de ocupar su sitio de caoba; el resto de consejeros tampoco estaban sentados, a pesar de los sillones que Tabalt había ordenado colocar—. La Guerra entre Arcania y Honoria estallará en cualquier momento —tras un par de segundos en silencio, añadió—. Supongo que ya sabréis que hubo escaramuzas entre Honoria y Paria.

Arsen el Cauto, como se le había comenzado a llamar por sus opiniones reflexivas, juiciosas y a menudo excesivamente prudentes, fue el primero en romper el silencio que se impuso. Su voz resultó cándida y tranquila:

—Majestad, he pensado mucho en este momento y en lo que deberíamos hacer, y considero que la mejor estrategia para encarar la guerra, sería la de replegar nuestras fuerzas, concentrándolas en Luz y en el Valle Dorado, por fuera y por dentro de los límites naturales de las Montañas Corona.

Su propuesta no generó buena cara ni en el rey ni en el resto de consejeros, y Arsen lo captó rápidamente.

—Dejad que me explique. Honoria nos triplica en número, y hago una estimación optimista. Y nuestra fuerza mágica corre el riesgo de desmembrarse si abrimos demasiados frentes. En cambio, si conseguimos convencer a los arcanos situados en toda la franja al oeste y norte del reino, de la necesidad de que vengan a nosotros, conseguiremos un poder notable para resistir, y aun para atacar cuando resulte preciso. Pensadlo bien. Divididos seremos frágiles, mientras que concentrados en torno a las Montañas, dispondremos de una línea inexpugnable (Luz), y de una segunda que ofrecería no solo protección, sino también fértiles valles para abastecernos el tiempo que precisáramos, así como espacio para todos los arcanos del reino, y capacidad de repliegue y ataque. Vuestra hermana es impaciente y no sabría llevar un asedio adecuado. Ese puede ser nuestro punto ganador.

El rey tomó la palabra:

—Honorable Arsen, sin duda alguna elegís un camino prudente..., pero tal vez demasiado. Al menos de antemano no puedo ceder a la idea de abandonar la mayor parte de nuestro territorio a su suerte, renunciaríamos sin pelear a demasiada Historia, a demasiadas ciudades, a demasiado orgullo —sus ojos negros desprendían seguridad allá donde se posaban, y se posaron en todos los miembros del Consejo.

—Comparto vuestra opinión, majestad —apuntó el ecónomo dando un paso al frente tras asegurarse de que el rey esperaba más opiniones—. Tal vez la opción del cauto Arsen pueda quedar como último recurso en caso de que la guerra no avance para nosotros como deseamos, pero, ¿por qué ceder tanto de primeras? De todos modos, el maestro ha puesto el dedo en la llaga con el asunto de la desventaja numérica, que siempre existió por otra parte, pero que nunca pareció tan exagerada y que nos debería llevar a revisar nuestro modelo familiar de cara al futuro..., si el destino nos deja. Pero a mi juicio, lo más preocupante e inmediato para confeccionar la mejor táctica a seguir, es corroborar lo que vuestro asesor honorio ha dicho: que el ejército de vuestra hermana estará armado de anarcanita de arriba abajo y del primero al último de sus soldados. Si esto es así, debemos empezar a rezar... Y lo que propongo para ayudar en nuestras súplicas a Danadanial, es barajar una posible alianza con los parios.

Damon acabó su intervención turbado. Honoria llevaba preparándose para la guerra más tiempo que ellos y tal vez eso resultase decisivo. Informadores telepáticos de las fronteras habían confirmado que la propia Reika se preparaba para ponerse en marcha con su ejército, si no lo había hecho ya, mientras ellos apenas habían informado a todas las ciudades arcanas para que permaneciesen alerta y se prepararan para la guerra. La entronización, con todo su formalismo y sus plazos, aparecía ahora como un lastre que tal vez hubiera que lamentar, y que ya no tenía remedio.

Fue Celandia la siguiente en intervenir. Tras el rey era la más joven, pero ya se había ganado el respeto de los demás con su estilo incisivo, aunque respetuoso, con su diligencia al margen de su belleza.

—Lo que dice nuestro venerable Damon deberíamos llevarlo a cabo, y es el momento propicio. Por supuesto me refiero a lo de la alianza, no a lo de los rezos. Según nos informan, Paria se ha rebelado contra los dos Reinos, pero a efectos prácticos se ha sublevado contra

Honoría. Vuestra hermana, majestad, aplastará a vuestro hermano, sea un impostor o no. Pero por muy fácilmente que lo logre, le llevará tiempo y parte de su ejército, por lo que sería conveniente cobar a los parios para que resistiesen y causasen el máximo daño posible a Honoría.

—Tal vez a Reika —intervino Thomar con seguridad, tocándose el muñón de su brazo amputado en un gesto que repetía con frecuencia— no le resulte tan fácil aplastar Paria, incluso sin nuestra ayuda; y tal vez a nosotros tampoco nos resulte fácil manipularles.

—¿Qué queréis decir? —se apresuró a preguntar Tabalt.

—Majestad, por lo que sabemos, ese rey, sea o no vuestro hermano, ha sido capaz de vencer todas las adversidades que se le han puesto por delante, y ha logrado dotar de orgullo a unos campesinos que entre Arcania y Honoría, habíamos condenado a unas condiciones de esclavitud. Los parios reclaman libertad, derechos, y lo que tan pocas veces ha ocurrido en nuestra Historia: independencia. Y por lo que he escuchado, no va a ser tan fácil derrotarles ni engañarles, pues Capitolia no fue rendida por casualidad, sino por astucia, y a ese rey no le siguen (o al menos no solo) por unos ideales, sino porque le creen poderoso..., y motivos parece que hay para ello. Y no nos olvidemos del misterioso anciano que le acompaña, pues todos nos lo hemos preguntado: «quién es aquel del que tantos rumores llegan». Sabemos que es el consejero del rey pario, que es ladino como pocos y que su poder es... arcano. Sabemos que puede conjurar hechizos que aquí muy pocos sois capaces de dominar..., y sabemos poco más, salvo el detalle insignificante de su aspecto, y que es un viejo como lo empezamos a ser ya muchos de nosotros.

Thomar, que había hablado hasta ese momento a todos los miembros del Consejo, clavó sus pupilas en el rey.

—Pero deseo volver sobre el que algunos llaman usurpador, para hacer llegar de una vez por todas mi preocupación y mis ideas. Majestad, espero no molestaros al decir lo que pienso, pero me veo en

la obligación de hacerlo. Vos y vuestra hermana Reika, teníais relativamente fácil llegar hasta donde estáis, pues al fin y al cabo, fuisteis preparados para ello desde el primer latido de vuestro corazón, y habéis sido mecidos por la mano de Dios y del Destino. Ese rey de Paria, en cambio, parece que sobrevivió al Sacrificio, ha vencido a todos sus enemigos o los ha puesto de su lado, y ha conseguido unir y solivianar el espíritu de los desharrapados. No me cabe la menor duda de que al final morirá, pues no ha sido elegido por el Padre, y sin predestinación, no es posible la gloria que os aguarda a vos. Sin embargo, me permito augurarle un papel importante en la guerra que se nos avecina. Por tanto, tal vez sea una buena propuesta la de aliar-nos con él, pero no cometamos el error de subestimarle. Esa puede ser precisamente la equivocación de Reika..., y nuestro acierto.

—Vaya —el rey retomó la palabra, dando un paso al frente, el que deshizo por su parte Thomar el Negro; su voz tenía cierta carga de ironía—. Veo que mi madre y a quien considero mi padre, sienten la misma adoración por mi supuesto hermano. Yo le tenía por un grano en el culo y a este paso, el grano en el culo voy a ser yo —el tono de su voz cambió de repente y adquirió seriedad—. Sin embargo, mi querido Thomar, como rey no debo dejarme influir por sentimentalismos, y lo que sabemos del usurpador (soy uno de los que le llaman así), es que la fuerza de su ejército es escasa. Su fe, su magia, su ingenio y hasta la destreza de unos pocos de los suyos, pueden ser enormes, pero sin nuestro poder, o sin un ejército numeroso y bien entrenado en el acero..., lo único que puede ofrecer son parios como carne de espada y de báculo. Al menos de momento, no le veo capaz de resistirle más de dos envites a mi hermana... Pero con todo, permaneceremos atentos, y todos estamos de acuerdo con lo que apuntó la comedida Celandia: nos serviremos de Paria y de su fugaz rey, si nos resultase útil. Y ahora —un tercer tono se apoderó de su voz, aquí alegre y dulzona—, vayamos a la acción. Como ya se acordó en la sesión pasada, Thomar se encargará de preparar a nuestros mejores

magos en la estrategia militar, y comenzaréis hoy mismo. Celandia, usaréis vuestra pericia y vuestros contactos para que los telepáticos de las ciudades al oeste y norte de Luz, informen a los señores de las mismas de que les quiero preparados para atacar... o resistir, esto último especialmente en las ciudades limítrofes de la Cordillera Central. Arsen, vos os encargaréis de que vengan a Luz todos los arcanos útiles para la guerra que estén al Sur y al Este, quiero a todo oretino y a todo Cadhyfu que sepa convocar un hechizo. Y los quiero ya, porque deseo salir de Luz cuanto antes para comandar parte del ejército. El resto de las divisiones...

En ese momento se abrió de golpe la puerta y la doble hoja de plata rechinó. Tras ella apareció el rostro compungido, serio y sin una de sus orejas, de la arcana de pelo gris que se enfrentara a Tabalt el ciclo en que Aglaia acabó su reinado. A dos pasos de ella se encontraba Vestein, tranquilo, a pesar de desobedecer la orden directa del rey de que nadie les molestara. No hubo reprimenda, Tabalt pareció imaginarse la noticia.

—Mi rey, consejeros... —la otrora Custodia de la reina y actual informadora de Tabalt, empezó cohibida, pero ganó confianza con cada palabra—. El telepático de la ciudad de So me llegó a comunicar hace unos minutos, que Honoria ha atacado la ciudad. Al parecer se trataba de un destacamento poco numeroso que consiguió escapar a la percepción de nuestros sensitivos. Y hasta cabe la posibilidad (no lo puedo asegurar, porque el telepático fue descubierto y asesinado mientras me informaba) de que la propia reina comandara el ataque a nuestra ciudad fronteriza.

El silencio inundó la Sala y dibujó rostros de preocupación, pero fue roto por el rey.

—Todo está bien —dijo con voz serena—, la guerra ha comenzado.

CAPÍTULO VII

La fe en el Padre, como las luciérnagas, necesita de la oscuridad para brillar.

Frase con la que inició su homilía el Sumo Guardián, a las pocas horas de ejecutar el Sacrificio Profético sobre *quien no debía*.

El ocaso de la Estrella de la Tarde estaba cerca. Nespet, el Sumo Guardián de la Fe, contemplaba desde la orilla, con un hábito fino color crema, el suave oleaje del Mar Tranquilo. A la espera de reunirse con su hermano, perdía la mirada en el agua. Se dejó mecer por el oleaje y navegó hasta arribar a sus recuerdos...

Crecerán primero como hermanos y pronto como enemigos.

—Nada de bañarse, mi señora —advirtió Heriho a su pupila de seis años, bajo la atenta supervisión del Guardián, quien solía asistir y controlar todas las lecciones que los dos tutores impartían a los pequeños—. El mar está más revuelto de lo normal y puede ser peligroso. Y debéis recordad que después de la clase tenemos el oficio, y que al Padre no le gusta que llenemos sus templos de salitre.

—No entiendo por qué Dios resulta siempre tan caprichoso —contestó Reika, desenvuelta, rozando la blasfemia, que en cualquier caso

sería perdonada, por su corta edad—. Además, ya sé nadar perfectamente, no como el torpe de mi hermano.

La niña pretendió enfadar a su hermano, pero su éxito fue nulo. El pequeño, algo más bajo que Reika, a pesar de haber nacido con esos minutos de diferencia, estaba abstraído con un libro.

—Tan pequeña —Thomar el Negro acababa de llegar y replicó a la niña con tono afable— y ya disfrutas molestando a tu sangre y cuestionando nuestras órdenes. Si no corriges esa lengua, mocosilla, te vas a meter en muchos problemas.

—¿Y qué me puede pasar? —la niña parecía picada por la palabra «mocosilla»; el niño levantó curioso la mirada del libro—. ¿Que el Padre se arrepienta de su Profecía, que yo pierda mi lugar como Agrustin perdió el suyo a favor de Nespet, que...?

—¡Niña, ata tu lengua! —Heriho la interrumpió, nervioso, consciente de la presencia del Sumo Guardián—. ¿De dónde has sacado tales ideas, a quién se las escuchaste decir?

El Gobernador llegó hasta la orilla de la playa con paso tranquilo y largos ropajes ceremoniosos de tonos oscuros. Se colocó al lado de su hermano, quien se sobresaltó un tanto al notar su presencia.

—Por el respiro que dais apostaría a que estabais de viaje por el pasado —y sin dar tiempo de reacción a su hermano, Agrustin añadió—. Ese pasado en el que tuvisteis que afrontar grandes decisiones; como por ejemplo enviar contra mi opinión e imponiendo vuestro cargo por una vez, a Reika camino de Honoria y a Tabalt de Arcania. Yo anduve empeñado por aquel entonces en que la niña encajaría mejor en el reino de la magia y el niño en el de la espada, pero vos os limitasteis a seguir el consejo de sus jóvenes tutores. Por una vez, negasteis mi criterio, por una vez, el sentimiento de culpa que os atormenta no os dominó... y por esa vez, debo reconoceros que acertasteis plenamente.

De vuelta al presente, dueño de sí y animado por la confesión insólita del Gobernador, el Sumo Guardián contestó:

—Hacéis un reconocimiento tan poco habitual en vos, hermano, que me anonadáis. No ha debido ser fácil...

—Sencillamente el Padre está satisfecho con vuestro trabajo. Los Elegidos han triunfado ante las adversidades y la Guerra por fin se ha declarado. La Profecía cada vez está más cerca de cumplirse, y nuestra idea de dominar este planeta impío. Así que no, no es difícil para mí reconoceros vuestros aciertos. Aunque es una lástima que no acertaraís de igual modo en el Sacrificio, y que el usurpador perturbe nuestros sueños y ensombrezca el futuro.

El Sumo Guardián sintió cómo la ira le invadía. Por una vez su hermano elogia una de sus decisiones, y lo hacía para reprocharle de inmediato el acto más difícil de toda su vida.

—Qué razón lleváis, Agrustin, ese error mío —la frase no estuvo exenta de rencor— fue una verdadera lástima, por la que aún seguimos pagando. Especialmente yo, que aún no sé de quién era la sangre inocente que derramé... sin acierto ni necesidad. Porque de lo que ya no dudo es de que el rey pario es efectivamente el tercer hermano de la Profecía, quien debía morir bajo mi mano y no murió, el mismo que escapa una y otra vez a nuestros designios, al mostrar una total contumacia por la vida. Y lo que os puedo asegurar, hermano —el Sumo Guardián miró con rabia al Gobernador—, es que cada ciclo de mi vida lamento haber tenido que ser yo quien asesinara a un niño inocente, obligado a tener que tomar esa decisión como Sumo Guardián de la Fe, un cargo que no debería haberme correspondido, pero que vos, primogénito y destinado al cargo, tuvisteis que perder por enfrentarlos a madre una y otra vez con todo vuestro orgullo.

Tras dejar hablar a su hermano, el Gobernador retomó la palabra, y con calma y petulancia le contestó:

—En cierto sentido me alegra que seáis capaces de mirarme así, lleno de ira en lugar de con vuestro habitual sentimiento de culpa. Y sí, es verdad que obligué a madre a desheredarme por mis continuas rebeldías hacia ella, pero si vos no os rebelasteis fue por cobardía y

no por lealtad o principios. Yo al menos aprendí la lección, y con mi castigo me convencí plenamente de mi labor. ¡Pero basta de reproches! Trabajemos por un futuro en el que podamos decir orgullosos, que superamos nuestras dificultades y cumplimos con nuestros deberes hacia el divino Padre.

El Sumo Guardián sintió que la rabia le abandonaba y de inmediato le inundó un sentimiento de vergüenza. Estuvo a punto de pedir perdón a su hermano mayor. A punto de mostrarle una vez más su debilidad, pero logró contenerse en el último momento. Lo que hizo fue informarle sobre algo que el Gobernador ya conocía de antemano:

—Malasombra llegará tarde a la montaña y no podrá librarnos de quien fuera nuestro secretario y nuestro preso. El misterioso anciano ya no se encuentra allí. A pesar de todo, en esas cuevas hay algo o alguien importante para él, y asestaremos un duro golpe a nuestros enemigos. Estoy a la espera de noticias, y en cuanto lleguen, enviaré a Malasombra y a los suyos para que se infiltrén en las filas del rey pario y acaben con él a la primera oportunidad.

El oleaje, con la ligera subida de la marea, besó los pies de los hermanos. Ambos iban descalzos y se echaron unos pasos para atrás mientras continuaban su charla.

—Esperemos que en esta ocasión —el tono del Gobernador estaba carente de reproche y cargado de escepticismo— nuestros planes salgan mejor que las últimas veces. ¿Sabemos algo sobre nuestros infiltrados previos?

—Nada nuevo que añadir a los informes que ya tenemos. El novicio que mandamos para detener temporalmente la mano de Liv, hasta que se resolviera la situación en los Reinos, parece que también ha caído subyugado bajo el discurso del rey tuerto. En cuanto a las mujeres, no sabemos qué ha ocurrido con certeza, pero sí que la pusilánime paria no acabó en la montaña con el anciano, y que la orgullosa honoria ni siquiera debió intentar asesinar a su rey, de quien se rumorea que es amante.

—El novicio era buen chico, Nespet, y no descarto que sea él quien termine cumpliendo la misión en la que otros han fracasado. Tal vez solo esté esperando su oportunidad, ganándose poco a poco la confianza del usurpador y del viejo, para dar un golpe definitivo.

—Vos conocíais al novicio mejor que yo, Gobernador de Onar —el Sumo Guardián remarcó el cargo de Agrustin, a la espera de que este por una vez se refiriera a él de la misma manera, en lugar de usar siempre «hermano» o «Nespet»—, y tal vez estéis en lo cierto, pero la verdad es que hasta ahora, el usurpador ha mostrado una insoportable resistencia a morir, y pareciera rebelarse contra los designios del Padre.

—No paladeéis la blasfemia, hermano. Vos precisamente mejor que nadie deberíais saber que el Padre nos reserva a todos su inefable Plan, y que solo el tiempo aclara sus designios, extraños para nosotros si acaso, debido a nuestra torpeza. Por supuesto que en ocasiones tenemos unas ganas irrefrenables por correr la llave del tiempo y saber con certeza, pero si el Padre nos creó frágiles, dependientes y finitos, sus motivos tendría, y no debemos ser sus principales valedores quienes le cuestionemos, ¿verdad?

—Verdad.

El Sumo Guardián se negó a decir nada más, molesto por la lección teológica de su hermano. Tras un minuto de tenso silencio, Agrustin preguntó, como si nada hubiera ocurrido:

—¿Qué podéis decirme de los antiguos tutores de los niños, hoy respectivos consejeros de nuestros reyes, qué noticias nuevas nos transmiten?

—Puedo deciros lo mismo de casi siempre, hermano, que con una increíble habilidad mantienen un perfecto equilibrio de lealtades entre su fe al Padre y la fidelidad a su reina y a su rey. Pocas decisiones hemos tomado juntos que nos hayan salido bien, pero en el caso de sus tutores acertamos plenamente.

—Estoy de acuerdo con vos, Sumo Guardián, les hicimos perder su amistad, pero sus pupilos ganaron los mejores tutores posibles.

Nespet suspiró para sus adentros, pensando que su hermano por fin le llamaba por su cargo.

La reunión finalizó. Vespertina ocultaba su disco naranja, casi rojo, y teñía el mar con una tonalidad color sangre que parecía presagiar el tiempo de guerra que se avecinaba.

CAPÍTULO VIII

Hasta el suelo más incómodo y el techo más frío, se puede convertir en el mejor de los hogares si le resulta a tu cabeza cálido y acogedor. Del mismo modo, la felicidad no está en las circunstancias que te rodean, sino en el estado de la mente.

Una de las lecturas que a Elmer más le marcaron cuando vivía, solo, en Dima.

En el interior de la cueva, sobre cuya entrada quedaban labradas las runas que muy pocos podían descifrar en todo Karak, Marina, bajo la inquieta mirada de su hija, terminaba de calentar el caldo de pollo que había sobrado de la noche anterior. Sería el desayuno, con los huevos de las gallinas del corral.

Las teas mágicas, como cada ciclo, habían pasado ya a su luz blanca tras otra noche con la cálida luz amarilla. El cielo estaba nublado, pero eso no impediría unas temperaturas calurosas. «Otro ciclo más con la misma rutina —pensó la mujer, y terminó con un suspiro—. ¿Qué estará haciendo el anciano, qué mi rey?».

Adel aún dormía en una de las pequeñas cámaras de la cueva. La noche anterior se había acostado tarde por quedarse a coser varias camisas y faldas.

Marina quiso salir a buscar los huevos para el desayuno, pero su hija le agarró de la saya. Damara amohinó su carita. Desde que despertaran, la pequeña se había comportado de un modo extraño, pero cuando la madre le preguntó si le pasaba algo, esta solo supo responder:

—No sé, estoy rara por dentro.

Marina decidió entonces ir hasta el corral con su hija, como a esta le gustaba. La tomó en brazos. Al hacerlo, de espaldas a la salida, notó cómo la claridad que entraba de fuera, menguaba de un modo repentino. Al mismo tiempo, los ojos de su hija se dilataron bajo una mirada cargada de miedo. Marina se dio la vuelta sin tiempo para pensar y se topó con ocho figuras que bloqueaban la entrada. Todo su cuerpo se llenó de viejos fantasmas.

—Pero qué tenemos aquí —fue Boro el Dulce quien rompió el silencio con una voz desagradable—; si es una bonita estampa familiar. Qué pena que tengamos que romperla, se me parte el corazón.

—Cállate, Boro —Caty la Bella reprochó las palabras de su compañero; Marina comenzó a temblar y abrazó a su hija con fuerza—. Hágamos el trabajo y punto.

—Malasombra —fue Eryx quien habló en esta ocasión—, recordad que se nos ha pedido un trabajo limpio y que tengo permiso para investigar. Y de momento a esa niña..., la quiero viva.

El líder de *Las Sombras* se rascó la barba negra. El resto de los mercenarios no tenían nada que decir, esperaban órdenes, y visto lo visto, poca acción. Malasombra terminó por hablar:

—Lo cierto es que cobrar por esto, incluso me desmotiva. Pero en fin, el trabajo es el trabajo, y allá se entiendan ellos con su Dios. ¡Orejón, actúa rápido, sin explicaciones, ya has oído al mago!

Orejón escuchó perfectamente, a pesar de faltarle sus dos orejas, desenfundó dos largos cuchillos y se encaminó hacia ellas. Marina solo pudo dejar a Damara en el suelo. Las lágrimas comenzaron a recorrer sus mejillas.

Damara, por su parte, miró a los mercenarios de un modo extraño, y se centró en quien se acercaba con los cuchillos. El segundo de Mallasombra, frío y diligente, no prestó atención a la mirada de la niña y preparó los brazos para asestar un tajo mortal a la madre. A falta de tres pasos no pudo continuar, quedó paralizado.

Un instante después y sin que el grupo de mercenarios hubiese apreciado el problema de Orejón, un grito sacudió a todos.

Adel salió desde su cámara con un cuchillo en la mano y se abalanzó contra el mercenario. Sus compañeros no se inmutaron lo más mínimo y pensaron que al menos su camarada tendría algo de trabajo. Esperaron a ver cómo se deshacía de las dos mujeres. Eryx, sin embargo, se mostró inquieto, y cuando Adel llegó sobre el mercenario gritó:

—¡La niña...! ¡Orejón no puede moverse!

No hubo tiempo de reacción.

La expresión de terror de los ojos del segundo de Las Sombras, que sus camaradas no pudieron ver por estar de espaldas a ellos, confirmó inútilmente lo dicho por el arcano. La paria apuñaló en el cuello y hasta la empuñadura a Orejón, acertando en aquello que fracasara tiempo atrás, cuando intentó lo mismo con el anciano Athan. Entonces no había tardado en alegrarse de su fracaso; aquí, ya se alegraba de su acierto. Pensó que sería lo último que hiciera, pero merecía la pena. Orejón, indefenso por completo al estar paralizado, no había tenido la más mínima posibilidad. Adel sacó el cuchillo de su cuello y el mercenario se desplomó. Su parálisis se había roto, pero solo le quedaban los últimos estertores de vida.

El resto de *Las Sombras* intentaron reaccionar, pero se dieron cuenta de que tampoco podían moverse; ni siquiera Ben el Oso con su enorme tamaño y fuerza logró hacerlo. La niña les miraba como antes había mirado al moribundo. Adel, cuchillo en mano y envalentonada con su inesperado éxito, parecía preguntarse quién sería el siguiente. Mallasombra echaba espumarajos por la boca.

Eryx pudo pronunciar un conjuro y la niña sufrió una pequeña convulsión, seguida de un grito. Cayó de rodillas. Marina la rodeó con sus brazos. *Las Sombras* se habían liberado.

—No quiero limpieza —Malasombra estaba enrabiado—. Quiero dolor y sangre, y un carajo me importan ya las órdenes de los sacerdicios. Cuando hayamos acabado lentamente con las tres, Eryx, me vas a explicar qué ha ocurrido aquí. ¡Pero olvídate de la niña, y que ellas se olviden de la clemencia!

Boro sonrió ante la nueva perspectiva.

Un aullido sobresaltó a todos. Los mercenarios se giraron con presteza y se toparon de bruces con una manada de lobos que les atacó sin más preámbulos que el aullido poderoso de un macho enorme, por cuyo lomo y hocico se extendía una mancha verdosa.

La manada de lobos, dieciocho en total, saltó con fiereza, pero sin orden, sobre los siete mercenarios que quedaban en pie tras la muerte de Orejón. *Las Sombras* no tuvieron tiempo para organizarse, pero sí para una reacción instintiva, fruto de sus numerosas escaramuzas.

Todo ocurrió en apenas unos segundos, aunque yo requiera de bastante más tiempo para narrarlo.

Malasombra fue atacado por una loba y el mercenario demostró tener la agilidad de un felino. Ante la embestida frontal de la fiera, con las fauces brillando bajo la luz de las teas, el líder de *Las Sombras* dio una rápida voltereta hacia la izquierda, al tiempo que desenvainaba su espada. La loba insistió con un nuevo salto y esta vez llegó una finta a la derecha. No hubo más. Malasombra asestó una estocada que atravesó de parte a parte a la loba. Esta apagó su vida bajo un gruñido de agonía.

Eryx tuvo más trabajo. Hasta tres lobos le atacaron al mismo tiempo, pero supo desenvolverse con destreza. Primero conjuró una efectiva semiesfera de protección contra la que se toparon las garras y los dientes de los animales, a cada salto más enrabiados e impotentes. Luego lanzó rayos de energía que fulminaron a dos de ellos,

y que pareció fulminar también al tercero, el gran lobo de la mancha verde.

Caty la Bella no tuvo tiempo de usar el arco ante el ataque de dos lobos con el mismo pelaje y tamaño, y se defendió con una espada corta. Recibió un profundo arañazo en un brazo antes de conseguir clavar el arma hasta la empuñadura en el pecho de uno de sus dos rivales. Contra el segundo se quedó sin defensa y tras esquivarle con varias fintas, quedó acorralada. Recibió la ayuda de Escipo, el más joven de los mercenarios, que había desatendido su defensa por ayudarla.

Cortó el cuello del lobo que la acorralaba con un certero tajo que tomó desprevenido al animal, pero de inmediato tres lobos se abalanzaron contra el joven, feliz un instante antes. Le tiraron al suelo y le desgarraron la yugular. Fueron rápidos y letales, pero le dieron el tiempo preciso a Caty para usar su arco y atravesar a dos de ellos. Con el tercero, una enorme loba dispuesta a saltar sobre la mercenaria, que no había tenido tiempo de tensar su arco por tercera vez, acabó Malasombra con un poderoso espadazo.

En ese momento también moría el último de los tres lobos que habían atacado a Boro el Dulce, quien con su rodelá y su espada larga, había sabido mantener la calma y aguardado su momento. Con una estocada aquí o allá, con las fintas precisas y con la defensa de su rodelá, abatió a los tres animales sin sufrir más que magulladuras superficiales.

No lo hizo tan bien Anabel la Muda, quien sufrió una herida mortal tras un mordisco crítico en el cuello. Dos lobas la atosigaron hasta que pudieron abalanzarse sobre la mercenaria. Murió como había vivido, sin pronunciar palabra, pero con un elocuente gesto de dolor en su rostro. Malasombra, nada más librar a Caty y lleno de rabia, acabó con las dos lobas. Estas intentaron lo mismo que momentos antes les había funcionado, pero sucumplieron ante la ira del mercenario, que en apenas unos minutos había perdido a su mejor amigo y a su amante en una misión que pensaba no iba a entrañar peligro.

Quedó un último foco de pelea que terminó al tiempo de lo narrado hasta aquí. Lo protagonizaron Ben el Oso y cuatro grandes machos, en encarnizada lucha de hacha, fauces y garras. El enorme Ben había esgrimido a diestra y siniestra su poderosa hacha mientras los animales se movían rápidos y esquivos, lanzando dentelladas al menor de los huecos. Se habían llegado a colgar de las extremidades del mercenario en varias ocasiones, y este se los había quitado de encima como había podido. Al final, los lobos, pero también Ben, dejaron de gruñir. Este había sufrido una dentellada en la cabeza, por lo que tras terminar de despedazar a tajos a los cuatro lobos, se desplomó contra el suelo y acabó por morir entre espasmos.

Pronto cesaron los últimos gemidos de la manada que había colonizado Dima generación tras generación.

Los mercenarios que se mantenían en pie, cayeron entonces en la cuenta de que las dos mujeres y la niña no se habían quedado para contemplar la carnicería. Malasombra se convenció de que no habían podido escapar hacia el exterior, por lo que debían haberse introducido en la montaña, por la oquedad que quedaba al fondo.

—¡Os prometo que volveremos para honrar a los caídos! —Malasombra habló furioso, al tiempo que se limpiaba restos de sangre que colgaban de su barba—. Pero antes debemos ocuparnos del trabajo..., y voy a ser concienzudo.

Las Sombras no se entretuvieron y tras hacerse con varias teas de la pared, se adentraron en las entrañas de Dima. Poco después, en la sala cargada de muerte, uno de los lobos logró levantarse. Cojeaba de una pata y sangraba por el lomo y el hocico, mezclándose la sangre con sus particulares manchas verdes. Tras mirar a su alrededor, se perdió también en las profundidades de la montaña.

En el Salón de Reuniones del Ayuntamiento de Capitolia se mascaba la tensión y se escuchaba el retumbar de las botas del rey a cada paso que daba. Apenas había mobiliario, tan solo cuatro sillas arrinconadas

y una mesa de roble repleta de papeles y planos. En las paredes, colgaban dispuestos en línea y orden cronológico, los retratos de los últimos veinte burgomaestres de la ciudad. Sagh, sonriente y con un chaleco amarillo, ocupaba el último lugar.

Elmer recorría el salón de un lado a otro. Athan observaba las costas de las cicatrices de sus brazos, como si pudiera interpretar ciertos hechos al mirarlas con detenimiento. Parecía no escuchar los reproches que el joven le lanzaba:

—No sé cómo puedes jugar así con todos nosotros. Decidme, viejo, ¿cuántos mineros de la Llanura del Estrecho han muerto creyendo en mí, sin siquiera yo saber nada de ellos? ¿Qué tipo de traición he cometido por vuestros actos? No paráis de hablar de justicia y de libertad, de derrocar a un Dios injusto, de impedir la Profecía y de romper las cadenas del destino, y luego vos... vos hacéis y deshacéis con la frialdad de Sacerdocia, con la frialdad de mis hermanos.

El anciano levantó la vista hacia Elmer, pero continuó impertérrito, como si la conversación no fuera con él.

—¿Qué me impide pensar que mi ejército y que yo mismo, no seremos los siguientes a los que abandonéis para conseguir vuestros propósitos? En su momento sacrificasteis al hijo de Drastan, ahora me decís que esos mineros sirvieron para atraer la atención del General honorio, dándonos tiempo a nosotros para rendir Capitolia... ¡Pero ellos y su lucha eran tan dignos como nosotros! Me siento utilizado, y siento que vivía mejor cuando pasaba mis días solo y sin preocupaciones en mi montaña. Me habéis cargado con un peso y una responsabilidad insufrible, y lo peor es que no puedo confiar en vos. Aparecéis y desaparecéis de continuo, y sois como una araña que teje y deseja a su antojo, siendo todos los demás vuestra tela.

Elmer, tras su enésima vuelta por el Salón, llegó hasta donde se encontraba el anciano y se paró en seco frente a él. Se hizo el silencio al desaparecer el ruido sordo de los pasos de las botas. El rey, encarado con Athan y con más de dos cabezas de altura de diferencia, apoyó su

mano izquierda en el puño de la espada que guardada en su funda, trenzada con bordados de plata. La derecha descansó en la cintura. No cabía interpretar amenaza alguna. El rey más bien se mostraba angustiado, cerca del llanto, y la mirada penetrante hacia su menudo maestro reclamaba respuestas.

Al menos obtendría palabras.

—Sois mejor rey de lo que llegué a imaginar cuando al fin os encontré en el Mercado, a tan pocos pasos de donde nos encontramos ahora. Por entonces, tal vez por los años que había pasado preso en Sacerdocia, y encerrado luego en la jaula del esclavista, temí lo peor. Al conoceros pensé que llevabais demasiado tiempo viviendo solo y amargado como para llegar a preocuparos por los demás, pero resulta que me equivoqué y sois capaz de indignarlos porque os salvé en la cuna a cambio de un acto doloroso, y porque salvé a vuestro ejército en ciernes de ser aplastado por el General Gardar, al incitarle por necesidad para que comandara sus fuerzas contra la rebelión minera. ¡Cuánto me equivoqué, mi querido Elmer, y cuánto me equivoqué para bien! Pero no os equivoquéis vos conmigo, porque cuando me conocisteis os lo advertí. Os dije que descubriríais muchas facetas en mí, pero no la bondad. Y no solo os lo repito aquí y ahora, sino que me reafirmo con mayor intensidad si cabe, pues veo que Paria posee un rey bueno, y eso exige que exista un contrapeso que se preocupe por regular tal defecto. Y es que bondad y justicia no tienden a ir de la mano, y si añadimos al barril, el ejercicio de reinar, entonces la mezcla se avinagra definitivamente.

—Si pensáis, viejo, que me vais a consolar y a calmar llamándome «bueno» y elogiándome como rey, vos también estáis equivocado en eso, puesto que sé que no lo soy. Pero lo que seáis vos, vuestro juego y vuestras intenciones, son una incógnita que me repatean el estómago.

Apenas una hora más tarde, anciano y rey caminaban por las calles de Capitolia supervisando órdenes y trabajos encomendados.

La ciudad, dividida en diversos sectores desde su fundación, quedaba separada desde la llegada de Elmer en dos zonas principales: la militar y la civil. Atravesaban esta última, hacia el Sur, por las anchas calles de la subárea administrativa.

Sobre las tensas conversaciones que habían mantenido en las últimas horas rey y maestro, parecían haber llegado a una tregua, al menos momentánea.

El bullicio reinaba a unas horas poco habituales, con Lucero cerca de su cémit y Vespertina en su trayectoria ascendente. Mucho había cambiado la ciudad desde la llegada del rey, y todo parecía indicar que ya nada volvería a ser como antes, para bien o para mal. El cambio más radical tal vez fuese que habían desaparecido los ociosos. No había ciudadano que no tuviera que arrimar el hombro, aunque no se hubiera alistado al ejército, bien reforzando las maltrechas murallas, bien en la construcción de túneles y refugios, o bien en trabajos de intendencia militar, como la herrería o la cocina. Los había más y menos implicados, pero estos últimos querían aparentar ser del primer grupo cuando el rey y el anciano supervisaban de cerca, y esto lo hacían a menudo en los puntos más importantes de la ciudad.

—¿Tendremos el tiempo necesario —preguntó Elmer con tono preocupado y la mirada perdida en los trabajadores de su alrededor— para reforzar las murallas, para los refugios y para las trampas?

—Por supuesto que no —contestó con firmeza Athan—, pero con el tiempo que se nos dé, haremos cuanto esté en nuestras manos.

Las dos figuras tan dispares habían salido del ayuntamiento situado al noroeste de la ciudad, y pronto terminarían de atravesar la zona administrativa para llegar al sureste, donde quedaba el área de la milicia y donde el ejército del rey realizaba sus entrenamientos.

Un ejército que necesitaba acoplar con rapidez todas sus piezas, pero que no lo tenía fácil por su heterogeneidad, compuesto como estaba por tres ejes muy distintos. Por un lado se encontraba el núcleo de la antigua Milicia de los Tarados, quienes casi todos ocupaban

cargos de oficiales, sin estar preparados para tales funciones. Por otro quedaba la gran masa de campesinos que se habían sumado al rey, pero cuyas carencias militares, a pesar de los entrenos y la disciplina, eran notables. Y en tercer lugar había que sumar, desde la toma de Capitolia, la milicia propia de la ciudad. Esta era numerosa, profesional y bien armada, pero también orgullosa y displicente ante la idea de tener que compartir espacios, comidas, entrenamientos, cargos y órdenes, con las otras facciones del híbrido ejército de Elmer, al que en buena medida, también tenían que instruir.

En el límite entre la zona administrativa y la militar podían escucharse por igual, las ordenanzas de los capataces que dirigían las obras de restauración de las murallas, el ruido de los picos y las palas, o los chistes de los obreros, junto al rechinar de espadas, las maldiciones de los soldados que eran aporreados si no realizaban sus ejercicios de modo conveniente, o el relincho de los caballos por estar cerca las caballerizas.

De pronto, un gran tumulto se produjo a unos doscientos pasos de donde rey y anciano caminaban. Al lado de las casetas improvisadas de los nuevos oficiales se formó un gran corrillo, y por los gritos todo parecía indicar una pelea. El rey tuvo un gesto de hartazgo, que no favorecía en nada a su ya de por sí rostro mutilado. Se dispuso para echar a correr y detener lo que allí pasara, pero Athan le aconsejó tranquilidad y Elmer le hizo caso. Se dirigieron con calma hacia la algarabía.

El rumor de la presencia de Elmer corrió más rápido que las zancadas que hubiera podido dar el rey, y en apenas un minuto, el rumor hizo su trabajo y detuvo el jaleo incitador a la pelea. Pocos instantes después los tenientes Aston y Gradon se presentaron apestando a alcohol y magullados. Más atrás esperó intranquilo Gregor el Fuerte, antiguo capitán de la milicia de Capitolia, actual máximo instructor del ejército unificado y General del mismo, cargo al que le había elevado el rey y que compartía con Max.

—Elmer —la voz de Gradon sonó pastosa y la sangre le brotaba de la boca a causa del labio inferior que tenía roto—, ese animal quiere imponernos su mando y sus órdenes. ¡A nosotros, a la Milicia de los Tarrados, a los liberadores de Paria, a quienes tomamos Capitolia, a...!

—Basta, Gradon —el rey no levantó la voz al cortarle, pero el enfado se reflejaba en su tono—. No me habléis del pasado y contad qué ha ocurrido aquí.

Aston dio un paso al frente con la intención de mejorar la intervención de su hermano. Su ojo izquierdo parecía amoratarse por momentos.

—Majestad, lo que ocurre es que el Instructor Gregor no deja de pisar nuestro trabajo, de llamarnos inútiles. No le gusta cómo formamos a nuestra sección y no deja de intervenir, de meterse con nuestras costumbres...

—Lo que no me gusta —el General no se contuvo e intervino; a diferencia de los hermanos, no mostraba ni el más leve golpe en su cuerpo— es la insubordinación, lo que no me gusta son las borracheras dentro de la instrucción, y lo que no me gusta es que dos incompetentes dirijan parte de mis tropas. Si mi rey considera que debo hacerlo a pesar de que no me guste..., pues entonces lo haré —Gregor clavó su mirada en la de Elmer, a estas alturas ya estaba frente a él—, porque soy leal a mis juramentos. Pero que ese rey no me pida que haga tales cosas con gusto.

El rey miró alternativamente a los hermanos y a Gregor. No consultó con el anciano, quien contemplaba la escena sin demasiado interés. Elmer habló, y ordenó con rotundidad:

—Lo que os pido a todos es que uséis vuestras molleras en lugar de pensar con el culo. Si queremos sobrevivir a lo que se nos avecina, si queremos que nuestros sueños de una Paria libre e independiente se cumplan, entonces tendremos que ganar muchas batallas y una guerra. No estamos sino al principio del camino, no hemos logrado nada, y ya habrá suficientes adversarios que quieran rompernos la cabeza, como para que nos las machaquemos entre nosotros. De momento —el rey concentró su

mirada en los hermanos y su voz se endureció aún más—, vosotros dos quedáis retirados de vuestros puestos militares y pasaréis a supervisar los trabajos civiles de dentro y de fuera de la ciudad. Y digo de momento, porque si volvéis a beber en vuestras horas de servicio, yo mismo os echaré a patadas de Capitolia. Id a recoger vuestras cosas y marchad al Noreste, a la subárea de la burguesía alta; allí os encomendará el mercader Noros alguna tarea. Sentí la pérdida de vuestro hermano, pero más siento ver cómo os perdéis vosotros cada día. Del pasado no se vive eternamente, y por él ni siquiera se vive mucho tiempo.

La rabia se traslució en sus rostros, pero supieron contenerse. Ambos desearon estar más borrachos para atreverse a decir lo que pensaban ante esa orden. Lo que hicieron, sin embargo, fue obedecer.

—En cuanto a vos, Instructor y General Gregor, a mí tampoco me gustan la insubordinación, los incompetentes y el alcohol a deshora, pero menos aún tener que enterarme de que en mi ejército se dan tales hechos a través de un espectáculo bochornoso como este. ¿Me expreso con claridad?

—Sí, majestad —Gregor sostuvo la mirada al rey—. Y no volverá a ocurrir.

Fue el General quien ordenó a los soldados que volvieran a sus puestos, y el corrillo se disolvió de inmediato ante la atenta mirada del rey. Cuando todo volvió a la normalidad, Athan pareció impacientarse.

—Vamos, Elmer, aún tenemos mucho trabajo por delante y ni siquiera hemos empezado lo que vinimos a hacer aquí. Luego tenemos la reunión con Sagh, más tarde supervisar los trabajos exteriores comandados por Max, añade hablar con Liv y Wint —el anciano no quiso pensar en la dilatación de la pupila del joven al escuchar tales nombres—. Y luego aún quedará negociar duramente con Noros para que nos ceda aún más de sus riquezas, entre otras reuniones menores.

Gardar incluso permitió los llantos y plegarias al Padre. Las mujeres cumplían con su papel de plañideras. Oficiaba el funeral del

líder rebelde, Ailoon, quien con su rostro cadavérico se mostraba seguro del rito y de los pasos a dar, si bien bajo la atenta mirada del General honorio, no pronunció ni un solo rezó, aunque sí palabras de aliento muy medidas.

En la mina no descendió el ritmo de trabajo ni un ápice, pues los puestos de los parios que asistían al funeral se cubrieron por completo con soldados dragones. Tal vez otros honorios hubiesen protestado ante una decisión semejante, más si cabe cuando ya trabajaban codo con codo en la mina junto a los parios, pero ningún dragón protestaría. La orden llegaba del propio Gardar, y eso era motivo más que suficiente para acatarla.

El cuerpo de Bravalo, a pesar de las mixturas y ungüentos recibidos, comenzaba a heder por los siete ciclos que llevara muerto. Había sido envuelto en la tela de lino más fina y blanca que se hallara en la villa de Amaranto. El breve líder de la revolución, el líder que había hecho creer a los parios de la Llanura del Estrecho que se podía creer en la libertad, en la independencia y en el orgullo, era enterrado al menos con todos los honores de la región.

A medio camino entre la villa de Amaranto y la mina, quedaría su cuerpo sepultado junto a sus sueños y junto a los compañeros que habían caído junto a él, como su amigo Ron. En el pequeño e improvisado camposanto se sembraría un sencillo jardín, e incluso, en la tumba de Bravalo, Gardar había permitido que se depositase un fragmento de anarcanita, como había solicitado su viuda, una paria deshecha y vestida de negro de los pies a la cabeza, quien antes del entierro agradeció arrasada en lágrimas la benevolencia del General. Ella, desconfiada, no había acudido al funeral con su hijo recién nacido, y Gardar no le había preguntado por él. «Si os hubiésemos tenido a vos como capataz en lugar de a ese Asjorn —dijo la mujer al honorio—, mi marido nunca se habría revelado». El General no estaba muy seguro de ello, pero se ahorró su punto de vista.

Gardar había visto las miserables condiciones de vida de los mineros y sus familias, y comprendía la revuelta, como había manifestado en privado y dejaba traslucir en público. Para evitar la repetición de las mismas tentaciones revolucionarias, había intercedido en el funcionamiento de la extracción, y con sus medidas, se consiguieron optimizar recursos y mejorar las condiciones laborales. Sus propuestas agradaban, por comparación al antiguo capataz, a la mayoría de los parios, y sus órdenes eran obedecidas por los honorios, que debían picar, extraer y trabajar, en condiciones similares mientras se encontraran en la mina.

Sin embargo, todo lo anterior no satisfacía en exceso al General, y si al principio tuvo cierta gratificación al conjugar la pacificación de los mineros con mayores recursos para Honoria de cara a la guerra, pronto sintió que cualquiera podía continuar su trabajo sin apenas esfuerzo, y anheló una pronta respuesta a los pájaros enviados a Reika. Sentía que su misión en la Llanura había concluido y quería regresar a la batalla, aunque también era cierto que le quedaba un misterio por resolver, y había acudido precisamente al funeral para intentar descifrarlo.

Gardar estaba escoltado por dos soldados dragones de su máxima confianza que le habían advertido del peligro que corrían por asistir al funeral del líder rebelde con fuerzas tan exigüas. Estos no podían olvidar cómo un puñado de parios había derrotado al competente capataz Asjorn a través de una osada y hasta suicida estrategia. El General había tranquilizado a los suyos asegurándoles que no habría ningún incidente, y que «en ocasiones, más terminaba siendo menos, y en otras, justo lo contrario». Los soldados no entendieron bien lo que se les acababa de decir, pero precisamente ese galimatías, al parecerles incomprensible, les calmó.

El viejo arrojó el fragmento de anarcanita sobre el cadáver envuelto en el lino, ya depositado en la franja que se había abierto para acogerle. Ordenó que le cubrieran de tierra y dio por concluido el funeral. Fue el propio Ailoon quien se encaminó hacia los honorios.

—Sois un viejo polifacético —le dijo Gardar cuando llegó junto a ellos—, igual os partís el lomo trabajando en las minas, que comandáis una revolución y manejáis la espada como un maestro espadachín, que oficiáis un entierro. Cuando tenga vuestra edad, Ailoon, me gustaría poseer la vitalidad que demostráis.

—Por desgracia —contestó el anciano con una sonrisa—, vos no llegaréis a mis años. Será una pena, pero vuestra calavera lucirá antes de tiempo.

Al General su pronóstico de muerte le provocó una carcajada inquieta, pero no se desvió de su propósito.

—Gracias por vuestro aprecio inesperado... Tal vez por él me queráis contar vuestra historia, pues es evidente que no sois pario, o al menos no uno corriente, ni uno de esta región, ya que nadie apenas os conoce.

—Mi General, sé que no os gusta perder el tiempo, así que conformaos con saber mi nombre, no os preocupéis más por mí y preocúparos más por vos.

—¿Acaso teméis por mí? —Gardar se llevó instintivamente la mano a la empuñadura de su espada.

—Temo por vos como puedo temer por toda criatura... valiosa de este planeta.

—¿Criatura valiosa? Eso sí que es bueno, eso no me lo habían llamado nunca.

—Que no os hubiesen llamado algo, no significa que no lo seáis, y sois valioso como todos los seres que destilan bondad y lealtad al tiempo. Vuestro trabajo en las minas y en la Llanura es excelente; en lugar de masacrarnos, nos permitís honrar a los muertos, en lugar de esclavizarnos, mejoráis nuestras condiciones, en lugar de entregar sangre a vuestra reina como venganza, le lleváis lo que más ansía para su guerra. Definitivamente sois bondadoso y sois leal, y una de esas dos cosas os traerá la ruina. Lo leo en vuestros ojos, y siento deciros que no suelo errar en mis lecturas.

—Vaya —Gardar retiró la mano de la empuñadura y se rascó la barba—, tenéis una poderosa mirada. Pero sabéis, yo también sé jugar a leer miradas, y apostaría uno de mis ojos a que vuestros viejos huesos, y los huesos viejos con los que me topé allá en el Paso del Estrecho, se conocen de sobra. Y aún me apostaría el otro a que tenéis algo que ver en que me encuentre aquí en lugar de en Capitolia. ¿Me equivoco?

El viejo, por respuesta, enseñó su dentadura cascada. En esos momentos se habían marchado todos los parios que habían asistido al entierro, excepto la viuda de Bravalo, quien sembraba margaritas y nomeolvides sobre la tierra recién extendida de la tumba. Un relincho a unos cincuenta pasos desvió la atención de todos. Un caballo se acercaba al galope. El animal al llegar bufó a causa del esfuerzo. El jinete, un oficial dragón, saludó y entregó un cilindro a Gardar.

—El cielo por fin nos trae noticias, un pájaro llegó hace unos minutos y en cuanto recibí el cilindro galopé hacia aquí.

—Tan competente como siempre, teniente Janre —dijo el General.

Gardar abrió el cilindro y sacó una misiva ladrada, quitó el lacre y comenzó a leer para sí, bajo la atenta mirada de todos, en especial de Ailoon.

La carta satisfacía las pretensiones del General. Reika escuchaba sus sugerencias y le ordenaba que abandonara de inmediato la Llanura y las minas, tras dejar organizado el lugar con un destacamento que asegurara el trabajo y el envío regular de mineral al buen ritmo que Gardar había prometido. El General debía marchar contra la sublevada Capitolia, ciudad a arrebatar de las manos del usurpador, con quien había llegado definitivamente la hora de rendir cuentas.

Reika añadía a las sugerencias que hiciera el General en su misiva, dos puntos. Por el primero tendría refuerzos; al llegar a Capitolia contaría con el apoyo de la Guarnición de los Leones de Kohdran. Por el segundo la reina exigía que se asegurase de que no quedara el más mínimo resollo de sublevación en la Llanura y en la villa de Amaranto. Debía desaparecer todo posible foco de insurgencia, especialmente

el viejo con rostro de cadáver que le había descrito en la carta que le enviara.

Cuando el General terminó de leer, levantó la vista y se topó con la mirada retadora del anciano.

—¿Qué —espetó Ailoon a bocajarro—, ya os ha llegado el momento de tener que escoger entre bondad y lealtad?

CAPÍTULO IX

Si el enemigo piensa en la ciudad, imponle el campo abierto, si piensa en el campo abierto, imponle la ciudad.

Miyamusa, estratega honorio del siglo X de nuestra era, estudiado tanto por Gardar como por Elmer.

El caballo color bermejo de Gardar relinchó al atravesar el río, volvía a protestar por la enorme distancia recorrida sin apenas tregua. La firmeza del General fue rutinaria, acarició el lomo del animal con el guantelete y picó espuelas para ponerse al galope, pronto alcanzarían un merecido descanso en el vivaque montado a las afueras de Capitolia.

La Guarnición de los Dragones se uniría a las tropas de Kohdran. La capital de Paria, por segunda vez en poco tiempo estaba asediada, pero en esta ocasión parecía imposible que sus murallas se libraran de sufrir un asalto, y sus habitantes de sufrir una carnicería.

Dos horas más tarde Vespertina ocultaba su disco naranja por el horizonte. Hacía más frío que en ciclos precedentes, pero la estación seca seguía marcando su línea. Los últimos soldados dragones llevaban al campamento montado por la Guarnición Leona. General

y Comandante se reunieron en la caseta del segundo. En la mesa principal había una rudimentaria maqueta a escala de Capitolia, cinco velas de sebo daban luz a la estancia cubierta de sombras. Gardar apesataba tras muchas horas sobre el caballo, sin embargo, dejaría el baño y el sueño para después de la reunión.

—Salud y gloria, mi General —dijo con lozanía el enorme Kohdran; desde el último encuentro de ambos en Espada, el Comandante no se había afeitado y la barba le dotaba de un aspecto todavía más rudo—. Os esperaba para mañana, cabalgáis rápido, y sois capaz de exprimir a vuestros soldados como una mujer expreme a su marido... cuando este se deja.

Gardar ignoró el comentario. Desde que llegara al vivaque no había hecho sino observarlo todo detenidamente, y la tienda y el Comandante no fueron excepciones.

—Salud y gloria, Kohdran. Habéis realizado un buen trabajo —sentenció Gardar—. Vosotros también salvasteis la distancia que separa Espada de Capitolia en un tiempo estimable. Observo además que habéis montado un campamento bien organizado, y parece que todo está listo para un ataque inminente.

—Así es, General, mis leones están deseosos de entrar en acción. Ayer terminamos de construir el gran ariete y las pequeñas catapultas, y si no hemos atacado ya, se debe a que os estimo... y a que sé cumplir órdenes. Pero por Zarrk que me muero de ganas por comenzar a saltar dientes y destripar parios, por Zarrk queuento las horas para ajustar cuentas con ese falso rey.

—Y lo haremos, Comandante, pero todo a su debido tiempo. Y recordad que ese falso rey es un impostor, pero no un idiota. Hagamos unas simples cuentas. Disponemos de veinte y un mil quinientos soldados entre las dos guarniciones. De vuestros siete mil efectivos, alrededor de un séptimo carecen de experiencia y el resto tiene, sospecho, demasiado ímpetu. En cuanto a los míos, ya he descontado a los que dejé en las minas, y los demás al igual que yo, estamos agotados del

largo viaje. Así que esta noche toca descansar y mañana, con Lucero en su cémit, atacaremos. Sin embargo, Comandante Kohdran, no termino de fiarme de nuestro rival.

El General paseó de un lado hacia el otro de la caseta, tomó una de las velas y la acercó hasta la representación a escala de Capitolia. Tras analizar concienzudamente puertas y muralla, miró al expectante Kohdran y pensó que el Comandante apenas se había movido desde que él llegara. Sin duda alguna para no mostrar su cojera, *el Recuerdo de Reika*, como el propio Kohdran decía cada vez con mayor orgullo.

—Ambos sabemos —Gardar se centró en cómo tomar Capitolia—, que una regla básica de todo asalto a cualquier ciudad amurallada o fortaleza, debe ser la aplastante superioridad numérica por parte del atacante si este quiere alcanzar el éxito. Y por lo que vuestros pájaros me fueron informando, esta no se da aquí. El rey pario dispone de unos veinte mil soldados y de un número mayor de civiles. Y es cierto que cada uno de nuestros soldados vale por cinco de los suyos en el peor de los casos, y que por esto mismo no vamos a demorar el ataque, pero no quiero confianzas innecesarias. Mañana —continuó el General tras guardar silencio por unos segundos— nos protegeremos con todas las armaduras de anarcanita con las que contamos, pues he escuchado algo sobre los poderes mágicos del usurpador, y otros rumores nada halagüeños. Cuando acabemos de hablar, revisaré los informes de vuestros oteadores desde que montasteis el vivaque. Y cuanto antes, espero descubrir qué ha ocurrido con los rastreadores que dejé sobre el terreno para que vigilaran los movimientos del rey tras marchar nosotros hacia las minas..., aunque temo que les apresaran y les dieran muerte. En cualquier caso, mañana nuestra reina tendrá su pequeño triunfo en las tierras de Paria para continuar sin mayores sobresaltos con la conquista de Karak, y el falso rey, si le apresamos vivo, podrá escoger entre clavar su rodilla ante Reika para que ella decida a su antojo, o doblar su cerviz para que presentemos

su cabeza clavada en una pica. Pero Comandante, para que esto ocurra mañana tratemos aquí y ahora la estrategia a seguir, pues una batalla, por insignificante que parezca, puede acarrear quebraderos de cabeza, y quienes se esconden tras las murallas de Capitolia han quebrado más de una y más de dos por las confianzas que se tomaron sus enemigos. No cometamos el mismo error.

El General Gardar miró entonces con fijeza al Comandante, esbozó una extraña mueca y preguntó a quemarropa:

—Pero antes de diseñar el ataque, contadme si son verdad los rumores sobre lo que Reika le hizo al Coronel; bueno, al ex coronel Kolli.

—¿Que si son verdad? Mejor no preguntéis.

—Ya lo hice, Kohdran.

—Está bien, pero antes dejadme preguntaros a vos, ¿quién es ese viejo que os habéis traído encadenado?

El General miró al Comandante, para decir finalmente:

—Mejor contestad vos primero..., aunque lo que me gustaría por encima de todo es saber qué está haciendo ahora mismo ese falso rey.

—A eso os puedo contestar. Sabe lo que se le viene encima, así que esa rata debe estar cagada. Si yo fuera él me estaría despidiendo de la vida con una copa en una mano y unas buenas tetas en la otra. Celebraría mi última fiesta. Pero seguro que ese rey no sabe conmemorar sus últimas horas y estará muerto en vida a causa del miedo; o lo que es peor..., estará convencido de que tiene alguna posibilidad.

La cama de hierro forjado chirriaba con cada embestida mientras la mujer jadeaba, histriónica. Elmer arañó la espalda de su amante y le dejó una larga marca sobre su piel negra. Poco más tarde el rey cargó todo su peso sobre ella, y esta quedó tumbada por completo contra la cama. Elmer parecía más furioso que excitado, y sin cejar en sus frenéticos movimientos, sujetó con una mano la cabeza de la mujer por la parte posterior, presionándola contra el colchón.

El tono de piel era el mismo, el corte del pelo también, el grosor de los labios similar, la nariz parecida... Pero no era Liv, y cuanto más la miraba, menos se parecía.

Rabioso, quiso terminar cuanto antes y aumentó el ritmo. En cuanto a los exaltados jadeos de la mujer, por supuesto Elmer no se engañó y los consideró fingidos, le angustiaron sobremanera. Llegó al orgasmo malhumorado y de inmediato echó a la mujer de la cama. Ella quiso ensalzarle, decirle lo bien que había estado, rogarle que repitiesen, pero supo leer en su cara con acierto y se retiró sin pronunciar una sola palabra. Se vistió rápida y mal, no quería pagar la ira de ningún rey, ni siquiera de este. Al menos se ahorraba pronunciar mentiras, al menos se llenaba los bolsillos de monedas.

—No cambies de burdel —dijo el rey cuando la mujer se marchaba, ni siquiera sabía su nombre, ni siquiera su procedencia—. Si vuelvo a requerir de tus servicios, quiero encontrarte rápido y sin tener que recorrerme la maldita ciudad.

Elmer no se sintió mejor, era evidente que la prostituta no había servido para sacarse a la honoria de la cabeza, más bien la introdujo más adentro. Al menos no se reprochó pérdida de tiempo robado a la defensa de Capitolia, pues su insomnio le proporcionaba largas horas y solo parte de ellas las había invertido en recorrer de mayor o menor incógnito, los lupanares de la ciudad en busca de una sustituta. Al final, “La bellota”, situado en el arrabal, le proporcionó un parecido razonable que sin embargo, sirvió para poco.

Su obsesión había comenzado a ser tan notable que Athan le dio un toque de atención y le recomendó que buscara el modo de desahogarse. Fue entonces cuando el rey contó al anciano las opciones que le rondaban, y la respuesta seca y dura de Athan le vino a ordenar que se buscara una prostituta de inmediato, y que no volviera a plantear ninguna de las alternativas que tenía en mente. El rey se sintió indigno y comprendió lo razonable que se mostraba el anciano, pero padeció la inutilidad de la razón para estos casos.

Apenas habían transcurrido dos horas desde el ocaso, pero ya se pronosticó que le aguardaba otra noche de insomnio, quizá la última por causa mayor. Sintió una repentina necesidad de ultimar otra vez los detalles con Athan, con Max, con Gregor..., con Liv, sobre todo con Liv. De nuevo ella. Maldijo y se golpeó la cara. «¿Qué ocurre conmigo, además de estúpido soy débil, acaso no estará todo en juego en unas horas? Demasiada sangre en mis manos para pensar con la polla. Necesito un baño».

Se levantó de la cama cubierto de un sudor pegajoso. «Soy rey —se dijo entre dientes—, y me sirve de bien poco, porque pretendo ser un rey justo». Elmer expectoró en la escupidera cercana, desnudo salió de la habitación y llamó al criado que le atendía desde hacía varios ciclos.

—¡Quiero un baño caliente —exigió malhumorado—, que me preparen la bañera, y que venga a prepararla una doncella o como se llamen... y que sea bonita... y que no se parezca en nada a la que se acaba de marchar de mi cuarto, por los tres dioses!

El rey regresó a la habitación y se detuvo ante un espejo que le devolvía su imagen de arriba abajo. Se contempló con calma; la gran cicatriz de su cara como recuerdo de su ojo perdido en el asalto que le costó la vida a Drastan, el muñón de su meñique, cortes por piernas y brazos mal curados, moretones recientes.

Una mujer cargada de años entró en la estancia con una tinaja de agua caliente y se encarnó hasta la raíz al ver a Elmer desnudo frente al espejo. El rey no se inmutó, aunque encarnó las cejas, ella balbuceó un tanto.

—Ahora, ahora viene el resto del agua caliente, ya, ya la trae mi hija.

Tras farfullar, comenzó a echar el agua de la tinaja en la bañera, que estaba por la mitad, y trató de marcharse cuanto antes. Sin embargo, no lo logró antes de que el rey se metiera en la bañera y preguntara:

—¿Mujer, cómo es vuestra hija, cómo de joven, cómo de bonita?

—Ma... majestad, ella, ella es...

—Está bien, maldita sea, os dejo elegir entre ella o vos —Elmer cerró los ojos y bostezó—. Cuando ella llegue, terminad con el agua, que se desnude la elegida y que se meta conmigo en la bañera. Mientras, intentaré descansar, tal vez sea todo lo que logre dormir hasta el amanecer... un amanecer que puede ser el último.

La montaña se tragaba a las mujeres poco a poco y casi en completo silencio. Desde que los lobos se abalanzaran sobre los mercenarios, y ellas con un par de miradas decidieran huir hacia las entrañas de Dima, apenas habían pronunciado en alguna ocasión, «más rápido», y preguntado, «¿por dónde?».

En cuanto a lo primero, resultaba difícil conseguirlo. A pesar de las dos teas que llevaban Marina y Adel, tras cruzar los límites conocidos de las galerías; es decir, después de dejar atrás la biblioteca, la extraña estancia mágica y las cámaras almacén de enseres y alimentos, los túneles comenzaron a estrecharse y tuvieron que reducir el paso.

En cuanto a por dónde debían marchar, Marina ya había vivido una experiencia similar cuando hacía más de un año tuvo que buscar a su hija, para encontrarla finalmente rodeada por la misma manada de lobos que hacía un momento les había salvado la vida. Pero Marina no recordaba ninguna de las decisiones que adoptó ante las encrucijadas, y su desorientación era total. Sin embargo, ninguna de las dos mujeres tuvo dudas de que marchaban hacia *una buena salida*, pues ante cada cruce de caminos de las enrevesadas galerías, siempre aparecía un dedo seguro de la niña para indicar la dirección, y hacían caso a Damara sin cuestionarlo.

Marina intuyó pronto que el camino seguido, y el que siguió ella tiempo atrás, se habían separado. Pero su preocupación radicaba en sus perseguidores, a los que sentía acercarse, y no en los senderos que pudiera deparar Dima. Había aprendido que la montaña incluso las cuidaba.

Desde que comenzara la huida se agacharon por primera vez para no cortarse con una afilada stalactita del techo. Marina no pudo contener más su pregunta:

—¿Quién diantres eran esos tipos, qué querían de nosotras?

—No sé quiénes eran —contestó con firmeza Adel—, pero sí sé qué quieren. Quieren a tu hija. Han venido a por Damara. Nuestra niña es especial, tú ya lo sabías y hoy lo has vuelto a comprobar cuando paralizó al mercenario sin orejas. Y los lobos también lo saben, por eso la han protegido.

La humedad cada vez resultaba más pegajosa.

Adel se detuvo.

—Porque es especial la buscan, y porque es nuestra niña nosotras vamos a salvarla cueste lo que cueste.

Marina también se paró, expectante; la mujer de la que en otro tiempo tanto había desconfiado llevaba razón. Adel anduvo unos pasos hasta llegar donde la niña, sus ojos resplandecían bajo la oscuridad general y los destellos de las teas. Se agachó y dio a Damara un largo beso en una mejilla, luego miró con firmeza a Marina:

—Sigue adelante, salva a nuestra pequeña. Yo haré lo que pueda para daros tiempo. Por fin sé qué debo hacer.

Lo que hizo fue darse la vuelta y con la mano libre (la otra sujetaba la tea que iluminaba un rostro sin rastro de miedo) desenfundó de sus ropajes el cuchillo con el que matara al mercenario. Sin mirar una sola vez atrás, comenzó a deshacer el camino hecho.

—¿Y ahora hacia dónde, por todos los...? —Malasombra no terminó la frase, su ira no le dejaba pensar con claridad.

—Por aquí. Sin duda han tomado este camino. Puedo seguir el rastro de esa niña con los ojos cerrados.

Eryx no tenía dudas al respecto. Esa niña tenía algo especial y de alguna manera estaba relacionada con las vibraciones poderosas que veían de la montaña. El arcano decidió que debía salvar a la muchacha

costara lo que costase. Al menos hasta que hubiese descubierto su secreto... y extraído su poder.

—Malasombra —el arcano intentaría primero la solución fácil—, podemos matar a las mujeres, pero a esa niña... reconsideralo. Desde Sacerdocia pueden estar muy interesados en ella, y seguro que nos pagarían mucho más si la entregamos viva.

El líder de los mercenarios gruñó y apretó el paso sin decir nada. Fue Boro el Dulce quien habló:

—Espero, jefe, que no haga caso al maguito. Esa estúpida cría ha provocado todo esto, no hay duda, la muerte de Orejón... y sería un gran peligro marchar con esa mocosa a través de todo Karak por unas monedas inciertas.

Tampoco en esta ocasión Malasombra dijo nada. Tal vez su decisión aún no fuera definitiva, y lo seguro era que se afanaba en acelerar el paso a pesar de las galerías, cada vez más estrechas y con más encrucijadas.

Guardaba también silencio Caty, la cuarta *Sombra* que había sobrevivido al ataque de los lobos. Tenía un corte profundo en un brazo que le dolía a cada paso, pero no pronunciaba la menor queja. Mayor celo guardaba aún en la decisión firme que había adoptado, pues tal vez Eryx pudiera leer sus pensamientos y echarlo todo a perder. Haría todo lo posible por salvar a esa niña. No sabía por qué, quizás por su odio a Boro, quizás para enmendar la falta de sentido de su vida, tal vez porque estuviera hechizada por la pequeña, pero fuese por el motivo que fuese, le daba igual y lo haría. Tampoco sabía cómo iba a hacerlo, pero la salvaría.

—¡Alto!

Malasombra levantó la voz y una mano para llamar de inmediato la atención de los suyos, que no tardaron en observar lo mismo que él. Al fondo de la estrecha gruta que atravesaban, se podía ver un pálido reflejo de luz. Un juego de sombras indicaba que en el recodo a la izquierda del túnel donde se hallaban, había al menos una tea.

Los mercenarios se pegaron a la pared, más sombras que nunca marcharon uno a uno. Abría la marcha su líder y la cerraba Caty. Esta última comenzó a respirar profundamente, haciendo un ruido innecesario. Boro se encontraba a su lado y furioso se giró para reclamarle con una mirada furiosa, les estaba poniendo en evidencia.

En ese momento, rápida, Adel salió de entre una grieta de la pared donde se arrimaban *Las Sombras* y se abalanzó contra uno de los mercenarios. Fue a ciegas contra el que más ruido había hecho. Alcanzó en el vientre a Caty y le clavó el cuchillo hasta la empuñadura. Los ojos de sorpresa de la mercenaria no sirvieron para detener la hoja.

De inmediato Boro reaccionó y atravesó con destreza a la paria. La espada entró por la espalda y salió sin apenas dificultad por el pecho. Adel exhaló un quejido y sus ojos se apagaron en paz.

Boro el Dulce, mientras limpiaba su hoja de sangre, hizo un gesto de desprecio ante los últimos estertores de su compañera. Malasombra soltó una nueva maldición. Eryx también, pero para sus adentros; sabía que acababa de perder una aliada en sus futuros planes y que ahora quedaba en desventaja. Caty murió con una mueca extraña y el cuchillo en su vientre, su cuerpo quedó junto al de Adel.

Lucero alcanzó su cémito en una mañana gélida y sin nubes. Vespertina por su parte, enfrentada a la Estrella de la Mañana, levantaba perezosa su disco, más rojo que de costumbre. No hacía falta parar mientes en interpretaciones difíciles, y los dos bandos creyeron que el anuncio de la sangrienta batalla, tendría un desenlace que les favorecería.

A pesar de las reticencias del General, el Comandante León finalmente encabezaría el asalto a Capitolia. Este se había obcecado en marchar en primera fila de batalla, junto a los más valientes de los suyos, junto al ariete que demolería la Puerta Norte. Gardar solo tenía su intuición para oponerse al plan de Kohdran, pero nada en lo que basarse. Sus rastreadores desaparecidos no llegaron a informarle de

nada; ningún león había observado movimientos de los parios fuera de la ciudad; la ciudad no presentaba foso alguno, y aunque las murallas habían sido reforzadas, seguían sin tener una altura o un grosor que resultara un verdadero problema; la fuerza, la historia y la táctica militar estaban de su lado. Todo demasiado sencillo.

La estrategia en sí de los honorios también resultaba sencilla, buscaba la eficacia arrolladora sin rodeo alguno. Primero, una embestida con el ariete sobre la Puerta Norte. Una vez derribado el portón, la Guarnición de los Leones en su totalidad se derramaría sobre la ciudad atacando al ejército enemigo. Al tiempo, dos centenares de los mejores soldados dragones liderados por el capitán Alof, asaltarían las murallas por diversos puntos de la ciudad circular, sembrando el caos y el miedo de manera generalizada.

En un tercer momento, la mayor parte de la Guarnición Dragón, con Gardar a la cabeza, se uniría a los leones machacando la resistencia de las fuerzas del falso rey. Por último, un pequeño destacamento dirigido por el teniente Janre, quedaría en la retaguardia, a las afueras de la ciudad, para aniquilar a quien intentara huir.

Si resultaba posible, la consigna era atrapar con vida al usurpador; si no, su cabeza bastaría.

—¡Al ataque! —Kohdran sintió la energía recorriendo su cuerpo y fue feliz.

La armadura dorada del gran león destacaba sobre la del resto de soldados. La carga contra la Puerta Norte se producía a buen paso y bajo los rítmicos cánticos de guerra.

La avanzadilla del ariete apenas encontró resistencia y las armaduras de anarcanita que portaban estos soldados no sintieron ningún ataque mágico. Sí que cayeron algunas flechas, y ya bajo el mismo portón, algo de brea, pero en cantidades tan insignificantes que apenas causaron bajas. Kohdran censuró para sí mismo la escasa pericia de su adversario.

La Puerta cedió ante la primera embestida. Aunque más que ceder, sus hojas se abrieron de golpe sin rotura alguna. Los parios no habían dispuesto contrafuertes ni maderos trabados, y sencillamente, pareció que en Capitolia se invitaba a entrar a las fuerzas enemigas. Kohdran y su destacamento del ariete se adentró en la ciudad. El resto de los leones se apresuraron a seguirles.

El Comandante dispuso a los suyos en formación de punta hasta que llegara el resto de leones.

Frente a ellos, en formación clásica rectangular, aguardaba el ejército pario. O mejor, parte del ejército, pues comandados por Liv y Max, en el centro derecha y en el centro izquierda, no había más de diez mil parios, algo apiñados y tensos, pero sin mostrar temor, a lo largo de la plaza que dominaba tal sector de la ciudad. Tras las líneas defensivas se levantaban plataformas de varios metros de altura donde se apostaban arqueros, ballesteros y honderos, pero también ancianos y mujeres con piedras y lanzas.

La Guarnición Leona de infantería no tardó en reforzar a su Comandante.

—¡Ahora! —la Capitana Liv gritó y su orden fue cumplida de inmediato.

La Puerta Norte, intacta por no haber sido derribada, se cerró para sorpresa de los honorios. Los siete mil leones quedaron dentro de la ciudad y aislados. Fue entonces cuando los parios que se escondían tras el portón, lo reforzaron con maderos atravesados para que no se pudiera abrir. El ariete quedaba dentro.

La acción provocó una sonrisa en Kohdran, que exigió presteza de movimientos a los suyos y máxima concentración. Quedaba de momento encerrado frente a unas fuerzas enemigas más numerosas, y eso le gustó.

Gardar contempló los primeros compases de la batalla con cierto sobresalto y preocupación. Mandó entonces a uno de sus regimientos de caballería contra la Puerta, quiso que le prendieran fuego y ordenó preparar las pequeñas catapultas de que disponía.

Cuando los dragones llegaron a las inmediaciones del portón, recibieron otra sorpresa. Los parios activaron un mecanismo subterráneo por el que se descubrió un foso en el que cayeron los honorios y sus monturas. El foso se extendía a lo largo y ancho de la Puerta, cubriendola en una considerable extensión que hacía inviable la entrada, tenía varios metros de profundidad y en la hondura se habían clavado numerosas estacas donde quedaron empalados buena parte de los caballos y muchos dragones. La carnicería provocada se unió al desconcierto de los honorios y al terror descontrolado de las monturas, que acabaron a coces con algunos de los jinetes que sobrevivieron a la caída.

El General maldijo por no haber prestado mayor caso a su intuición, por no haber investigado más la desaparición de sus rastreadores, por haber dado por válidos los informes de los patanes leones... Se controló de inmediato y reaccionó. Movilizó su tropa hacia la Puerta Este.

Rezó a Zarrk para que los suyos no cayeran en más trampas. No había que convencerle para suponer que las sorpresas no se habían acabado, visto lo visto. Rezó para que la Puerta Este no tuviera el mismo mecanismo; si a los parios les había dado tiempo para construir algo similar también allí, la toma de la ciudad no sería inmediata, y la Guarnición Leona tal vez estuviera perdida.

Parios y leones cruzaron armas.

La sangre de los defensores de la ciudad comenzó a salpicar las capas verdes de los honorios y sus bruñidas armaduras. Aunque también los parios, con defensas y armas sacadas de aquí y de allá, pero bien arregladas por los numerosos herreros de Capitolia, causaron bajas en los atacantes.

Las fuerzas se equilibraron para sorpresa del gran león, que no paraba de abatir enemigos, pero que no lograba infundir el miedo

que esperaba, ni romper las filas de unos parios que no cedieron un ápice en su valentía y aplomo inicial.

La ordenada secuencia de espadazos de los leones fue repelida una y otra vez. Los siete mil curtidos en multitud de entrenamientos, no pudieron con los diez mil bisoños. La mayor experiencia y pericia de los primeros no resultó decisiva. Tal vez, porque los primeros eran fustigados de continuo desde las atalayas, tras los defensores de la ciudad, que no daban abasto para lanzar sus saetas, jabalinas y hondas, y cuyo blanco resultaba tan fácil.

Los honorios, si no querían probar una muerte deshonrosa —pues para todo honorio la muerte en batalla no provocada por el acero o la magia resulta una deshonra—, debían mantener su escudo en alto y en posición de defensa, y así su avance y su ataque se veía mermado.

Quien apenas se preocupaba de su escudo era el Comandante Kohdran y hasta ese momento las flechas parecían temer su ira. Kohdran divisó a Liv y pensó de inmediato, al ver cómo manejaba la espada, su posición y las órdenes que impartía, que ella debía ser (también una mujer) la líder de los parios. A falta del falso rey, ella sería su trofeo.

Mientras los parios dirigidos por Liv y Max se batían contra el gran león, mientras el General Gardar galopaba contra la Puerta Este, un tercer foco de batalla tenía lugar.

A lo largo de las murallas comenzaron a lanzarse escalas, una aquí, dos más allá, otras no muy lejos, y así hasta doscientas casi al mismo tiempo. Los dragones fueron rápidos, el capitán Alof era un maestro en tales menesteres y demostró su valía, al igual que los suyos. La mayor parte pronto salvaron las murallas, pero tampoco aquí los honorios lograron su objetivo inicial. Ellos querían sembrar el pánico entre los ciudadanos de Capitolia, tomar por sorpresa a los civiles y causar su desesperación, pero se toparon con un gran problema: les estaban esperando.

Unos pocos dragones cayeron contra el suelo cuando se les cortaron sus escalas antes de llegar arriba; otros perecieron nada más salvar la muralla, por un cuchillo en un ojo, por una flecha en el corazón, por una pedrada en la cabeza. Pero no solo la mayor parte de los defensores eran ancianos y mujeres, como ocurría en las atalayas, incluso algún niño logró convencer a su madre de que tenía edad suficiente para luchar. Sin embargo, hubo dos defensores temibles.

Uno de ellos fue el Comandante Wint, rápido, efectivo y mortal; había sido un gran alumno de su amante Liv. Sabía atacar, defender, rastrear, disparar con el arco y moverse como pez en el agua o, como rey entre las camas de sus súbditas. El otro fue Athan, y sin apenas moverse supo dirigir a su peculiar tropa con un éxito pasmoso, apenas tuvo que emplear la magia, aunque tres hechizos de largo alcance no faltaron, y tampoco magias defensivas para varias mujeres que cayeron desde lo alto de las murallas al interior de la ciudad, salvándoles la vida.

Cuando Wint se enfrentó al capitán Alof cara a cara, Athan decidió no intervenir. El pario lo agradeció casi tanto como el honorio, pero si el viejo no intervino, no fue por honor, sino por no tener claro si la muerte de Wint no sería más conveniente que su vida.

El General llegó a la Puerta Este con sus tropas. Gardar movió rápido a los suyos en torno al portón y para su alivio, los parios, supuso que por falta de tiempo, no habían preparado el mismo mecanismo de defensa. Las catapultas y el fuego pronto derribaron la Puerta y el General no perdió tiempo en entrar. A pesar de los incidentes o precisamente por ellos, Gardar no modificó su idea de que un pequeño destacamento, comandado por su teniente Janre, se quedara a las afueras. Alrededor de trece mil dragones se precipitaron por el portón hacia la plaza de ese sector de la ciudad, con la intención de reunirse cuanto antes con la Guarnición Leona.

Pronto se vio que lo último no iba a ser posible de manera sencilla. Frente a ellos aguardaba Elmer con una parte de su ejército. Eran algo

inferiores en número a las tropas del General. Se colocaban ordenados y con sus pertrechos dispuestos. Detrás, como ya ocurriera en la otra plaza, de nuevo se levantaban atalayas donde ancianos y mujeres aguardaban órdenes para intentar fustigar al enemigo.

El rey Elmer y el General Gardar no necesitaron de presentaciones. Elmer se encontraba en primera fila, a pie, con su magnífica espada bastarda del rey Audro ya desenfundada. Con la espada retó al General —quien decidió bajar de su caballo bermejo—, y con ella el rey trazó una línea.

—¡De aquí no pasarán! —gritó a los suyos.

Gardar respondió en la distancia con un escupitajo, levantó un brazo y su guantelete mostró dos dedos, el anular y el índice en forma de cuerno. La formación de los dragones con sus capas blancas se dispuso por dos flancos salientes, dispuestos a envolver al enemigo a las primeras de cambio. El General dio la orden de avanzadilla, Elmer se mantuvo en su posición mientras ordenaba avanzar a los suyos sin perder el orden. El choque no se hizo esperar.

En un primer momento los dragones tomaron la iniciativa, a pesar de la lluvia de proyectiles que les caían. Elmer y su primera línea de defensa tuvieron que ceder varios pasos ante el empuje inicial de los honorios. Sin embargo, la nueva carta del rey se desveló cuando, con tremenda algarabía y desde una rampilla excavada en el suelo, muy cerca del portón, comenzó a salir la Milicia de Capitolia comandada por el General Gregor. En esta ocasión los parios no habían preparado un foso, pero sí túneles donde ocultar parte de sus defensores para poder acorralar a su enemigo.

El desconcierto de los dragones, que se encontraron de pronto rodeados, fue importante durante los primeros momentos, y sufrieron numerosas bajas hasta que Gardar consiguió estabilizar a los suyos, cambiando la formación a dos unidades compactas, pero independientes, una vanguardia y una retaguardia, que logró finalmente contener el ímpetu pario.

El General honorio no podía sino aplaudir para sus adentros la pericia del rey pario, con la molesta sensación de que siempre iba un paso por delante de él. Su plan original, la toma por fases de la ciudad, estaba olvidado. Y el secundario, lograr a través de la Puerta Este socorrer a las fuerzas de Kohdran y ganar la batalla al imponer la superioridad táctica y militar, quedaba también en suspenso hasta no salvar la situación crítica que ahora se les presentaba. Gardar se encontraba rodeado por un ejército que había demostrado ser mucho más valiente y táctico de lo que nadie en Honoria hubiera imaginado jamás. Sonrió ante la perspectiva del reto.

Una segunda flecha se clavó en el hombro de Kohdran, pero tampoco en esta ocasión la punta logró atravesar la armadura dorada y llegar a la carne, sino que quedó incrustada en la hombrera sin causar mayor daño. Al menos, mientras el honorio se arrancaba la saeta con un gesto de desprecio, dio un respiro a la capitana Liv, quien no lo graba dañar al enorme león con ninguno de sus ataques, mientras ella tenía contusionado su brazo de la espada, su pierna derecha y un corte en un costado.

Durante el cruce de espadas que se venía sucediendo en los últimos minutos, Liv había estado a punto de perder la vida, y más en concreto la cabeza, en tres ocasiones, pero en el último momento siempre aparecía una circunstancia que la mantenía de una pieza. Hasta ese momento, «circunstancia» equivalía a dos valientes soldados decapitados bajo la furia de Kohdran y la flecha que se describe más arriba. Cuando el gigante se disponía a cargar de nuevo contra la capitana, una voz le retó:

—¡Oye, gigantón! ¿Por qué acabar solo con la capitana enemiga, cuando también puedes librarte de un general?

Max se plantó frente al honorio en posición de ataque, Liv volvió a cuadrarse y el gran león dio por válido el reto. A su alrededor, los suyos se mantenían a duras penas sin sus órdenes, pero pensó que

en cuanto acabara con aquella escoria lograría con facilidad recuperar la situación y terminar la batalla.

Liv, con su armadura ligera y plateada, dejó de buscar un golpe crítico sobre la inexpugnable defensa de Kohdran, para buscar un hueco entre las junturas. Max, por su parte, menos rápido que ella, pero con una armadura más pesada, se expuso a ciertos golpes con tal de intentar alcanzar el yelmo del león. En los primeros compases había logrado segar la crin decorativa del yelmo, pero nada más, puesto que la energía del Comandante parecía inagotable y se movía más rápido de lo que hubiera imaginado en tamaña mole, incluso a pesar de una visible cojera.

Kohdran aguantaba todo lo que pretendía herirle, incluidas dos flechas más que hicieron blanco sobre él con el mismo resultado fútil que las anteriores. Sin embargo, lo que no llevaba tan bien era la incertidumbre; sus enemigos, especialmente la mujer negra que en nada parecía una paria, se resistían a morir con verdadera contumacia, y esquivaba una y otra vez sus mandobles; sus leones no se imponían precisamente; y Gardar no aparecía por ningún lado, lo que le pudo hacer pensar que había sido abandonado a su suerte. Por si fuera poco, existía la posibilidad de que en ningún momento apareciese el falso rey. Su ira estalló cuando Liv castigó una pierna del Comandante, *el Recuerdo de Reika* crujió ante el golpe e hizo explotar la rabia del león:

—¡Malditas seáis todas las mujeres, malditos vuestros vástagos, malditos vuestros amantes!

Kohdran se olvidó de Max y se lanzó furioso a por Liv. El gigante cojeó más que nunca, pero la ira le llenó de una fuerza inagotable, con la que consiguió acorralar dando unos pocos mandobles a la capitana. Desde atrás, Max no consiguió infligir mayor daño al Honorio, a pesar de golpear su armadura con toda la fuerza de su brazo sano. Nunca hasta entonces había echado tanto de menos su otra mano para poder agarrar la espada con las dos y ofrecer golpes contundentes.

Liv intentó atravesar a la desesperada la coraza del león, pero su hoja resbaló hacia un lateral del peto dorado, que solo produjo un chirrido estridente. Como respuesta el Comandante ejecutó un mando que Liv no pudo esquivar en esta ocasión y que le alcanzó en mitad del pecho en un movimiento de abajo arriba. Que fuera un golpe de choque en lugar de uno frontal, sirvió para que no muriera atravesada, pero no evitó que la armadura se abollara con violencia, que ella volara varios pasos, ni que tuviera una mala caída.

En el momento en que Liv perdía la conciencia tras el terrible golpe de Kohdran, Max atacó nuevamente por detrás y consiguió atravesar con su espada la pierna sana del león, lo que provocó que este se revolviera con un punzante dolor y propinara a Max sobre el yelmo un golpe brutal con el reverso de su guantelete, que mandó al suelo al pario y que le dejó momentáneamente aturdido.

El Comandante gritó de rabia de tal manera que logró detener la batalla por unos instantes. Al acabar su grito se quitó eufórico primero el yelmo y luego la espada que atravesaba su pierna.

Su euforia le condenó, pues el tiempo solo estuvo congelado durante un momento. Una flecha, esta vez certera a causa de su descuido, le alcanzó. Se le clavó en el cuello, por encima de la gola, y le provocó una herida crítica y un gorjeo, en lugar de un grito, este de impotencia y de odio, que le hubiese gustado dar.

A su alrededor se hizo el silencio. Giró sobre sí mismo un par de veces, trastabilló, perdió su fuerza de un modo irremisible y fue incapaz de agarrar bien su espada, que se le escapó de la mano. Cayó de rodillas cerca de sus rivales casi derrotados. Debió de maldecir, debió de pensar que sin él sus leones estarían perdidos, debió de pensar en lo absurdo de su final, debió lamentar perecer lejos de la gran guerra que se avecinaba..., o tal vez no pensó en nada, yo tan solo lo puedo conjeturar.

Lo que sí puedo asegurar es que el Comandante Kohdran de la Guarnición de los Leones, pereció allí mismo, de rodillas, por la flecha

afortunada de un soldado anónimo, tal vez un anciano o una mujer que apenas habría recibido unas pocas lecciones de cómo sujetar, tensar, disponer y lanzar una flecha.

Una vez muerto, la sangre siguió brotando indiferente del cuello del gigante. La imagen para el resto de leones fue desoladora, lo que les hizo perder la fe y la disciplina.

Max consiguió entonces encontrar las fuerzas suficientes para ponerse en pie, para aclarar su voz, para gritar y lograr ser escuchado con más atención de la que esperaba:

—¡Valientes honorios, deponed vuestras armas y seréis perdonados! ¡Elegid entre una muerte inútil o una vida en la que seguir viendo los amaneceres dorados de Karak!

El mensaje dividió y debilitó aún más a la guarnición. Algunos eligieron morir luchando, la mayoría se rindieron, descorazonados; algunos de los primeros cambiaron de opinión al ver a los segundos, otros pocos no. Al final, todo terminó rápidamente en la plaza de la Puerta Norte con la mayoría de los leones arrojando sus espadas y escudos. Los vítores de los parios prorrumpieron atronadores. Pero haber ganado una batalla no significaba que Capitolia estuviese segura.

En la plaza de la Puerta Este la lucha continuaba. Los dragones de Gardar ofrecían una batalla feroz. Disciplinados y sin perder el orden, los parios no conseguían, a pesar de la tenaza que ejercían sobre ellos, desarbolarles ni reducir sus posiciones de vanguardia y retaguardia. Con sus escudos en alto se defendían del ataque llegado desde las atalayas, y con verdadero brío resistían el empuje de las tropas de Elmer y de Gregor.

El General honorio había comprobado que los soldados de Elmer, es decir, los que le hacían frente en vanguardia, se movían peor y resultaban más frágiles que la retaguardia comandada por Gregor, y cargó contra ellos, implacable, pero sin olvidar proteger su retaguardia.

Gardar tuvo un éxito importante y estuvo a punto de lograr quebrar la tenaza. El rey pario no podía contener la sangría en sus filas y estas estuvieron cerca de quebrarse. A duras penas logró evitar la desbandada y tuvo que retroceder con los suyos hasta la posición de las atalayas.

El rey, hasta ese momento ocupado principalmente en dirigir a sus tropas, decidió cambiar su papel. Dio varios pasos al frente para cobrar mayor protagonismo en el enfrentamiento directo, y se colocó en primera línea de batalla. Con certeros golpes de su bastarda se abrió paso entre los dragones hasta llegar cerca del General Gardar. Elmer le retó levantando su acero, pero el honorio no entró en su juego y cargó contra él, rodeado de los suyos. El rey tuvo que salir de la posición tan precaria en la que se había metido con suma celerridad para evitar ser preso o muerto. Las maldiciones de Elmer se pudieron oír en ambos bandos.

Mientras, en la retaguardia, los dragones y los parios, capitaneados estos últimos por Gregor, ofrecían un espectáculo cruento y equilibrado. La sangre brotaba por igual en ambos bandos y los pasos que ganaban unos, los recuperaban los otros con el siguiente contramovimiento.

Fue entonces cuando apareció Athan.

La misión de salvaguardar las murallas de los escaladores había concluido con éxito. El anciano envió a quienes le habían ayudado hacia la Puerta Norte, por estar más cerca de sus posiciones. Él en cambio, cabalgó raudo en un corcel hacia la del Este.

El anciano conocía que la mayor parte de los soldados dragón, a diferencia de los escaladores, que usaron defensas ligeras de peso para poder salvar las murallas, portaban armaduras compuestas de anarcanita, y que por tanto su magia, de ser usada, se vería mermada considerablemente. O así sería si conjuraba magia de alcance o magia de ataque..., pero la magia siempre ofrece alternativas.

Athan desmontó con agilidad del caballo y con su báculo de roble golpeó el embaldosado de la plaza. Tres golpes secos resonaron con una fuerza amplificada, llamando la atención de unos y otros. Ya con el primer golpe, se abrió ante los parios y los dragones de la retaguardia, un hipnótico óvalo negro unas cuatro veces más alto que el anciano. El óvalo, con el segundo bastonazo, se aclaró hasta convertirse en una especie de espejo gigantesco. Con el tercero, sobre la superficie del óvalo se proyectó la rendición de los leones ante los defensores de la ciudad, y apareció la figura derrotada de Kohdran, arrodillado, silencioso, con una flecha certera clavada en su cuello. La sangre le brotaba poco a poco, como si de una pequeña veta de manantial subterráneo se tratara.

Pronto la imagen, o la idea de la imagen, llegó a todos. La milicia de Gregor y los dragones de la retaguardia lo vieron con claridad con sus propios ojos. La vanguardia dragona y los parios comandados por Elmer, alejados del anciano y del hechizo, debieron aguardar al rumor que explicaba lo que se veía en el óvalo mágico, pero el rumor corrió casi tan rápido como la imagen misma.

La batalla se reanudó, pero ya nada fue igual. Muy pronto los dragones perdieron la iniciativa en vanguardia y el equilibrio en retaguardia. Parecían debilitados repentinamente frente a los parios, quienes habían crecido en moral, quienes se mostraron más diestros que nunca. La situación de los honorios se complicaba por momentos, la tenaza sufrida, más la contumaz lluvia de flechas que no cesaba, comenzaron a menguar sus filas de manera alarmante. Si el ritmo de bajas se mantenía, acabaría toda posibilidad no ya de victoria, sino de contención, y se produciría una carnicería histórica. Garadar fue dolorosamente consciente del estado de la lid.

El General se deshizo de tres parios con asombrosa facilidad; al primero le cortó por la ingle tras una finta lateral, al segundo le segó la cabeza tras un choque de espadas donde fue más rápido, al tercero le zancadilleó para clavarle acto seguido la espada en el pecho.

A diferencia de sus dragones, parecía fresco y repleto de energía. No podía dejar que su nombre y los suyos terminaran de aquel modo ignominioso, derrotados por un ejército de principiantes, por un ejército pario. Tras sacar la espada del pecho de su adversario se quitó el yelmo. Gritó, clamó, llamó la atención de los suyos. Su mirada era fiera, la sangre cubría buena parte de su armadura verdosa y escamada. Levantó su puño y reordenó a los suyos en un par de movimientos.

La retirada estratégica marcada por su General provocó un repunte de las energías de los agotados y decaídos dragones. Las alas de la guarnición iniciaron un movimiento envolvente y ordenado. Por el medio se generó una columna férrea comandada por el propio Gardar, que tomó la dirección del portón.

Ante el cambio de rumbo de la batalla —para los parios ya no se trataba de resistir, sino de vencer, y para los dragones ya no se trataba de tomar una ciudad, sino de salvar la vida—, Gregor el Fuerte, al frente en ese momento de la lucha, ordenó a los suyos que no cedieran un ápice de sus posiciones, para que los honorios no pudieran acceder a la Puerta Este. Pero el empuje honorio comenzó a ser incontrolable. Además, con los metros ganados hacia la salida, pronto dejaron de ser blancos fáciles para las flechas. Elmer y sus tropas hostigaban lo que se había convertido en la retaguardia dragona, pero esta supo mantener la disciplina y no se desbandó a pesar de las bajas.

Dos acontecimientos llegaron en ayuda de las fuerzas honorias. El primero vino paradójicamente del anciano, quien al observar el rumbo de la batalla, alcanzó a Gregor y le aconsejó que no forzara a los suyos, que no convirtiera la lucha en una ratonera sin escape para sus enemigos, puesto que tal vez podría matarles a todos, pero a un precio que no se podían permitir.

—Un animal herido que no puede escapar es un animal ciego de furia que perecerá matando... y a nosotros nos interesa vivir.

Tales palabras de Athan bastaron para que Gregor abriera su mano y permitiera escapar a sus enemigos, haciendo que sus soldados aflojaran a derecha e izquierda ante el repliegue dragón.

El segundo acontecimiento que reforzó a los dragones fue la ayuda directa que recibieron las tropas de Gardar. El teniente Janre desobedeció las órdenes del General y terminó por adentrarse en la ciudad con el pequeño destacamento que se había quedado a las afueras. Se arriesgó a la ira de su superior, a un consejo de guerra por desobediencia y a la derrota definitiva. Pero ninguna de las tres cosas sobrevendrían para él en esta batalla, y la ayuda del teniente fue más que bien recibida por los suyos.

Finalmente la cabeza del dragón asomó por la Puerta rompiendo la tenaza enemiga, y a partir de entonces se desparramaron como escajas sueltas en dirección al campamento. Gardar ya había pasado al frente de su columna por mitad del óvalo mágico, pero la imagen gigantesca de Kohdran persistió como recordatorio del desastre de la toma de la ciudad.

Cuando el General, con los restos de sus tropas a salvo camino del vivaque, apenas unos ocho mil soldados, se cruzó con su teniente, no pudo sino hacer un gesto de respeto y agradecimiento. Y al contemplar la derrota con el mayor de los desánimos —había perdido la mitad de su magnífica guarnición y a los leones por entero—, le llegó la intuición como un rayo furibundo.

—¿Dónde está —dijo de pronto—, dónde está nuestro prisionero, dónde dejasteis al viejo que trajimos preso desde las minas?

—Sigue en el campamento, mi General, preso, encadenado como ordenasteis.

«Definitivamente vos sois bondadoso y sois leal, y una de esas dos cosas os traerá la ruina».

Gardar recordó tales palabras con una mezcla de rabia y de impotencia, y se convenció de que el anciano que había invocado el óvalo, a quien no pudo ver con claridad, pero que le resultó extrañamente

conocido, y el viejo de las minas, a quien en lugar de ejecutarlo, como le había ordenado su reina, le había llevado con él, habían estado conectados de alguna manera, y que eso explicaba por qué sus enemigos iban en la batalla siempre un paso por delante.

Los parios no tardaron en celebrar su histórico triunfo, y aunque unos pocos hostigaron a los dragones más allá de las murallas, pronto se volvieron satisfechos de su hito. Jamás podrían robarles aquella gran victoria. Y sin embargo, las sorpresas no habían terminado.

Pocos instantes después de que las tropas de Gardar huyeran de la ciudad, una inesperada comitiva formada por veintiún arcanos vestidos con largas túnicas de color tinto, atravesaron el portón. A la cabeza de la comitiva marchaba un mago joven, de barba negra, el mismo que meses atrás estuviera a punto de intervenir contra Thomar, en su lucha contra los Custodios de Aglaia a las puertas del Palacio.

Llegaron mostrando un respeto que descolocó a los eufóricos parios. Aquellos rogaban una reunión con el «valiente rey Elmer»; debían comunicarle con urgencia una noticia, así como ofrecerle un pacto.

Pero el rey por el momento había desaparecido.

Elmer, en la misma plaza victoriosa de la Puerta Este, había sido informado con detalle de los acontecimientos acaecidos en la zona norte de la ciudad. De la victoria, sí, pero también de lo ocurrido con Liv, momento en el cual montó el caballo en el que llegara el anciano, se olvidó de las celebraciones y hasta de sus responsabilidades, y marchó al galope para reunirse con su Capitana.

CAPÍTULO X

Cuando una batalla se pierde, mi General, sólo los que han huido pueden combatir en otra. Tendremos nuestro desquite.

Palabras del teniente dragón Janre a Gardar, para tratar de consolarle tras el desastre de Capitolia.

Caía una lluvia ligera a las afueras de Espada, en el arrabal más concurrido y dejado de la mano de Zarrk. La estación seca se acercaba a su fin. Un perro famélico y lleno de pulgas comenzó a ladrar cuando vio aparecer al encapuchado. Este se paró ante el animal, miró a derecha e izquierda para ver quién le podía estar observando y propinó una patada al perro en las costillas. El animal gruñó, metió el rabo entre las piernas y se alejó de allí.

—Bravo, bravo —una mujer gorda y granujienta que había observado la escena, comenzó a hablar después de aplaudirle con unas manos enguantadas—. Menos mal que aún quedan honorios de verdad que libran a las señoritas de los chuchos. ¿Qué os parece si os recompenso con un descuento en mis hábiles servicios, eh? ¿Qué os parece, guapo, pasar un rato conmigo?

El encapuchado no dijo nada y se dirigió hacia la taberna que tenía enfrente. La *señorita* se sintió indignada por la indiferencia.

—Vaya, vaya, con el gran señor, ¿acaso os codeáis con las mejores damas, acaso os habéis cepillado a la misma reina como para despreciarme a mí de esta manera? ¡Pero quién te has creído, si fuieras alguien no estarías en estas calles de mala muerte!

Si la mujer siguió despreciando al encapuchado, este no lo supo, porque entró en la taberna llamada *Cien Yerros*. La algarabía que allí reinaba lo cubrió todo. La taberna, iluminada lo justo, bullía de ruido y de clientes a pesar de la temprana hora. Ya se bebía cerveza y vino, ya se jugaba a los dados y a las cartas, ya se comentaban las últimas noticias, y ya se discutía por ellas con el trasero bien asentado en las sillas y en los taburetes, como si a base de tragos y de palabras, pudieran cambiar las cosas al gusto de cada uno.

Cuando el recién llegado se hizo al ruido y a la luz, divisó una mano al fondo de la taberna que le hacía claros gestos para que se acercara. Lo hizo.

Sentados a la mesa menos iluminada del local se encontraban dos jóvenes apuestos, aunque desaliñados. El encapuchado se descubrió la cabeza. Se trataba de Kolli, el antiguo Coronel, el otrora amante de la reina, y el Castrado, como se le conocía desde que su traición le costara tan cara.

No resultaba fácil reconocerle. Parecía haber envejecido veinte años de golpe. A tal efecto contribuía especialmente su cabellera, en otro tiempo cubierta de rizos cuidados y relucientes, y a estas alturas descuidados y llenos de grasa, alejados de las tijeras y de un baño asiduo. Había engordado también una buena docena de kilos, y sus ojos, de mirada inteligente y orgullosa antaño, miraban allí, en *Cien Yerros*, aviesos y cargados de odio.

Kolli se dispuso a hablar, pero apareció la camarera con el pedido de los jóvenes y decidió guardar silencio. Primero limpió la mesa de los restos de comida de los clientes anteriores, arrojando migajas de

pan y huesecillos de ave al suelo, luego sirvió las dos jarras de cerveza que habían encargado. Antes de marcharse, sonrió al joven que le había guiñado el ojo y tocado un muslo con suavidad. Cuando se marchó, Kolli habló seco, miraba al joven que había flirteado con la camarera.

—¿Estamos acaso haciendo un ejercicio de estupidez, Villburg? Se trata de no llamar la atención, no de llamarla a toda costa. Elegir la mesa más alejada y oscura atrae miradas, y encima tú te dedicas a ligar con todo lo que se mueve.

—Y nos lo dice el misterioso encapuchado, como si eso no formara parte de las cosas a evitar cuando uno quiere permanecer oculto —replicó el aludido, que fuera escudero de la reina.

—Discutir y ponerse en evidencia creo que viene muy bien para despistar a todos —dijo el segundo joven con sarcasmo y en un tono más bajo que sus compañeros. Su cara transmitía una sensación de permanente tristeza.

Kolli y Villburg captaron el mensaje. El primero quiso avanzar en la reunión.

—Solo quiero dejar claro que aunque nos reunamos donde nadie nos debería reconocer, y aunque ella esté ahora mismo lejos de aquí, no debemos confiarnos. Ari sigue en la ciudad y es astuto, leal y desconfiado. Sabe que sigo vivo y permanecerá atento. En cuanto al nuevo Ministro de Guerra, no sé cuáles son sus cartas. Intentaré descubrirlas, pero tal vez sea más leal de lo que todo el mundo le supone..., al menos hasta que se le ofrezca una baza mejor.

—Nosotros no tenemos una baza mejor que ofrecerle —dijo convencido el joven de rostro triste—, por lo que deberíamos olvidarnos de tantearte. Os recuerdo, coronel, que vos y yo lo que queremos es venganza y muerte. No necesitamos más, no queremos más.

—Vaya, Thorvald —intervino Villburg, picado—, gracias por sacarme del trío calavera de la venganza, pero dime, ¿qué se supone que quiero yo, y por qué me estoy jugando el cuello, si puede saberse?

Thorvald, el antiguo escudero de Hakon, dio un trago largo a su cerveza negra y amarga, y con la espuma en su bigote contestó:

—A él, ella le castró, no es un mal motivo para odiar. A mí, ella me arrebató lo que más quería, y aún se permite el lujo de seguir con la cantinela de que lo amaba. Pero a ti, ¿cuál fue la gran afrenta que te hizo? ¿No dejó que te acostaras con ella? ¿No te ascendió a nada? ¿Prescindió de ti como escudero? Perdóname, pero no me parece que tus motivos estén a la altura de los nuestros, y si de mí se tratara, estarías fuera de esta conversación.

—Soy tan capaz —Villburg miró hacia los lados y habló en un susurro— de atentar contra la reina como lo puedes ser tú o Kolli, y puesto que mis motivos no son tan puros como los vuestros, no corro el riesgo de que me ciegue vuestra pureza.

—Ya basta —interrumpió Kolli, al tiempo que tomaba un trago de la jarra de Villburg—. Se supone que no sois unos niños, no hagáis que me arrepienta de haberlos buscado y de haber confiado en vosotros, cada uno tenemos nuestros motivos, pero los tres ansiamos lo mismo, eso debe bastar.

Y tras un largo silencio, añadió:

—Centrémonos en dónde, cuándo, cómo... y si con la ayuda de alguien más. Seamos conscientes de que si nos descubren nos molerán uno a uno los huesos. Pero a Reika, que no para de apelar al destino, le vamos a bajar de ese carro de la peor de las maneras. Demostrémosle que los hilos del destino se pueden cortar con más facilidad, con más facilidad que...

Kolli no terminó la frase, la asociación de ideas provocó un gesto de dolor en su rostro. En el último momento logró contener el llanto delante de los dos jóvenes.

La ciudad arcana de Artemisión se había convertido en una enorme pira. Todos los tejados, salvo uno, ya fuesen de adobe, los menos, o de madera, la mayoría, ardían. Tan solo el ayuntamiento, en forma de

cubo, construido con mármol blanco y defendido por el maestre de la ciudad, se libraba del fuego. La reina honoria acababa de llegar frente al edificio y frente al arcano para corregir la anomalía.

El destacamento con el que había arrasado la ciudad, compuesto por la mitad de la Guarnición Fénix —en señal de desagravio para unos, o en señal de honor para otros, por los motivos que se consignarán más adelante—, continuaba su marcha triunfal por el territorio norteño de Arcania. Primero había caído la pequeña So, a las pocas horas la ciudad de Halicarno, y tres ciclos más tarde le tocaba el turno a Artemisión, conocida como *La joya del Norte*. Una joya que en los propósitos de Reika iba a arder hasta los cimientos, para sacar a su hermano Tabalt de la capital arcana de donde parecía no querer salir.

La reina contempló desde su yegua y con desagrado a los soldados fénix que habían muerto tras enfrentarse con el maestre. El arcano jefe que defendía las puertas del edificio sumaba unas cinco décadas, era alto, y vestía una túnica con su lado izquierdo rojo y el derecho negro. La anarcanita no había sido suficiente y los honorios perecieron bajo sus hechizos y argucias a las puertas del ayuntamiento.

El primer fénix murió por su caballo, cuando el animal se descontroló al sentir que bajo sus cascos la tierra temblaba. Entonces el animal se encabritó, desmontó a su jinete y le coceó después. Una coz fue directa a la cabeza y le fracturó el cráneo.

El segundo soldado, un joven cabo al que todos auguraban un futuro brillante, murió aplastado por un carro de heno en llamas que le lanzó el maestre. Su armadura le protegía de hechizos de alcance, pero el carro al que se enfrentó era de una consistencia nada mágica. La reina no llegó a ver cómo ocurrió el lance, pero por la apariencia del cadáver, con el escudo aún en ristre, dudó de la inteligencia de su fénix por no tratar de esquivar el carro. Parecía haberle hecho frente, y el resultado saltaba a la vista.

El tercero murió degollado por la acción de un compañero. El maestre era hábil y había detectado las defensas de anarcanita de cada

ponente, así como las debilidades. No todos los soldados de su ejército, aunque sí en este destacamento de avanzadilla, portaban mineral como era el deseo de la reina, y no todos los que lo portaban, lo poseían de la calidad necesaria. Una armadura con escasa y mala anarcanita, podía acometer uno o dos hechizos, pero después podía quedarse seca ante un tercero. Y esto es lo que había detectado el maestre en uno de los fénix que le atacó. Pudo así entrar en su cabeza, y ordenarle degollar a su compañero. Este no pudo hacer nada ante el ataque por sorpresa y a traición que recibió, salvo morir con el cuello rebanado y con unos ojos de sorpresa que estuvieron a punto de salírsele de las órbitas.

El soldado poseído se mantenía a la espera de las nuevas órdenes del mago, no mostraba sin ellas voluntad alguna.

Era verdad que la anarcanita desde la acción de Gardar en las minas, hacía ya unos veinte ciclos, fluía a buen ritmo, pero había que trasladarla, los herreros debían trabajar duro, y finalmente había que distribuirla, un trabajo logístico que llevaba su tiempo, dinero y esfuerzo. La reina no había querido esperar y se había lanzado contra Arcania. Y de acuerdo a los resultados había hecho bien, puesto que sufría en ese momento su primer percance.

La reina había llegado a caballo hasta el ayuntamiento, le acompañaban su teniente y tres soldados, todos sobre espléndidos corceles. Les ordenó mantenerse al margen, a uno de ellos le quitó la jabalina y descabalgó. Cerca de ella quedaba el fénix poseído; algo más alejado, el maestre.

La jabalina atravesó el pecho del soldado poseído en cuanto este dio un paso hacia la reina. El ave fénix estampada en el peto, no resurgiría más. Al maestre arcano la escena le sacó una sonrisa triste. También unas palabras:

—Sin duda alguna estáis hecha para la guerra, no habéis dudado ni por un momento en acabar con uno de los vuestros. Una verdadera lástima.

La reina no contestó, estaba satisfecha de encontrar un rival digno y no pensaba perder el tiempo con argucias dialécticas. Blandió con habilidad, pero sin florituras, su espada en una mano, luego la golpeó contra su escudo dos veces. Arma y defensa brillaron con un azul intenso, lo mismo ocurrió con la armadura cuando el maestre comenzó a pronunciar un hechizo. Reika portaba el mineral antimagia en todas ellas, anarcanita de la más pura que se hubiera extraído y trabajado jamás de ninguna veta. Sus herreros de confianza habían rayado la perfección, ella lo sabía, y les había exigido que la alcanzaran para su próximo encuentro.

El combate fue rápido. El maestre supo de inmediato que debía olvidarse de rayos, bolas de fuego y hechizos de alcance similares. Tal vez uno de tercer grado pudiera hacerle daño, pero no tenía tiempo para ellos, así que decidió arrojar contra la reina las espadas de los fénix caídos, a los propios soldados muertos y el carro de heno que tan útil le resultara y que aún no se había consumido por el fuego. La reina salvó con ágiles fintas y con hábiles volteretas todos los proyectiles del arcano, a quien cada vez le quedó menos energía y menos recursos. Reika no solo lo esquivó todo, sino que no dejó de avanzar.

Le mató sin miramientos, no quería prisioneros que le pudieran complicar sus planes. Cuando la reina llegó a su lado moviéndose a un lado y a otro con presteza y zigzags imprevisibles, tajó al maestre de arriba abajo; solo necesitó de un golpe. El arcano había convocado para entonces una esfera de protección, pero la hoja de la espada la atravesó como si de una voluta de humo se tratase. El corte descendente que sufrió el arcano fue desde el hombro hasta el vientre, en diagonal, mortal de necesidad. Intentó decir algo, tal vez «maldita», pero Reika no le entendió bien; tampoco le importó lo más mínimo. Cayó de bruces. Se formó rápido un charco de sangre.

Varios soldados de infantería llegaron hasta los tres jinetes, que quedaron en un segundo plano por las órdenes de la reina. Tras intercambiar unas palabras, el teniente salió del grupo y cabalgó hasta

Reika, quien a las puertas del ayuntamiento y a dos pasos del cadáver del maestre, permanecía absorta mirando el ayuntamiento en forma de cubo. Estaba decidiendo si prender fuego al edificio o no.

—Majestad, hemos rendido por completo Artemisión. Nuestras bajas de nuevo son mínimas: ocho soldados rasos, más el cabo que ya conoce. A este ritmo la Guarnición Fénix podría tomar Arcania ella sola.

—Esperemos —la reina no miró a su oficial, sino que siguió contemplando el geométrico edificio— que esta ciudad le duela más a mi hermano que las anteriores, y que se anime a salir de su madriguera para enfrentarse a nosotros. Quiero una guerra en campo abierto, quiero enfrentarme a un poderoso ejército y no tener que tomar ciudad a ciudad hasta un asedio final. Si el rey arcano piensa que Luz es inexpugnable, se equivoca, y además nos abocará a todos al aburrimiento. Ya sabéis lo que hay que hacer, cadenas de anarcanita para todos los arcanos supervivientes que superen los ocho años. Y tratad de extraer toda la información que pudieran saber sobre los planes de Tabalt..., aunque me temo que estos pobres infelices no sabrán absolutamente nada, salvo que se les abandonó a su suerte, sin esperanza alguna de refuerzos ni ayuda de ningún tipo. ¡Vaya rey que estáis hecho, hermanito!

Cuando el teniente se disponía a marcharse para cumplir las órdenes, la reina le miró por primera vez.

—Que venga mi nuevo copero con una damajuana de extracto, pero que venga sin cadenas, quiero comprobar cómo andan sus humos. Que me busque en el interior del ayuntamiento, en la sala de audiencias.

La reina no perdió el tiempo en pararse a contemplar las tallas de madera que decoraban los pasillos y las diferentes salas, tampoco las esculturas de granito, mármol y bronce, o los grandes óleos que mostraban distintas temáticas, desde retratos a escenas idílicas, pasando por viejas batallas entre los reinos. Torció el gesto, eso sí, cuando llegó al salón que buscaba. Amplio, repleto de libros en las largas estanterías que cubrían todas sus paredes, y coronado por una cúpula central y

transparente que iluminaba el espacio y que permitía observar con parsimonia la tarde, que marchaba bajo un cielo cubierto de humo.

Reika observó con desconfianza el extraño sitial en el centro mismo de la sala, pero al final lo ocupó. Nunca había estado en nada más cómodo, su peso fue recibido por un mullido acolchado que la envolvió de improviso en un descanso placentero y armonioso. Allí esperó al copero, que no tardó en aparecer.

Se trataba de un niño rubio de ojos claros que sumaba justo su primera década. Llegó con una damajuana roja entre las manos y una mirada fiera en los ojos.

Se había convertido en el copero oficial de la reina después de que intentara asesinarla. La escena ocurrió durante la toma de So. Los honnios ya habían reducido la pequeña ciudad a cenizas, por lo que se mostraban relajados. Fue entonces cuando de la nada, o más bien, escondido tras un ingenioso hechizo de invisibilidad tan tenue que no fue detectado por la escasa defensa de anarcanita que protegía el lugar, apareció el pequeño, cuchillo en mano, y se abalanzó contra la espalda de Reika. La reina, siempre alerta por instinto, reaccionó a tiempo al escuchar unos pasos tras ella, esquivó la cuchillada, desenfundó su arma y paró su propio golpe al ver a su atacante. Le desarmó, le abofeteó y le interrogó. Su madre resultó ser la maestra de So, muerta en la defensa de la ciudad; su padre en cambio continuaba vivo. El niño juró sobre la vida de su padre que cumpliría con el nuevo cargo que le ofreció Reika.

Fue también en So cuando la reina probó el extracto por primera vez. Su sabor dulzón a causa de la miel, conquistó a la reina, quien de inmediato lo convirtió en su bebida preferida, por encima de la cerveza y el vino.

La damajuana se redujo a la mitad sin demora. Fue entonces cuando la reina, repantigada en el sitial y con la vista perdida en la cúpula, preguntó de improviso al copero:

—¿Por qué las ciudades arcana parecen lucir mejor que las honnias, mocoso?

Y sin esperar respuesta del niño, que la reina no contemplaba en ningún caso, pues hasta la fecha solo le había podido arrancar asentimientos o negaciones con la cabeza, continuó:

—Nada más que por una apariencia de orden. No porque vosotros manejéis mejor la piedra o la madera, no porque con vuestros hechizos mejoréis la eficiencia en la canalización del agua, el molido del cereal o la construcción de edificios, no porque seáis más listos, no porque os eduquéis mejor. No, solo por el orden apparentáis más, siempre con vuestras figuras geométricas, un triángulo por acá, un pentágono en no sé dónde, el cuadrado a cada paso... Vuestro edificio principal, vuestro palacio, lo sentáis en el medio y luego añadís capas y más capas de simetría. Sin duda debéis de pensar que ordenando el espacio comprendéis la naturaleza, el sentido y la vida. ¿No se basa vuestra magia acaso en eso, no os creéis acaso mejores que nosotros porque habéis aprendido a manipular esa naturaleza con pompa y vanidad? Pero nosotros sabemos que esencialmente la vida es caos, desorden y fuerza, y os demostraremos cuán equivocados estáis. Tal vez parezcamos menos civilizados, tal vez más rudos, pero no somos peores, ni tenemos un peor modo de vida, y cuando baje los humos al petulante de tu rey, quedará claro que vuestro orden y sabiduría solo era apariencia.

La reina tampoco esperó respuesta en esta ocasión, pero la obtuvo. La voz del copero sonó atiplada:

—Estáis borracha, decís sandeces y resultáis patética.

La reina puso los ojos como platos, esperaba silencio y se encontró con la mayor insolencia que recibiera en su vida. En su primer arrebato pensó en matarle allí mismo, luego quiso azotarle el trasero hasta hacerle sangrar, tampoco faltó la idea de mandar traer a su padre hasta allí y... Pero terminó por echarse a reír.

—Muy bien, mocoso, veo que tienes lengua, y unas pelotas incipientes. Es una pena que ese valor le falte a tu rey. Toma, echa un trago.

El niño regresó a su mutismo y rechazó el ofrecimiento con la cabeza. En ese momento apareció el teniente de la guarnición.

—Majestad, los muertos están apilados, contamos y encadenamos a los prisioneros, y se confiscaron monedas, joyas y otros objetos de valor. Aguardamos sus órdenes.

Reika levantó la vista hacia la cúpula, todavía restaban tres horas de luz, sombreada por el humo.

—Esperaremos a la noche para tomar una decisión, los pájaros mensajeros deben estar al caer de su vuelo. Mientras, que los prisioneros se encarguen de las exequias de sus caídos, que tengan un funeral digno..., dentro de sus posibilidades.

De nuevo el copero abrió la boca para sorpresa de la reina, esta vez para rogar su participación en tales actos funerarios. La reina se lo pensó un momento.

—Está bien, mocoso, puedes marcharte, no voy a requerir tus servicios por ahora, y con lo que aquí me queda de extracto será suficiente... para decir las sandeces justas.

El teniente no entendió a qué se refería su reina, pero no dijo nada y se mostró impertérrito. Finalmente recibió la orden de retirarse con lo que se le había encomendado y de llevarse con él al niño. Cuando Reika quedó sola, se repantigó en el sitial, dio un nuevo trago al dulce extracto y comenzó a recordar.

Recordó que echaba de menos la ternura en la cama de Dalla, ascendida en su cargo durante el último Laudo que convocó en Espada, antes de partir hacia tierra arcana. Su nombramiento, haciéndola pasar directamente de cabo hiena, a Teniente de la Guarnición Fénix, había levantado bastante revuelo, pero se vio aplacado por dos circunstancias. La primera, que se esperaba algo similar en Honoria por tratarse de la nueva amante de la reina. La segunda, que no se trataba del mayor escándalo provocado por las decisiones de Reika.

La reina recapituló en su memoria lo ocurrido con su amante desde que la nombró uno de los Nueve. Dalla había demostrado genio y figura, sin duda en exceso para la mayoría de los honorios,

extendiéndose el rumor de que la suavidad mostrada bajo las sábanas con la reina, se transformaba en severidad con sus subordinados. Se contaba incluso que algunos oficiales fénix quisieron hacerla ver otros puntos de vista, y que la respuesta resultó ser el degradarles de sus cargos. Pero también se murmuraba sobre los sibilinos movimientos de los discípulos de Vestein, posicionados de cara a futuros acontecimientos. Y podía ocurrir que Dalla no se percatase de tales intrigas nacientes, pero a Reika no se le escapaba ni una.

Otro trago sirvió a la reina para sentirse segura con la decisión tomada al respecto de los Fénix, y es que se había llevado a las ciudades norteñas de Arcania a la mitad de esta guarnición, dejando la otra mitad en el campamento base bajo el mando de Dalla. Desagravio lo llamaron algunos, astucia otros, un simple paréntesis los más pesimistas o interesados.

—Lo peor de todo —a Reika se le escapó el siguiente comentario en alto y así lo recogió horas más tarde en su pormenorizado diario—, es que las caricias y los besos de Dalla cada vez me resultan más ásperos. Y para asperezas, ya tengo bastante con Grimm.

Fue mediante esta asociación de ideas como Reika dejó de pensar en Dalla para centrar su preocupación en la Hiena. El Comandante Grimm había resultado la pieza central del rompecabezas. La reina estaba convencida de que tenía la virtud y el vicio de complicarlo todo, siempre, como excepción y norma.

Reika había intentando, tras escuchar a Solvi y a Heriho en el funeral de Oddi, que Grimm aceptara el cargo de Ministro de Guerra y Consejero del Laudo, pero para sorpresa de todos, el Comandante rechazó la propuesta. La reina hizo entonces por contener su orgullo herido y logró calmar su ira. Vino a reconocer la inquebrantable lealtad de la Hiena, su agudeza y la firmeza de su espada. Es así como optó por ofrecerle ser el nuevo Coronel de los Nueve, al mando de la Guarnición Grifo tras la destitución de Kolli. Para cualquiera hubiera sido un honor, un privilegio y una orden.

Sin embargo, Grimm no era cualquiera, y lo rechazó también. El enfado de Reika y sus improperios quedarán recogidos en los anales del reino. Fueron su maestro de armas y el sacerdocio quienes lograron calmarla a medias, y Grimm pudo continuar en su cargo de Comandante, que por otra parte era el ascenso que la reina pensó originariamente para Dalla, y el puesto que Grimm se negaba a abandonar por lealtad hacia los suyos. Pero la Hiena tuvo que salir de inmediato, no ya de Espada, sino de Honoria, y fue enviado junto a los suyos a vigilar la frontera entre Arcania y Paria. Desde entonces no había tenido noticias del Comandante, y aunque Reika se reconocía bajo los efluvios del extracto, o precisamente por ello, las anhelaba.

—Lo peor de todo —Reika volvió a hablar en alto—, es que deseó saber de ese bastardo, deseó tenerle de nuevo conmigo, de nuevo...

No terminó la frase. Lo que hizo en cambio fue recordar que tras el segundo rechazo de Grimm, ella, descolocada y furiosa, había tomado decisiones de las que ahora no sabía si arrepentirse. Así es como llegó a ascender a Dalla, y así es como finalmente nombró al arcano Taros, Consejero del Laudo y Ministro de Guerra, provocando un escándalo sin precedentes al designar para tal puesto a un arcano, a la par que dejaba a las familias nobles del reino sin el cargo que ambicionaban.

Reika fue tajante en el Consejo, donde se tomaron las decisiones que prácticamente impuso, tras desoir a los otros miembros del Laudo. Durante el asedio que sufriera en su propio palacio meses atrás, después del Desfile anual y antes de vencer al Capitán y perdonarle la vida contra las propias Leyes de Honoria, los nobles del Norte se habían mostrado favorables a su derrocamiento, y los del Sur guardaron una neutralidad tácita, o como mucho un apoyo de palabra que no les comprometía a gran cosa. La reina lo subrayó una y otra vez: los nobles no obtendrían nada. Había aprendido a perdonar a otros, como por ejemplo a Kohdran, pero su furia con los nobles fue brutal.

La reacción de las familias nobles fue una y la misma. No solo se sintieron agraviadas, sino que consideraban que se ponía en riesgo al propio reino al nombrar negligentemente a un arcano para un cargo de tamaña importancia. Sin embargo, como la reina tenía el apoyo del pueblo y de todo el ejército, y no solo de las Nueve Guarniciones, sino de todos los jóvenes soldados de Honoria deseosos de participar en la guerra, todo lo que hicieron fue levantar la voz a través de embajadores que tampoco pusieron mucho ardor en sus protestas.

En cuanto al señalado con el dedo (Taros), tuvo la sensatez y la inteligencia de no mostrar la insolencia y la soberbia que mostrara hasta ese momento, y desde que ocupara su cargo, se mostró paciente y respetuoso hasta la sospecha. La cual por otra parte, hiciera lo que hiciese, no podría quitarse a pesar de sus denodados esfuerzos por su nuevo reino. Lo más curioso fue que en los intensos ciclos posteriores a su nombramiento, fue Taros quien logró convencer a la reina para que ofreciera un poco de paz a las familias nobles.

Así es como Reika movió otra ficha que fue comentada en todo el reino. Ordenó a su maestro de armas marchar en misión diplomática para calmar primero a la nobleza y para comandar después un ejército con los soldados que proporcionaran. Solvi se mostró renuente cuanto pudo, pero cedió finalmente ante el aplomo de su ahijada, ante la pétrea mirada que sabía poner cuando su decisión era inamovible. Solvi finalmente no tardó en demostrar su celeridad y competencia, y en pocos ciclos comenzó a calmar a las familias nobles. Había que reconocer que por una vez la reina había optado por su mejor opción.

La reina tuvo en ese momento una idea que le atravesó como un rayo y le hizo dar un respingo en el sitial. Se tranquilizó al instante por sentirse segura de que no era así, de que la decisión de mandar a Solvi en misión diplomática no la había adoptado por ganarse el favor del arcano, sino porque era un buen consejo en sí mismo, y concluyó

al respecto: «Estoy segura de no sentirme atraída por el rubio. Bas-
tante tengo ya con Dalla, con Grimm, con el fantasma de Hakon».

A punto de quedarse dormida y con la damajuana de extracto casi
vacía, recordó las últimas piezas del tablero que había movido, como
era el caso de su fiel Oso. En su idea original, a Helg pensaba ascen-
derle a Teniente de los Fénix cuando Grimm asumiera el cargo de
Ministro de Guerra, de modo que Dalla, como queda recogido, asu-
miera la comandancia de su guarnición, dejando varios puestos va-
cantes en los Nueve para las familias nobles. Pero ante las negativas
de Grimm, la reina explotó y lo reorganizó todo, olvidándose de se-
guir los consejos que le dieran Solvi y Heriho.

Helg, al igual que Grimm, hubiese preferido mantenerse en su
cargo como Comandante Oso, pero no quiso enfurecer aún más a su
reina tras los acontecimientos provocados por la Hiena, e hizo gala
de su habitual lealtad para situarla por encima de sus deseos perso-
nales. El puesto al que Helg finalmente ascendió fue a Coronel de la
Guarnición Grifo, el que rechazara en segunda instancia Grimm.
Acto seguido, la reina aceptó el consejo en común que le daban, Solvi
desde su cargo de diplomático y Taros desde el suyo de consejero
del Laudo, para nombrar como Comandante Oso a Erpr, un noble
sureño con abolengo.

Lo anterior lo recordó la reina entre sueños.

La damajuana cayó al suelo y se rompió en pedazos. Reika des-
pertó con el estrépito y se reincorporó en el mullido sitial. Se sacudió
la modorra y salió del ayuntamiento. Vespertina terminaba su ocaso,
las llamas de la ciudad se habían apagado en su mayor parte, la
noche comenzaba a envolverles. Acababa de salir cuando divisó al
teniente dirigirse con prisa hacia ella. Con tanta, que este tropezó.
Los escarpes rechinaron contra el embaldosado, pero la cosa no fue
a más.

—Ha llegado un cuervo, majestad —el teniente se encarnó ligera-
mente por su tropiezo—. Son noticias del General Gardar.

La reina tomó la misiva, quitó el lacre y comenzó a leer. El rostro de la reina primero se puso lívido, luego rojo. Su teniente disimulaba cuanto podía, como si no percibiese tales cambios. Cuando Reika terminó de leer hizo un ejercicio de autocontrol a base de respiraciones profundas, como le enseñara Solvi. Le sirvió para recuperar el color normal de su cara, y para hablar con aparente tranquilidad.

—Volvemos ahora mismo al campamento base. Volvemos a Honoria.

Cuando ensilló su yegua negra se giró por última vez hacia el ayuntamiento en forma de cubo. Luego ordenó al teniente, sin levantar la voz lo más mínimo:

—Quiero que arda, quiero que arda hasta los cimientos.

CAPÍTULO XI

Ah, los impulsos, mi futura reina. Vuestro poder... vuestra debilidad.

Herih a Reika, cuando esta cumple los dieciocho años, después de que Solvi la vapulease una y otra vez en la arena de entrenamiento.

La Guarnición Fénix tenía fama de poseer a los mejores jinetes de Honoria. Cuando Reika recibió la carta del General en la que anunciable su derrota sin paliativos, tuvieron que demostrarlo.

Cabalgaron durante toda la noche a un ritmo frenético y sin descanso. A los que no pudieron seguir la estela de la reina, siempre en cabeza sobre su yegua, no se les esperó, deberían llegar cuando y como pudieran. Se estudiaría más adelante el motivo de la tardanza y si se les aplicaban sanciones.

Bajo la noche estrellada y fría recorrieron el camino que llevaba de Artemisión a Halicarno, de Halicarno a So, para adentrarse sin perder el galope tendido, en el Paso que atraviesa por el Noroeste la Cordillera Central, frontera natural entre Arcania y Honoria.

Durante la cabalgada se produjeron más bajas en las filas de los Fénix que en la toma de las ciudades enemigas. Cerca de un centenar de caballos reventaron por el esfuerzo antes de llegar a la frontera.

Las caídas de los animales llevaron a sus jinetes al suelo, a muchos huesos rotos, y en cuatro ocasiones a la muerte, debido a golpes fatales. Pero el gran problema surgió en el Paso, en las gargantas de la cordillera y en sus ventisqueros, con sus nieves perennes, donde apenas se redujo el ritmo de la marcha y solo se descabalgó cuando no existía otra opción.

Las zonas heladas, la oscuridad, el cansancio, provocaron nuevas caídas, despeños de caballos y jinetes que se precipitaron por laderas y precipicios bajo relinchos y gritos desesperados, acompañados del golpeteo de las corazas y de los jaeces contra las rocas.

Un total de veintiún soldados y aproximadamente ciento cincuenta caballos, perecieron esa noche. El ánimo de la guarnición no pudo caer más bajo. La reina, en caliente, despreció a los muertos. En frío se arrepentiría, y hasta se asustó de albergar un sentimiento tan novedoso para ella como ese. Pero eso sucedería más tarde, y antes de que llegara, debían suceder unos hechos que narraré de inmediato.

La reina y los fénix llegaron al alba al campamento base levantado en la falda de la Cordillera, algo más abajo del Paso, ya en suelo honorio. La aparición de Lucero por el horizonte alejaría una noche fría, si bien los soldados que llegaban al campamento, muchos de ellos en forma de goteo constante, era lo último que habían sentido, frío, bajo el peso del esfuerzo y la frenética marcha. Los primeros rayos de la mañana hacían resplandecer brillantes reflejos en las placas metálicas de las armaduras de los fénix, que enfilaban sus monturas hacia las caballerizas. Los recién llegados marchaban a dormir mientras el campamento despertaba.

La orden de la reina a los fénix fue clara:

—Descansad. Pronto volveremos a ponernos en marcha.

Durante las horas siguientes llegarían los rezagados, la reina quería examinar uno a uno los motivos de tal retraso, pero primero debía encargarse de otros asuntos. Reika no tenía intención de marcharse a descansar, y ordenó a los soldados que la recibieron llamar a los altos

oficiales. Apestaba a caballo y a sudor, pero no se concedió el tiempo de un baño, quería una reunión cuanto antes y citó a todos en la tienda de mando.

Fue allí, a la espera de la plena mayor de su ejército, o al menos de los que en el campamento se encontraban, donde la reina notó llegar el cansancio. Buscó entonces alejarlo de ella y encontró el remedio de echarse por la cabeza y el rostro el agua de un aguamanil que encontró en una pequeña mesa esquinada. Fue así, con su melena negra chorreando y desgreñada, el rostro empapado, hediendo a sudor y con gran esfuerzo por no mostrar su cansancio, como la encontró el joven Freydis, Comandante Lobo, el primero en llegar tras las órdenes dictadas. Parecía haber optado por la puntualidad y tal vez por eso no vestía armadura, sino una sencilla brigantina y pantalones.

El Comandante se cuadró y no dejó traslucir su sorpresa ante el desaliño de la reina. Por su parte, los ojos azules de ella le examinaron con detenimiento. Reconoció que se presentaba impoluto y estuvo a punto de reír por el contraste, del que fue consciente; reconoció que no era al primero a quien deseaba ver y se sintió molesta por ello. Además intuyó que podía confiar en ese rostro serio y atractivo, y que la recomendación de Ari era fiable, aunque se preguntó cómo reaccionaría el joven ante los peligros que se avecinaban.

La reina no dejó de examinar descaradamente a Freydis hasta la llegada del siguiente oficial. Para entonces, el reciente Lobo, tras suceder al malogrado Olafur, no sabía dónde mirar, no sabía qué hacer, y ya no podía encarnarse más de lo incómodo que se sentía ante aquel examen visual y descarado. La aparición de Helg le salvó de seguir siendo escurtado, y el joven lo agradeció como si le acabaran de salvar la vida en batalla, aunque por supuesto, se cuidó de hacer ningún comentario.

El nuevo Coronel de los Nueve se presentaba con su típica barba, pero más recortada que antaño, y con la armadura completa, coronada por un espectacular grifo estampado en el peto, con las alas extendidas y las garras dispuestas para el ataque.

Reika sintió admiración por el hermano de Kolli, y le molestó el pensamiento que atravesó por su cabeza: «Lástima que el feo fuese Helg, lástima de su tartamudeo». Incluso se asustó un poco cuando especuló que tal vez se había ruborizado al pensar tal cosa. Entonces se enfadó con ella misma. Zanjó el tema un espejo a su izquierda, en el que observó su imagen; el aspecto de loca que mostraba desconcertaría a los suyos por muy bien que lo disimularan, y a ella le cubriría de cualquier desliz. Recuperó su risa franca, imposible para el resto de interpretar.

El siguiente en presentarse fue Bersi. La impresión de la reina, como más tarde recogería en su diario, fue que entró, «desplegado su lozanía y su limpia memoria». A Reika siempre le había parecido extraordinario el líder de la Guarnición Leoparda, tan probo, tan puro, tan incorruptible, nunca había dado un paso hacia ninguna alianza, fuese de unos o de otros. Su único faro resultaba ser *El Código de la Guardia de los Nueve*, y más allá de él parecía no querer saber nada. «Más que de este planeta —concluiría la reina mientras observaba la figura sin tacha de Bersi y su armadura reluciente—, parece un autómata de los que hablan algunos libros para niños». Y concluyó para sí: «Demasiado perfecto, el destino le dará de lado».

Reika comenzó a impacientarse. Le hubiera gustado que Dalla fuese la primera en aparecer y como mucho, la Tenienta ya solo podía evitar llegar la última. Lo logró. Dalla apareció con su armadura completa, el yelmo bajo el brazo y una sonrisa que forzaba en una fea mueca, la zona del rostro de la oreja mutilada.

—Majestad —se apresuró a decir la Tenienta mientras se inclinaba en su saludo—, no podemos recibir mejores noticias que su regreso.

Parecía desmejorada. Horas más tarde explicaría a su reina con cierta desesperación, que desde su marcha no había podido descansar, desvelada constantemente ante la posibilidad de que le ocurriera algo a su reina. Reika la escucharía entonces sin saber si esas muestras de debilidad le gustaban o no. Pero regresemos a la tienda, donde la reina

no tuvo tiempo para reflexiones con respecto a su amante. El último en llegar, llegó.

Se trataba del Comandante Erpr, a cargo de la Guarnición Oso después del ascenso de Helg. Como se reflejara, la comandancia de los osos fue la migaja que la nobleza honoria cosechó después de los convulsos cambios acaecidos desde el duelo entre Reika y Hakon.

La reina veía a Erpr (quien se presentaba con armadura completa y el yelmo sujeto bajo el brazo a la altura de la cintura) por segunda vez en su vida. No quiso prejuzgarle. Se movía por la media centena de años, era fornido y alto, aunque no tanto como la reina, y pelirrojo. Su mirada era segura y su prestigio militar sin tacha, aunque siempre había ejercido cargos menores.

Había encajado bien en su guarnición y desde el principio logró hacerse respetar. «Tendrá oportunidades para demostrar su valía, o para lo contrario», reflexionó la reina mientras clavaba su mirada, primero en el yelmo del comandante, a su juicio exagerado a causa de una cimera en forma de oso demasiado grande, y segundo en el peto, donde el tradicional oso de la guarnición aparecía estampado sobre un castillo de sinople, la heráldica familiar de Erpr. La reina siempre había sentido hartazgo ante las complicadas heráldicas nobles, y le costó disimular un gesto desdeñoso. Sin embargo, ya habían llegado todos y tenía mucho que decirles, lo que ayudó a que se concentrara en lo importante.

—Supongo que pensaréis que voy a informaros de mi incursión por Arcania —la reina miró a todos por igual con una expresión seria, casi de enfado—. Os equivocáis. Anoche recibí preocupantes noticias del General Gardar. El asalto a Capitolia ha fracasado.

Los Guardias mostraron asombro en sus rostros. Helg no se explicaba cómo el gran estratega Gardar había podido ser rechazado en su ofensiva. Dalla preguntó:

—¿Cómo ese atajo de parios ha podido rechazar a nuestro ejército?

—Ese atajo de parios —la reina pareció masticar cada una de las palabras—, no ha rechazado a nuestro ejército, sino que lo ha derrotado.

Es más, lo ha humillado. Masacró a la Guarnición Leona, mató al Comandante Kohdran y diezmó a los Dragones. Gardar al menos salvó la vida. Capitolia se mostró más hábil que nosotros en todas sus líneas, pero quiero pensar que no más valerosa. Por lo visto son mucho más astutos y peligrosos de lo que cualquiera de nosotros llegamos a pensar jamás. El General se mantiene acampado a las afueras de la ciudad. Aguarda mis órdenes y mi ira, por lo que señala en su carta, donde pone su cerviz bajo mi espada para que le libre de la deshonra que ha sufrido.

La reina observó a cada uno de los presentes, buscó un brillo de ojos, una sonrisa fugaz, un gesto de alegría, cualquier detalle que delatara una ambición maliciosa. Prestó especial atención a Dalla, pero no encontró nada repudiable y Reika no tuvo argumentos para encolerizarse. Se alegró y continuó:

—Habrá que saber con más detalle qué es lo que ocurrió exactamente, pero parece evidente que hemos infravalorado al rey pario y a los suyos. Quién sabe, tal vez sea de verdad el tercer hijo de la Profecía que no fue sacrificado como anuncian los rumores. Es más, tal vez sea mi hermano digno de batalla, por encima del timorato Tabalt.

Ninguno de los presentes pudo interpretar adecuadamente si la reina hablaba convencida de sus propias palabras, y no pudieron hacerlo porque ni ella misma lo tenía claro. Lo que tampoco hizo, fue pararse a pensar sobre ese punto, porque llegaba la hora de dictar órdenes.

—Nada más leer las noticias del General Gardar supe lo que debíamos hacer. Y cabalgué durante toda la noche y sin descanso para que podamos hacerlo cuanto antes. Levantaremos el campamento en unas horas y extenderemos nuestra furia por Karak. Escindiré las tropas en dos bloques. El primero marchará a Paria y arrasará Capitolia; no rendiremos la ciudad, sino que la borraremos del mapa, piedra a piedra, pario a pario. Kohdran y los leones serán vengados. Gardar podrá restituir su honor. El segundo bloque vendrá conmigo. Arcania se ha

mostrado débil, los arcanos no parecen ser capaces de ofrecer resistencia, o al menos no hasta que cerquemos Luz, donde se refugia mi hermano Tabalt como rata en su madriguera. Iremos allí a sacarle, pero antes invadiremos y conquistaremos su reino, con o sin resistencia. Si el rey arcano decide cedérnoslo, allá él.

Los oficiales miraban a su reina con rostros serios y asombrados de la determinación y confianza que mostraba, a pesar del cansancio que debía pesar sobre sus hombros. La Tenienta hacía un esfuerzo por no mostrar su angustia, ¿acaso la reina volvería a separarse de ella ordenándole marchar en el primer bloque?

—No tardaré en ponerme en contacto con la Guarnición Hiena, que marchará conmigo en la incursión por Arcania —Dalla sufrió un vuelco al corazón, sus sospechas se confirmaban—. También mandaré llamar al Consejero Taros, su presencia puede suponer una ventaja definitiva. Y lo mismo haré con el Consejero Solvi, quien nutrirá nuestra vanguardia con los refuerzos que envíe de su ejército de jóvenes nobles. Sus levas resultarán importantes en nuestras batallas.

La reina observó con atención posibles reacciones, prestando más interés al Comandante Erpr que a su Tenienta. La segunda en cualquier caso disimuló cuanto pudo y el primero se mostró tranquilo.

—En cuanto al segundo bloque, se unirá a nosotros en cuanto arrase Capitolia y capture vivo o muerto a ese rey. Me es indiferente que sea mi hermano, y si ofrece resistencia, me conformaré con ver su cabeza en una pica. Aunque quién sabe, lo mismo ocurre a la inversa y es el segundo bloque el que acude a reforzar al primero una vez que hayamos derrotado a Arcania —la reina escupió al suelo en un gesto desacostumbrado—, pero bueno, eso es mucho suponer, y mucho despreciar a mi hermano... legítimo. En cuanto a nuestro propio reino, quedará en perfectas manos bajo el mando del Consejero Heriho y del Capitán. Sé que Ari me odiará por no poder participar en la guerra, pero su odio quedará con él, y yo le necesito en Espada por si surgiera cualquier contratiempo.

Por un momento dio la impresión de que añadiría algo más, pero no lo hizo. Luego concluyó su discurso:

—¡Daremos una lección que los parios no olvidarán en mucho tiempo, conquistaremos Arcania para gloria nuestra, me presentaré en Sacerdocia si fuese necesario para que me proclamen la Elegida, reunificaré Karak en un solo reino bajo mi mando, y todos nosotros seremos Historia!

—Majes, majestad, aún no ha fijado los bloques para los aquí presentes, ¿quié..., quiénes iremos en..., en..., cada uno de los dos?

Dalla pensó que si la pregunta, la misma pregunta que le corroía, la hubiese tenido que formular ella, entonces habría tartamudeado mucho más que el Coronel.

La reina tenía la garganta seca. Echó en falta a su copero, a cargo de uno de sus cabos de confianza, y se preguntó si habrían llegado al campamento, o si lo harían, pues tal vez hubieran caído bajo la dura marcha que ella había impuesto. La reunión no había acabado y no iba a interrumpirla por su garganta, ni tampoco por un sueño, que poco a poco se imponía con tozudez.

—Marchará a Paria con sus guarniciones al completo los comandantes Bersi y Freydis, más la Tenienta Dalla. A las afueras de Capitolia os reuniréis con Gardar y bajo su mando arrasaréis la ciudad.

Dalla ya no pudo ocultar su enojo. Su corazón latía desbocado y su cara enrojeció. Observó cómo la reina la observaba con frialdad y su dolor fue profundo. Quiso protestar, quejarse con amargura, pero comprendió su inutilidad y dijo algo que ni ella misma esperaba:

—Majestad, ¿no cree que Gardar ha demostrado su incompetencia sobradamente, no cree que debería ser relevado del cargo..., o al menos no comandar el segundo asalto a Capitolia?

Reika miró durante unos segundos a su Tenienta. La tensión se palpaba.

—No, no lo creo —fue la concisa respuesta de la reina.

El resto de la reunión fue puro trámite. Reika aclaró que Erpr y Helg, allí presentes, marcharían también con ella en el segundo bloque. Solo faltaban los correos para Grimm y Taros, quienes tendrían que incorporarse con urgencia en cuanto recibieran la notificación.

De golpe la reina se vació y sintió la necesidad de descansar. Acabó con brusquedad la reunión. Exigió que se marcharan todos y que le trajeran un jergón a la tienda. Los oficiales obedecieron, todos salvo Dalla, quien esperó una mirada, un gesto, unas palabras por las que su reina quisiera pasar la noche junto a ella. Cuando solo quedaban las dos mujeres, la lona de la tienda de mando se abrió para dejar paso a un invitado con el que nadie había contado: era la Hiena.

Grimm saludó con cortesía a Dalla e hizo una reverencia ante la reina. La armadura del Comandante estaba cubierta de barro. Las preguntas hacia él llegaron de inmediato y en un tono seco:

—¿Qué hacéis aquí, por qué habéis abandonado vuestra misión?

—En la vida hay que escoger, majestad, y eso hice. Entre mantenerme en mi puesto como ordenasteis, e informar de lo que he descubierto, he elegido esto último. Y si me he equivocado, vos elegiréis mi castigo, pero me gustaría primero que me escucharais.

La reina reprobó la eterna autoconfianza de su Comandante.

—Desembuchad de una vez, insolente.

El «insolente» sonó mucho más suave de lo que le hubiera gustado a Dalla, que se mantenía nerviosa y a la espera de ver cómo se resolvía todo. El Comandante se explicó, no hubo ni una sola interrupción.

—Como nos encomendasteis, majestad, la Guarnición Hiena marchó a patrullar la frontera de Río Grande. Los primeros ciclos se sucedieron sin que ocurriera nada, sin ningún movimiento que fuera más allá de campesinos parios y arcanos de tres al cuarto que cruzaban por los puentes principales con idea de intercambiar grano, pescado y baratijas. Decidí entonces dividir la guarnición en pequeños destacamentos para cubrir una buena extensión del río. Nos convertimos en una enorme cadena con cientos de eslabones que pudo vigilar

la mayoría de los accesos fronterizos. Pero para qué mentir, lo cierto es que tampoco esperé gran cosa y no dejaba de pensar en que la guerra se jugaba en otros escenarios, y que mi misión era fruto de mi insolencia. Entonces uno de los eslabones se topó con algo de mucho interés. Divisó una comitiva de diecinueve magos que marchaba hacia Paria sin ninguna apariencia de interés comercial. Tampoco es que se ocultaran ni tuvieran una prisa excesiva, pues cabalgaban con paso tranquilo y elegían los caminos principales. Mi primer impulso fue caer por sorpresa sobre ellos y eliminarles de raíz. En un segundo momento, planeé una emboscada, donde les apresaríamos vivos y les haríamos confesar sus propósitos. Pero finalmente tampoco opté por ello. Lo que hice fue seleccionar a mis mejores exploradores y les ordené que les siguieran y averiguaran cuanto pudiesen. Tras atravesar Río Grande y dejar atrás la villa de Mijo, tomaron el Camino Real con una dirección inequívoca: Capitolia. Cada vez tenía más claro que se trataba de una comitiva en misión diplomática. Pues bien, hace tres ocasos recibí un informe a través de un cuervo y desde entonces he llevado a mi caballo y a mí al límite, para traeros en persona lo que mis exploradores descubrieron. Vos juzgaréis si me precipité o no.

Reika tenía la garganta tan seca —al menos el sueño le había dado un respiro—, que no quiso hablar. Además, supuso que el Comandante le informaría del desastre de Gardar, nada nuevo. Le ordenó continuar con un gesto. Dalla, por su parte, parecía rabiosa, y horas más tarde escribiría que la Hiena, hasta en misiones de castigo, conseguía destacar.

—Mis exploradores llegaron a las afueras de Capitolia poco antes de que comenzara el asalto que vos ya sabréis lo mal que acabó para los nuestros. Los arcanos se mantuvieron al margen, fuera de la batalla, sin tomar partido, pero en cuanto Gardar escapó por la Puerta Este, la comitiva apareció como si acabara de llegar. Poco después, bajo el caos de la batalla y el de la celebración, mis hienas se infiltraron en la ciudad

como simples soldados parios. Una vez lograron toda la información, escaparon de la ciudad, marcharon hasta el campamento de Gardar y desde allí me pusieron al tanto a través de los pájaros.

El Comandante se tomó unos segundos, consciente de que por fin iba a contar lo que a la reina le podía interesar, y no el proceso de cómo lo había conseguido.

—De lo que me informaron es de que la comitiva arcana fue hasta Capitolia para ofrecer una alianza contra nosotros. El líder de la comitiva, un arcano delgado y joven, de pelo negrísimo y por nombre Melancton, se reunió con el rey de Paria, vuestro supuesto hermano. Sabemos también que le informó de algo más, de algo que le descolocó, pero los míos no pudieron descubrir de qué se trataba, ya que estuvieron a punto de ser descubiertos y decidieron que era el momento de largarse. Solo me cabe desear una vez más que consideréis la información que os he traído valiosa, y que sepáis apreciar el riesgo y la destreza de mis exploradores.

—Lo hago —fue la escueta respuesta de la reina.

Reika decidió no pensar en las consecuencias de lo que había escuchado, ni pensar absolutamente en nada. Necesitaba beber algo, necesitaba reposar, necesitaba alejar de sí la mirada de angustia de Dalla y de suficiencia de Grimm.

—Necesito dormir —dijo, con un gallo en la voz.

Y de inmediato añadió, antes de que la Teniente buscara una excusa para hablar con ella:

—Sola, necesito dormir sola.

Cuando la reina por fin se durmió sobre el jergón que le trajeron, la Estrella de la Mañana con su disco amarillo estaba en lo alto y las hogueras del vivac se apagaban tras un frugal desayuno de la tropa.

Durante las horas de descanso de Reika, Dalla no dejó de ejercitarse para no tener que pensar. Primero con subordinados, luego con los distintos estafermos que se habían preparado en el campamento.

Durante las horas de descanso de Reika, el Comandante Grimm también durmió, pero despertó antes que la reina, y se cuenta que encontró el modo de solazarse con varias soldadas de distintas guarniciones, si bien nadie pudo corroborar tales habladurías. Durante las horas de descanso de Reika, esta encabalgó un sueño tras otro.

Algunos historiadores cuentan, con la perspectiva que da el tiempo y la necesidad de interpretar y reinterpretar los mismos hechos una y otra vez, que esos sueños fueron clave en el posterior desarrollo de los acontecimientos. Yo no me atrevo a afirmarlo, pero tampoco lo negaré. Sea el lector quien juzgue por sí mismo.

Durante el movimiento de las estrellas diurnas que marcaban la frontera entre la estación seca y la estación húmeda, Reika padeció una serie de angustiosos sueños que recordó de un modo vívido nada más despertar.

Soñó con Hakon, quien le reprendía con dureza por las decisiones que siempre adoptaba sin pararse a pensar en las consecuencias. Hakon le recriminaba a la reina mientras sostenía su cabeza decapitada a la altura de la cintura.

Soñó con Kolli, con quien compartía un baño como hicieran antaño en diversas ocasiones, pero en lugar de agua y vapor, la bañera contenía sangre y grumos pegados al fondo que poco a poco salían a la superficie. La reina no tenía que mirar para saber qué era lo que flotaba. Mientras, Kolli sonreía con un cuchillo entre los dientes, y aunque ella intentaba huir, no podía.

Soñó con su maestro de armas. Solvi se encontraba sobre un campo dorado de trigo y no paraba de hablar, pero ella, rodeada de un campo yermo, no conseguía entender ni una sola palabra de lo que le decía.

Soñó con Heriho, quien le explicaba desde el trono del Palacio, que el Padre había elegido a sus dos hermanos para que juntos gobernaran Karak, pues ellos habían demostrado estar a la altura de la guerra. El Padre, le decía su tutor espiritual, retiraba el favor a su hija

porque no era digna de su destino, por ello ni siquiera tendría el consuelo de morir en batalla.

Y finalmente soñó con los soldados fénix muertos durante la salvaje carrera que le había conducido hasta el campamento base, donde descansaba apaciblemente y a plena luz. Los fénix caídos montaban caballos en llamas, y poco a poco comenzaron a rodearla. En los petos de los soldados, las aves fénix aleteaban. Sintió un frío paralizante a pesar del fuego, e igualmente paralizado sentía su rostro, su boca y su lengua. No tenía respuesta que ofrecer ante las miradas rectoras. El círculo se fue cerrando y pudo apreciar mejor a los jinetes, no todos eran soldados, también cabalgaba su amado rey Hakon, aquí con cabeza, pero llevando a la grupa a su esposa Iscar. También Kolli, quien mordía su miembro castrado. También Dalla, sin la fea herida del rostro y con su oreja sin amputar. También Grimm, triste. También Tabalt, con siete años, la edad a la que hablaron por última vez. Y por último, también Elmer, el rey pario, que montaba un caballo a pesar de ser un bebé, un bebé que no paraba de decirle: «soy tu hermano, y tú debías haber sido la sacrificada, tu destino será mi destino».

Reika despertó bañada en sudor. No tuvo suerte, recordó cada sueño como si lo hubiera vivido.

Nada más abrir los ojos y aún con los desagradables sueños en el paladar, vio a su copero sentado sobre la mesa principal de la tienda de mando. Tenía una cadena de anarcanita en los pies, pero se había apañado para subirse a la mesa. A su lado quedaba una copa de extracto. La reina se incorporó del jergón, sacudió la cabeza, se lavó la cara en el aguamanil de la estancia y se bebió sin contemplaciones el extracto. La lona de la entrada se abrió: era el Coronel Helg.

—Majestad, dis..., disculpe que moles..., que moleste su descanso, pe..., pero ha..., ha llegado una com..., una comitiva ar..., arcana.

—¿Cómo?

La reina no disimuló su tono de sorpresa, pero tampoco esperó a que el Coronel le explicara qué quería la comitiva. Salió de inmediato

de la tienda. Vespertina enfilaba su ocaso, el horizonte se mostraba con su rojizo intenso habitual. Reika no tardó en enterarse de que diez arcanos, encabezados por la que fuera la Ministra de Guerra con la reina Aglaia, acababan de llegar hasta el campamento honorio. Solicitaban una reunión con la reina. La comitiva se había negado a explicarse más.

El primer impulso de Reika fue el de apresar a la comitiva y no escuchar nada de lo que tuvieran que decir, pero tal vez por el gusto del sueño, tal vez por curiosidad, o tal vez por las respiraciones profundas que llevó a cabo, se relajó y ordenó recibir a la arcana.

El encuentro ocurrió entrada la noche, para entonces Reika se había tomado un baño, había cenado como llevaba mucho tiempo sin hacer, y hasta se había perfumado y dejado peinar por una sirvienta. De nuevo la tienda de mando, ya sin el jergón, ya con numerosas velas para otorgar calidez y luz, fue testigo de los acontecimientos. La reina decidió vestirse con ropa cómoda: unos pantalones ocres y una camisa amarillo pálido. Dejó a todos los suyos preocupados, pues dejó entrar a la arcana sin cadenas de anarcanita y tampoco ella quiso ninguna protección del mineral, salvo la que pudiera otorgarle su espada sujetada al cinto y cubierta bajo el manto que desde los hombros le llegaba hasta los pies.

La arcana entró a la tienda tratando de disimular su desconcierto y su miedo. Esperaba mayor rudeza de la que se había encontrado, si no violencia, y no se fiaba de la volubilidad conocida de la honoria.

—Si mi memoria no me falla —la reina tenía sobre la mesa una botella de extracto y dos copas que en ese momento empezó a llenar; los recuerdos de la maga se dispararon, y no le gustó—, os llamáis Evadne.

—Así es, majestad —la arcana mantuvo firme la mirada, vestía una túnica de viaje, color tinto y prendida a los hombros por dos broches de esmeralda con formas de plumas.

—Lo cierto es que habéis descendido bastante en vuestro escalafón social. De ministra a presidir una comitiva con perspectiva incierta en territorio enemigo. Habéis debido de jugar mal vuestras cartas.

—Agradezco vuestro interés —Evadne aguantó el embate dialéctico de la reina, mantuvo la calma y se tocó su cabellera pelirroja—, pero no hemos llegado hasta aquí para hablar de mí, sino para ofreceros un mensaje.

—¿Acaso mi hermano Tabalt pretende parar la guerra —el tono de la reina se volvió más agresivo, algo molesta porque la arcana no perdiera la compostura—, acaso quiere también una alianza con nosotros? Su inteligente mollera se ha debido reblandecer, decide que sea lo que sea lo que me ofrece, la respuesta es «no». Y hacedme el favor de llevarle este mensaje: ¡Hermano, veámonos en el campo de batalla!

—La verdad, reina de Honoria —la arcana adoptó un tono seguro y hasta cercano a la mofa, consciente de que lo que iba a decir tomaría completamente desprevenida a su rival—, es que efectivamente me envía vuestro hermano Tabalt, rey de Arcania, pero el mensaje no es suyo, sino de vuestra madre.

Reika no pudo evitar un gesto de sorpresa, todo su cuerpo se tensó y su rostro mostró desconcierto. Evadne continuó:

—Vuestra madre, catatónica desde que se celebrara el Sacrificio Profético, ha despertado. Y lo que quiere es ver a sus hijos, poder tocar y poder hablar a sus tres vástagos. A los tres, pues parece ser que no todo salió como se había previsto. Y vuestro hermano Tabalt, mi rey, ha accedido a comunicaros la petición. La respuesta os corresponderá a vos, al igual que le corresponderá a vuestro otro hermano, al ilegítimo rey de Paria.

La reina trató de dominarse. Se preguntó qué maniobra era esta. Su madre... la reina, apenas sabía nada de su madre, tan solo lo que le habían contado Solvi y Heriho, y lo que le habían contado acababa con su madre muerta veinticuatro años atrás, al poco del Sacrificio,

tras un proceso de enajenación causado efectivamente por el Sacrificio de un hermano que también estaba vivo. Su familia crecía por momentos.

Reika miró a Evadne con irritación y sintió crecer dentro de sí la ira. El rostro sereno de la arcana era prueba evidente de que estaba disfrutando, de que le había devuelto el golpe inicial. Tuvo ganas de rebanarle la cabeza. Ese sería el mensaje para su hermano Tabalt y para su madre, un mensaje claro y contundente. Ahora ya sabía lo que los exploradores de Grimm no pudieron descubrir del mensaje de la otra comitiva arcana, que se presentó en Capitolia para hablar con Elmer.

Dos preguntas se agolparon en la cabeza confusa y crispada de la reina: ¿qué jugada tramaba el rey arcano, y cuál era el papel que en esa jugada le reservaba a ella, a su madre y a su otro hermano? Su ira aumentó, Reika recordó en un fogonazo sus sueños de hacia un rato, pero no sirvió para alejar su mano del puño de la espada. Enseñó el brillo de la hoja, el brillo palideció de azul.

—Yo no tengo madre... —dijo Reika.

CAPÍTULO XII

Todas las familias felices se parecen unas a otras; pero cada familia infeliz tiene un motivo especial para sentirse desgraciada.

Perteneciente a uno de los libros rescatados de la Era Inmemorial.

Reinaba el caos en Luz, o al menos, eso les parecía a los ciudadanos con más décadas a sus espaldas, quienes en su larga vida no habían visto nada parecido.

Las tres puertas levadizas de la capital no dejaban de registrar movimientos. Llegaban arcanos desde todos los puntos del reino buscando refugio en la ciudad inexpugnable. Pero no solo refugio, puesto que aunque en su mayoría eran ancianos y niños, demasiado viejos o demasiado jóvenes para combatir, también llegaban magas y magos dispuestos a alistarse en el gran ejército que plantaría cara a los honorios.

En las ciudades al sur y al este de la capital aún no se había producido un éxodo masivo, pero las situadas al norte y al oeste se vaciaban con rapidez por las noticias de los telepáticos no oficiales y de los supervivientes de So, Halicarno y Artemisión, quienes daban noticias funestas sobre los primeros compases de la guerra: la reina

honoría encabezaba un ejército invencible; los conjuros de los mejores arcanos apenas hacían mella en las filas enemigas; la magia hincaba la rodilla frente a la espada y la anarcanita.

Por el momento, Luz conseguía digerir convenientemente a todos los refugiados que recibía, pero el límite de la saturación parecía estar cercano. Los encargados de reorganizar la ciudad fueron los miembros del Consejo de los Cinco, ayudados de Vestein, quien realizaba un trabajo encomiable a los sorprendidos ojos de la mayoría. De hecho, las labores del proscrito no se limitaron a cuestiones de intendencia, sino que él, junto a Thomar el Negro, se había convertido en pieza clave del reino. Ellos dos eran los máximos responsables de preparar a los arcanos para la guerra.

Vestein y Thomar no tenían nada que enseñar sobre magia y hechizos, pero asunto muy distinto era su valía a la hora de mostrar sus conocimientos sobre estrategia, sobre tácticas militares, sobre defensa personal y sobre ataques convencionales que en un momento crítico, podían salvar la vida y la batalla, y hacer que los arcanos se alzaran con la victoria. Pocos pudieron dudar, tras asistir a las lecciones que impartían ambos en las escuelas de la ciudad —la Escuela Norte se vio de la noche a la mañana abarrotada como ningún maestro de la misma había llegado a soñar nunca, aunque lo cierto es que ellos apenas estuvieron invitados a ese sueño porque su magia de adivinación era tenida menos en cuenta que nunca—, sobre la conveniencia de tales lecciones, y sobre la lealtad a Arcania del honorio, y del arcano que profesaba la fe al Padre.

Todo era tan extraño en la capital del reino, que se popularizó con rapidez la expresión: «Los caminos de Danadanial son inescrutables». E inescrutasbles ciertamente parecían porque en medio del caos por las noticias, por los refugiados y por los preparativos para la defensa, el rey Tabalt no se dejaba ver. Y si lo hacía, los ciudadanos de Luz se encontraban a un rey con apariencia de fantasma, o de mendigo, o de cualquier cosa, salvo de rey.

Pero antes de ir con Tabalt, debemos fijar nuestra mirada en las puertas de la ciudad.

Amenazaba lluvia. Las nubes cubrían Luz por completo.

Veinte ciclos habían transcurrido desde que se produjera la batalla de Capitolia y la victoria inesperada, al menos para los honorios, de las fuerzas comandadas por el rey Elmer. Y quince desde que Reika regresara al campamento base que había levantado al sur de Honoria, tras arrasar tres ciudades arcanas y enterarse, sin embargo, de la debacle de su ejército en la región de Paria. Pues bien, tras ese tiempo, tanto uno como otra, llegaban con una diferencia de escasos minutos a las puertas de Luz.

Sin embargo, poco hay de inescrutable en esta coincidencia, ya que no era tal, sino la consecuencia del trabajo de los telepáticos que marchaban en cada una de las comitivas que habían escoltado a los hermanos y reyes. Las órdenes de Tabalt habían sido claras: «En el improbable caso de que ambos accedan a venir para cumplir con el deseo de mi madre, quiero que lleguen al tiempo, para que se marchen del mismo modo. Lo último que necesitaría es tener a cualquiera de mis hermanos husmeando por Luz, mientras espero la llegada del otro».

Así había ordenado el rey, y el resultado se concretaba en que la comitiva liderada por el joven Melancton, encargado de escoltar a Reika, se presentaba en la puerta Oeste con escasos minutos de diferencia con respecto a la comitiva liderada por Evadne, encargada de escoltar a Elmer. La primera encrucijada de los tres hermanos tendría lugar en breve.

«Yo no tengo madre...», se recordaba decir a sí misma Reika, mientras observaba con todo detalle cómo la Puerta Oeste, con su estructura metálica levadiza, levitaba hacia abajo hasta posarse en el suelo con suavidad.

Ya podían cruzar el foso, al que Reika se asomó sin llegar a divisar el fondo. Arrojó una piedra que resonó en un par de ocasiones al chocar contra la pared. La reina se maravilló, la profundidad y anchura de la principal defensa de la ciudad se mantenía a lo largo de todo el perímetro triangular de la misma.

Reika acercó su caballo al de su acompañante, y sin importarle lo más mínimo que los otros arcanos pudieran escucharla, dijo:

—No va a ser fácil conquistar Luz, su fama de inexpugnable parece merecida. Pero siempre existe una forma. Y si no la hubiera, tendré que crearla.

La reina observó cómo el rostro de Taros se mostraba impasible, tanto por las palabras que acababa de pronunciar ella, como sobre todo por las miradas de recelo que todos los refugiados arcanos, en su mayoría a pie o sobre animales de carga, le regalaban. «El rumor viaja más rápido que la luz», rezaba un dicho arcano, y parecía corroborarse una vez más, pues estaba claro que los ciudadanos del reino ya sabían del regreso de su compatriota entre las filas del enemigo.

«Yo no tengo madre...», había pensado Reika en la tienda de mando del campamento, mientras se llevaba la mano a la espada y paladeaba la idea de cortar la cabeza a la arcana que le comunicaba el deseo de su supuesta madre. Y sin embargo, algo provocó que no desenfundara su acero. Tal vez la desazón de sus recientes sueños, tal vez la curiosidad por ver qué se tramaba, tal vez el interés por conocer Luz por dentro y poder examinarla, pero nunca, se había repetido una y otra vez durante el camino, «por la necesidad de conocer a una madre que no he tenido».

Amenazaba tormenta.

La reina avanzaba a ritmo de paseo con su caballo por las calles de la ciudad. Dejaba a su derecha la Escuela Norte, abarrotada de arcanos que habían hecho un parón en las lecciones de Thomar el Negro para ver pasar a sus enemigos, y a la izquierda las casas más humildes del Barrio Noreste. Se repetía para sus adentros lo mismo

que se dijera quince ciclos atrás; que sus pasos por la casa del enemigo eran fruto de su osadía y una estrategia en busca de puntos débiles de los arcanos, pero nunca, nunca una debilidad sentimental. Mientras tanto, Taros sonreía a su lado, y en ocasiones agachaba la cabeza en señal de saludo irónico, al cruzarse con sus antiguos conciudadanos.

Taros el Proscrito había sido el golpe de efecto de Reika. En la tienda de mando la reina decidió no ceder a su primer impulso y escuchó atentamente lo que Evadne había ido a comunicar hasta el reino de Honoria. La arcana le anunció entonces que para reunirse con su madre Alyzia, Reika debería marchar escoltada por la comitiva que se había desplazado a buscarla, que el ejército honorio no podría seguirles y que la reina solo podría ser acompañada por uno de los suyos.

Tras oír las condiciones que se le imponían para algo tan incierto como era reunirse en terreno enemigo con una madre que no conocía, y a la que daba por muerta, la reina estuvo a punto de desenvainar definitivamente su espada y atravesar a la insolente arcana, pero solo la echó de allí y ordenó retener a la comitiva mientras reflexionaba sobre la disparatada propuesta. Para gran sorpresa y escándalo de todos los suyos, finalmente decidió que marcharía a Arcania. La decisión de su acompañante levantó aún más asombro si cabía, pero la reina no había decidido impulsivamente, sino que sopesó bien su decisión.

Primero pensó en Dalla. Debía reconocérselo a sí misma, la idea de adentrarse en una trampa estaba más que presente, y pensó que si iba a morir vilmente engañada, quería hacerlo en los brazos de quien le ofreciera un consuelo incondicional. Pero se dijo que no podía ceder a esa debilidad, y tras descartar con premura la opción de Grimm, la reina se avino a concluir que su maestro de armas sería el elegido. Reika comprendió que ante el mayor de los peligros, necesitaría de Solvi, con quien se atrevería a retar al destino si fuese necesario. Pero esa idea provocó que cambiara de acompañante.

El destino no iba a jugar su última partida en aquella apuesta. Se convenció, o se quiso convencer, de que sus últimas páginas no podían estar escritas sin gloria. Ella era la Elegida, o al menos, pensó con rabia, «uno de los Hijos de la Profecía». No moriría bajo una engañifa, y ese pensamiento le dio fuerzas para ejercer la ironía, y para elegir a Taros como su acompañante. Marcharía a Luz para encontrarse con una madre incierta, acompañada de un aliado más incierto aún. «El mago será mi golpe de efecto», concluyó satisfecha antes de partir.

En esos momentos, al cabalgar por las calles de la capital enemiga camino del Palacio Real, y observados por los arcanos de aquella manera, confirmaba su acierto en la elección de su acompañante.

Pero mantener en firme su decisión no le resultó fácil. Desde que la comunicara hasta que partieron hacia Luz, habían transcurrido cinco ciclos, pues debían esperar a que llegara el propio Taros, que recordemos se encontraba en Espada, y en ese tiempo, Reika tuvo que escuchar en infinidad de ocasiones las súplicas de Dalla para que la elegida para acompañarla fuese ella; los tediosos discursos de Helg desaconsejándole marchar; a Grimm reírse en varias ocasiones de su niñería; y hasta una carta de Solvi llamándola tozuda e incorregible. Pero nada le hizo cambiar de opinión, y solo hubo un único súbdito a quien la idea de la reina le parecía mejor que a ella misma: al propio Taros.

El arcano había llegado al campamento al galope y nada más descabalgar dijo a Reika:

—Mi único miedo, majestad, es que cambiárais de idea, y mi pobre montura pagó con mi fusta ese temor, por correr y no volar.

La reina y Taros divisaron al tiempo el blanco Palacio. Cabalgaban en paralelo, detrás de Evadne y rodeados por la comitiva que les había escoltado. El proscrito se moría de ganas por ver la cara de Tabalt, convencido de que por los férreos principios del rey, no se encaminaba hacia una trampa. Del mismo modo el asunto le resultaba

extraño, sobre todo porque los espías que estuvieron bajo su mando en la época en la que fue Consejero, valido y amante de Aglaia, nunca descubrieron nada sobre la princesa Alyria, a quien creía muerta desde hacía décadas. Pero no dejaba de ser cierto que Taros nunca descubrió que la princesa fuera madre de los hermanos reyes, ni tampoco creyó capaz a Tabalt de derrotar a la antigua reina, ni mucho menos de desarrollar un nuevo método mágico. Entonces comprendió que se había equivocado demasiadas veces, y ya no tuvo tantas ganas de encontrarse con quien debería ser su rey.

La comitiva llegó por fin a las puertas del Palacio Real. Un palacio que tras arder hasta los cimientos, había sido reconstruido en brevísimo tiempo gracias a las posibilidades de la magia y, tal como era antes de sufrir el devastador enfrentamiento entre Aglaia y Tabalt. La entrada de columnatas, los mármoles, los detallistas relieves del friso, recibían de nuevo a Taros y despertaban la admiración de Reika. Una admiración que se guardó para sí.

La reina esperaba el recibimiento de su hermano, primero a las puertas de la ciudad, y cuando esto no se produjo, a la entrada del Palacio. Pero Reika se volvía a equivocar. En un primer momento no apareció nadie y eso desconcertó no solo a la honoria, sino también a Evadne. Bajo un silencio incómodo, atravesó por fin el pórtico una figura que Reika no hubiera esperado nunca.

«Mi hermano también se ha reservado su golpe de efecto», pensó la reina y esbozó una sonrisa. Vestein de Acero salía a recibirlos.

Mientras la escena anterior tenía lugar, la comitiva comandada por Melancton, tras efectuar un rodeo para evitar toda posibilidad de que los hermanos se cruzaran en las inmediaciones de Luz, llegaba a la ciudad.

La Puerta Este y el foso despertaron el interés de Elmer desde un punto de vista técnico. Se preguntó cómo era posible mecanizar la magia para que la estructura levadiza funcionara sin una fuerza

agente, o cómo era posible un foso tan profundo a lo largo del perímetro de la ciudad, sin amenazar los cimientos y la estabilidad de la misma. El rey anotó mentalmente estas y otras cuestiones que esperó poder responder gracias a la compañía con la que acudía al encuentro de su madre. Esta no era otra que Athan, quien se había empeñado en ser el acompañante, a pesar de las reticencias del rey.

Nada más terminar la Batalla de Capitolia, como ya se dejó escrito, apareció la comitiva arcana con sus dos propuestas que tanto rechinarían a Elmer. La primera, la oferta de una alianza contra los honarios, provocó que el pario apretara los dientes para sujetar su lengua y darse tiempo para la mejor de las respuestas. La segunda, la petición de su madre de reunir a los tres hermanos, le generó incomprendión y rabia.

Elmer conocía su origen porque Athan le había desengañado respecto a su pasado: no era hijo del volatinero Drastan, quien a su vez tampoco fue tal cosa la mayor parte de su vida, sino un agente doble que había trabajado para la secta del anciano, y el encargado de la primera educación del tercer hijo de la Profecía, aquel que debía ser sacrificado y no lo fue. Del mismo modo, el rey también sabía que la princesa Alysia, su madre, la madre que había autorizado su sacrificio, había caído bajo una profunda catalepsia para ser olvidada por casi todos, y por casi todos dada por muerta. Su *resurrección* llenaba a Elmer de sentimientos confusos, donde el reproche y la rabia solo eran dos de ellos, pero donde todos eran negativos.

En la cúspide de su rabia quiso invitar a la comitiva de Melancton a que le besaran el culo, y así se lo dijo a su General Max cuando puso a este al corriente de lo que ocurría, pero logró serenarse para analizar la situación desde otras perspectivas.

Lo que más calmó a Elmer fue el estado y la evolución de Liv, herida de gravedad en la batalla. Le calmó encontrarla despierta, serena y feliz. Despierta gracias al anciano; nadie dudó de que sin la magia de Athan, las heridas del brazo y el costado de la honoria,

hubieran sufrido infección con un resultado fatal. Serena, porque se había vaciado durante la lucha, y su papel resultó clave para obtener la victoria. Y feliz, porque Wint estaba junto a ella.

El Comandante y jefe de los rastreadores había defendido las murallas de la ciudad con éxito, hasta el punto de haber derrotado al capitán dragón Alof tras un encarnizado combate. Ebrio de éxito y de amor, cuidaba con mimo a la Capitana Liv cuando el rey llegó tras hacer huir a Gardar. Al observar Elmer a la pareja, asumió su derrota e hizo cuanto pudo por interrumpir lo menos posible. No es que desaparecieran de golpe sus celos y la pasión por Liv, pero supo reconducir esa energía, y las propuestas arcanas que recibió, le ayudaron a centrarse en los asuntos que atañían a su responsabilidad como rey.

Al asumir la derrota por el corazón de la capitana, pudo pensar con mayor claridad en las batallas que definirían la guerra. Elmer fue consciente de que Capitolia y los suyos seguían en peligro, y con un riesgo no menor del anterior a la batalla que acababan de vencer. Por tanto la alianza, y la petición de su madre, eran oportunidades que no se podían pasar por alto sin reflexionar seriamente sobre ello. Finalmente accedió a acudir a Luz, y a que su acompañante en la nueva aventura fuese Athan.

Hasta ese momento Elmer había dado vuelta sobre vuelta a la oferta de los arcanos, y a lo largo de las largas horas que se habían sucedido adoptó decisiones que fue cambiando sobre la marcha. Con respecto a la posible alianza decidió aplazar su respuesta.

En cuanto a su acompañante, en un primer momento pensó en Wint ante la imposibilidad de que fuera la honoría, y no se negó que la decisión obedecía a sus entrañas y al deseo de estas de separar de nuevo a la pareja. Pero tal deseo pronto claudicó y pensó entonces en Max. En caso de que todo resultara una trampa, quería morir en compañía de un amigo, quizás el único que había tenido en toda su vida. Sin embargo, luego sustituyó a este por Gregor, por parecerle el más idóneo en caso de que se tratara de una treta de los arcanos...

Pero en cualquier caso, bajo ninguno de los supuestos quiso Elmer que su acompañante fuese Athan, y no porque siguiera molesto con él, que lo seguía, sino porque significaba ofrecer en bandeja las dos cabezas más señeras de la revolución, y suponía por tanto, un acto de estupidez.

Y sin embargo, allí estaban ambos, bajo un cielo encapotado que auguraba tormenta, atravesando la avenida al sur del brazo este del río Venal. Cabalgaban con calma, rodeados por la comitiva, observando cada edificio, cada ciudadano con el que se cruzaban, cada detalle. Elmer repasaba una vez más la conversación que mantuviera con Athan para tratar de aclarar la motivación de este.

—Soy el más conveniente para esta misión —había dicho el anciano.

A lo que el rey contestó:

—Te necesito en Paria para organizar el ejército y nuestros próximos movimientos, te necesito por si me pasara algo.

—No nos pasará nada —fue toda la réplica que obtuvo.

Llegaron a la altura de las ruinas de la Magna Biblioteca. Los ennegrecidos muros, derruidos en su mayor parte, imantaban la atención por el contraste con su alrededor. Frente al orden, la pulcritud y la simetría de edificios y calles, se levantaba el retorcimiento, la negrura y la fealdad de unas ruinas que el rey Tabalt había ordenado conservar para que nadie olvidara lo que allí había ocurrido. La mayoría se mostró disconforme, pero el rey arcano impuso finalmente su voluntad.

A pocos metros, Elmer y Athan se toparían con las obras de la nueva biblioteca, destinada a recuperar la gloria y el conocimiento perdido. El edificio empezaba a erigirse con una forma de enorme esfera. El rey pario, sin consultarla con nadie, decidió llevar su montura hasta el borde del camino y pararse para contemplar los trabajos de construcción. Estaba fascinado. En lugar de obreros que cargaran con carretillas y ladrillos, en lugar de morteros donde producir cemento y pilada, en lugar de ruedas, poleas, galápagos...; en definitiva, en lugar de los métodos clásicos de construcción, lo que observó fue

grandes bloques de piedra que levitaban por la acción mágica de arcanos coordinados, que conseguían encajar esos mismos bloques unos encima de otros. Una fina argamasa era aplicada con paletas manejadas telequinéticamente. Y figuras de luz y energía conjuntaban y pulían cada pieza.

Elmer contemplaba abstraído las ventajas de este método de construcción, cuando Melancton se le acercó. Este pensó que con su presencia el rey retomaría la marcha hasta el Palacio Real, pero no fue así. El joven comenzó a escrutar la estratégica posición de los constructores. En total sumaban cincuenta y dos, y se disponían de un modo geométrico unos con respecto a otros, de tal forma que entre ellos se podían trazar figuras envolventes. Los más cercanos al epicentro de la obra configuraban un triángulo, estos eran envueltos por cuatro magos constructores que formaban un cuadrado, la siguiente figura por tanto era un pentágono, y así se sucedían hasta llegar al decágono, el último de los polígonos que cabía apreciar. Sin embargo, uno de ellos rompía el esquema. Se encontraba detrás de los últimos diez arcanos y parecía dirigir toda la obra, se pasaba cada poco la mano por su cabeza medio calva y no dejaba de mesarse su barba pelirroja.

Melancton con su presencia no solo no consiguió el objetivo de que Elmer retomara el camino, sino que el anciano acompañante también rompió la comitiva tras descabalgar de su montura. Y no para detenerse donde ellos se encontraban, sino para ir más allá. Athan, ante la mirada atónita de Melancton y la mayor de las curiosidades del rey, se encaminó hacia el arcano que dirigía las obras. Este no se percató de nada hasta que tuvo a Athan casi a su lado. Para entonces, Elmer había conjurado un sencillo hechizo por el que ampliaba su campo auditivo. Horas más tarde recogería en su diario la conversación que mantuvo su siempre sorpresivo maestro:

—Majestuosa obra, Diometres —dijo Athan ante la sorpresa inicial dibujada en el rostro del arcano.

Pero el arcano no dio respuesta alguna, sino que se limitó a observar, primero a quien tenía enfrente, luego a mí, por último a la comitiva que nos escoltaba.

—Siempre afanado en grandes proyectos —insistió mi maestro... y me rompió en su siguiente frase—. Madre y padre estarían orgullosos de ti, siempre fuiste su esperanza, y me alegra de que al menos uno de los dos fuera capaz de no seguir sus pasos.

Finalmente el arcano, quien ante la revelación anterior cobró para mí una similitud pasmosa con el viejo (los dos eran un saco de huesos, pequeñitos, las formas del rostro afiladas, miradas inteligentes...), contestó:

—Así que eras tú sobre quien se rumoreaba cada vez que aparecía el rey pario, tú su acompañante. Ahora puedo entender —el arcano me miraba mientras decía estas frases— cómo un simple pario ha llegado a ser rey. Madre y padre no sé si estarían orgullosos de mí —dejó de mirarme y se centró en el viejo—, y tampoco sé si estarían orgullosos de ti. ¿Qué estáis haciendo en Luz, a qué habéis venido?

Mi viejo sonrió con su dentadura perfecta, en contraste con la rota del arcano. No creo que hubiera contestado a la pregunta, pero la intervención del molesto y delgado Melancton, quien se creía importante por comandar la misión que nos había llevado hasta la capital de Arcania, me impidió resolver esa duda, y tal vez otras.

El diario de Elmer no ofrece más sobre el encuentro inesperado con su maestro, quien mostró de ese modo casual, un atisbo de su pasado. Tuve que recurrir a otras fuentes para continuar con la narración, para confirmar que efectivamente Melancton interrumpió el reencuentro, ordenando a Athan que regresara de una vez. Sabemos también que el líder de la comitiva dedicó una torva mirada al rey, al anciano e incluso a Diometres.

No hubo más contratiempos hasta llegar al Palacio Real, ni tampoco más palabras. Elmer no encontró el modo de expresar la pregunta que le quemaba, y Athan probablemente no le hubiera contestado en ningún

caso. Parecía más perdido de lo habitual en su mirada. Elmer le supuso de viaje por sus recuerdos.

El Palacio se alzó ante ellos en todo su recobrado esplendor.

Entre la escalinata y el pórtico esperaba la reina honoria; impaciente por la no aparición de Tabalt; nerviosa por el recibimiento de Vestein; expectante ante el acercamiento de la segunda comitiva. Reika y Elmer quedaron a unos diez pasos el uno del otro. Se miraron, aparentaron frialdad, la extrañeza predominó sobre otros sentimientos.

Comenzó a llover. Primero fue una lluvia fina, pero la tormenta y los truenos no tardaron en hacer acto de presencia.

Hubo tiempo para que los dos jóvenes se examinaran de arriba abajo. Tabalt, el tercer rey, hermano y anfitrión, tardaría en llegar.

La penumbra lo envolvía todo. El enlucido del techo de la pequeña cámara situada al suroeste del Palacio se descascarilló de nuevo con el enésimo temblor. Las grietas recorrían las paredes. Símbolos mágicos de distintos colores, con formas regulares e irregulares, quedaban dibujados en el suelo y en la alargada mesa de trabajo que se situaba en el centro de la estancia. Había polvo y humo en el ambiente.

Tabalt esperó a que los temblores desaparecieran por completo, a que las partículas de polvo se posaran. Una tos seca le sobrevino. Cuando todo estuvo en calma pronunció un conjuro, y una decena de velas negras distribuidas sobre la mesa y a lo largo de la cámara, se encendieron de golpe. El rey arcano, quien se encontraba sobre una espiral gris dibujada en el suelo a varios pasos de la mesa, vestía pantalón negro de algodón y no llevaba nada de cintura para arriba. Su pelo casi le llegaba a los hombros y estaba sucio y apelmazado. La barba le había crecido descuidada y canosa. Sus ojos negros se adaptaron sin prisa a la fuente de luz proveniente de las velas, y al hacerlo escrutó los distintos trozos de anarcanita que se encontraban esparridos sobre la mesa.

Las piedras tenían distintos tamaños, pero todas emitían un brillo verdoso. El rey se hizo con un pequeño martillo de hierro que se encontraba a sus pies. Con la cabeza del mismo fue golpeando a todas y a cada una de las piezas de anarcanita. Unas conservaron su dureza, otras se empezaron a resquebrajar al tercer o cuarto golpe, momento en el que perdían el brillo. Hubo una, del tamaño de un puño, que se desmenuzó con mayor facilidad. Este hecho pareció alterar a Tabalt, quien analizó nervioso, pero con minuciosidad, el símbolo mágico sobre el que estaba la piedra.

Tras varios minutos observando la piedra y el símbolo, y después de anotar unos extraños jeroglíficos en una nota de papel que sacó de su bolsillo, se dirigió hacia uno de los extremos de la cámara. Allí abrió un cofre de madera y dejó en él las piedras de mineral que acababa de usar en la última de sus pruebas. El cofre, donde cabía un cuerpo sin problemas, estaba casi lleno. Luego limpió los símbolos dibujados en la mesa con un trapo. Marchó entonces al otro extremo de la cámara, donde había otro cofre, este de plata. Lo abrió, contenía también piedras de anarcanita, pero sin haber sufrido experimentos. Rebuscó con cuidado. Al final extrajo tres piezas del mineral, del tamaño de la que había analizado, nervioso. Se encaminó a la mesa de trabajo.

De debajo de la mesa sacó cinco probetas que contenían líquidos con colores y densidades diferentes, tres cuencos de cobre donde había polvo de otros minerales y aleaciones, papeles con intrincadas fórmulas. Consultó los papeles e hizo alguna anotación, mezcló algunas probetas, vertió el resultado sobre los cuencos y removió el mejunje resultante. Con un pincel de cerdas amarillas y las masas semilíquidas de los cuencos, pintó sobre la mesa tres símbolos. El dibujado a la derecha, de color negro, representaba un círculo encerrado en un cuadrado. El que dibujó en el centro, rojo, tenía forma de estrella. A la izquierda de la mesa trazó extrañas líneas curvas sin simetría aparente, lo dibujó con estelas marrones, barro parecía el contenido del cuenco.

El rey colocó sobre los dibujos recién pintados las tres piedras seleccionadas y se dirigió entonces hasta la espiral gris del suelo. Pronunció una frase y las velas se apagaron una a una. Cuando la penumbra lo cubrió todo, comenzó una letanía. El hechizo cobró ritmo a los dos minutos y las paredes comenzaron a temblar. Poco después el tono del arcano se endureció. Una luz cegadora proveniente de la espiral bajo sus pies, invadió la estancia. Los ojos de Tabalt mostraron un negro intenso en todo el globo ocular, el iris había desaparecido.

La última palabra del conjuro fue seguida de una pequeña explosión. De nuevo el enlucido del techo se descascarilló y las paredes parecieron agrietarse un poco más. El humo y el polvo llenaron la cámara. Tabalt esperó paciente, luego pronunció la frase que encendió otra vez las velas. El rey se acercó tambaleándose ligeramente hasta las piedras de anarcanita.

El mineral colocado sobre el círculo encerrado en el cuadrado, no había cambiado de color, pero pudo desmenuzarlo con las manos. El situado en el centro de la mesa, sobre el pentágono, brillaba con un tono verdoso y conservaba su dureza. A la izquierda, colocado sobre la figura irregular de trazos de barro, la anarcanita brillaba verdosa, y prácticamente se deshizo en sus manos al cogerla. El rey sonrió, era una sonrisa cansada, pero feliz. Tuvo que sentarse en el suelo, las piernas le fallaron.

—Lo he conseguido —dijo hasta en tres ocasiones, y comenzó a relajarse, a respirar profundo y a disfrutar de un merecido descanso.

No lo saboreó por mucho tiempo. Alguien llamó a la puerta de doble hoja de acero de la cámara. Al principio no quiso abrir, pero la insistencia anunciaba una noticia importante. Había órdenes de no molestarle bajo ningún pretexto cuando se encerraba en la estancia, así que el motivo solo podía ser uno. Al abrir se encontró con su secretario Evan, a quien le sudaba el rostro. El criado Estrato se hallaba a unos pasos de distancia con cara de preocupación,

temía una reacción violenta del rey. Sin embargo, Tabalt no hizo ningún reproche, esperaba la noticia y dejó que la confirmaran.

—Vuestros hermanos, majestad —dijo el secretario, más preocupado por el aspecto ruinoso de su rey que por interrumpir—. Hace rato que han llegado y comienzan a exigir de malos modos vuestra presencia.

CAPÍTULO XIII

—Cuando nos volvamos a ver, hermanito, deberé patearte el culo. Pónmelo difícil y levanta la vista del libro en el que te encuentres.

—Cuando nos volvamos a ver, hermanita, seré benévolo con tus ignorancias y clemente con tus debilidades. Te haré creer que estuviste cerca de alcanzar la Gloria.

Despedida en Sacerdocia de Reika y Tabalt. Tenían siete años. Ella marcharía a Honoria junto a Heriho, y él a Arcania junto a Thomar.

Reika y Elmer estaban recluidos con suma incomodidad desde hacía más de una hora en el interior del Palacio. La sensación de peligro que embargó en un principio a los hermanos, por pensar en que todo el asunto de la reunión con su madre podía tratarse de una trampa, desapareció y fue sustituida por el enfado. Elmer y Reika, que al encontrarse en el pórtico no habían sabido qué decirse, y en efecto no se habían dicho ni hecho nada salvo mantener cierta distancia y medirse, comenzaban a estar hartos de la situación.

Tabalt no les había recibido a las puertas de la ciudad, y tampoco a las del Palacio. Cuando la tormenta se desató como si los dioses estuvieran furiosos, Vestein les había hecho pasar al salón principal.

Pero tampoco allí aparecía el rey arcano, ni la madre de los reyes. La única explicación que recibían a la creciente impaciencia, era la de que el rey no podía tardar.

Los truenos se dejaban oír en el salón, y ayudaban a convertir el silencio incómodo en algo más llevadero, pero poco a poco la tensión de la sala iba en aumento, y alguno de los presentes habría apostado, que todo podría saltar por los aires si el rey arcano no aparecía en breve.

En el centro del salón, bajo una enorme lámpara de araña de color rojo, se situaba Vestein. Disimulaba con una sonrisa su propio nerviosismo ante la ausencia injustificada de su rey, y evitaba mirar a su antigua reina en la medida de lo posible. En esos momentos, él era el único representante de Arcania en el salón.

Reika, al lado de un observador y reflexivo Taros, había decidido marchar hacia el lado izquierdo del salón, con forma rectangular. Contemplaba la recargada decoración con el interés de paliar la espera sin perder la paciencia. Tocó con su guante una de las muchas estatuas que representaban a la diosa Danadanial, pasó su mirada por los mosaicos que decoraban las paredes, se detuvo ante un par de cuadros que representaban episodios bélicos entre los reinos. La reina escribió esa misma noche: «hice todo lo posible por no mirar al traidor, estuve cerca de desenvainar la espada y retarle allí mismo. Le habría rebanado, feliz, la cabeza».

En cuanto a Elmer, a ratos parecía incómodo, a ratos enfadado. Se había colocado en el otro extremo de la sala, y con él estaba el anciano. Elmer había intentado interesarse por la decoración, pero finalmente desistió por no poder concentrarse, luego quiso hablar con Athan, pero este sí que perdía su mirada en las pinturas y los mosaicos. Intentó incluso acercarse a su hermana para hablar con ella, pero Reika no parecía compartir su intención. La sensación de desagrado crecía por momentos.

Finalmente el que optó por romper con todo aquel silencio punteado de vez en cuando por los truenos, fue Taros. De todos los presentes,

y aún de los no presentes, el arcano proscrito era quien mejor conocía el Palacio, sus entrañas, y también el salón principal donde ahora estaban. Había pensado primero en repasar para su reina los episodios históricos que se recogían en los mosaicos y las pinturas, pero decidió que la visión parcial e interesada que estos mostraban no sería lo mejor para los nervios de Reika, así que optó por encaminarse al centro del salón.

La reina, al ver que Taros se dirigía hacia Vestein con intención de hablarle, no se extrañó. Elmer por su parte se percató del movimiento y no quiso perderse detalle, mientras que Athan, aparentemente, siguió en su contemplación artística, en ese momento, con una escultura de dos metros de altura donde la diosa Danadanial parecía reprochar algo al Padre, y a su hermano Zarrk, representados con caras de sumisión y acatamiento.

—Os ha crecido el pelo —Taros se dirigió al honorio sin preámbulos y este no cambió en ningún momento su rostro sereno y su media sonrisa—, ya no gastáis perilla y vuestra barriga se vació. Veo que no habéis conseguido el trabajo de herrero que veníais a buscar a mi reino, pero supongo que ser la mano derecha del rey no os molesta. Cuando nos cruzamos tuve la intuición de que nos volveríamos a ver, pero cómo adivinar que lo haríamos en el que fue mi Palacio y mi salón por tanto tiempo. Se podría decir que me habéis usurpado el cargo. Aunque cómo enfadarme con vos...

—Si vos habéis hecho lo mismo con el mío —replicó un sonriente Vestein—. Parece que vuestro peregrinaje también está marcado por el éxito, pero sabed que no me sorprende, la vida está llena de segundas oportunidades para los audaces e inteligentes. Y en nuestro primer encuentro yo también intuí que compartíamos esos rasgos.

Un trueno descargó cerca del Palacio e interrumpió la conversación entre los dos proscritos. Cuando Vestein se dispuso a continuar, se abrió una de las puertas del salón. Su rey por fin hacía acto de presencia.

Tabalt aparecía con un aspecto muy cambiado al que tuviera en la cámara de experimentación. Se había dado un baño aromatizado, afeitado la barba, y vestía una túnica blanca con elaborados repliegues y bordados de oro en los puños. Entró con un rostro radiante y una sonrisa franca. El más sorprendido de todos pareció ser Vestein, quien ahora sí era cogido de improvisto. Hacia él se dirigió el rey, o más bien, hacia el espacio que Vestein y Taros —el rey miró a este último por un segundo sin mostrar sorpresa, para decepción del proscrito arcano— ocupaban, y del que se retiraron apresuradamente.

—Vaya momento para la Historia de Karak —dijo el rey anfitrión mirando alternativamente a Reika y a Elmer—. Pero acercaos, hermanos míos, acercaos.

Sus hermanos le hicieron caso y los tres quedaron bajo la gran lámpara roja, cara a cara por primera vez. Reika se apresuró a hablar:

—He venido a ver a nuestra madre, no a esperaros ni a hablar con ninguno de vosotros.

—Vuestros modales, hermanita, dejan mucho que desear —replicó el rey arcano sin perder la sonrisa—. No nos vemos desde que cumplimos los siete años, casi dos décadas han pasado desde entonces, por lo que esperaba un saludo más cálido. Y eso sin contar que tenemos a nuestro lado al inesperado rey de Paria, a nuestro hermano... *recobrado*.

Reika comenzó a bufar e hizo un amago de retomar la palabra, pero antes de eso se le adelantó el aludido:

—Rey de Arcania, no vine hasta aquí, no he abandonado a mi ejército, a mi pueblo, para escuchar riñas inmaduras, ni para entrar en vuestros juegos. Si pretendéis que nos abracemos estáis en un error. Estoy de acuerdo con ella, vine a hablar con mi madre para saldar cuentas, no con unos hermanos a los que nada me ata. Contra vosotros solo tengo una guerra.

—Está claro que de aquí no va a salir una familia bien avenida —Tabalt no perdía su jovialidad—. Nuestra madre no tardará en venir... y

antes de que aparezca me gustaría pediros que no os tiraseis a su yugal. A mí este encuentro me hace tanta gracia como a vosotros, y traté de resistirme cuanto pude, pero al final supongo que acepté por los mismos motivos por los que vuestros pies os han conducido hasta aquí; por no podernos negar a cumplir su voluntad... y por saldar deudas. Pero está muy débil después de su tormento de décadas, y un poco de piedad le vendrá bien.

En ese momento se abrió otra de las puertas del salón. La madre de la Profecía apareció tras ella. Su pelo blanco y ralo se le recogía en una trenza, caminaba con lentitud y se apoyaba en el ecónomo Damon. Detrás marchaban el secretario Evan y el criado Erostrato, quienes cargaban con un trono de madera, dorado en sus brazos y tapizado de azul.

Todo se acondicionó con presteza. El secretario y el criado, antes de marcharse, colocaron el trono cerca de los reyes y trajeron sillas del propio salón para que estos se sentaran. Damon esperó a que la princesa besara las mejillas de sus hijos —quienes no rechazaron su saludo— y a que se sentara en el trono, entonces salió. También desaparecieron Taros y Vestein. El último en marcharse fue Athan. Antes de hacerlo se acercó hasta Alyria y le besó una mano.

—Gracias por haber hecho posible este encuentro —dijo la princesa con voz cansada al reconocerle—. Nunca me perdonaré haberlos obligado a colocar a otro niño en aquel altar para salvar a mi hijo..., nunca os estaré suficientemente agradecida por haberlo hecho. Aceptaré todas y cada una de las maldiciones que merezco.

Athan agachó la cabeza en señal de respeto, miró por un momento a cada uno de los hermanos y se marchó del salón con paso ágil.

—Perdón, perdonadme. Os quiero y os debo pedir perdón por lo que hice.

Alyria dejaba caer la cabeza hacia el suelo y su pelo blanco trenzado quedaba hacia delante. Su voz sonaba rota y sus ojos llorosos no eran capaces de soportar las miradas acusatorias de sus hijos.

—No espero que me comprendáis, no puedo explicaros por qué primero acepté tan pesada carga y luego me arrepentí de ello, perdiéndoos. Tampoco espero que nos convirtamos en una familia... feliz, aunque para ello regalaría mi miserable vida a un suplicio eterno. No quiero nada más que pediros perdón y rogaros que no cometáis el mismo error que yo cometí.

Reika fue la primera en contestar.

—Madre, me entristece que este sea nuestro primer encuentro... y tal vez el último. Y me entristece vuestro dolor, pero si ese, «no cometáis el mismo error que yo cometí», significa que paremos la guerra, pedís un imposible. El destino, la Profecía, que solo quede uno de nosotros para que la Voluntad del Padre se cumpla... son inevitables. Vos lo sabéis tan bien como nosotros.

—Os equivocáis, hija mía. Yo sentí mi error cuando vi correr la sangre inocente de quien os acompañaba en aquel altar de Sacerdocia, y la verdad vino a mí cuando tras tantos años de muerta en vida, se me hizo saber que mis tres hijos seguían vivos. La Profecía se cumplirá, sí, pero no tiene por qué hacerlo en los términos que nos contaron.

Alysia había ganado confianza en sus palabras y fuerza en su voz. Fue Tabalt quien tomó en ese momento la réplica:

—Lo que resultaría extraño, madre, es que la Profecía se ejecute en los términos que a vos os satisfagan. Los dioses tienen un gusto especial por la tragedia y sus designios no casan con los finales felices. Vos despertasteis cuando Damon os informó de que vuestro tercer hijo no había sido sacrificado... Y me alegro por él, que ha demostrado ser un gran rey, y por vos, que habéis recobrado la conciencia, pero sospecho que vuestras alegrías han de terminar ahí. Porque decidme —continuó el rey arcano—, ¿cómo hemos de sentirnos mi hermana y yo? Nosotros éramos los Elegidos y en cualquier caso, quienes te necesitábamos.

—Pero hijo mío... —la fragilidad regresó a su voz—. ¿Pensáis que elegí pasar catatónica más de la mitad de mi vida, que os abandoné

a conciencia, que desperté voluntariamente? Todo mi dolor y lo que me ha ocurrido debe tener un sentido, y ese sentido está por encima de la Profecía..., o al menos por encima de la Profecía que nos contaron. Desde Sacerdocia deben explicarnos muchas cosas.

—Madre —Elmer tomó la palabra, su tono era frío—, si no queríais acatar la Profecía, haber renunciado a entregarme. No se puede clavar una daga en el corazón y luego clamar contra la injusticia de que ese corazón sangre. Vos y nuestro padre, al que como a vuestros hijos abandonasteis al tormento con vuestra enfermedad, tomasteis una decisión voluntaria y libre. Puede que en Sacerdocia fuesen sibilinos y os convencieran de algo tan horrible apelando al Padre y al destino, pero elegisteis decir «sí». ¿Acaso la gloria prometida fue tan grande, acaso el premio propuesto justificaba el sacrificio de uno de vuestros hijos? ¿Con qué derecho podéis pedirme que os perdone? Además, dais impresión de fragilidad, y ahora queréis la paz como en su momento quisisteis la guerra. ¿Por qué no ibais a cambiar de opinión más adelante? Lo cierto es que opino como ellos. Fuiste un instrumento, tal vez del Padre, tal vez de los sacerdicios, pero por mucho que os esforzáis y lloráis, no vais a lograr superar ser la madre de la Profecía, la madre que entregó a uno de sus hijos para ser sacrificado, la madre que dispuso a los otros dos para que crecieran en el odio y en el deseo de guerra. Las cosas no han salido exactamente así, pero no es mérito vuestro, y me cuidaría de apelar al sentido divino para explicarlo.

—Por el Padre, por Danadanial, por Zarrk... —Alysia tenía los ojos llorosos, pero había fuerza en su mirada—. Asumo mi responsabilidad, acato mi sufrimiento, reconozco mi error imperdonable..., pero os ruego que no sigáis mis pasos. Acepté la crueldad del Padre para forjar el Destino porque me embelesaron con la gloria, con la gloria prometida para dos de los tres hijos que tuve. Pero ha resultado, sin embargo, que el Destino es mejor de lo que se anunció. ¡Mis tres hijos viven! Quizá no tenga derecho a rogaros que por mí, no os matéis en

la guerra que habéis iniciado, pero sí pienso pediros que por vosotros, paréis esta sangría. Os suplico que gocéis de vuestra vida, de vuestras conquistas y de vuestro reino. Si no podéis perdonarme y quererme, quereos y perdonaos entre vosotros, y si tampoco esto es posible, aprended a respetarlos por lo mucho que cada uno de vosotros habéis conseguido. Pensadlo bien... La Profecía se cumple, es ineludible, pero no lo hace como estaba prevista por Sacerdocia. Donde debía haber dos reyes, hay tres. Y donde se asegura que debe quedar un Karak unificado por una sola mano, puede darse en cambio un planeta regido por la de tres. Solo os pido que deis a esta idea una oportunidad. Pensadlo durante esta noche y tomad una decisión. Id más allá de vuestro destino. Hacedlo vuestro y no de Sacerdocia, vuestro y no de mis erradas decisiones, vuestro y no de los dioses.

Alyria terminó su discurso con una fuerza que ninguno de sus hijos hubiera podido prever. Además, eliminó toda posibilidad de réplica, porque nada más acabar hizo el esfuerzo de levantarse, lo que le devolvió la fragilidad, al estar a punto de derrumbarse sobre el trono. Sin embargo, tuvo la recompensa de que los tres reyes instintivamente quisieron ayudarla ante su movimiento dubitativo.

Tabalt no tardó en realizar una señal telepática y el económico Damon apareció sin tardanza para hacerse cargo de la princesa y encaminarla a su habitación.

Antes de marcharse, con pasos lentos pero seguros gracias al apoyo del leal Damon, Alyria dijo:

—Mañana, en el mismo lugar y a la primera hora de Lucero, esperaré vuestra respuesta.

Ninguno de ellos protestó.

Cuando los hermanos quedaron solos no tuvieron nada que decirse, o no fueron capaces de decirse nada. Tabalt fue el único que como anfitrión les señaló que podían moverse libremente por el Palacio y por la ciudad hasta que volvieran a reunirse en unas horas,

«para decepcionar a nuestra madre». Y añadió mirando a sus hermanos por turno:

—Pero tanto Taros como el anciano, tendrán vigilancia allá donde vayan.

Ni Elmer ni Reika tuvieron nada que añadir y el salón quedó vacío de un momento para el otro.

Durante las horas siguientes y hasta que llegó la cita por la cual los hermanos y reyes volverían a reunirse con su madre, estos pensaron sobre las palabras que ella les dijera y sobre su propuesta. Los tres se sorprendieron con las dudas que empezaron a mostrar sobre un asunto que creían tener resuelto.

Había anochecido. La tormenta y la lluvia parecían dar un respiro a la capital de Arcania, hasta el punto de haber quedado una noche limpia de nubes.

Tabalt decidió salir a pasear por los alrededores del Palacio, cuya blancura, bajo la luz de las estrellas, tenía mucho de cautivadora. Durante ese paseo, el rey y Thomar el Negro se encontraron.

—Mi amigo, mi leal consejero, mi padre, supongo que no es la casualidad la que nos reúne bajo este manto estrellado.

—Suponéis bien, majestad, como acostumbráis. Después de entrenar con dureza a nuestras tropas, sentí la necesidad de saber cómo fue el encuentro con vuestra madre y vuestros hermanos. El reino arde en deseos de saber qué os ha pedido ella, pero solo han trascendido rumores variopintos.

—Tal vez no lo sean tanto... y en cualquier caso no hay mucho que contar. Mi madre ha pedido un imposible, quiere parar la guerra, quiere detener la rueda del destino, quiere que los hermanos nos fundamos en un abrazo y en la paz.

—¿Y estáis convencido, mi rey, de que se trata de un imposible?

—¿Permitiría vuestro Padre que tal cosa sucediera?

—¿Lo permitiríais vos, majestad? Porque en vuestros ojos leo la duda, y es vuestra mirada la que quisiera poder interpretar, no la del Padre, que en esta ocasión es prístina como lo es en pocas ocasiones.

—Lo que yo veo, Thomar, es que saldremos reforzados se diga lo que se diga en unas horas. Aunque lo que se va a decir lo tengo claro, pues mi hermana no permitirá otra cosa que la guerra. Reika está convencida de que nos derrotará con facilidad. Su incursión por el Norte, su superioridad numérica, su anarcanita... Curiosamente es nuestro hermano inesperado quien le está dando quebraderos de cabeza, pero estoy convencido de que no le considera una amenaza real, sino tan solo un dolor de cabeza que erradicará pronto. Nuestra aparente situación y la de Honoria son propicias para alimentar la confianza de mi hermana, y a Reika le sobra orgullo como para de tenerse a escuchar el llanto de nadie, ni siquiera el de una madre.

—¿Acaso el orgullo de vuestra hermana, majestad, no se fundamenta en sólidos motivos? Nuestras tropas son muy inferiores en número, están peor preparadas en casi todos los aspectos y la anarcanita nos debilitará mucho más. Os aseguro que no transmito mi pesadumbre mientras doy mis lecciones, pero o conseguís lo que buscáis desesperadamente, o la guerra estará perdida.

—Lo que buscaba, querréis decir. Ya lo encontré. Y lo que encontré ni lo conoce ni lo sospecha mi hermana. Si Reika mañana grita «¡guerra!», estaremos preparados para responder. Si pidiera una «tregua», el deseo de mi madre en caso de que no contempláramos el fin de las hostilidades, entonces tendríamos tiempo de armar un ejército como nunca antes Karak ha contemplado. Si para mi sorpresa Reika pro-nunciara la palabra «paz», he de confesaros que dudaría sobre qué contestar.

Sobre la misma hora tardía en que tenía lugar la conversación anterior, en la habitación del palacio donde se alojaba la reina honoria, entraba legañoso Taros.

—¿Me hicisteis llamar, majestad?

—Veo por vuestro rostro somnoliento que vos sí sois capaz de conciliar el sueño. Y os reconozco el mérito, pues volvéis a vuestro reino, a vuestros recuerdos..., a vuestro palacio.

—La magia tiene tantas aplicaciones, mi reina... Pero decidme, qué es lo que deseáis, pues supongo que no me habéis hecho venir para felicitarme por mi capacidad para dormir.

Taros había supuesto que al fin la reina reclamaría de él servicios de cama, y se aprestaba a ellos sin ningún remilgo, pero se equivocó en su cálculo.

—Quiero hablar en voz alta, arcano, y quiero que mientras lo hago, se me escuche.

Entre el sueño, la perspectiva errada y lo que acababa de escuchar, el ocurrente arcano no supo qué decir, pero la reina tampoco esperó a que dijera nada.

—Me pregunto qué me aconsejarían Heriho y Solvi. Les echo de menos, aunque solo sea para llevarles la contraria y ofuscarles con mis decisiones..., aunque por una vez creo que estaríamos de acuerdo. Al menos estaría de acuerdo con Heriho, con él esta vez sería más sencillo. Poner en duda la Profecía es un sacrilegio. Tal vez me recomendaría secuestrar a mi madre para cuidarla en Espada, pero nunca paralizar la guerra. Solvi, en cambio, se afanaría en leer mi corazón y me recordaría que para él, por encima de la Profecía estoy yo. Me diría que la guerra marcha bien, pero que no nos confiáramos, me diría que todo camino es extraño y curvo, y me diría que debemos aprender a casar los lenguajes del corazón y la razón.

La reina hizo un alto en su discurso, que aprovechó un cariacontecido Taros para preguntar:

—¿Acaso, majestad, estáis pensando en aceptar la súplica de vuestra madre?

La reina miró de arriba abajo al arcano. Vestía ropa cómoda y holgada de tonos marrones, mientras que ella no se había deshecho de

la armadura ligera con la que entró en la ciudad. Envidió nuevamente su despreocupación aparente.

—No creo que aceptar su súplica sea una posibilidad. El rostro satisfecho de vuestro antiguo rey señalaba a las claras que la guerra tendrá lugar, y tampoco creo que en el corazón de mi otro hermano haya lugar para el perdón. En cuanto a mí, ¿cómo cambiar el guion previsto? Si lo hiciera, pasaría a la Historia de Karak como la peor estratega jamás vista, al tener una superioridad aplastante en todos los frentes, y renunciar a la victoria y a la gloria. ¿Podría perdonarme a mí misma una decisión de tal calibre? ¿Cuánto tardaría en arrepentirme? ¿Qué se diría en Honoria? La paz es una quimera, la tregua sería un error estratégico, la guerra es necesaria.

La reina terminó la última frase bajando la voz hasta hacerla casi inaudible. De inmediato y aún más bajo, añadió:

—Y sin embargo...

La frase se quedó a medias. Fue el arcano quien intervino seguidamente:

—Majestad, ¿deseáis saber mi opinión?

Reika miró concentrada a Taros, se volvió a fijar en su despreocupación, en su porte, en su atractivo.

—No, no deseo saberla —y tras dudar un momento, añadió—. Deseo que os marchéis. Necesito descansar.

Tampoco lograba dormir el rey Elmer, a pesar de las horas tan propicias para ello. Harto de intentarlo sin éxito, decidió marchar a la estancia de Athan, a quien encontró despierto, leyendo una obrita titulada *Historia de los errores*.

—¿No dormís nunca, anciano?

Athan levantó la cabeza para mirar a su pupilo y le enseñó su sonrisa perfecta. Volvió a bajarla, dobló la esquina de la hoja del libro por donde se encontraba y lo cerró.

—Contadme el motivo de vuestro desvelo, hijo mío.

—Queréis decir en realidad —quien sonrió en esta ocasión fue el rey—: aburridme con las tribulaciones que ya conozco.

—En cualquier caso, os escucharé con atención.

—No os pido más, viejo.

El anciano quedaba sentado sobre la cama, se había quitado sus ropas de viaje y vestía un pijama holgado, una especie de camisón azul celeste que le llegaba hasta los tobillos. Elmer se marchó hasta una esquina de la habitación y allí tomó una silla, la llevó hasta ponerla frente al anciano y se sentó. Perdió su mirada entonces y el primero en hablar fue Athan:

—¿Qué hacer cuando amanezca? Supongo que ahí radica vuestra angustia.

—Sí y no —Elmer centró su mirada en el anciano antes de continuar—. Al fin y al cabo, ¿qué puedo hacer yo? Paria no hace la guerra, sino que la guerra la hacen contra Paria, los reinos llevaban haciéndola desde siempre de un modo velado, matando con sus injusticias a sus gentes, y lo único que hemos hecho ha sido tomar conciencia y declarar en alto lo que ocurría cada ciclo. Por otra parte, no soy hijo del Destino como mis hermanos, sino quien se ha rebelado contra él. Así que yo no tengo nada que decidir mañana..., salvo si perdono a mi madre.

—Es evidente, jovencito, que no tenéis el corazón de piedra del que hacíais gala cuando os conocí en Dima. Si así fuese, o incluso si gastárais uno normal, no estaríais planteándoos la posibilidad de perdonar a quien mandó sacrificaros cuando encarnabais la pura inocencia. Solo quiero deciros que hagáis lo que hagáis, no me equivoqué con vos cuando os elegí para rebelarnos contra el destino y contra Sacerdocia. Tened presente que pude elegir otros caminos, otras manos... y que elegí a quien debía. Rey de Paria, marchad ahora a descansar y no os preocupéis, porque al despertar amaneceréis con la respuesta.

Pocas horas más tarde los primeros rayos de Lucero intentaban abrirse paso por entre los densos nubarrones que amenazaban a la

ciudad con una nueva tormenta. Los reyes y hermanos despertaron a la vez.

Al despertar Elmer, decidió que le concedería el perdón a su madre, aunque este no sirviera para detener la guerra.

Al despertar Tabalt, convencido de que podía ganar con o sin el apoyo de Paria, con o sin tregua de por medio, decidió poner la decisión sobre la guerra en manos de su hermana.

Al despertar Reika, segura y con la misma intensidad con la que había vivido siempre, de que ella era la Hija del Destino, decidió que Karak merecía la posibilidad de la paz.

Los tres hermanos se vistieron con calma. Los tres desde sus respectivos aposentos respiraban con una serenidad desconocida. Y en esa serenidad les cogió de improviso el primer grito. Luego llegaron otros tan desgarradores como el primero, y las carreras nerviosas de los sirvientes de palacio. Los hermanos se apresuraron hasta el salón principal, de donde procedía toda la algarabía.

Al llegar encontraron al ecónomo Damon abrazado a la princesa Alysia, quien sentada en su trono, parecía haber madrugado más que nadie a la espera de la respuesta de sus hijos. Una respuesta que ya nunca escucharía, puesto que la princesa, la madre de la Profecía, la madre de los reyes de Karak, estaba muerta.

Damon abrazaba desconsolado el cuerpo inerte de Alysia, tuyos habían sido los gritos. Al percatarse de la presencia de los reyes se apartó del cuerpo sedente y al hacerlo quedó a la vista el cuchillo clavado en el corazón de la mujer. Damon, entre lágrimas, cerró los ojos al cadáver. Aún conservaba una expresión de sorpresa en su mirada, como si encontrara su final del modo más inesperado y doloroso.

Todos los que habían pasado la noche en Palacio fueron congregados de inmediato en el salón. La rabia se dibujaba en los rostros de los hermanos, quienes le comenzaron a mirar de un modo acusador.

Los tres examinaron el cuerpo, el cuchillo y a los presentes. Nadie decía nada.

Finalmente el rey Tabalt rompió el silencio, sus palabras sonaron con dureza, su mirada fue más dura aún:

—Se ha ejecutado el acto más criminal que se podía llevar a cabo, y se ha llevado a cabo en mi Palacio. Juro que si descubro al culpable, sea de los míos o no, le haré pagar como nunca antes nadie ha pagado nada. Pondré toda mi imaginación y todo mi poder al servicio de su tormento.

El rey arcano preguntó entonces a Damon qué había ocurrido y este solo pudo contar entre lágrimas, que poco antes del amanecer se acercó hasta la habitación de la reina para, como Alyzia le había rogado, llevarla hasta el salón a la espera de sus hijos, pero que cuando llegó al aposento ella ya no estaba allí, que marchó a buscarla al salón y que la encontró, pero con el cuchillo y muerta.

El cuchillo no desveló nada. Los presentes juraron ante amenazas y ante los hechizos que sondaron sus pensamientos, no saber qué había ocurrido. Ni la magia ni ninguna pesquisa ofrecieron la más mínima pista. Y puesto que el culpable no salió, todos fueron sospechosos. Los reproches dejaron de estar en las miradas y pasaron también a las palabras. La tensión podía estallar en cualquier momento.

Finalmente los hermanos se reunieron en torno al cadáver de su madre, había que tomar una decisión. Reika fue la primera en hablar, lo hizo mientras miraba la figura de Alyzia, quien parecía dormir en calma.

—Nuestra madre nos ha rogado su perdón y la paz. Por mi parte le concedo lo primero, pero no puedo aceptar lo segundo.

—Que nuestra madre —dijo Tabalt a continuación sea acogida en el seno de los dioses, que descanse por fin en paz de todos sus tormentos. Tenéis mi bendición, madre, aunque tampoco pueda concederos vuestro deseo de paz.

—Paz para nuestra madre —dijo Elmer con los ojos empañados—, guerra para nosotros. Somos hermanos, somos reyes... y habrá guerra.

Elmer y Athan, Reika y Taros, abandonaron con el ocaso de Vespertina la ciudad de Luz sin que nadie se lo impidiera. Lo hicieron bajo un cielo clareado de nubes, con cientos de miradas sobre ellos y en un silencio sepulcral. Todos los ciudadanos de la ciudad sabían lo que había ocurrido. A todos les llegaba el hedor a muerte que se avecinaba.

CAPÍTULO XIV

—No madre, no me humillaré ni pediré perdón por lo que acabo de decir —el niño sostenía una fiera mirada, mientras su hermano pequeño, cerca de ellos y del cadáver, temblaba ante la escena—. El Padre puede ser Todopoderoso, pero se ha equivocado y no debería haberse llevado a papá.

Palabras de Agrustin a su madre, de niño, lleno de dolor ante la pérdida de su padre, lleno aún de una rebeldía que le costó su primogenitura.

El Sumo Guardián se encontraba en mitad del templo, junto al altar de basalto donde hacía casi dos décadas y media ejecutara su decisión más difícil. Los pasos que escuchó no fueron motivo para que Nespet se volviera. Siguió con la cabeza alta y la mirada fija en las vidrieras multicolores del Templo Octogonal.

—Volvemos al origen —dijo Agrustin, el Gobernador de Onar, cuando llegó al lado de su hermano.

Vestía un manto púrpura con incrustaciones verdes que transmitía calidez y contrastaba con la túnica negra de Nespet.

—Sí, volvemos a uno de los orígenes —el Sumo Guardián eligió las palabras con mucho cuidado—, pero no a la raíz.

—Veo que seguís melancólico y gris, como en los últimos tiempos.

Al terminar de decir lo anterior, el Gobernador pasó un índice por la losa de basalto del altar, y luego continuó al no haber réplica alguna:

—A pesar de las buenas noticias y del puñetazo del Padre sobre el tablero.

—¿Fue entonces el Padre quien clavó el cuchillo a la princesa Alyisia, a la misma criatura a quien prometimos la gloria, a la misma que, sin embargo, obtuvo un tormento de décadas finalizado de forma ignominiosa, a la misma a la que convencí para que entregara a sus hijos al Destino, sacrificando para la Profecía a uno de ellos? Porque si es así, ni siquiera yo, la Mano del Padre, puedo penetrar bien en el propósito...

—Cuidad vuestras palabras —le cortó en seco Agrustin—. No va yáis a blasfemar. Si no entendéis lo ocurrido es porque no deseáis hacerlo debido a los velos que ciegan vuestra mirada. Dos semanas han transcurrido desde la muerte de la Madre de la Profecía, y todo, salvo el asesino, está claro para nosotros. Si Alyisia no hubiese muerto, los hermanos se hubieran mostrado sorprendentemente partidarios de la paz, y todo por cuanto hemos trabajado se habría venido abajo. La paz hubiera dejado a Karak sin purga, sin lección, sin el nuevo comienzo que necesita para borrar la impiedad de este planeta. Necesitamos la guerra para imponer el yugo de la fe única bajo el puño amoroso del Padre, necesitamos la guerra para que la espiritualidad rebrote y se convierta en la brújula del mundo. Necesitábamos de la Guerra Profética, y Alyisia, quién lo iba a imaginar, estuvo a punto de evitarla. Así que, sí, el Padre actuó inspirando la mano de un criminal... y nosotros no podemos reprochárselo. En ocasiones, bien los sabemos, los sacrificios son necesarios.

Al acabar su discurso, Agrustin decidió perder la mirada, al igual que hacía su hermano, en la hermosa luz iridiscente que atravesaba las vidrieras del templo. Nespet habló entonces:

—Sí, la verdad es que de sacrificios sabemos mucho, especialmente yo, y empiezo a estar harto. Pero dejémoslo ya, y contadme cómo

están las cosas. Desde que nos enteráramos de lo ocurrido en Luz, rezo constantemente, vivo encerrado en mi celda y no solicito información alguna, así que por favor, ya que habéis venido, ponedme al tanto de cuanto ocurre.

—Tras el... *incidente* —el Gobernador se mostró dubitativo al elegir la palabra que definía la muerte de Alysia—, los hermanos y reyes han buscado por su cuenta y riesgo al responsable, pero lo han hecho sin dejar de posicionarse sobre el tablero, conscientes de la tregua de veintiún ciclos que pactaron antes de separarse. Ese plazo llega a su fin y la guerra se reanudará de modo inminente. En cuanto al culpable y a pesar de las investigaciones, nada hay más allá de rumores por confirmar. El asesinato de Alysia sigue siendo un misterio para todos. Tabalt cree culpable a Reika, la reina a Tabalt y Elmer a cualquiera de los dos. No creen que ellos mismos lo hicieran, pero tienen argumentos de peso para pensar que los proscritos o algún otro colaborador ejecutaran la orden. Pero lo cierto es que al menos Reika y Tabalt están preocupados al pensar que el culpable puede hallarse junto a ellos, y temen que el asunto les explote en su propia cara, por lo que en los últimos ciclos se han volcado con la guerra.

El Sumo Guardián dejó de contemplar las vidrieras para mirar a su hermano, a quien dijo con aire sorprendido:

—Así que nuestros elegidos sospechan que pueden tener al asesino en casa. ¡Cuánto puede enredarse la madeja del destino!

—Por suerte —el Gobernador respondió con una sonrisa—, ha llegado la hora de desmadejar, y todo nudo será cortado por la espada o por la magia..., impulsadas por la fe. Ahora falta por ver el resultado final, pero todo apunta a que Reika borrará pronto del mapa al usurpador, e incluso al arcano si este no es capaz de ingeníarselas con alguna treta mágica.

—¿Y en qué quedó la oferta de pacto entre los hermanos varones?

—En que Elmer la desestimó por completo, si bien luego precisó su postura al escribir al arcano una carta en la que le decía que conviven

dos guerras en una. La primera era la suya, la de la agresión contra Paria, una guerra donde daría hasta su última gota de sangre. El usurpador dijo al arcano que él solo aspiraba a convertir Paria en un reino con los mismos derechos que Arcania y Honoria, y aun que Sacerdocia, que se había acabado el tiempo de la esclavitud y de la humillación, y que Paria reaccionaría a toda agresión dentro de sus fronteras, pero que nada le interesaba fuera de ellas. Esa era, le escribió, la segunda guerra, la que no le interesaba que se llamara profética, o destino, o como les viniera en gana. Una guerra en la que él no participaría. De este modo Elmer terminaba ofreciendo a Tabalt un pacto de no agresión, puesto que Arcania todavía no ha atacado a los parios.

—¿Y qué contestó el rey arcano? —Nespet mostró vivo interés por la respuesta.

—Textualmente Tabalt contestó: «Primero derrotaré a nuestra hermana, luego tendréis la posibilidad de humillarlos ante mí y pedir clemencia..., o perecer como Reika».

—Está claro —el Sumo Guardián pareció asumir lo inevitable, lo que por otra parte tanto había deseado en tiempos pretéritos— que la Profecía entra en su recta final... y sin embargo, aún hay un punto que nos queda en la oscuridad, lejos de nuestros hilos.

—Os referís a Dima, supongo.

—Me refiero a Dima, acertáis.

El Gobernador y el Guardián permanecieron en silencio durante unos segundos, la luz iridiscente se rompía contra la losa de basalto del altar en un espectáculo de colores. Finalmente Agrustin dijo:

—Hace ya varios ciclos que el asunto de Dima se tuvo que resolver a nuestro favor, y simplemente estoy a la espera de que me confirmen que los moradores de la montaña han muerto. Tengo la intuición de que Malasombra (o un enviado suyo) aparecerá en cualquier momento para cobrar su recompensa. Y la obtendrá sin dobleces, por ofrecernos la tranquilidad que nos faltaba.

—Tal vez atente contra nuestros intereses —el Sumo Guardián regresó a su tono melancólico y dubitativo—, y tal vez sea una blasfemia para vos, hermano, pero me gustaría que vuestra intuición estuviese errada. No quiero más sangre inocente corriendo por mi mano, y esa niña, esa niña que no he visto nunca, aparece con rostro claro en mis sueños.

CAPÍTULO XV

—*Cada fracaso nos enseña algo nuevo que aprender —dijo Gardar con la mirada perdida en las murallas de Capitolia.*

—*Sí, y tal vez lo que os debería haber enseñado el vuestro, es que es tiempo de cambiar la dirección —dijo Dalla con descaro, sin dejar de mirar hacia el General.*

Tensa conversación de estos dos altos oficiales honorios, horas antes de atacar Capitolia por segunda vez.

Por distintos motivos una historia puede ser muy difícil de contar; por no saber cómo empezarla, porque en un momento dado se bifurca de tantas maneras que no ves el modo de manejar sus riendas, porque el corazón se encoje al recordar ciertos sucesos mientras que la mano no quiere sostener la pluma... Bien sé que en un momento u otro todo lo anterior me ocurrió, pero también, que al llegar a este punto de la crónica, continuar se me hizo más difícil que nunca.

Cerca de abandonar —con la idea fija de que cuanto escribía no valía un sueldo de cobre, que mi prosa y mi estilo desmerecían el Ciclo Profético, que no atinaba con la verdad debido a mi implicación en la

historia—, conseguí reunir el valor para enfrentarme a todos y a cada uno de mis fantasmas, y con mis lágrimas emborronando la tinta y rehaciendo numerosas páginas, logré seguir adelante.

Ya de niña, cuando era una cría analfabeta y feliz que pasaba mis días correteando por las calles sucias y embarradas de Toscan, descubrí que tenemos una increíble capacidad para cruzar con paso veloz del amor al odio. Pero no comprendí hasta mucho tiempo después, un tiempo que se debe medir no tanto en ciclos cuanto en experiencia, que el camino se puede recorrer también a la inversa. Solo de este modo encuentro una explicación al dolor profundo que sentía en la oscuridad casi completa de la montaña. Una oscuridad que nos envolvía a mi hija y a mí mientras tratábamos de escapar por las galerías de Dima.

El dolor por encima del miedo, eso es lo que sentí al tomar conciencia del sacrificio que acababa de realizar Adel por nosotras. ¿No había odiado yo a Adel poco tiempo atrás, no le había deseado los peores males cuando sentí que amenazaba el cariño de mi hija hacia mí, y la atención del anciano? Y sin embargo, qué suerte que la vida nos hubiera dado a ambas otra oportunidad, qué suerte que ella no hubiera logrado acabar con el viejo cuando intentó clavarle un cuchillo, y qué suerte que yo hubiera podido perdonarla.

«El amor mata más que el odio». Sí, madre, pero en ocasiones el amor también salva, y el odio nunca lo hace. Adel se sacrificó para intentar salvarnos, y yo la salvaré eternamente en mi memoria y en estas líneas. Loada sea por ello y en la gloria del Padre esté. Y es que tal vez esta historia merezca ser contada no tanto por los hermanos y reyes, cuanto por las pequeñas gestas que la Profecía generó.

Damara no había cumplido los cinco años, pero era ella quien dirigía la marcha. Yo cargaba con una antorcha y con mi pequeña cuando la altura de la galería me lo permitía. Fuera ella en brazos o

a pie, siempre señalaba con un índice la ruta a seguir cuando nos cruzábamos con las encrucijadas.

Bajábamos. Eso era lo único que tenía claro en nuestra huida.

El suelo se volvió resbaladizo a causa de la humedad. Empezamos a tener frío. En un momento dado, Damara se abrazó a mí con fuerza y me dijo:

—No tengas miedo, mamá. Estamos cerca.

«¿Cerca de qué?», fue la pregunta que me cruzó por la cabeza, pero que no llegué a formular.

También estaban cerca nuestros perseguidores, para eso no hacía falta tener ninguna intuición especial.

Malasombra y Boro el Dulce maldecían por todo; por cada saliente con el que chocaban, por cada resbalón, por todas las encrucijadas. Eryx el Mago, en cambio, mantenía la calma, aguardaba paciente y seguía el rastro mágico que desprendía la pequeña. Para él, las encrucijadas eran su mejor momento, porque le reafirmaban en el grupo: los mercenarios le necesitaban. «A la inversa no ocurre lo mismo», pensaba el arcano.

Eryx se tomó su tiempo ante el nuevo cruce de caminos, tres eran las opciones que se les ofrecían. Boro no pudo mantenerse callado.

—Vamos, mago, decídete de una vez, que esas zorras se nos van a escapar. Cuando las atrape voy a despellejar primero a la niña delante de la madre para luego...

—¡Cállate de una vez! —le interrumpió Malasombra, y añadió—. Creo que algo nos sigue también a nosotros.

Eryx alabó para sus adentros la sagacidad de su jefe. El arcano sabía que algo les seguía y que les alcanzaría pronto.

—Por la izquierda. Tomaron la galería de la izquierda, la más pequeña de las tres.

La pendiente se volvió algo pronunciada y del techo colgaban estalactitas afiladas como cuchillos.

Poco después el arcano no pudo ralentizar más el paso sin que Malasombra sospechara que daba a las perseguidas el mayor tiempo posible, para que llegaran a donde hubiera que llegar. El líder de los mercenarios se puso en vanguardia en cuanto desembocaron a una galería de mayor tamaño que no se bifurcaba. El frío y la oscuridad eran notables, pero si el camino continuaba así, no tardarían en alcanzar a sus presas.

Un aullido retumbó cerca de ellos. Supusieron que al menos uno de los lobos tenía cuentas pendientes y venía a saldarlas. Boro se ofreció voluntario. Sus dientes amarillos brillaron a la luz de la antorcha.

—Jefe, yo me encargo. Seguid adelante y cuando me haya hecho un collar de colmillos, me las apañaré para alcanzarlos, pero dejadme algo de diversión, eh.

Malasombra aceptó. Eryx no dijo nada, hubiese preferido librarse del mercenario jefe, pero en cualquier caso este nuevo contratiempo era un golpe de fortuna. El halo que desprendía la niña comenzaba a difuminarse bajo la fuerza del halo que desprendía el lugar hacia el que parecían dirigirse. El arcano hacía verdaderos esfuerzos por ocultar su excitación.

Pero vayamos a lo que ocurrió con Boro..., o a lo que podemos suponer.

Gracias a los numerosos testimonios, a los cientos de diarios, a miles de suposiciones más o menos lógicas, pocos son los puntos del Ciclo Profético que han quedado sumidos en la oscuridad, pero aquí nos topamos con uno. ¿Cuál fue el final del mercenario, cuál el del lobo de lomo verde?

No se halló ni rastro del mercenario ni del lobo, no dejaron ninguna pista de lo que ocurriera entre ellos; ni sangre, ni señales de batalla, ni una maldición, ni un aullido que se llegara a escuchar. Nada se encontró, salvo la antorcha apagada con la que marchara Boro, en mitad de la galería donde tal vez se enfrentaron.

Me gusta pensar que el lobo —aquel mismo animal que hacía poco más de un año había saltado sobre mí para devorarme, y que

fue detenido por mi hija en un giro que ya anunciaba lo que ella era capaz de hacer— salió ilesa de su última batalla. Tal vez muriera mucho tiempo después, de viejo, tras liderar otra manada de lobos en otra montaña. En cuanto al mercenario, espero que muriera allí mismo y que sufriera. Odiar, cuando se odia a quien se debe, no me parece mal. En cualquier caso, solo son esperanzas que no puedo fundamentar más que en el misterio de sus desapariciones.

Todavía no era consciente, pero en aquella persecución ya solo quedábamos Malasombra, el arcano, Damara y yo. Mientras, Dima nos engullía poco a poco. Yo intentaba marchar lo más rápido posible, pero mis fuerzas apenas respondían y tenía suficiente con no desmoronarme bajo el cansancio y la tiritera de mis piernas. En esos momentos era Damara quien me cogía de la mano y tiraba de mí infundiéndome valor.

—Un poco más, mamá, tan solo un poco más.

«Un poco más, pero hacia dónde, un poco más, pero hacia qué», pensé de nuevo en decir, pero no lo hice. Entonces se me escapó una sonrisa triste cuando se me cruzó por la cabeza, la idea de que había huido de Toscan para llevar una vida sencilla y feliz, con este resultado.

Antes de ver a nuestros perseguidores, vi, en el último recodo de la galería por el que acabábamos de pasar, sus sombras proyectadas por el reflejo de su antorcha. Para cuando ellos giraron, nosotras ya no estábamos en ese tramo. Saberles tan cerca me hizo sacar mis últimas fuerzas. La galería volvía a estrecharse. Sin saber muy bien cómo, fui capaz de tomar en brazos a Damara y de echar a correr.

Llegamos a un tramo en el que se cortaba la pendiente, donde a cada paso las paredes se estrechaban y donde el techo también se empequeñecía. Pronto tuve que dejar a mi hija en el suelo, pronto tuve que encorvarme, pronto comencé a gatear. Comenzó a faltarme el aire y a sobrarme agobio.

—¡Vamos camino de la nada, hija, vamos camino del fin! —no pude contenerme y lo dije, mitad desesperada, mitad como reproche.

Detrás escuché una risa fuerte y burlona, me giré y distinguí dos figuras a unos veinte pasos. De nuevo traté de encontrar energías para huir, pero esta vez fue imposible. Una pared frontal impedía continuar. Para colmo, la antorcha que sujetaba en mi mano temblorosa, se apagó sin motivo aparente.

A causa de la cercanía y de su antorcha, pude contemplar el siniestro rostro de Malasombra con una expresión de triunfo. Le acompañaba el mago, su cara parecía reflejar extrañeza, como si algo no cuadrara.

—Pensé que esto acabaría de otro modo —dijo Malasombra, y desenvainó su largo cuchillo, que soltó un pálido reflejo.

—No se te ocurra dañar a la niña —dijo el arcano con autoridad, sorprendiendo al mercenario por el tono.

—Aquí es donde la Montaña me conducía —dijo mi hija con voz adulta, y avanzó hasta tocar la pared que nos impedía continuar.

Cuando Damara puso la palma de su mano sobre la pared, esta crujió al momento, luego comenzó a brillar con un halo gris, que poco a poco se aclaró más y más hasta desprender un blanco cegador. Malasombra se detuvo, inquieto ante lo que ocurría, y su antorcha se apagó también. Eryx rebasó al mercenario y se acercó sin miedo y con curiosidad hasta nosotras. En unos segundos la pared comenzó a abrirse, primero apareció un agujero regular en el centro, luego ese agujero se extendió hacia los extremos. Me recuerdo con la boca abierta. Del otro lado se comenzó a ver una estancia amplísima, que desprendía una luz en apariencia natural.

Damara me tomó la mano y cuando el agujero era ya lo suficientemente grande, nos introdujimos en la nueva cavidad. No pude cerrar la boca al contemplar *aquello*. Malasombra y Eryx no tardaron en estar a nuestro lado, con una expresión similar a la mía.

El General Gardar sudaba sin saber demasiado bien por qué. Su armadura plateada no era la más pesada de cuantas poseía. Además,

las nubes y una lluvia fina racheada, alejaban los últimos calores en una estación húmeda que comenzaba a consolidarse. El honorio tuvo que reconocer que tal vez sudaba por contemplar el cadáver que colgaba ante él. Ni mucho menos se trataba del primer ajusticiado por su mano, pero sí del primero que le provocaba remordimientos.

El ahorcado colgaba del primer árbol del campamento, un fornido roble que podía apreciarse desde Capitolia. A Gardar no le cupo ninguna duda, desde las murallas de la ciudad se las apañarían para distinguir el cadáver.

—Es posible que como me advirtierais —dijo el General al cuerpo inerte de Ailoon—, haya sido demasiado cándido y justo en mis decisiones, pero no volveré a cometer el mismo error.

El teniente dragón Janre apareció en escena. Montaba a caballo y llevaba en una mano las riendas de la montura del General.

—Todo está listo, mi señor. Dalla le está esperando para dar inicio a la ofensiva. Parece impaciente por acabar con los parios cuanto antes, quizá debería serenarla y recordarle que no son un atajo de inútiles.

El General no contestó al suboficial, prefirió guardarse su opinión sobre Dalla. Prefirió recordar, con escalofrío incluido, las últimas palabras que le dijera Ailoon mientras ordenaba colgarle:

—Miradme bien, General, pues no saldré de vos hasta que me hágais compañía. En este juego de la vida, a ambos nos ha tocado disfrutar, pero estamos marcados para tener un último baile feo. Yo comienzo a danzar ahora, vos no tardaréis en seguirme.

Los honorios no se habían alejado más de treinta pasos de caballo, cuando un cuervo se posó sobre el cadáver de Ailoon y le comenzó a picotear un ojo.

Gardar no tardó en reunirse con la Tenienta. Un escudero de apenas diez años le ayudaba a colocarse la armadura. Hasta ese momento se había calzado unos escarpes rojos con espuelas negras, llevaba también las grebas, las rodilleras y los quijotes. De cintura

para arriba, sin embargo, vestía una fina camisa que transparentaba sus pequeños y firmes senos. Gardar consiguió no ruborizarse.

—¿A qué esperamos, mi General, pensamos matar al enemigo de aburrimiento?

Gardar sonrió, a pesar de que el comentario no le hiciese mucha gracia.

—Que terminen de armaros y saciaréis vuestro ímpetu. Impacientes nos mostramos la última vez, y el Comandante Kohdran aún debe estar alimentando a los gusanos, siempre a la espera de nueva carne que roer. Está claro que no caló en vos la conversación de hace unas horas, acaso no queréis aprender de los errores.

—Fueron vuestros errores, mi General, no los míos, ni los de la reina. Y si hubierais hecho bien vuestro trabajo, ahora estaríamos con ella conquistando Arcania, y no aquí, en el culo de la Profecía. De ese modo podría ignorar vuestra sabiduría.

El General por un momento pensó en contestar a la Tenienta de la peor de las formas, luego estuvo a punto de decirle que se vistiera en lugar de desvestirse como acababa de hacer con sus palabras. Finalmente se conformó con lo siguiente:

—Los ingenieros y los zapadores están listos. Vanguardia, grueso y retaguardia lo estarán en breve. En esta ocasión no habrá sorpresas, no permitiremos que corten nuestras líneas, no dejaremos espacio para el desorden, el desconcierto... ni la confianza. Y bajad esos humos, Tenienta, las guerras se ganan en todas y cada una de las plazas donde se combate. Si queréis llegar al corazón de la Profecía, guardaos esa actitud y tened prestas vuestras armas y vuestra inteligencia, porque en breve se desatará una batalla digna. Es lo menos que podemos pensar de un enemigo que hasta la fecha se ha mostrado siempre por encima de sus posibilidades. El respeto se lo debemos, y derrotarles en buena lid, nos hará justicia a todos.

Dalla terminó de colocarse los guardabrazos, mitad rojos, mitad amarillos. Replicó escueta antes de montar a caballo:

—Me despertáis las ganas de enfrentarme a tan valientes rivales.

El General se quedó mirando fijamente a la mujer, no supo distinguir si en su breve comentario había sorna o seriedad. Dalla no despejó la duda. Mandó que le trajeran su yelmo. Maldijo algo entre dientes cuando se tocó la herida de su rostro. Su armadura con los colores del fénix relucía esplendorosa.

La Guarnición Dragona marchaba en cabeza y a pie para asaltar Capitolia, salvo el General, quien montaba a caballo. Gardar no había dudado ni por un momento que él debía encabezar la ofensiva, que él debía tomar más riesgos que nadie, que él y los suyos debían recobrar el honor perdido en la batalla anterior..., o morir en el intento.

Detrás de la infantería dragona marchaba Dalla con algo menos de sus diez mil fénix. Completaban el despliegue táctico las guarniciones Leoparda y Loba de los Comandantes Bersi y Freydis respectivamente, se desplegaban en retaguardia formando dos alas, dispuestas a cubrir cualquier imprevisto.

La superioridad numérica y táctica, pensaban desde el primer al último honorio, era evidente y quizá no demasiado honorable, pero se trataba de recuperar el orgullo perdido y de infligir una derrota sin paliativos a los parios, para que Honoria pudiera marchar sobre Arcania sin otras preocupaciones.

Los dragones llegaron cerca de la Puerta Norte de Capitolia y con presteza y orden comenzaron a tomar posiciones. No hubo reacción desde dentro de las murallas. Pronto el dibujo táctico deseado se desplegó a la perfección. Salvo los oficiales, todos los soldados marchaban a pie, pues así lo habían decidido Gardar y Dalla al considerarlo más seguro. Querían evitar los estragos ocasionados por las trampas que de seguro encontrarían, ya que los caballos perdían el control con mayor facilidad, y a menudo se lo hacían perder a sus jinetes.

Una fila de arqueros honorios adelantó sus pasos hasta ponerse al frente. Lanzaron una salva de flechas para calcular si se encontraban a distancia de tiro. Resultó evidente que desde las murallas podrían

alcanzarles. Sin embargo, no ocurrió nada. Los arqueros retrocedieron. Los portadores de los dos arietes encontraron su espacio marcando desde atrás hacia delante de la fila, a los lados se dispusieron los que asaltarían con escalas las murallas, y los que harían lo mismo cargando con puentes móviles.

La primera línea honoria llegó frente a la Puerta Norte. Gardar levantó una mano y todas las columnas que marchaban atrás se detuvieron de golpe. El General se preguntó qué sorpresas le depararía en esta ocasión. Sabía por los informes recibidos, que la ciudad bullía horas antes por el asalto que esperaban. Desde la muralla, sin embargo, solo llegaba el silencio.

Gardar estaba tan concentrado que creyó escuchar el lanzamiento de una flecha desde la ciudad. Invención auditiva o no, segundos más tarde una solitaria flecha sobrevoló las murallas de la ciudad. Tomó un arco pronunciado. La flecha pareció tomarse su tiempo, giró en el aire y comenzó a descender. Caería sobre la altura de la reaguardia dragona, cerca de donde se encontraba Dalla, impaciente.

El honorio corpulento y pelirrojo hacia el que se dirigía directa la flecha, decidió no apartarse de la trayectoria. Esbozó una sonrisa, calculó el lugar del impacto y se cubrió con su escudo metálico. La flecha se clavó en el contrachapado del escudo. Un instante después se produjo una explosión.

La detonación masacró al soldado e hirió a los que se encontraban alrededor en un radio de varios metros. Por un momento reinó la confusión, pero ninguna otra flecha fue disparada. Gardar no esperó más tiempo, señaló con un brazo hacia el frente y uno de los dos arietes marchó contra la Puerta Norte.

Para desconcierto del General, el ariete chocó contra la Puerta sin sorpresa alguna; ninguna trampa en el suelo, tampoco desde la muralla, nada de flechas, ni de piedras, ni de brea. El ariete fue movido hacia delante y hacia atrás hasta que con el décimo envite la madera se quebró. Dos nuevos golpes sirvieron para despejar los restos de

contrafuertes y maderos con los que se había reforzado la puerta. Los honorios podían entrar en la ciudad sin resistencia aparente.

Tras la Puerta se extendía ante ellos la ciudad, pero ni un solo enemigo. Los dragones, con su General a la cabeza, no tardaron en ocupar la plaza y en llenarse de desconcierto. La Tenienta Dalla dejó a sus fénix y se reunió con Gardar. Este formó cuatro grupos de seis soldados cada uno para que investigaran por las calles aledañas. Si encontraban cualquier soldado o civil pario, debían llevarle ante él para interrogarle.

Por un momento, a Gardar le pareció ver una sombra moverse por entre los edificios de madera que tenía a unos cien pasos. A punto de espolpear su caballo y dirigirse hacia allá, se contuvo.

—Desconfianza, precaución, serenidad —masculló para sí el General.

Dalla preguntó entre enfadada y con sorna:

—¿Qué significa esto, dónde está el maldito usurpador, estos son los parios a quienes debíamos considerar un ejército digno?

La réplica de Gardar no se hizo esperar:

—Tenienta, creo que está tardando en llamar a ciertos soldados tuyos, son sus fénix los que se han encargado de vigilar la ciudad en los últimos ciclos. Mis vigías e informadores me anunciaron hace tres, en su última guardia, que la ciudad estaba revuelta y a la espera de nuestro ataque. Es decir, que hace ochenta y una horas la ciudad estaba habitada. Así que soy yo quien le hace las preguntas: ¿si la ciudad se ha vaciado, cómo es posible que no nos diéramos cuenta?

Los cuatro grupos de búsqueda regresaron. No habían encontrado nada, ni civiles, ni soldados, ni rastro de ningún tipo, salvo un par de exploradores que hablaron de una sombra que no pudieron seguir más que unos segundos.

Dalla ordenó llamar a sus vigías entre amenazas de consejos de guerra para todos los responsables. Gardar comenzó a mesarse la barbilla. Concluyó que odiaba al rey pario, y que al tiempo lo admiraba. Pensó también que sin derrotar al enemigo tendrían que empezar de cero y

buscarles por toda Paria. De momento, no podrían marchar hasta Arcaña. Eso sí, Capitolia era suya, y Capitolia sería arrasada hasta la última piedra y el último madero.

—Vosotros —el General llamó a los grupos de dragones a los que había ordenado explorar las calles cercanas—, prended antorchas y preparad flechas ardientes, porque vamos a reducir la ciudad a cenizas. Estén donde estén esas sanguijuelas —la voz de Gardar tronaba—, vamos a hacer que se enteren por la altura de las llamas, de que no hubo clemencia con la ciudad que abandonaron sin defender.

Una veintena de soldados se hicieron sin demora con antorchas. Otros tantos prepararon las flechas correspondientes. Bajo la atenta mirada de Gardar y de Dalla, los dragones con antorcha marcharon a prender los edificios cercanos.

El primer edificio que agarró las llamas era una posada construida en madera de pino. *Bienvenidos*, rezaba un cartel colgado encima de la puerta. Tres soldados le habían prendido fuego y comenzaban a retirarse cuando una flecha impactó contra un barril pegado a la pared, y en cuya tapa podía leerse: *Despedidos*. Los dragones no tuvieron más tiempo que el de girar levemente la cabeza en dirección al barril. No habían terminado de girarla, cuando una explosión similar a la que acabó con el soldado momentos antes de entrar en la ciudad, pero más potente, les sacudió de forma salvaje. Brazos y pies arrancados de las víctimas volaron decenas de metros.

La explosión concentró la atención de todos. El General se mostró preocupado. La Tenienta escupió con asco en el suelo.

Los soldados perdieron de golpe su relajación y dejaron de hacer referencia a la cobardía de sus enemigos. Un dragón quiso prender un edificio de viviendas de dos plantas y se produjo otra fuerte explosión. El edificio quedó envuelto en llamas a causa de la deflagración, del soldado no quedó nada.

¿Qué ocurría? No podía tratarse de magia. Los soldados llevaban cantidades suficientes de anarcanita como para que al menos

la detectasen. Y fuese lo que fuese, nunca habían visto nada con ese poder destructivo. Hubo una reagrupación sin demora en torno a las órdenes de Gardar y de Dalla. La tensión se adueñó desde el primer dragón al último de los lobos que esperaba más allá de los muros de la ciudad. Los rumores se extendieron casi tan rápido como la recomendación principal: «ojos abiertos!». La orden que llegó al poco gustó menos, sobre todo a quienes iba dirigida:

—Arqueros —en la voz del General había premura, pero también seguridad—, disparad vuestras flechas de fuego contra los tejados de los edificios.

Ningún arquero quiso anticiparse al resto, y todos se demoraron hasta desesperar a Gardar. Finalmente el propio General bajó de su montura, y ante la mirada también dubitativa de Dalla, arrancó uno de los arcos de las manos de sus soldados, cargó la flecha, tensó el arma y disparó.

La flecha impactó en el tejado de una carnicería, nada impactó contra Gardar, el edificio no tardó en arder.

Dragones y fénix comenzaron a desplegarse por las calles de la ciudad. Los edificios que estaban envueltos en llamas pronto fueron acompañados por otros aledaños, bien porque el fuego, siempre en busca de compañía, se extendió, bien porque los arqueros realizaron su tarea a pesar del temor de saltar por los aires.

Dalla, quien también había bajado de su montura y que había perdido toda iniciativa ante los imprevistos surgidos, creyó divisar entre el humo y las llamas un par de sombras, y algo más...

Acto seguido se movió con una rapidez asombrosa y logró levantar su escudo a tiempo para proteger al General de un dardo de ballesta que iba directo al pecho de este. No hubo tiempo para más gratitud que una mirada, también de alivio por no conllevar una explosión.

Por primera vez podían tener un posible objetivo. El teniente Janre, quien hasta el momento había permanecido a la vera de su General, había visto la dirección del dardo y junto a tres soldados marchó tras

la sombra. Dalla tampoco quiso permanecer por más tiempo a la espera, pero se conformó con refunfuñar cuando Gardar la cominó a quedarse a su lado.

La ciudad comenzaba a parecer una gran antorcha. La zona administrativa de Capitolia estaba envuelta en llamas.

Dalla, ante el asombro del General, se desprendió del yelmo para limpiarse el sudor, y se permitió una sonrisa. A Gardar tanto la sonrisa como el desprotegerse le pareció una mezcla de temeridad y estupidez. Pensó en decirle que se guardara su confianza, pero no le dio tiempo. Por la Puerta Norte entró al galope un oficial de la Guardia Leoparda. Antes incluso de haber detenido el caballo saltó con agilidad para cuadrarse frente al General.

—Mi señor, me envía mi Comandante Bersi para comunicaros con urgencia que nuestro campamento está siendo atacado. Los pocos honorios que quedaron al cargo de la intendencia y de los caballos están luchando valientemente, pero creemos que también mueren aprisa. Y Bersi, a riesgo de desobedeceros, ha decidido marchar en su defensa.

—¿Cómo es posible que nadie haya visto moverse al enemigo? —la pregunta la hizo Dalla, quien se mostró encolerizada, aunque ni ella misma sabía con certeza hacia quién estaba dirigido su enfado.

El mensajero ni supo responder, ni lo hubiera hecho de saberlo. Gardar en cambio lo tuvo por fin claro.

—¡Túneles, maldita sea, túneles! ¡Esos bastardos...!

No terminó la frase, una sonrisa de admiración le sobrevino.

—¡Más rápido, más duro!

Gregor aleccionaba a los suyos al tiempo que se aplicaba sus propias palabras. La milicia de Capitolia, con su General al frente, había irrumpido por sorpresa en el campamento honorio tras salir de la ciudad por la red de túneles que en los últimos meses habían logrado excavar. Los parios superaban con holgura la fuerza honoria, compuesta por

heridos, escuderos, mozos y personal de intendencia. Todos ellos morían rápido a manos de la diligente milicia, cuya principal misión no era arrasar el campamento, sino apoderarse de la cabelleriza.

Gregor tajó sin miramiento a un muchacho que trató de sorprenderle mientras arengaba a los suyos. La sorpresa no llegó y el muchacho apenas emitió un gemido antes de morir.

La milicia de Capitolia se movía con celeridad y contundencia, como Elmer y Athan habían exigido una y otra vez durante los preparativos tácticos. Gregor se reconoció para sí que, «viejo y rey son capaces de sacar lo máximo a lo mínimo, y aun de ir más allá».

Otro joven soldado, sin armadura y sin un brazo, cayó bajo un mandoble de Gregor. La milicia tenía la situación bajo control, pero eran conscientes de que eso no significaba mucho si no se marchaban pronto con los caballos. Tras eliminar a todos los honorios que no salieron huyendo, y pocos lo habían hecho, marcharon raudos al cerco que hacía las veces de establo. Los animales que no se dejaron ni montar ni ser tirados por las riendas, bien por la incompetencia del jinete o bien por la tozudez del caballo, fueron sacrificados.

—¡Premura, premura, premura!

Gregor divisó a la Guarnición Leoparda acercarse todo lo rápido que daban sus pies. Si la guarnición de Bersi llegaba al campamento antes de que ellos se marcharan, todo el plan se vendría abajo y la Milicia de Capitolia se encontraría en el mismo lugar donde se encontraban en esos momentos sus inmediatos rivales: muertos.

Gregor ordenó la retirada cuando sus soldados lograron calmarse y calmar a los caballos. Se dirigirían al Oeste. Los leopardos no les cerrarían el paso, se encontraban demasiado lejos. La operación había resultado un éxito. El último en abandonar el campamento enemigo fue el propio General.

Gregor detuvo su nueva montura de color zaino ante el roble donde colgaba Ailoon. Su constitución era similar a la de Athan, aunque el muerto era más alto. Espantó a dos cuervos que daban buena

cuenta del rostro del cadáver. Concluyó en un par de rápidos vistazos que no tenía tiempo para bajarle del árbol. También dedujo que el discurso que Athan hiciera hacía unas horas, debió de producirse, dado el estado del cuerpo de uno y de la emoción del otro, al mismo tiempo. El anciano había llorado al hablar con pasión sobre los sacrificios que comportaba la libertad, y la mayoría de los parios no pudieron contener las lágrimas mientras le escuchaban. Athan debía saber de algún modo que su amigo abandonaba la vida, no muy lejos de él, sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

Gregor divisó desde su montura que la llegada del Comandante Bersi, y de otros dos oficiales leopardos, sería inminente. A diferencia del resto de la guarnición marchaban a caballo, y en los últimos metros decidieron adelantarse al ver la figura solitaria del General de la Milicia. Este no cedió a la tentación de esperar y enfrentarse a ellos, aunque por los buenos informes que había escuchado sobre el joven Comandante Bersi, tuvo ganas de hacerlo. Hizo, sin embargo, lo que tenía que hacer; picó espuelas, se puso al galope para unirse a los suyos y pensó que el joven honorio se llevaría en breve una última y desagradable sorpresa.

Una salva de flechas sorprendió a la Guarnición Loba y causó media docena de bajas. Su Comandante Freydis era la viva imagen del desconcierto; cuando se le había ordenado marchar a Paria en lugar de permanecer junto a su reina, se sintió apartado; cuando se le dejó como retaguardia en el ataque a Capitolia, se sintió despreciado; cuando Bersi tomó la iniciativa de regresar al campamento sin esperar órdenes, se sintió inútil.

Una de las flechas había atravesado la gola del sargento de Freydis. El subalterno cayó al suelo desde su caballo y murió tras agonizar durante un eterno minuto. El Comandante pensó que ya era suficiente y ordenó a los suyos marchar en dirección a sus ocultos atacantes. Las flechas habían surcado el cielo desde el Noroeste, pero ni

rastro de los arqueros. Otra salva de flechas llegó en la misma dirección, pero esta vez no hubo más que una baja, la sorpresa había desaparecido.

—¡Una más! —Gritó Liv al comando de arqueros que dirigía.

La Capitana del ejército pario se encontraba al noroeste de la Puerta Norte, oculta con un pequeño grupo de arqueros en una de las numerosas zanjas que jalonaban esa zona. Quedaba claro que ni antes, ni durante los ciclos de cortesía que se habían ofrecido los reyes después del asesinato de Alyria, los parios habían perdido el tiempo. Lograron terminar diversos túneles que conectaban varios puntos de Capitolia con el exterior, se excavaron zanjas y trincheras a las afueras de la ciudad, y se lograron preparar algunas trampas sin ser avisados por el enemigo. Todo ello formaba parte de la misma estrategia con la que esperaban sorprender, diezmar y aturdir a los honorios.

Liv se encontraba plenamente recuperada de las heridas causadas por el Comandante Kohdran durante el primer asalto a Capitolia. Se sentía pletórica y era consciente de que la adrenalina le estaba infundiendo un valor que debía controlar, pues le apetecía batirse cuerpo a cuerpo contra todos los rivales que se le pusieran por delante, y esa no era la misión que tenía encomendada. Tretas y acciones de hostigamiento, ese era el papel que le tocaba representar. Y no le quedaba otra que estar de acuerdo, pues sabía que ejecutaban una estrategia brillante, la única que les podía dar alguna opción de victoria ante un ejército tan superior.

La Guarnición Loba, con Freydis a la cabeza, tras la tercera salva de flechas sabía que marchaba en la dirección correcta y que antes o después darían con sus enemigos. Había una superioridad numérica aplastante, pero Liv calculó que había tiempo y distancia suficiente para una última descarga de flechas. Lamentó que para ella no hubiese nada de ese polvo extraño que hacía saltar las cosas por los aires, pero entendía que era un bien tan preciado como escaso. Las simples flechas no causaron más de dos bajas y unas cuantas cojeras.

—¡Fuera, fuera, fuera!

Los parios al escuchar la orden imperiosa de su Capitana se colgaron el arco compuesto al hombro por medio de una correa especial, desenfundaron las espadas y salieron de la trinchera poniéndose a la vista de los honorios. Estos, con sus enemigos a la vista y la superioridad evidente, cerca de siete mil frente a menos de cien, apretaron el paso. Liv y los suyos aguantaron en su nueva posición conteniendo los nervios. Cuando quedaban poco más de doscientos pasos para la embestida, la Capitana esbozó una sonrisa. La primera línea de la Guarnición Loba cayó en una zanja profunda que había sido disimulada con paja y tierra. La trampa no terminaba en el agujero.

—¡Ahora!

La orden fue dictada desde otra trinchera, esta a unos trescientos pasos, perpendicular a la trampa. La había gritado el General Max.

Flechas ardientes secundaron la orden y dibujaron un arco en el cielo. Algunas de ellas lograron su objetivo: alcanzar la trampa donde había caído la primera línea de los Lobos con su comandante a la cabeza. Freydis logró salir a duras penas gracias a la ayuda que recibió de soldados que se encontraban dentro y de los que se encontraban afuera. Sobre el comandante impactó una flecha, pero con un ángulo que la hizo resbalar contra la armadura. Más fortuna lograron las flechas que alcanzaron el fondo de la zanja, cubierta de brea y de ramas secas. El agujero se transformó en un abrir y cerrar de ojos; dejó de ser una trampa y pasó a ser una pira mortal para los que no salieran de allí de inmediato. El caos, los gritos y la desesperación ocuparon a buena parte de la Guarnición Loba, pero pronto se dieron por perdidos a los desafortunados y Freydis rodeó la zanja para enfrentarse al destacamento de Liv, que se encontraba algo más cerca que el de Max.

La Capitana ordenó retirada sin ningún rubor. Las armaduras de los parios eran más ligeras y sus movimientos más seguros. Marcharon en línea recta, en zigzag, con amplias curvas... Tenían claro lo

que hacían y cuando sus perseguidores no repitieron los mismos movimientos, cayeron en otras zanjas que retrasaron la ya de por sí torpe persecución. Pronto Freydis se convenció de que se trataba de una pérdida de tiempo, de energía y de soldados desperdigados. Ordenó un pequeño destacamento de unos quinientos efectivos y les puso tras la marcha de la Capitana. Marchó a batirse entonces, con en el otro frente abierto, que no había dejado de asaetearles, que parecía tener intención de plantar cara y que llegaba a los quinientos efectivos.

Max no había dejado de desgañitarse ni de hostigar desde el flanco a los lobos, y había conseguido finalmente que el enemigo cargara contra él y los suyos.

El joven Comandante honorio tuvo dificultades para imponer lo que ya era su dubitativo mando, pero al final lo logró. Valor no le faltaba y una vez más marchó en primera línea de batalla, en esta ocasión contra Max.

La escena de Liv se repitió ante la desesperación de Freydis: el General ordenó retirada sin esperar el choque directo. Max y su destacamento, en su repliegue no tardaron en llegar a la boca de un túnel donde se metieron sin dudarlo un instante. Freydis sí tuvo la duda de si seguirles o no, pero al final lo hizo con un tercio de su Guarnición.

El túnel era ancho, oscuro y no demasiado alto. La baja estatura del Lobo, sin embargo, le permitía caminar erguido. Olía a humedad y a brea. Freydis tuvo miedo de encender antorchas y el paso de los suyos se ralentizó. El Comandante honorio comenzó a titubear y a arrepentirse de su decisión. Unos segundos antes de que comenzaran a escucharse ruidos de martillos, ordenó regresar a la mitad de los suyos. Cuando tiempo más tarde todo hubo acabado, se pudo contabilizar que cobijados por el miedo, la confusión y la oscuridad, fueron muchos más de la mitad de ese tercio inicial que entrara en el túnel, los que regresaron por donde habían venido. Muy pocos confiaban ya en su Comandante, y mucho se recelaba de las tretas parias.

Freydis, siempre valiente, tenso y bañado en sudor, divisó al mismo tiempo la boca de la salida del túnel, y a una decena de fornidos parios que golpeaban con pesadas mazas las vigas principales. La imagen le llenó de súbito de un miedo visceral. Los soldados lobos que encabezaban la marcha junto a su Comandante, sintieron lo mismo que él y echaron a correr hacia la salida al comprender lo que intentaban sus enemigos. El caos se adueñó de los honorios, pero apenas hubo tiempo para el miedo.

Las vigas martilleadas cedieron y la boca del túnel se derrumbó. Algunos honorios casi lograron escapar, pero no lo hicieron; los fornidos parios casi quedaron atrapados, pero consiguieron salir a tiempo. Los lobos no perdieron el tiempo en intentar desescombrar la salida y pensaron que tendrían alguna oportunidad en la otra parte del túnel, por donde habían entrado. Así que los que no habían huido hacia la entrada lo hicieron en ese momento. Todos, salvo el Comandante Freydis, quien se quedó en la más absoluta quietud, bajo aquella oscuridad casi completa. En ese estado escuchó las carreras y el desconcierto de los suyos, pero también algo peor.

El túnel era frágil, había sido construido inestable a propósito, y poseía un sistema ingenioso de fuertes y contrafuertes por el cual al venirse abajo una viga, la aledaña no tardaba en hacerlo, lo que a su vez provocaba la caída de la siguiente, hasta que todo el túnel se venía abajo. Eso es lo que terminó por ocurrir y ese derrumbe fue lo último que escuchó el Comandante Freydis de la Guarnición Loba, quien quedó sepultado bajo los escombros de la trampa y de su desastrosa actuación.

Si Freydis hubiera sobrevivido, tal vez le hubiera quedado el consuelo de saber que todos aquellos que le desobedecieron, al huir antes de tiempo del túnel, y al no seguirle hasta el último momento, consiguieron salvar la vida. Fueron la mayoría del tercio original que se adentró con él en la trampa. Los que le siguieron hasta el final no tuvieron tiempo de escapar y perecieron más o menos leales junto a su Comandante.

A unos cientos de metros y al noreste del caos provocado por el derrumbe del túnel, una flecha con una cinta roja anudada en el asta, cortó en un arco el cielo. Era la señal de que el destacamento de Liv había burlado a sus perseguidores. A otros cientos de metros, pero al Suroeste, otra flecha, pero con una cinta de color azul, hizo lo propio. Era la señal de que el destacamento de Max también había logrado su objetivo. Cada uno marchó en una dirección, debían separarse por un tiempo y eran conscientes de que tal vez no se volverían a encontrar.

La Capitana marchaba hacia el Noreste con su pequeño destacamento cuando sintió un vuelco en el corazón. Supo —fue más allá de una simple coronada— que algo horrible acababa de ocurrir.

Todos los frentes abiertos durante el asalto a Capitolia, ocurrieron más o menos al tiempo. Sé que ordenar las cosas en ocasiones puede matar el espíritu y la fuerza, pero mejor será rebajar la impresión de algo, que dejarla confusa. Necesitamos aquí volver sobre nuestros pasos, al momento en que Gardar salía de Capitolia.

La ciudad ardía a las espaldas del General, pero no se engañaba, tenía las manos vacías. En ese momento Freydis decidía cargar contra Liv, sin poder imaginar todo lo que se le vendría encima. En ese momento Gregor escapaba al galope de la Guarnición Leoparda. Y finalmente, en ese momento Bersi llegaba al galope hasta el campamento que acababan de asaltar los parios. Le esperaban...

Elmer esperó con el arco tenso a que el Comandante Bersi se pusiera a tiro. El rey quería eliminarle cuanto antes. Si descabezaba a su líder, la guarnición se desmoronaría y la huida sería plácida.

El destacamento de doscientos soldados que acompañaba al rey, aguardaba dentro de una trinchera, oculto y a la espera de órdenes, pero Elmer se encontraba fuera de la misma, camuflado por un hechizo que le había mimetizado con la aridez del terreno. El rey había

tenido que calcular con cuidado la distancia; de acercarse demasiado, la anarcanita de los honorios actuaría y le dejaría al descubierto.

Bersi llegó al campamento base flanqueado por dos de sus oficiales. Se tragó la rabia y dejó escapar a Gregor, perseguirle no tenía sentido dada la situación. El Comandante detuvo su caballo, el animal respiraba fuerte por sus ollares. Bersi contempló la huida del gigante. Elmer disparó con su arco.

La flecha voló certera, pero el Comandante Leopardo la vio llegar por el rabillo del ojo y pudo revolverse en el último instante. La punta rozó la celada del honorio y saltaron un mar de chispas, pero la flecha pasó de largo sin causar mayor daño.

Por un momento se arrepintió de no haber hecho caso al anciano, quien le había recomendado cargar la punta de la flecha con una bolsita que contuviera el polvo explosivo con el que se habían preparado las flechas de Wint, para ser disparadas a los edificios de Capitolia. Elmer adujo un problema de peso y equilibrio, pero en el fondo sabía que se trataba de otra cosa. El rey había perdido la fe en Athan.

¿Acaso podía descartar de raíz que el anciano no hubiera tenido nada que ver con la muerte de su madre? ¿Acaso la elección de Wint para defender Capitolia junto a él, no resultaba extraña, y un peligro absoluto para el amante de Liv? ¿Acaso el viejo no sacrificó en su día a los mineros para distraer la atención de Honoria? ¿Pero es que acaso el anciano no le había reconocido que era cualquier cosa, menos bueno y cándido? Elmer reconoció que contemplaba al anciano desde una nueva y turbia luz.

Y lo anterior lo pensó Elmer en apenas un segundo, para llamarse idiota en el siguiente al haber mezclado la duda con la inteligencia, por haber dejado que su enfado y su desconfianza con respecto al anciano se mezclaran con el éxito de la misión. Pero llegó un tercer segundo, y alejó de sí todas las sombras. Elmer sonrió, permaneció de pie con el arco destensado e hizo que el hechizo desapareciese para

ponerse a la vista de Bersi y del resto de leopardos. El rey vestía una armadura ligera de color verdoso. El plan debía continuar.

El Comandante honorio se tocó el yelmo con un guantelete y sonrió para sí. Perseguir a quienes huían a caballo teniendo en cuenta que su guarnición marchaba a pie, era una estupidez. En cambio, atacar a quien acababa de dispararle, quien acababa de descubrirse, quien de acuerdo a los datos de que disponía podría ser el mismísimo rey, parecía una opción más que razonable.

Elmer levantó su brazo izquierdo y momentos después un centenar de flechas sobrevolaron por encima de su cabeza en dirección a la Guarnición Leoparda, que llegaba exhausta hasta la posición de su Comandante. La descarga no causó ninguna baja, solo un par de heridos.

Los honorios se encontraban a las puertas de su campamento, los parios al noroeste del mismo. Bersi sopesó rápidamente qué hacer.

El Comandante se encontraba al mismo tiempo harto de sorpresas y lleno de rabia. No tardó en decidirse y en transmitir sus órdenes con gritos, gestos y diligencia. La mayor parte de los soldados no se moverían, en el campamento quedaban víveres y pertenencias que interesaba conservar. Pero su infantería más dura y resistente, apenas unos trescientos, marcharía con él a la cabeza contra el rey enemigo y el destacamento que aún se escondía en la trinchera. «Lo que tenga que ocurrir será bienvenido», se dijo.

Mientras tanto, Gardar seguía a las afueras de Capitolia. Reunía a las tropas cercanas con templanza. Daba la espalda a las llamas de la ciudad. Con un catalejo había seguido lo ocurrido con los caballos y los movimientos de Bersi. En ese momento un oficial lobo llegó exhausto hasta él y le empezó a poner al corriente de lo sucedido con Freydis. El General no hizo gestos de sorpresa, de enfado, ni realmente de nada. Parecía imperturbable, como si ya hubiera tomado la decisión correcta.

La persecución de los leopardos al destacamento de Elmer no resultó como el rey había previsto. Este consiguió matar con una flecha

certera el caballo del Comandante, pero esa fue la última satisfacción del rey. El hecho de que Bersi apenas tardara en ultimar los dos grupos en que dividió a su guarnición, y el hecho de que los perseguidores fueran competentes y rápidos, puso en serios aprietos a los perseguidos. Elmer no ordenó una segunda salva de flechas, lo que le habría supuesto un error fatal, y las trampas que jalonaron la retirada le dieron un respiro que creía no iba a necesitar. Los leopardos no cayeron en ellas, pero retrasó su persecución.

El rey y su destacamento de doscientos soldados huyó en carrera desbocada rumbo al Norte, dirección al río Vida, a través de los cultivos de patatas y trigo prontos a recoger. Después de varios kilómetros sin un solo respiro y de treinta y siete bajas de quienes no pudieron seguir el ritmo, que murieron bajo las espadas leopardas que les mataron a la carrera, los parios divisaron exhaustos su posible salvación.

Se trataba del *Puente del Pergamino*, y debían alcanzarlo, cruzarlo y derribarlo. Su nombre se debía a su inestabilidad y se trataba del único puente que cruzaba el río en esa zona.

Al otro lado esperaban al rey y a los suyos para derribar el puente una vez que el destacamento de Elmer lo hubiera cruzado. Sin embargo, la tarea no sería tan sencilla como se había previsto en el plan inicial, al haber tan poco tiempo de maniobra. Por si fuera poco, dos factores acrecentaron la incertidumbre. El primero fue que Elmer, en cabeza, se detuvo al llegar al puente y decidió cruzar el último. El segundo, que entre los encargados de cortar las riendas y echar el puente abajo, se encontraban Aston y Gradon, degradados desde su incidente en Capitolia con Gregor. Seleccionados para la misión por su aparente simplicidad, tenían en sus manos el destino de Paria.

Los primeros perseguidos comenzaron a cruzar los tablones del puente, que en algunos casos se rompieron por el peso y quedaron inservibles para el siguiente en cruzar. Mientras, Elmer seguía negándose a hacerlo hasta que el resto lo hubiera atravesado. Los hermanos no esperaron más y decidieron comenzar a cortar los amarres.

El puente se bamboleaba a uno y otro lado. Los parios no eran todo lo rápido que debían.

El resto del pequeño grupo encargado de la tarea de hundir el puente, miraba a los hermanos sin saber bien si cometían una estupidez, un acto de traición, o lo necesario para que cruzasen los suyos, pero no los honorios. Esa duda dependía en buena medida de a qué se atendiera. Si sus compañeros lo hacían de acuerdo al estado de embriaguez que los hermanos solían gastar, la estupidez era la solución, y si el grupo recordaba cómo Aston y Gradon hablaban por costumbre del rey, la traición era la respuesta. Había en cambio que esperar al resultado.

Por fin comenzaron a cruzar el puente los últimos parios que habían huido a la carrera con el rey. Este vio que los leopardos se les echaban encima definitivamente y decidió conjurar un hechizo. Un remolino de arena se levantó entre él y sus enemigos, y sumió a estos en una confusión momentánea. Fue el tiempo que Elmer precisó para lanzarse sobre el destalado puente. En cuanto lo terminó de cruzar, después de haber estado a punto en varias ocasiones de precipitarse al vacío por culpa de tablones traicioneros, los hermanos cortaron los últimos amarres de *El Pergamino* y este se desmoronó hacia el río. Su bravo caudal impediría cruzar y vadearlo en varios kilómetros.

Elmer tomó algo de resuello y se deshizo de su armadura. Cuando levantó la vista comprobó que al otro lado del río, Bersi le miraba con fijeza. El honorio sostenía un arco en la mano, con la flecha colocada, pero sin tensar. El Comandante pareció resignarse y no hizo amago de disparar. Asumía haber estado a punto de cazar una gran presa que se le había escapado en el último momento. Elmer sostuvo la mirada de su rival y decidió inclinar el cuerpo en señal de respeto. Bersi le devolvió el saludo y acto seguido ordenó a los suyos regresar al campamento. Echó un último vistazo al rey, luego al rugiente torrente del río, y se dio media vuelta.

Por su parte, muchos parios, exhaustos, se dejaron caer por el suelo. Los que aún tenían algo de fuerza sonreían. Los que lograron permanecer de pie felicitaron efusivos a los hermanos. Aston y Grardon lloraron, como si su acción les hubiera devuelto el orgullo que habían perdido. Elmer se les acercó y estrechó sus manos.

No tardó el rey en separarse del grupo unos pasos. Miró al Noroeste. En el horizonte se recortaba Dima y las dos montañas menores que la flanqueaban. Pensó en la comodidad de su antigua cueva y se preguntó si en esos momentos toda Paria era su hogar y su responsabilidad. Elmer también pensó en las mujeres que habían quedado allí arriba, y en la extraña sensación que le recorría el cuerpo cada vez que las recordaba.

—Si me doy prisa —el rey se escuchó con sorpresa—, en dos ciclos a galope tendido llegaré hasta Dima, y descubriré qué es lo que ha ocurrido con la niña y con su madre.

Elmer dejó de mirar a la montaña y miró a su destacamento, luego de nuevo hacia Dima. Al final farfulló para sí:

—Deber frente a querer... y tener que elegir siempre. Por si fuera poco, un solo error, y el fin. Si al menos se tratase tan solo del mío...

Elmer se sintió agotado.

El teniente Janre llevó al prisionero ante el General, pero este apenas le prestó atención y le derivó a Dalla.

—Haced con él lo que la Tenienta estime oportuno —dijo Gardar lacónico, sin mirar al suboficial ni al prisionero, quien se encontraba inconsciente y herido, al que habían arrastrado hasta allí dos soldados.

Hasta ese momento Wint el Risas se había negado a hablar, y había mostrado un orgullo y una entereza nada despreciables. Con cada golpe que le propinaron creció la estima del teniente hacia el pario. Janre no terminaba de entender en qué pensaba el prisionero mientras le golpeaban, pero supuso que se trataba de amor. Los ojos de Wint

parecían mirar más allá de su tortura, como si recordara momentos felices. Incluso con la dentadura rota siguió su risa. Al final le arrancaron una sola palabra inservible: Liv. No había dolor en su rostro, aunque Wint se desmayó al momento.

Cuando Gardar llegó al campamento ya había sido informado punto por punto de todos los frentes. En líneas generales el nuevo asalto a Capitolia resultaba un rotundo fracaso.

No se había producido una sangría de bajas entre las guarniciones, pero tampoco se había logrado ninguno de los objetivos. La ciudad seguía en pie, a pesar de las llamas; el rey usurpador seguía libre y vivo; lo mismo ocurría con el anciano, de quien Gardar ya no tuvo dudas, era el mismo que se encontró en la frontera para anunciarle la revuelta de las minas, quien conjuró la imagen de Kohdran derrotado durante el primer asalto, y una de las sombras que hizo volar por los aires a varios de sus soldados con las flechas explosivas en el segundo; los parios les habían robado la mayor parte de los caballos; y finalmente, el poderoso ejército honorio apenas había causado bajas a su enemigo. Paria una vez más demostraba ser resuelta, astuta e imaginativa, mientras que él se veía caduco y torpe.

Gardar había exigido que le dejaras solo y que no le molestasen bajo ningún concepto. Llegó hasta el árbol donde aún colgaba Ailoon. El rostro del anciano estaba completamente desfigurado por los cuervos, varios de ellos seguían con el festín. El General los espantó agitando las manos y con gritos. Cuando las aves revolotearon hasta las ramas superiores, el honorio se dirigió al cadáver:

—Viejo, llevabas razón, nos ha tocado ser la peor pieza del baile de esta historia. Nosotros hemos hecho hermosos a otros, a costa de nuestro fracaso.

El General se quitó la armadura con parsimonia, pieza a pieza. Al final se quedó con un calzón de lino, una fina camisa gris y un cuchillo entre los dientes. Escaló por el roble mostrando una agilidad difícil de

imaginar para alguien de su edad. Llegó hasta la rama de la que colgaba la soga que había ahorcado al viejo y cortó la cuerda.

El cuerpo al caer produjo un ruido seco. Gardar no tardó en bajar del árbol. No se molestó en vestirse con ninguna pieza de la armadura, no se preocupó de las preguntas que la escena ocasionaría. Sí que sintió en cambio haberle fallado a su Capitán, quien allá en Espada maldeciría al enterarse. Lo sintió, pero no se detuvo. Tomó la espada enfundada que se encontraba en el suelo y la desenfundó. Apoyó el puño de la espada contra el tronco del roble, sujetó con fuerza la hoja en perpendicular a sí mismo y empujó con determinación hasta clavarse el arma en el corazón. Los cuervos tendrían donde elegir.

Cuenta el teniente dragón Janre en su diario, en el mismo diario donde especula sobre los últimos pensamientos de su General, que por la expresión de la cara de este, murió tranquilo y en paz. Así me gusta imaginarlo a mí también, aunque no le conociera, aunque hubiera sido mi *enemigo*.

Por suerte para Gardar, no llegó a enterarse de que entre las llamas de Capitolia perecieron los más de tres mil rehenes de la guarnición leona, que se habían rendido durante el primer asalto a la ciudad. Dos soldados fénix encontraron a los honorios ya calcinados dentro del ayuntamiento, arrasado por las llamas. Los prisioneros habían sido amordazados y atados de pies y manos, y si la ciudad no hubiese sido incendiada, ellos habrían salvado la vida. Quien sí tuvo conocimiento de la masacre fue Dalla, pero ordenó a los dos soldados que encontraron los restos calcinados en el ayuntamiento, silencio absoluto por el bien de Honoria, y de la guerra.

CAPÍTULO XVI

Malditos sean todos los reyes que se creen impunes ante sus súbditos. Y maldita sea especialmente ella. Y porque no lo llega siquiera a concebir, y por nuestras maldiciones, que la venganza y la traición sacudan los cimientos de esta Guerra.

Palabras con las que Kolli se presentó ante los antiguos escuderos Thorvald y Villburg.

Al anochecer cayó la lluvia sobre la Ciudad Blanca de Esdla. El sobrenombrado era fruto del blanco de sus edificios. Se trataba de una de las ciudades más importantes del Reino de la Magia. La cuarta en cuanto a población, la tercera en comercio, la quinta por su Biblioteca, cargada de manuscritos históricos. Repleta de edificios únicos, de jardines maravillosos, de teatros, de salas culturales, de Escuelas Mágicas centenarias... Y sin embargo, había sido abandonada a su suerte.

Ubicada en el Camino Real, todos sus habitantes se habían dirigido hacia el Sur antes de que llegaran las tropas honorias. Y cuando me refiero a todos, quiero decir todos, sin excepción ni sorpresa.

La reina, en un cambio de actitud radical con respecto a la primera incursión, había ordenado expresamente que se respetaran los edificios

y que no se saquearan las viviendas ni las posadas. Pero si la orden ya se había cumplido a duras penas en ciudades anteriores, en Esdla iba a resultar todavía más difícil. Por un lado, por la tentación de un mayor botín. Por otro, porque al ejército regular de las Guarniciones, había que sumar las fuerzas nobles que había conseguido reunir el Consejero Solvi; treinta mil jóvenes con la misma sed de gloria que de rapiña. Un número por otra parte, muy inferior al que se calculó inicialmente, sin duda alguna por las decisiones que la reina había adoptado con respecto a las cuotas de poder que correspondía a las familias nobles. Aunque no cabe decir que Reika estuviese preocupada lo más mínimo por la fuerza de su ejército.

La ciudad, más que ocupada por los honorios, parecía desbordada. La guerra en territorio arcano, una vez que se terminó la tregua que pactaron los hermanos, se desenvolvía para Reika y sus tropas como un paseo aún más sencillo que su primera incursión, donde al menos habían encontrado resistencia. Los altos mandos militares, con la reina a la cabeza, cada ciclo desconfiaban más, pero los soldados se emborrachaban a la primera ocasión y se tomaban la guerra como si ya hubiesen arrasado al enemigo.

Por si fuera poco, Esdla era la primera productora de extracto y la segunda de cerveza, y las tabernas estaban plagadas de barriles con ambas bebidas. La reina pronto se percató del peligro y prohibió que sus soldados se emborrachasen, pero consciente de que a quien está dispuesto a morir por ti no le puedes negar todos los vicios, sí que les permitió el consumo de alcohol. Por supuesto, pocos supieron, o quisieron, identificar el delgado límite que separa un consumo razonable de una borrachera en toda regla.

Llovía moderadamente mientras los últimos soldados jóvenes y nobles, bajo el mando de Solvi, entraban en la Ciudad Blanca. Era noche cerrada y las nubes impedían ver las estrellas. La oscuridad sobre la ciudad era casi total.

Los tres encapuchados decidieron retirarse a una de las habitaciones que habían ocupado en *La Posada del Abedul*. Al entrar se bajaron las capuchas y acto seguido revisaron el contenido de los macutos: barbas, patillas postizas, vendas, maquillaje... Tras un cruce de miradas, enseñaron sus cuchillos. Los cruzaron en claro juramento.

—¿Y bien? —preguntó Kolli a sus compañeros mientras tocaba el filo de su arma con los dedos.

—Ahora mismo nuestro consejero calvo se está reuniendo con la reina en el ayuntamiento —contestó Villburg despreocupado, al tiempo que se servía una jarra de cerveza.

—Y mañana acudirán a primera hora a *La Cantina del Grillo* —dijo Thorvald, algo nervioso, y se dedicó a correr las cortinas del cuarto.

—Entonces —el ex coronel habló, desapasionado— mañana convertiremos *La Cantina del Grillo* en un reguero de sangre real, en un nombre histórico. Es probable que no podamos contarla ni disfrutarlo más allá de unos breves momentos, pero antes de morir paliaremos una venganza que será suficiente regalo.

El Consejero, maestro de armas, Capitán del Destacamento Noble y *padre* de la reina, entre otros *títulos*, llegó al ayuntamiento bajo una lluvia plomiza y envuelto en una capa verde, que le había acompañado a lo largo de todo el camino del Noroeste por el que había conducido a sus tropas. Nada más encontrarse bajo el pórtico del edificio construido en mármol blanco y rosado, se quitó la capa y la arrojó contra el suelo. El ruido sordo desperezó a los dos guardias que custodiaban la puerta principal, apenas alumbrada por unos faroles de mano que ofrecían una exigua luz. Los guardias reconocieron a Solvi y se revolvieron nerviosos.

—No os vayáis a hacer daño, soldados. Decidme en qué sala se encuentra la reina y volved a dormiros.

Uno de ellos balbuceó, el otro salió en su ayuda:

—El ayuntamiento es enorme, Consejero, y la reina simplemente nos dijo que buscaría una estancia donde descansar. Que salvo noticias graves no la molestáramos.

—¿Yo soy lo suficientemente grave?

Una vez dentro del edificio la única luz provenía del farol de mano que había tomado de los guardias. Hacía muchos años, el Consejero había estado en Esdra en misión diplomática, y sabía del tamaño del ayuntamiento, así como de su decoración abigarrada, ensombrecida en esos momentos por la casi total oscuridad.

Se preguntaba hacia dónde encaminarse cuando escuchó unas pisadas. Las manos, de manera mecánica, se colocaron en el puño de la espada. No tardó en divisar a un niño que bajaba unas escaleras de caracol. La imagen no era tranquilizadora. Una esfera de luz mágica levitaba sobre la mano del niño e iluminaba todo a su alrededor, produciendo un contraste tenebroso entre luces y sombras, que cambiaban a cada paso.

Solvi no desenfundó la espada. El niño se mostró seguro y se encaminó hacia el maestro de armas, a quien habló desde una distancia de varios metros.

—La reina os espera, mi señor —la esfera mágica parpadeó y perdió fuerza a causa del efecto de la anarcanita.

El maestro Solvi había temido encontrar a su pupila borracha; habría esperado encontrarla en la cama con alguno de sus Guardias; pero lo que Solvi no hubiera nunca podido imaginar, fue ese recibimiento.

Pocos minutos más tarde reina y maestro se fundían en un largo abrazo. Tenían poco tiempo y muchas noticias que darse sobre la guerra. Sin embargo, las dejaron para el final, primero se contaron menudencias, luego se pusieron al día sobre aspectos como el del niño copero que recibiera a Solvi. Y cuando llegó el momento de tratar los asuntos más serios, era muy tarde y decidieron dejarlo para el amanecer, en la cantina donde ya se había acordado la reunión decisiva. Se despidieron con otro abrazo. Ambos sentían que en los ciclos

venideros la mirada del Padre y de Zarrk descendería sobre Reika para juzgarla; todo o nada era lo que estaba en juego. Para eso se habían preparado desde que la reina tenía conciencia de sí misma.

Antes de que el niño copero apareciera de nuevo para acompañar a la salida al maestro, este recordó a su ahijada la primera palabra que ella pronunció, cuando todavía se hacía sus necesidades encima.

—Está bien maestro —dijo la reina con una sonrisa—, trataré de asumir mi destino... sin mearme ni cagarme encima.

La Cantina de los Grillos era una mezcla de taberna, casino y hospedería, con una planta dedicada a cada una de las actividades anteriores. El casino quedaba en un sótano espacioso y con numerosas mesas sobre las que había diversos juegos de lógica típicos de Arcania, de los que rehuían los honorios. Arriba estaban las habitaciones, donde a esas horas de la mañana aún quedaban muchos soldados que se habían acostado tarde y mal la noche anterior. En la primera planta quedaba la taberna.

No llovía, aunque el cielo parecía decidir qué hacer al respecto.

La reina entró en la cantina y de inmediato concentró todas las miradas. Vestía una armadura llamativa, de un rojo intenso. Se trataba de una defensa ligera, con la que podía realizar movimientos ágiles como a ella le gustaba, sin renunciar a cierta protección. Sonreía. Buscó con la mirada y encontró en uno de los rincones de la cantina a Taros, hacia quien se encaminó directa, salvo por un momento que se detuvo para dejar paso a un soldado cojo y barbudo, que se cruzó descuidado en su camino.

—¿Os gusta madrugar —preguntó la reina a Taros cuando llegó hasta él—, o es que una extraña nostalgia por estar en vuestro reino, pero en el bando enemigo, os impide dormir? Aunque recuerdo que en Luz no os mostrasteis muy insomne.

Taros devolvió la mirada escrutadora a la reina y preguntó a su vez:

—Y a vos, ¿os gusta madrugar o la sed de triunfo es lo que anima vuestro rostro?

La reina esbozó una amplia sonrisa como respuesta. Luego pidió al honorio que hacía las veces de tabernero, un vaso de extracto.

Un soldado de aspecto demacrado, con vendas en brazos y pies, y que acababa de bajar de la planta de arriba, se colocó a la distancia de dos mesas de la reina. «Quizá sea el tipo con peor aspecto que he visto nunca, ¿por qué no pedirá licenciarse y regresar a casa?», pensó la reina. Reika arrugó la nariz y le olvidó por completo. El soldado pareció poner un ojo en la escalera que daba acceso al casino y otro en el compañero cojo de unas mesas más allá de la suya. Nadie advinó su nerviosismo, ni escuchó los resoplidos que parecían escapársele más allá de su voluntad.

—Todo el mundo quiere madrugar hoy —dijo la reina al abrirse la puerta de la cantina.

El murmullo ligero que se escuchaba se cortó en seco, no hubo ningún soldado que no entendiera que se iba a producir una reunión decisiva. Solvi, Grimm la Hiena, Helg y Erpr, el nuevo Comandante Oso, entraban al tiempo. Todos vestían sin armadura, pero con cotas de malla de mayor o menor grosor.

Una maldición rasgó el silencio cuando a un soldado de rostro sucio y largos bigotes que subía del casino, se le derramó casi toda la jarra de cerveza que llevaba. Por unos segundos todas las miradas se concentraron en él.

—Tabernero —la reina miró con el ceño fruncido al autor de las maldiciones—, servidle otra cerveza al soldado patoso..., pero que sea la última.

Pronto la reina y todos los oficiales se sentaron, si bien Solvi lo hizo tras detectar un brillo en los ojos del soldado con bigotes.

En torno a la mesa se habló de los informes de los rastreadores, de la ausencia de noticias sobre la batalla de Capitolia, se sacaron y extendieron mapas, se defendieron diversas estrategias de ataque.

Taros quiso rebajar las expectativas de la mayoría al asegurar que el rey Tabalt tenía que estar preparando algo importante, que no regalaría su reino sin presentar batalla, aunque la batalla tal vez la diera en Luz. Solvi secundó al arcano sin tener claro el lugar más probable del ataque. Grimm apostó por dividir al ejército en tres bloques homogéneos para hacer frente a cualquier imprevisto. Erpr, sin demasiada convicción, quiso oponerse al asegurar que un único bloque aseguraría la victoria ante cualquier enemigo. Helg apenas habló, aunque cuando lo hizo tartamudeó menos de lo normal. Y la reina concluyó que antes de llegar a Luz, su hermano les haría frente.

La mañana dejó paso al mediodía. Las nubes decidieron descagar. Una lluvia monótona comenzó a golpear el tejado de la cantina.

A pesar de las horas transcurridas muy pocos soldados se movieron de la cantina, tal vez por mostrarse expectantes con respecto a la reunión. Mientras, los reunidos se centraban en lo suyo. Finalmente pareció que todos los puntos fueron expuestos.

La reina se tomó su tiempo para hablar, miró a cada uno como si recordara lo que habían aportado y terminó por ordenar, sin centrarse en nadie, que tuvieran a sus tropas preparadas para partir a la mañana siguiente.

—En las horas venideras os iré llamando para concretar la estrategia, y vuestros cometidos particulares. Ahora dejadme sola, quiero ultimar alguna idea, tengo que hablar conmigo misma.

El tono de voz fue cominatorio y no hubo nada más que discutir. Las sillas chirriaron y la cantina comenzó a vaciarse poco a poco. El maestro de armas, sin embargo, en lugar de marcharse se encaminó a la barra. Taros tampoco salió de la cantina y pareció tornar su habitual semblante relajado —el hecho de considerársele por muchos un cambiácapas, un traidor, un conspirador, no parecía afectarle lo más mínimo—, en uno acechante.

La reina, ensimismada ciertamente en sus pensamientos, no escuchó cómo su maestro de armas pedía al tabernero una copa de extracto.

Si lo hubiese escuchado, tal vez su actitud hubiese cambiado de raíz, poniéndose alerta y en tensión, pues sabía que Solvi era un abstemio convencido. Mientras, Taros se paró al lado de la puerta de salida. Nadie de los que quedaron en la cantina vino a percibirse de su presencia, y pareció convertirse en una sombra. En una sombra, eso sí, que comenzó a murmurar un extraño lenguaje, lenguaje desconocido por los honorios, pero también desconocido para casi todos los arcanos.

Solvi tenía localizado al tipo de rostro sucio, largos bigotes y patillas, que maldijera al tirar la cerveza, y quien todavía no había terminado la jarra que la reina mandó ponerle. El soldado le recordaba a alguien bajo esas capas de soldado corriente. Este miraba al vacío como acostumbraban a hacer tantos soldados cuando habían perdido algo o a alguien importante, como si se preguntasen qué hacer, o para qué seguir viviendo. El maestro de armas llegó a sentir pena observando aquel rostro, era una expresión sincera, y Solvi se relajó. Decidió quedarse un poco más y luego marcharse.

En la mesa del fondo la reina examinaba minuciosa un mapa que correspondía a las regiones al norte de Luz. Reika buscaba el lugar donde su hermano Tabalt podría atacarles con mayores probabilidades de éxito. A cada minuto que pasaba se convencía con más fuerza de que el Valle Asolado, a mitad de camino entre Esdla y Luz, sería el lugar elegido. De improviso la reina se levantó de su silla, pero con la mirada imantada en el punto del mapa que representaba el valle.

Solvi buscaba por última vez posibles sospechosos de lo que fuese, cuando para su sorpresa se topó con Taros, que murmuraba algo. Justo cuando las miradas de ambos se cruzaron, la jarra de cerveza del soldado de rostro sucio, se cayó al suelo, o más bien, fue arrojada. Las pupilas de Taros se dilataron al instante y Solvi, de espaldas al ruido en ese momento, supo que sus temores estaban fundados.

La reina oyó el ruido de la jarra al romperse, pero inmersa como estaba en sus pensamientos, tardó en procesarlo unos segundos. Fue el

tiempo que necesitaron Villburg y Thorvald para atacar, disfrazados respectivamente, uno de soldado barbudo y cojo, y el otro de soldado repleto de vendas. La jarra al suelo era la señal estipulada, Reika iba a morir.

Como no podía ser de otra manera, todo ocurrió en un suspiro mucho más largo de contar que de ver.

En dos largas zancadas, Villburg demostró su agilidad, que su cojera no existía y que estaba decidido para el regicidio. Sus motivos podrían ser considerados tal vez risorios, el despecho sexual y sed de gloria, aunque fuese para ser odiado, pero risorios o no, eran reales. El joven, cuchillo en mano, buscó el cuello de Reika en lugar de su corazón. Con toda seguridad le debió parecer más fácil rebanarle el cuello que no atravesar un corazón duro y protegido por la coraza.

Reika salía de sus pensamientos tarde y reaccionaba a todo lo que ocurría a su alrededor más tarde aún. Si no hubiese sido porque hacia ella voló una silla que le alcanzó entre el pecho y la cabeza, Villburg habría podido cobrarse su venganza.

Sin embargo, el impacto de la silla tiró para atrás a la reina, al tiempo que le daba el tiempo necesario a Solvi, el autor del lanzamiento, para llegar hasta ellos. La agilidad del maestro, quien subió de un salto a una mesa para saltar a su vez sobre Villburg, sería comentada y admirada por los presentes una vez que todo acabó. Y todo acabó muy rápido. Solvi aterrizó sobre Villburg con su espada al frente, evitando el cuchillo del joven y atravesando a este según caía.

Mientras Solvi mataba a Villburg, Thorvald, el antiguo escudero del rey Hakon, con sus vendas innecesarias, pero con su rostro demacrado y sin un ápice de maquillaje, se abalanzó sobre la reina caída tras el golpetazo de la silla.

La reina estaba aturdida y el fiel escudero fue directo al corazón, convencido de que podría atravesar la armadura ligera. Roja era la coraza, roja fue la sangre de Hakon, roja sería su venganza.

Pero tampoco fue posible esta vez acabar con la reina, porque una descarga eléctrica alcanzó la espina dorsal del conjurado, chamuscando sus vendas y fulminándole al instante tras una rápida y espasmódica sacudida. Thorvald cayó, ya inerte, sobre la reina. El cuchillo del joven chirrió sin fuerza sobre el peto, y la reina solo recibió otro impacto al ser golpeada por el peso muerto de quien fuera fiel escudero.

Quedan por narrar los movimientos del soldado de rostro sucio y largos bigotes. Nada más arrojar su jarra contra el suelo se encaminó hacia la reina, pero tras ver la silla volar se paró en seco, y al observar cómo morían sus compañeros de venganza, se sintió entre la espada y el rayo, nunca mejor dicho. Tuvo que decidir entre intentar escapar mientras reinaba la confusión o intentar cumplir con su promesa. Al fin y al cabo lo único que podía perder era su vida, una vida que como no paraba de repetirse así mismo, no valía nada.

Solvi sacó la espada de las entrañas de Villburg al tiempo que buscaba con la mirada la posición del soldado al que ya había reconocido.

—¡Seré idiota, cómo no os reconocí antes! —dijo desentendiéndose del estado de la reina.

Localizó de inmediato al ex coronel y este, ante la mirada asesina que encontró, decidió echar a correr. Solvi fue tras él, aunque se paró al llegar a la puerta, junto al arcano, quien tal vez pudo haber hecho más por detener al conspirador, aunque lo cierto era que el mago respiraba con dificultad y se encontraba doblado sobre su estómago.

El resto de los soldados que en ese momento estaban en la cantina, y que aún no habían salido de su asombro, recibieron la orden de Solvi de seguir al antiguo Coronel. Nadie discutió ni por un momento el mandato y el tabernero fue el primero en saltar la barra para cumplir con la misión. En apenas un minuto, en *La Cantina de los Grillos* tan solo quedaron la reina, el arcano, el maestro de armas y dos cadáveres.

Solvi retiró una mesa, una silla y el pesado cuerpo inerte de Villburg. Luego ayudó a la reina a ponerse en pie. Reika sangraba por la

nariz, tenía un labio roto, al menos un par de dientes le bailaban y su hombro izquierdo estaba muy dolorido. En cuanto recobró un poco la compostura comenzó a maldecir, y siguió haciéndolo a pesar de escucharse con una voz ridícula.

—¡Malditos bastardos, perros traidores! ¡Pero a qué juegan los dioses! ¿Se divierten acaso con este tipo de pruebas?

Reika miró el desaguisado con impaciencia. Taros caminó unos pasos y se sentó, parecía agotado. Solvi se preocupó de comprobar que los dos cadáveres lo fuesen sin género de dudas, pero además a Thorvald le examinó con cuidado. Prestó especial atención a la arañadura rígida y gris del antiguo escudero.

—Está muerto —dijo Taros al Consejero Solvi, y con cierta soberbia añadió—, os lo puedo asegurar.

—Ese maldito Kolli —la reina logró ver reflejado su maltrecho rostro en una jarra, y la rabia le dominó—, no tuvo bastante con que le castrara, y ha decidido que quiere ser cortado en cachitos... ¿Era él, verdad, era él quien ha organizado todo esto?

—Sí, ha sido él —Solvi no parecía nada contento—, y en caso de que le apresemos cortadle en cachitos si gustáis, pero sobre todo no volváis a dejarle vivo. A un honorio no se le puede arrancar el orgullo... y dejarle vivo después. La estupidez que cometisteis con el ex coronel casi os cuesta la vida, pero..., pero aquí ha ocurrido algo importante que no podemos pasar por alto.

—¿El qué? —la reina escupió en el suelo, había más sangre que saliva—. Que mi Consejero, maestro y padre, me ha partido la cara con una silla; que acabo de sufrir un intento de asesinato por parte de mi antiguo escudero, sin saber el motivo, y por parte del escudero de la única persona a la que quise, por el motivo que me puedo imaginar; que para no tener huevos, Kolli...

—¡No!

Solvi cortó a la reina con rotundidad, llevaba mucho tiempo sin emplear ese tono con Reika, pero ella no montó en cólera, sino que

se calló, sabía que no había estado a la altura de las circunstancias y que su maestro acababa de salvarle la vida.

—Para la guerra que se avecina... aquí ha ocurrido algo bastante más importante que unos cuantos errores.

Solvi dejó la espada que empuñaba sobre la mesa donde se había sentado Taros, a quien miró fijamente. El arcano sostuvo la mirada retadora del honorio y le preguntó:

—¿Pensáis acaso que he tenido algo que ver en todo esto...? Decidme entonces por qué iba a salvarle la vida a nuestra reina...

—Yo no he dicho eso —Solvi sonrió—, aunque no lo descarto..., pero lo que más me intriga y preocupa, es que pudierais convocar un hechizo teniendo en cuenta, no solo la cantidad de anarcanita que en la cantina acumulábamos todos y cada uno de los honorios, sino que vuestra magia logró fulminar a Thorvald, cuando este viste una excelente armadura rígida, regalo de Hakon, compuesta del mejor acero y del mejor mineral antimagia.

La reina cayó en lo que aquello podía suponer y puso cara de estupefacción por unos segundos. Consiguió controlarse y con la voz más natural que pudo poner, interrogó al arcano:

—Aparte de las explicaciones que nos vais a dar en breve, decidnos, ¿mi hermano sería capaz de conseguir lo mismo que vos, acaso la magia arcana puede librarse de los efectos anuladores de la anarcanita?

—Os advertí en la reunión de que la guerra no sería un camino de rosas. Mi reina, no sé cómo llegarán el resto de arcanos a la batalla, pero Tabalt ha demostrado que es capaz de lograr cualquier cosa. Le admiro y le envidio por ello, y vos..., vos deberíais temerle.

Un imponente edificio de colores cálidos y con forma de esfera, se erigía a pocos metros de las negras ruinas de la Magna Biblioteca. Tabalt observaba las avanzadas obras de construcción del futuro templo del conocimiento arcano, con los cincuenta y un constructores dispuestos en las sucesivas formas geométricas, del triángulo al decágono,

bajo las órdenes de Diometres, quien alejado unos pasos del trazado imaginario de la última figura, se mostraba concentrado y atento a cada losa que levitaba, a cada remache telequinético, a cada grabado que se ejecutaba en el aire sobre el mármol.

La forma de esfera había sido un reto para los constructores, pero bajo la dirección del matemático Diometres, la espectacularidad del edificio estaba alcanzando cotas imprevistas. Se había tenido que trabajar con ahínco e innovación la curvatura del mármol, hacer correcciones ópticas de alto calibre, proporcionar fuentes de luz internas y externas... Cada desafío arquitectónico había sido superado y pronto comenzaría el mayor de todos ellos, que la nueva Biblioteca recuperara el esplendor en volúmenes y manuscritos de la anterior, que el nuevo proyecto aglutinara tanto conocimiento en sus estanterías, como espectacularidad reunía en su exterior. Y ese era un resultado que anhelaba ver el rey, pero que solo podría hacerlo si conseguía derrotar a su hermana en una guerra que de momento, no marchaba demasiado bien.

Thomar llegó puntual a su cita y sacó a Tabalt de su ensimismamiento.

—Majestad, seréis recordado por multitud de hechos, y la Biblioteca Esférica no será uno de los menores.

—Es posible, Thomar, pero vos mismo omitís decir que esos recuerdos que me perdurarán, sean buenos. En cualquier caso, no se trata de bondad o de maldad, sino de conocimiento o de barbarie. Y mucho se podrá escribir sobre mí, pero nunca que aposté por lo segundo. O vencemos y conservamos nuestros libros, nuestra magia, nuestras costumbres..., o una profunda oscuridad devorará a Karak.

—No sé si estoy de acuerdo con vos, majestad. No olvidéis que hay otras formas de conocimiento al margen de las que ofrece Arcaña. El Padre, la espada y hasta la vida rural, tal vez no sean tan luminosas ni tan sutiles como el lenguaje mágico y nuestras libertades, pero también mueven a Karak con pulso, y cuando venzáis,

deberéis saber integrarlas, como hasta ahora nunca se hizo desde aquí a causa de nuestra prepotencia.

Un silencio incómodo siguió a las palabras de Thomar. El rey centró su mirada en las obras y pronto retomó su discurso, como si lo dicho anteriormente nunca se hubiera pronunciado.

—Hablemos de los motivos de nuestra reunión, ¿qué podéis decirme del asesino de mi madre?

—No demasiado, mi rey. Sabéis que Damon se ha encargado del caso con diligencia, y hasta con pasión por descubrir al culpable, pero las conclusiones a las que ha llegado hasta el momento son siempre descartes. Descarta que nadie de Arcania tenga algo que ver —Thomar evitó mirar a su rey y se centró en la Esfera—, salvo que (se atrevió a insinuarle el ecónomo en nuestra última entrevista) vos o yo mismo, estemos implicados.

El rey no dijo nada.

—Descarta también a vuestra hermana —Thomar tampoco aquí pudo captar ningún gesto de sorpresa ni de contrariedad en el rey—. Pudo entrevistarse con ella antes de que Reika se marchara de Luz, y no encontró nada más que rabia y las mismas ganas que vos por saber la verdad. Además (me contó Damon), existe la remota posibilidad de que Taros estuviese detrás de esto, pero lo habría hecho al margen de la reina, y Damon no le cree capaz de ello.

—Yo sí le veo capaz —Tabalt no añadió nada más, a pesar del tiempo que se le ofreció.

Thomar continuó:

—Y descarta a vuestro hermano, aunque...

—¿Aunque?

—Damon ha obtenido noticias, digamos..., interesantes. Resulta que Athan, el anciano que siempre acompaña a Elmer... No es que Damon tenga pruebas contra él, pero está convencido de que vuestro hermano sospecha de su propio maestro. Por si fuera poco, ha descubierto que ese anciano y Diometres... son hermanos.

Tabalt giró su cabeza hacia Thomar, dilató sus pupilas negras y no tardó en regresar su vista hacia las obras. Ciñó su mirada en el matemático y pidió al Consejero que continuara.

—Al parecer, Diometres contó a Damon, que el anciano que acompañara al rey pario en la visita a vuestra madre, es su hermano. Por lo visto llevaban más de siete décadas sin verse, hasta que *nosotros* propiciamos el reencuentro. Tras la muerte de sus padres cada uno había optado por un camino. Diometres vino a Arcania y se hizo pasar por arcano puro. Athan deambuló por sendas extrañas para terminar fundando una secta que persigue la libertad como causa primera, que rechaza la idea de destino y que proclama la virtud de la mortalidad por encima de lo que llaman el vicio divino.

—Antes de que continuéis... ¿Qué habéis querido decir con que se hizo pasar por arcano puro?

—Los padres de vuestro antiguo maestro formaron un movimiento que pretendía mezclarnos, acabar con los límites de los reinos a través del mestizaje. Eliminar las diferencias entre...

—Un momento, ¿sus padres fueron Kaethe y Gaea, los mismos que Sacerdocia ajusticó por herejes en el mil cuatrocientos cuarenta y cinco de Nuestra Era?

—Así es, majestad.

—Ahora comienzo a comprender algunas cosas. Entonces...

Tabalt se giró de nuevo hacia Thomar y le observó con atención.

—Entonces habréis tenido que informar a vuestros superiores en Sacerdocia, y supongo que se habrán puesto a rabiar con la noticia. Aunque, bien mirado, ya podrán encajar todas las piezas del puzzle que suponían el secretario y el niño no sacrificado.

Thomar el Negro supo controlar su asombro ante la agudeza de su rey, y ante la demostración de que estaba al tanto de las actividades de la isla, al menos en la misma medida que ocurría al revés.

—Sí, majestad —Thomar contestó sin amilanarse y miró a su rey sin rastro de rubor.

—Está bien, amigo, pero no finjáis naturalidad, no es necesario. Simplemente hay que aceptar que Sacerdocia no es la única en el doble juego de la información.

Y tras unos segundos añadió:

—Así que mi maestro es un manchado como yo, pero sin la sanción divina, sin Profecía de por medio. Diría que es un afortunado si no me acabarais de contar su triste historia familiar. Eso lo compartimos.

Acto seguido el rey murmuró una palabra y movió los dedos de su mano derecha con agilidad y en la simbología adecuada para que Diometres se sintiese interpelado mentalmente. Este se giró hacia ellos y se percató de su presencia, miró a su antiguo pupilo y contestó mentalmente:

—Esperad, cuando pueda os atenderé.

El rey sonrió ante la osadía de su maestro, había contestado con una señal telepática tan fuerte, que tanto los cincuenta y un constructores, como Thomar con sus rudimentarios conocimientos mágicos, habían *escuchado* la literalidad del mensaje y la no literalidad también: iré cuando quiera, no cuando me lo ordenéis. El rey no pudo reprimir una sonrisa y un comentario:

—Lleva la sangre de sus padres, y Sacerdocia nos privó de un futuro prometedor al condenarlos por herejía y eliminar su movimiento. Cuando me corone rey de Karak, vos, mi querido Thomar, no tardaréis en convertiros en Sumo Guardián, restituiréis muchas cosas, como la libertad de culto, y acabaréis con muchas otras, como el fanatismo.

—Si cumpliera con mi obligación, majestad, e informara de estas palabras que habéis pronunciado, se os retiraría de inmediato el favor de Sacerdocia, que si algo busca es la univocidad de culto, pero... ¿quién os ha dicho además que yo desee convertirme en Guardián de la Fe?

Tabalt no se molestó en mirar al Consejero. Observó en cambio cómo encajaban una de las últimas placas de mármol, que había levitado hasta la parte superior de la esfera. La placa era enorme, de un

blanco brillante, curvada y coronada por un bajorrelieve que representaba un libro abierto por la mitad.

—Mi querido Thomar —el rey finalmente contestó—, con un maestro rebelde e insumiso ya tengo bastante.

Se hizo de nuevo el silencio, incómodo, forzado por ambos, hasta que el rey retomó la palabra con una seriedad inusitada:

—Pero mientras Diometres se digna a venir, vayamos a lo urgente: la guerra.

—La guerra —Thomar se puso aún más serio que el joven rey, cerró su único puño varias veces y desvió la mirada hacia el muñón a la altura del codo, donde acababa su brazo mutilado—. Supongo que ya sabéis el resultado del segundo ataque sobre Capitolia, y por tanto, el nuevo fracaso honorio.

—Suponéis bien. Lo que no tengo tan claro es si mi hermana logró estar ya al tanto. Me gustaría ser capaz de abrir una puerta tempoespacial para ver su reacción... Pero ocupémonos de nuestro tablero, la partida es inminente y aquí es donde se producirá el verdadero juego de tronos.

Thomar se tomó unos segundos antes de continuar. Los constructores colocaban la última losa de mármol de la esfera.

—Vuestra hermana y su ejército se encuentran a punto de abandonar Esdla. Debemos cifrar aún sus efectivos, pero en cualquier caso se trata de un ejército muy superior a nosotros..., aunque estoy convencido de que podremos hacerles frente, de que estamos listos para cumplir sus órdenes. Si no hay cambios con respecto al plan original, los ejércitos se encontrarán en el Valle Asolado, dentro de ciclo y medio, bajo la tormenta.

—Cuanta mayor energía se concentre, cuantos más efectivos dispongán contra nosotros y menos dispersen sus fuerzas, más posibilidades tendremos... de tener una posibilidad. Pronto estará todo resuelto, asumiremos muchos riesgos, pero no nos cabe otra. En cuanto a vos, recordad que la retaguardia es vuestro lugar y que no

quiero valentías innecesarias. En ciclo y medio la magia se juega imponer su mano, o declinar para siempre. Más nos vale que el destino, los dioses y lo que haga falta, estén de nuestro lado; no hay ayuda que no vayamos a necesitar para darle un giro inesperado a esta guerra.

Thomar sintió el peso del reto que se avecinaba y respiró profundo. Se disponía a entrar en detalles con la estrategia a seguir cuando se percató de que los cincuenta y un constructores rompían sus figuras geométricas. Diometres se encaminó hacia ellos con paso tranquilo. El matemático se tomó su tiempo para llegar y al hacerlo les recriminó con mirada severa:

—Parecéis como esos viejos que se apostan con sus báculos en la construcción de nuevos edificios, para comentar cómo debería levitar tal piedra, cómo rematar un arco, qué esculpir en un friso...

—Veo que a pesar del cielo gris que nos envuelve —el rey mostró su sonrisa más amplia—, os encontráis de un humor excelente. Pero la verdad, mi querido maestro, es que aunque empezamos admirando el Templo del Conocimiento que levantáis a tan magnífico ritmo, hace tiempo que desviamos la conversación hacia un tema más acuciante.

Diometres concentró su mirada en el rey y sus párpados se entrecerraron.

—No tengo ganas de oír hablar sobre la guerra..., ese maldito juego que los dioses encargan a los reyes para que unos y otros estén entretenidos, mientras los fieles y los súbditos pagan con su sangre y su dolor.

—Vuestras palabras —Thomar se mostró irritado, según recogió horas más tarde en su diario, más por el tono que por el contenido— allá en el Norte, en Sacerdocia, supondrían una grave herejía con consecuencias. Mientras que aquí, bien sabéis que con cualquier otro rey al que tenemos, tampoco acabaríais mucho mejor.

—Mas tengo el rey que tenemos, maestro Thomar el Negro, el mismo que me condenó a vivir cuando le rogué que no lo hiciera, y por si fuera

poco, el mismo que me encargó la responsabilidad de construir la nueva Magna Biblioteca. ¿No creéis que ya tuve suficiente castigo?

El rey decidió intervenir, abrió las manos y los brazos como si fuese a realizar una plegaria y de sus palmas chisporrotearon luces de distintos colores que atrajeron la atención de sus dos acompañantes.

—Dejad ya los juegos de artificio, a mí no me engañáis, y bien sé el enorme respeto que os tenéis el uno al otro, cuando no admiración.

Los aludidos respondieron con sendos bufidos, tras los cuales el rey añadió:

—Pero centrémonos, mi querido Diometres. Me gustaría hablar con vos sobre el misterioso Athan..., pues está visto que el Ciclo Profético en el que estamos inmersos, es cosa de hermanos.

Amanecía con un cielo gris plomizo.

La reina despertó entumecida. Se despejó y se miró con atención en el gran espejo de pie que se encontraba en la estancia donde había pasado la noche. Estaba completamente desnuda. Junto a ella no había nadie, pero su pensamiento fue dicho en alto:

—Hay que reconocer, Taros, que habéis hecho un buen trabajo.

Reika prestó atención a su rostro; el labio estaba recuperado y ni siquiera tenía un corte, los dientes que tras el sillazo bailaban en su boca, permanecían ahora fuertes y fijos, y la nariz no le dolía en absoluto. Luego desvió la mirada hacia su hombro y hacia su brazo, no estaban amoratados, y con ligeros estiramientos comprobó que por no tener, no tenía ni siquiera sobrecargas musculares. Volvió a hablar en voz alta:

—Otros por mucho menos se han ganado un hueco en mi cama. Y desde luego, cuando la guerra acabe y mi espada se imponga sobre Karak, prestaré suma atención en no derribar logros que se han cosechado a lo largo de los siglos, aunque no sean honorios. Paria tal vez sepa ofrecerme algo más que sumisión, y Arcania... Arcania está llena de posibilidades.

En el pasillo se escucharon unos pasos apresurados y la reina en un abrir y cerrar de ojos se hizo con su espada y su escudo. Desnuda, pero en armas, es como recibió a la Hiena y a Solvi. Ninguno de los tres se ruborizó ante la escena.

—¿Vais a esperar a que me ponga algo encima, o vais a decirme, mientras sigo en cueros, lo que con tanta prisa habéis venido a comunicarme?

Minutos más tarde la reina resoplaba y permanecía desnuda. Se movía de un lado a otro del lujoso dormitorio. El maestro y el Comandante no habían atendido al decoro y conociendo a Reika, decidieron soltar las malas noticias cuanto antes.

Grimm había decidido dar la primera y la menos importante: el ex coronel Kolli había logrado escapar. A pesar de que los soldados que presenciaron el intento de regicidio marcharon de inmediato contra él y a pesar de la intensa búsqueda por las calles de la ciudad, había burlado a los perseguidores y a los controles.

La amenaza de un nuevo intento de regicidio era incuestionable. Por otra parte, el Comandante confirmó a la reina que tanto Thorvald como Villburg habían recibido un funeral digno y de acuerdo a los ritos del fuego y de la tierra honorios. La reina no quería afrentas innecesarias hacia los traidores..., aunque con Kolli haría una excepción si lograba atraparle.

El verdadero motivo de las prisas lo enfrentó el maestro Solvi. Mientras pasaba compulsivamente una mano por su calva y apretaba con la otra la empuñadura de su acero, comunicó que desde Espada habían llegado varios pájaros con noticias preocupantes.

—El único motivo de que hayamos recibido estos pájaros de Espada, antes que de Paria —el maestro mostraba serenidad, a pesar de la mirada furibunda de su reina, y de su desnudez—, es que nuestros enemigos han conseguido abatir a todos los que desde las cercanías de Capitolia nos han sido enviados.

La reina no pareció enfadarse por los logros de sus enemigos.

—¿Por qué habéis leído las misivas sin mi permiso, por qué uno de mis Comandantes conoce la información antes que yo, cuántos más lo hacen? Aún no sé los detalles de lo que me contáis y ya estoy furiosa.

—¿Queréis una justificación por mi parte, majestad, o preferís primero que tratemos esos detalles?

La reina eligió los detalles, y luego se olvidó de pedir explicaciones, bufando a lo largo y a lo ancho de la habitación. Incluso tuvo tiempo de ponerse un camisón de lino mientras planeaba qué hacer.

No solo se trataba de un nuevo fracaso en la toma de Capitolia, no solo del triunfo de su hermano Elmer con una táctica militar tan inesperada, no solo del suicidio del General Gardar tras la deshonra, sino que la carta, llegada de Espada con la rúbrica del Capitán Ari, contenía frases como: «me harté de este retiro..., el Consejero Heriho se basta para gobernar administrativamente el reino..., siento desobedecer, pero lo haré..., vengaré al General, vengaré a mi amigo..., Dalla pretende vencer a vuestro hermano con una estrategia errónea, y espero que entre en razón..., marcho al frente de mi Guarnición Roc..., no quisiera entrar en conflicto con la Tenienta por el mando de las tropas, pero si me viera obligado...».

La reina dejó de pasearse. Escrutó por unos momentos a Solvi y a Grimm.

—Dadme unos minutos para que me acomode, media hora para impartir órdenes y una para marchar sobre Luz. ¡Quiero a todas las tropas listas para entonces!

Todo se retrasó, sin embargo, más de lo previsto, pues se necesitaron más de tres horas para que los últimos soldados abandonaran la ciudad. La reina encontró una dificultad inesperada que estuvo a punto de hacerle perder los nervios, pero para entonces había tomado decisiones que la serenaron.

A Paria envió un pequeño destacamento por tierra, y la mitad de sus pájaros por aire. El Capitán Ari tomaría el mando de las operaciones

en la Región, pero ese mando consistiría en entrevistarse con Elmer y hacerle una proposición, que con toda certeza no esperaría su hermano, ni desagradaría al Capitán honorio. La Teniente Dalla por su parte era requerida de inmediato en el frente arcano.

Dar un golpe de efecto, serenar al Capitán y evitar una guerra civil, todo eso se jugó Reika en la misma carta, aunque para evitar contratiempos la reescribió ocho veces; para cuatro cuervos, dos halcones, una paloma y el destacamento que la llevaría a pie.

Esas fueron las decisiones que la serenaron. En cuanto a la furia que estuvo a punto de desatar, se debió a que al menos un tercio de sus soldados tenían problemas estomacales de diversa consideración, llegando al vómito y a la diarrea un quinto del total. Si la reina no hubiera prohibido las borracheras, el ochenta por ciento de su ejército estaría en un estado lamentable, pero si hubiera prohibido beber por completo, tan solo una mínima parte, que además serían fácilmente identificados y castigados, estarían en ese momento con los problemas que el alcohol, sin duda adulterado por los arcanos, habría ocasionado.

Los soldados con intoxicación severa abandonaron la ciudad en parihuelas, arrasados en fiebre. Reika pensó en un primer momento en abandonarles sin miramiento alguno, pero luego puso al resto de enfermos a cargar con ellos.

Cuando la reina abandonó Esdla, ordenó a su retaguardia sana que quemara la ciudad. Cuentan que lo hizo con gesto mohín, según unos pocos porque le disgustaba tener que tomar esa medida y destruir una ciudad tan bella; según la mayoría, porque lo que le hubiera gustado quemar era a sus soldados irresponsables. Se cuenta también que al espolear a su yegua, dijo en alto:

—Bien hecho hermanos, y bien jugado, pero ahora es mi turno.

CAPÍTULO XVII

El amor es lo único inescrutable para mí.

Tabalt, rey de Arcania.

El grifo sobrevoló en círculo Valle Asolado. Después de hacerlo en un par de ocasiones, su jinete le ordenó descender. Aterrizaron en mitad del valle. Las colinas del norte y el sur, aguardaban en calma la llegada de los dos ejércitos. En el cielo, Lucero se dejaba ver a rachas. Las densas nubes doblegaban cada vez más los rayos de luz de la Estrella Diurna. Vespertina estaba por llegar. La tormenta también.

El rey arcano miró a los ojos del animal. Tocó el enorme pico amarillo de la bestia con su frente, inclinando la cabeza como si le hiciese una señal de respeto. Pronunció una orden en el lenguaje arcano. El grifo aleteó, levantó polvo y tumbó la maleza de su alrededor. Dio un largo chillido e impulsándose con sus poderosas patas, alzó el vuelo.

Tabalt contempló el ascenso por unos segundos. Su capa azul celeste se abombó en los pliegues por la fuerza que generaban las alas del grifo. Pronto el animal ganó altura, entonces explosionó en un espectáculo de colores. La bestia no era sino un poderoso conjuro.

Era el turno del arcano. Calculó que tendría unas cuatro horas antes de que los ejércitos se presentasen. Con el báculo de roble que llevaba en su mano derecha golpeó el suelo. Acto seguido trazó con la punta un círculo imaginario que, sin embargo, cobró en su trazo un color rojizo. Tabalt quedó dentro.

Tras unos segundos de quietud absoluta dentro del círculo, colocó el báculo frente a sí, y aunque no lo llegó a clavar en el suelo, este se sostuvo con firmeza. De los pliegues interiores de su capa sacó tres frasquitos que miró con detenimiento. Abrió uno y se echó parte del contenido en las manos. El resto lo esparció a su alrededor. Se agachó entonces para dejar los otros dos en el suelo, destapados y a su alcance. Se irguió de nuevo y comenzó a pronunciar una letanía. Al poco adquirió ritmo, y la tonalidad y la certeza propias de un conjuro... Pero no de cualquiera.

Pasaron varios minutos hasta que una marca gris surgió a los pies del rey, bajo la punta del báculo. A partir de ese momento comenzó a extenderse poco a poco, a trazarse, lo que al principio parecía un círculo gris dentro del círculo rojo, pero que pronto se vio, se trataba de una espiral. Una espiral que no tardó en rebasar los límites del círculo.

Las nubes ocultaron por completo a Lucero.

Diversos haces de luz se filtraban por las grietas de la cámara. Cuando las pupilas se adaptaron al lugar, comprobamos que habíamos accedido a una sala inmensa, de pared rocosa, negra y gris, completamente vacía, de no ser porque en mitad de la misma, se hallaba un objeto extraño y bastante grande, empequeñecido por las dimensiones de lo que luego se conocería como, *el Corazón de Dima*.

Mi primera impresión sobre el objeto fue que era una especie de carro de viaje que no precisaba ser tirado por bestia alguna. Luego, mucho más tarde, comprobé que esa primera impresión no había sido tan desafortunada, pues se trataba efectivamente de un carro

llamado *nave*, más en concreto, *Flor de Octubre*, que efectivamente servía para viajar..., pero por las estrellas.

Sin embargo, la mayoría de esas cosas no las supe hasta que pasó un tiempo, hasta que la muerte y la guerra, y aun el principio del olvido, devastaron tantas cosas, hasta que el Ciclo Profético llegó a su fin, hasta que otros relatos comenzaron a suceder a este... Pero es precisamente el momento de volver a donde estábamos y de centrarnos en lo que toca centrarse.

Las decenas de haces de luz que se filtraban por la pared rocosa mostraban millones de partículas de polvo inofensivas. Malasombra adelantó unos pasos su posición y uno de los haces le atravesó el pecho. Sonrió y desenfundó su espada.

—Por fin voy a divertirme, o al menos a vengarme —dijo.

A pesar de la extraña cámara, y del más aún extraño objeto, el mercenario solo parecía tener ojos para mí y para mi hija.

Las palabras del mercenario despertaron del asombro a Eryx, quien justo al revés que Malasombra, se había extasiado contemplando el objeto y la gran cámara.

—Malasombra, guardad vuestra espada si no queréis que os mate..., aunque bien pensado, mejor será que os mate de todos modos para facilitar las cosas.

El mercenario encajó las palabras como un resorte, no necesitó reflexionar sobre la traición, y apenas el arcano terminó de hablar, cuando él ya había deslizado un cuchillo bajo su manga. Malasombra no necesitó de explicación alguna y lanzó su arma.

Tal vez el mercenario hubiera logrado su objetivo en otras circunstancias y en otro lugar, pero no allí. Eryx sintió que su poder se envolvía bajo una energía especial y pudo detener mágicamente el lanzamiento con suma facilidad.

Con el cuchillo levitando y quieto a escasos centímetros de su rostro, el mago lo hizo girar, sin tocarlo, ciento ochenta grados. El cuchillo salió disparado contra su nuevo objetivo.

Malasombra no se rindió y esquivó su propio cuchillo con una rápida pируeta, más efectiva que estética. Acabó de bruces contra el suelo, pero sin herida alguna, y se levantó de inmediato. Lo que ya no pudo esquivar fue la descarga eléctrica que a continuación conjuró Eryx. Malasombra convulsionó al recibirla. Aun así logró desenfundar su espada, pero no logró retenerla en la mano. El arma cayó al suelo y él hizo lo mismo segundos más tarde. Intentó levantarse, pero no pudo. Solo le restaba mirar y despedirse con palabras cargadas de odio:

—Un mercenario debe morir así. Traicionado por otro mercenario. No pienses que eres mejor que yo, ni que tendrás mejor destino.

La espada caída de Malasombra levitó y apuntó hacia su dueño.

—No lo hagas —escuché, llena de asombro.

Me volví. Era mi hija quien acababa de hablar. Por si no fuera suficiente, se acercó hasta la escena mientras yo me sentía paralizada. No pude decir nada. Eryx miró alternativamente a Damara y a la espada, suspendida en el aire. Por un momento temí que dirigiera el acero contra mi niña. El arcano no lo hizo.

—Este miserable pretendía mataros, y aun haceros a ti y a vuestra madre cosas peores... No lo consentiré, sois muy especial..., aunque aún no sepa el motivo concreto.

Mi hija pareció no escucharle y ella siguió andando. Llegó hasta donde se encontrara paralizado Malasombra. Le tendió su manita. El mercenario convulsionaba y sangraba por la nariz a causa de la descarga recibida. Sin embargo, logró tocar con su manaza la mano tendida de mi hija, y al hacerlo cesaron las convulsiones.

Damara miró a Eryx el Mago.

—No más muertes en mi presencia.

Mi hija no parecía tener cuatro años, y en ningún caso era la criatura más débil de aquel lugar.

Malasombra a cuatro patas se escondió detrás de mi hija.

—Dicen que no cambiamos nunca —el arcano habló a Damara como si de un igual se tratase—, pero yo estoy harto de cambiar. A él

le daré una oportunidad, pero si intenta algo contra ti o contra vuestra madre, no tendré clemencia, y no dejaré que vosotras la tengáis.

Mi hija no dijo nada, tampoco Malasombra, tampoco yo.

Unos minutos más tarde los cuatro nos encontrábamos rodeando el misterioso carro. Intentamos acceder a él. El mercenario daba golpes, no demasiado fuertes, eso sí, porque aún no se había recuperado del todo, y un sonido metálico era devuelto; Eryx pasaba suavemente sus manos por las afiladas líneas del vehículo; mi hija había recuperado su inocente mirada; y yo no hacía más que cerrar la boca como una boba, cada vez que notaba que se me había abierto por la incredulidad de todo lo que ocurría.

Los dos rastreadores regresaron con rostros de desconcierto. Aocaban de escudriñar Valle Asolado y tras hacerlo, volvieron a la falda de la colina donde el ejército honorio había montado su campamento provisional.

Entraron a la tienda de la reina como si les fueran a montar un consejo de guerra. Además de Reika, se encontraban con ella Solvi, Grimm y Taros.

—Adelante —dijo impaciente la reina a los rastreadores—, desembuchad lo que hayáis visto.

—Majestad —hablaría el soldado más bajo, el otro temblaba sin aparente motivo—, lo que hemos visto es bastante extraño. Por la información que teníamos, esperábamos encontrar al ejército enemigo acampado en el valle, y sin embargo, allí descubrimos a..., a un único mago.

—¿A mi hermano?

—No estamos seguros, majestad, pero creemos que sí.

—¿Qué pretende? —la reina miró a su tutor, a su antiguo amante y al proscrito, y ninguno de los tres le ofreció respuesta alguna.

—Hay algo más, mi reina —de nuevo fue el soldado bajito quien habló.

La reina fulminó con la mirada al rastreador.

—¿Y a qué esperáis para hablar?

—El valle está... marcado.

—¿Qué significa eso?

—¿Cómo decirlo...? Sobre el valle se extiende una extraña espiral gris, que nace del centro mismo, donde se encuentra el arcano, y que se extiende por toda la cañada hasta el pie de las colinas. Es como si hubieran pintado sobre la hierba, sobre la tierra..., o mejor dicho, como si unas manos invisibles siguieran pintándola, pues cuando nos marchamos la espiral seguía creciendo.

La reina centró su mirada en Taros, quería de él una explicación. Cuando la obtuviera reclamaría consejo y, finalmente tomaría una decisión. Sin embargo, tuvo el presentimiento de que consejos y explicaciones servirían de poco, y que la decisión ya estaba tomada en su fuero interno.

Una hora más tarde el ejército honorio comenzaba a desplegarse por la cara interna de la falda de la colina norte de Valle Asolado. Taros no había ofrecido previamente nada más que un encogimiento de hombros y un: «debo ver esa espiral». Cuando el ejército comenzó su descenso, la línea gris se había adueñado del valle casi por completo. Su crecimiento era digno de ver y hubiera sido más admirado de no ser por otro factor determinante: el ejército arcano acababa de llegar. Se desplegaba por la falda sur. La batalla iba a ser inminente.

Ninguno de los dos ejércitos pareció en cambio tener prisa, y ninguno pareció querer ocultar sus cartas en cuanto al despliegue estratégico. Los oficiales de uno y otro bando pudieron examinar cuánto quisieron la formación enemiga, al tiempo que se movían a caballo por sus diversas líneas de infantería, que conformaban la práctica totalidad tanto de honorios como de arcanos. Los caballos como cuerpo de ataque habían demostrado ser demasiado fáilables, y ambos ejércitos prescindieron de sus servicios.

Pasados los años, pude recoger el testimonio de supervivientes que me hablaron sobre la hermosa estampa que se desplegó previa a la batalla. Y aunque tengo muchas reservas con respecto a esa definición de belleza, debo describirla.

Por parte del ejército honorio se podía contabilizar, con un escaso margen de error, a una fuerza de sesenta y tres mil unidades. De las cuales, el centro contó en sus filas con veintidós mil; siete mil pertenecientes a la Guarnición Hiena y quince mil al Destacamento Noble. Ese centro estaba comandado por Reika, en primera línea de batalla, y Grimm, a la derecha de la reina. En cuanto a los flancos, al izquierdo se situó el Coronel Helg con sus trece mil grifos, y a la derecha el Comandante Erpr con sus siete mil osos. El flanco izquierdo quedó al doble de la distancia con respecto al centro que el flanco derecho. En cuanto a la retaguardia, sería comandada por Solvi, muy a su pesar, al reclamar sin éxito mayor protagonismo. Le acompañarían los quince mil soldados de su destacamento que le restaban. Finalmente Taros tendría plena libertad de movimientos, pero se centraría en observar a Tabalt, y solo podría intervenir en la batalla (era una orden directa de la reina) en caso de máxima necesidad.

Justo en el extremo opuesto del valle se terminaba de desplegar con orden y concierto el ejército arcano. Su posición era completamente clásica y simétrica, con un número de unidades que suponían menos de la mitad que la de su rival: veinticinco mil. El centro quedaba comandado por Vestein, a cargo de diez mil magos. El flanco derecho dispondría de cinco mil efectivos dirigidos por Celandia *La Bella*, mientras que el izquierdo sería comandado por el economista Damon con otros cinco mil. La retaguardia, por su parte, a la misma distancia del centro que los flancos, contaría también con cinco mil arcanos, comandados en este caso por Thomar el Negro. Aquí se dispusieron la mayoría de los mejores magos, aquellos que dominaban la magia de tercer orden, algo que a ojos vista de un simple observador,

podía resultar incomprendible, ya que los más duchos en la magia quedaban en la reserva.

Con los ejércitos desplegados por completo al sur y al norte del valle, quedaron dos incógnitas por resolver. La primera concernía al cielo, el manto denso de nubes que se cernía sobre el valle no terminaba de romper en la tormenta que amenazaba. La segunda incógnita señalaba al rey: ¿tenía Tabalt intención de retroceder hacia una zona de mayor seguridad, o pensaba quedarse en mitad del valle una vez que la confrontación hubiera dado comienzo?

En cuanto a la espiral, detuvo por fin su crecimiento a mitad del ascenso por las caras internas de ambas colinas. Al principio, tanto en un bando como en otro sintieron curiosidad por la línea grisácea que se extendía bajo sus pies, pero pronto, al comprobar que era inofensiva e inútil (pensaron muchos de ambos lados), dejaron de prestar atención. No hizo lo mismo Taros, quien la analizó con sumo detalle.

La reina controló su ansiedad. Todos los suyos sabían lo que tenían que hacer. No era hora de discurso alguno, sino de dar la señal de ataque. Su mirada llegó hasta los flancos. Luego se detuvo en Grimm, más atractivo que nunca con su armadura moteada y su rostro tenso de pura concentración, a la espera de la palabra precisa para bajar el yelmo y cargar hacia la victoria. Reika llevó su mirada hasta Taros, quien algo alejado tocaba en esos momentos la línea gris. El arcano parecía haberse olvidado de todo. Finalmente la reina miró hacia la retaguardia y se aupó sobre sus riendas para intentar divisar a Solvi. No lo logró y tuvo que imaginárselo flexionando su cabeza calva como muestra de asentimiento, como rúbrica de que hacían lo correcto, de que la Profecía por fin quedaría sellada.

Sin embargo, fue Tabalt quien dio comienzo a *La Batalla de los Dos Hermanos*. Tras permanecer en absoluta quietud mientras los ejércitos se desplegaban por el tablero del valle, de improviso pareció volver a la vida con tres golpes de su báculo. Con el primero la línea espiral

gris cobró una luminiscencia fosforescente que pasó desapercibida para la mayoría. Con el segundo, un trueno hendió el cielo. Con el tercero, un temblor de tierra sacudió el círculo rojo.

La tormenta se desató. Reika ordenó cargar. Para entonces las tropas arcanas ya lo hacían.

Una ráfaga de viento hizo silbar las jaras a los lados del camino y arrancó las últimas gotas de lluvia que cabía prever en la zona. Las nubes marchaban rumbo hacia el Este, hacia Arcania. También allá tenía el meditabundo rey pario sus pensamientos, pues según las palabras del anciano en el último encuentro que tuvieron, la batalla de sus hermanos ya debía haber comenzado.

Elmer, desde su montura, se arrebujo bajo su capa y quiso apartar sus pensamientos de donde no correspondían, ya tenía bastante con centrarse en Paria y sus problemas; debía encontrar el método para mantener bien comunicados a los distintos grupos de guerrillas; evitar que surgieran conflictos por el protagonismo concedido a cada uno; saber en todo momento qué hacían los honorios en la Región tras su segundo fracaso; digerir sus dudas crecientes con respecto al anciano... Y en esa vorágine se hallaba cuando le abordaron.

Se encontraba de regreso a Villa Soto, donde se había establecido varios ciclos atrás con buena parte de la plana mayor del ejército, a quienes precisamente había desoído cuando le desaconsejaron que marchara solo por los caminos circundantes a la villa. «No hay necesidad alguna de que explores nada», le dijo Max, pero el General no podía entender que la necesidad radicaba precisamente, en alejarse de Liv y de Athan, aunque fuese por un tiempo breve. La primera le daba dolores de corazón que no terminaba de superar, el segundo quebraderos de cabeza que no dejaban de crecer.

Un grupo de treinta soldados, todos a pie y con armaduras ligeras, rodearon al jinete que se enfundaba en su capa y capucha.

—¡Nombre y razón por la que os encontráis en el camino!

La voz autoritaria correspondía al del jefe del grupo, un pario bastante rollizo. El rey bajó su capucha antes de hablar.

—Mi querido Vige el Cebolla, desde que no os dedicáis a cocinar, cualquiera diría que os dedicáis exclusivamente a comer.

El asombro inicial de los soldados al reconocer a su rey, dejó paso de inmediato a unas risas mal disimuladas que terminaron de ruborizar al sargento Vige.

—Majestad, no os burléis de mí, que bastante tengo ya con la sorpresa que me deparó el camino. ¡Cabo, traed el regalo que llevábamos a nuestro rey!

El cabo no tardó en cumplir la orden, y con una mezcla de orgullo y nerviosismo comenzó a empujar hacia Elmer a un prisionero atado de manos, cubierto con una capucha y que cojeaba visiblemente.

—Mostrandle el regalo, cabo.

Cuando el cabo quitó la capucha al prisionero quedó al descubierto un rostro de mediana edad, amordazado y atractivo a pesar de tener un ojo morado, un labio roto y una gran cicatriz. El rey se mostró impertérrito y a la espera de que le informaran. Nunca antes había visto ese rostro, cuya cicatriz no desmerecía mucho a la suya. Tuvo la certeza de estar ante un honorio, ante uno de alto rango.

El antiguo cocinero de *Los Tarados* cayó entonces en que el rey no conocía al prisionero. Y lo que era peor, cayó en la cuenta de que el prisionero les podía haber mentido. Las dudas hicieron tartamudear al rollizo Vige:

—Se tra..., se trata del..., del Capi..., del Capitán Ari, de Honoria.

La pupila de Elmer se dilató.

El resto del camino hasta Soto, el supuesto capitán viajó sin mordaza y sin ataduras. Cabalgó junto al rey y no intercambiaron una sola palabra. Sencillamente Elmer no preguntó, y el honorio esperó con paciencia. Cuando llegaron a la villa se hicieron las preguntas y, es cuando se dieron las respuestas.

—Y bien, acabo de hablar con mi sargento y me ha contado su versión de los hechos. Versión que incluye los golpes... por los que os pide disculpas..., aunque al parecer no lo pusisteis fácil. El caso es que ahora me gustaría escucharos a vos.

Se encontraban en el templete de la villa que servía a los aldeanos para rendir culto al dios Padre. Una decena de cirios encendidos y varias docenas de tiras de buenos deseos encomendados al dios, fueron los únicos testigos de la conversación, motivo de enfado de la Capitana Liv y sorpresa del General Max. El rey temió que ni siquiera así el honorio confesara, pero Elmer se equivocaba de parte a parte; Ari tenía ganas de hablar y de acabar con todo aquello.

—Hace cuatro ciclos atravesé la Cordillera Central —el prisionero se mostró seguro y relajado, a pesar de su aspecto—. Y como bien sabréis ya, no lo hice solo. Me acompañó la mitad de mi Guarnición, las Aves Roc, las capas negras, los mejores soldados de todo Karak, relegados de esta guerra a un segundo plano por motivos que no comparto. Teníamos que movernos sin demora y lo hicimos al ritmo que cabía esperar de nosotros. Llegamos hasta la Tenienta Dalla, quien se encontraba al mando del ejército honorio en vuestra Región, desde que Gardar decidiera... lo que decidió. Dalla me informó, yo informé, y de inmediato seguí la ruta hasta vos en cumplimiento de mis órdenes. Debía llegar hasta vos para hablaros y podía hacerlo acompañado de mis tropas, pero eso generaría un error en vuestro juicio, tomando por ataque lo que no lo era. Así que me entregué en cuanto tuve la menor oportunidad, y esta oportunidad llegó cuando me topé con vuestro sargento.

El Capitán hizo un alto en su relato. Quería dar tiempo a Elmer para que asimilara la información y la contrastara con la recibida previamente. Durante el silencio, el Capitán pareció leer los anhelos de prosperidad y de paz que colgaban de las tiras de deseos de los aldeanos, aunque en realidad reflexionó sobre el gran parecido físico que tenía Reika con ese rey que tal vez fuera un usurpador, pero quedaba claro que no un impostor. Ari retomó su discurso:

—Antes de entregarme tuve que quedarme solo. Fue a unos ciento cincuenta kilómetros de donde suponía que os encontrabais, según los informes de Dalla, cuando decidí desgajarme de mi ejército y me acompañé de un pequeño destacamento con veinte de mis mejores capas negras. Seríamos un buen cebo. El resto debía regresar hasta el campamento de la Tenienta, para ponerse a sus órdenes. Pronto cruzamos las líneas rojas de vuestra vigilancia, conformada por los pequeños grupos de ataque que suponen... vuestra fuerza. En cualquier momento podíamos ser atacados a causa de nuestro número, pero como el objetivo no era el enfrentamiento, me separé definitivamente de los míos. Mis Roc tenían órdenes de no seguirme, de no tratar de salvarme si me atacaban, de huir si les atacaban a ellos y de mantener la posición si me tomaban como prisionero. Supongo que vuestro sargento os habrá contado con detenimiento lo que a continuación sucedió. Cómo me dirigí desarmado, las manos en alto y a plena luz, hasta su destacamento, cómo la sorpresa inicial fue secundada pronto por la mofa de varios de ellos, cómo dos reclutas se adelantaron hacia mí, cómo antes de que el sargento me preguntara nada decidieron desenfundar su espada, cómo sin ningún motivo uno de ellos me golpeó en la cabeza y otro me propinó una patada en una pierna, cómo entonces retorcí brazos, partí bocas, disloqué hombros, y cómo entre muchos me lograron sujetar hasta que el sargento logró imponer orden y evitó que me rebanaran el cuello, hasta que pude contar quién era yo.

Con la voz más neutra que pudo, el rey dijo:

—Más o menos, vuestras versiones coinciden. Pero ya no interesa saber quién sois, sino qué queréis. Y eso no lo habéis dicho hasta ahora, tan solo que veníais a transmitirme una oferta inmejorable. Algo que me halaga, teniendo en cuenta que para vuestra reina he pasado en poco tiempo de ignorado a usurpador. ¿Y ahora a qué, a un posible socio? Os advierto de que esa oferta la recibí con anterioridad y no presté oídos.

—Hay que reconocer, rey, que vuestro título os lo habéis ganado a pulso.

A Elmer se le escapó una sonrisa, más de sorpresa por el comentario, que de orgullo.

—Y bien, Capitán, ¿a qué esperáis...?

El rey no albergaba dudas con respecto a la identidad de Ari, pues había sido reconocido por Liv, quien le había visto en diversos actos oficiales en más de una ocasión.

—No espero nada en realidad. Me manda vuestra hermana, aunque reconozco que en un primer impulso estuve tentado de venir por mí mismo, movido por la rabia y el deseo de venganza tras conocer la muerte de mi amigo Gardar. Pero juré servir a mi reino, a mi reina..., y cumple mis juramentos. Pero no quiero desviarme, y aquí tenéis la oferta: os habéis ganado el respeto de vuestra hermana, y os ofrece una vía rápida para solucionar el conflicto entre Honoria y Paria. Reika os ofrece un Duelo a muerte.

Elmer no hizo comentario alguno, aunque un buen observador hubiera jurado que el iris verde de su ojo sano cobró intensidad.

—Como sabréis, ahora mismo tiene lugar la batalla entre vuestros hermanos. Por fin Arcania deja de huir, por fin Reika podrá enfrentarse a Tabalt, por fin ella podrá aplastarle. Cuando esto ocurra, mi reina podrá concentrar toda su atención en Paria, y vuestras posibilidades de éxito se reducirán... a cero, si es que en alguna ocasión habéis tenido más posibilidad que la de ganar tiempo. Y ese tiempo perdido es lo que Reika quiere evitar. Reconoce que vuestras tácticas son ingeniosas, que no os falta coraje, y que no merecéis que arrase a los parios uno a uno hasta capturáros vivo, o muerto, o hasta que os traicionen. Por todo ello, os ofrece un Duelo a nuestra usanza.

Ari se tomó su tiempo, se rascó su cicatriz y pareció observar por un ventanuco cómo avanzaba la tarde. Elmer también se rascó su cicatriz, y antes de contestar, hizo un gesto al Capitán para que continuara.

—Si rechazarais el Duelo, he de suponer que no lo haríais por miedo. Y seguro que tampoco por las condiciones que vuestra hermana os ofrece. Aquí las tenéis. Si perdéis, Paria se rendirá de inmediato,

el viejo se entregará y el resto de vuestros oficiales harán lo propio. La Región reconocerá entonces su dependencia en exclusividad a nuestro reino, y finalmente, aceptará volver a la carga tributaria pactada dos años atrás desde que comenzara el conflicto. A cambio, Honoria se comprometería a no revisar los tributos en los próximos cinco años, y cumplido el plazo, a realizar cualquier revisión de un modo razonable. Además, bajo juramento, Reika se comprometerá a perdonar la vida de vuestros oficiales y a ponerles en libertad en un período no superior a tres años. Con la excepción del anciano, que debe ser juzgado... por ciertos indicios.

El rey no hizo gesto alguno ante la excepción, por más que le tomara de improviso.

—Por último, los caminos y las rutas comerciales, motivo junto a los impuestos que provocaron el malestar de Paria, serán cuidados y vigilados, y si algún bandido constituyera alguna banda, será perseguido, detenido y ajusticiado por sus crímenes.

Elmer jugueteó con un cirio en sus manos antes de hablar:

—Sin duda una oferta generosa... que no sacia la sed de libertad despertada en mi pueblo.

—La sed de libertad —Ari clavó su mirada en el rostro mutilado del rey—, conduce demasiadas veces a saciarse de muertos. Pero decidme, ¿no os interesa saber qué ofrece vuestra hermana si vos vencierais?

—Ah, ¿pero es que acaso contempla tal posibilidad? ¡Qué amable por su parte! ¿Acaso me convertiré en el rey de Honoria?

—Sois demasiado audaz, o tal vez demasiado sarcástico. Os parecéis a ella. Si Reika muriera bajo vuestra espada durante el Duelo, Honoria firmaría la paz con Paria, reconocería vuestra Región como legítimo reino independiente, y a vos como su rey. Saciaríais así vuestra sed de libertad, y lo haríais conquistándola.

El Capitán no consideró oportuno añadir que en ese supuesto, él sería el sucesor de Reika, y que se mantendrían los deseos expresos de su reina, al menos hasta que le sucedieran a él en el trono.

El rey se tomó su tiempo. Finalmente dijo:

—¿Y si me negara al Duelo? ¿Si alegara que se trata de una trampa, o que ella no cumpliría con su palabra una vez que estuviera muerta?

—En ese caso, si os negáis al Duelo alegando que los honorios no sabemos cumplir nuestros juramentos, más os vale rezar al Padre, o a quien prefiráis, para que la reina muera en Valle Asolado, y más os vale que me matéis a mí ahora mismo, porque si rechazáis la propuesta, ella y yo caeremos sobre vosotros y no dejaremos piedra sobre piedra en toda Paria.

Un rayo descargó cerca de Tabalt.

Reika encabritó a su yegua.

—¡Al ataque! ¡Al ataque! ¡Al ataque! —ordenó a los suyos por encima del relincho de su montura.

Al tiempo se preguntó si su hermano tendría intención de mantener la posición en mitad del valle. Los resortes de los dos ejércitos entraban en movimiento mientras que el rey, dentro de su círculo rojo, en el núcleo de la espiral gris, parecía indiferente.

Los ejércitos chocarían en breve. Reika no se sorprendió demasiado al observar que los arcanos, en su centro, eran dirigidos por el exteniente Vestein, quien se desgañitaba para que los magos mantuvieran el ritmo de carga y estuviesen listos para el ataque en cuanto él lo ordenara. El rey aguantaba en su posición con ambos bandos cada vez más cerca. Un aura dorada, de la que se desprendieron destellos y chispas amenazantes, surgió a su alrededor.

La reina y el Comandante Grimm ordenaron adelantar ligeramente el flanco derecho del Comandante Erpr. Los osos serían los primeros en entrar en combate.

Taros, situado entre el centro vanguardia de la Hiena y la retaguardia de Solvi, decidió adelantar su posición hasta llegar a la reina, quien detuvo su montura al ver llegar al galope al arcano. Grimm, al lado de la reina hasta ese momento, siguió la marcha y quedó al mando.

—Majestad —el caballo del mago bufaba—, no podéis fiaros de vuestro hermano. Con seguridad pretende acabar con vos a través de un hechizo de largo alcance y descabezar así a vuestro ejército. Ya sabéis que la anarcanita no es infalible, y con su poder...

—¡Basta, arcano! Vos ya me lo advertisteis: «Tabalt es capaz de lograr cualquier cosa...». Lo asumo, y espero que ese «cualquier cosa», signifique que somos rivales dignos el uno para el otro. Será lo que tenga que ser. Seguid con vuestro cometido; observad, informad si descubrís algo relevante y actuad solo en caso de necesidad.

La reina picó espuelas y pronto recobró su posición. Quedar fuera de primera línea de batalla era un buen consejo que ya había rechazado de Solvi. No arriesgarse en batalla, no era una opción que fuera a considerar.

La tropa arcana se mostró más ligera y fue capaz de cubrir más distancia en menor tiempo. El motivo era evidente: sus armaduras eran menos pesadas. Bajo sus capas portaban jubones de guerra reforzados con hechizos de protección, que estaban por ver si surtirían efecto, o si resultaban inútiles ante la carga de anarcanita que se les avecinaba.

Otro factor hizo que los arcanos mostraran pies ligeros a la hora de cargar. Debían proteger a su rey. Un rey expuesto en mitad del campo de batalla. Protegerle sería clave en las posibilidades que tuvieran. Nadie salvo su maestro Thomar, sabía lo que Tabalt pretendía, pero la mayoría de los arcanos creían en su rey, y en él basaban sus esperanzas frente a un ejército que casi les triplicaba en número, que les ganaba en experiencia militar y que se bañaba en anarcanita, la peor pesadilla para cualquier mago.

El barro provocado por la lluvia se pegaba a las botas y a los escarpines. Las nubes cubrían rápidamente pequeños intentos de claridad.

El centro de los arcanos, con sus diez mil efectivos comandados por Vestein, llegó hasta Tabalt y le rebasó. El flanco izquierdo, con Celandia al mando, se adelantó para hacer frente al flanco derecho

honorio. A doscientos pasos del choque, la hija del antiguo consejero Karsten, ordenó descargar una primera salva de hechizos en forma de bolas de fuego y de rayos. En cuanto la magia hizo su aparición sobre el valle, la espiral gris cobró intensidad en su luminiscencia. También se iluminaron con un destello azul las armas y las armaduras del ejército Honorio, compuestas con el mineral antimagia.

Ni uno de los hechizos del flanco arcano provocó el más mínimo daño sobre el flanco honorio de los Osos. El Comandante Erpr, al ver el resultado, se envalentonó y se preparó para arrasar al enemigo.

Tabalt se movió entonces, aunque en ningún caso salió de su círculo ni del aura dorada que le envolvía. Lo que hizo fue agacharse para recoger los frascos que tenía destapados a sus pies. Se bebió el contenido de uno y se echó el otro, con una textura y color similar al barro, entre las manos. En ningún momento, salvo el que necesitó para tragar, dejó de pronunciar su letanía.

Los arcanos habían recibido duras lecciones militares sobre defensa y ataque a manos de Thomar, y sobre todo, de Vestein. Y cuando el flanco de Celandia tuvo frente a sí al flanco de Erpr, las primeras líneas se olvidaron de su magia inservible y sacaron sus espadas.

Hicieron cuanto pudieron, pero lo que pudieron hacer fue más bien poco, salvo morir. Comenzaron a ser masacrados por el ímpetu y la destreza de los osos bajo un choque de espadas desigual.

Los primeros compases de la batalla se convirtieron en una carnicería para los arcanos. Una a una, sus líneas frontales sucumbían ante las espadas honorias, quienes recibían a cambio, por un lado tibias estocadas fáciles de repeler, y por otro desde las líneas más atrasadas, hechizos cuyos efectos eran explosiones de luz y color inofensivos. Lo mejor que se podía decir al respecto, era que Celandia y los suyos aguantaban la sangría con honor y sin romperse en estampida. Pero, ¿quién se lo hubiera reprochado de haber huido?

Nadie en ese momento, salvo el proscrito Taros, prestaba atención al rey. Y Taros se preocupó cuando el aura dorada de Tabalt se oscureció.

Acto seguido la espiral que recorría la práctica totalidad del valle, también comenzó a cambiar de color, y el gris tornó hacia el blanco.

Los diez mil de Vestein se movían nerviosos. Veían la escabechina de su flanco izquierdo, escuchaban los gritos de los suyos, sentían su miedo. De inmediato les tocaría a ellos. El centro arcano, a menos de veinte pasos del centro Honorio, comenzó a convocar sus hechizos.

En retaguardia, Thomar el Negro maldecía su posición y rezaba al Padre para que la estrategia de su rey diese resultado. Al tiempo ejecutaba lo que se le había encomendado, y supervisaba que sus cinco mil se concentraran exclusivamente en conjurar hechizos de tercer orden; una decena de grifos comenzaron a cobrar forma, el cielo se revolvió sobre sus cabezas con una incipiente tormenta eléctrica, e incluso una catapulta enorme perfiló su estructura bajo un hechizo en común de varios magos. «Nada de lo que convoquen servirá en cuanto entre en contacto con la maldita anarcanita», pensaba el propio Thomar, pero se guardaba de decirlo y animaba a su desatamiento para que no cayera en el desánimo.

La conflagración entre los centros se produjo. Los hechizos de los arcanos se volvieron a mostrar inútiles. Pero Vestein no se escondió, y pasó de apelar al orgullo de los suyos para que mantuvieran la posición, a esgrimir su espada y dar ejemplo. Tres honorios le rodearon, para estos el proscrito era junto al rey, el mejor trofeo que podían conquistar, y el único asequible de los dos, pues se daba por hecho que los hermanos y reyes se enfrentarían entre sí.

Vestein atravesó la ingle de uno de sus rivales, cortó la yugular de un segundo y decapitó al tercero, quien carecía de gola y a quien le sobraron alardes. Vestein dejó claro que no iba a resultar fácil acabar con él, y que no había perdido destreza en Arcania. De nuevo fue rodeado, esta vez por cinco adversarios; dos eran hienas y tres nobles. Él se limitó a invitarles para que comenzara el espectáculo. Y el baile comenzó.

Tras unos eléctricos intercambios de espada, uno de los nobles atacó la espalda de Vestein mientras este ocupaba su acero con las

dos hienas. Justo antes de que el traicionero ataque resultara fatal, un rayo impactó al noble en un costado. En esta ocasión no se trató de un ligero cosquilleo, ni de una simple explosión de luz, sino que una violenta sacudida atravesó al honorio y le tiró al suelo. Durante un instante todos se detuvieron. La escena había sido vista por unos y por otros. El aliento contenido regresó, el soldado logró levantarse, trastabilló y cayó de nuevo, de bruces, muerto.

Los arcanos jalearon con fuerza, de golpe recobraron el ánimo.

Vestein logró matar a dos rivales de los cuatro que le quedaban. Lo hizo con suma facilidad, pues estos habían perdido su concentración al temer la llegada de un hechizo y que su armadura fallara. Su miedo estaba justificado, pues la hiena y el noble que aún quedaban vivos, murieron momentos después a causa de la magia.

Fuego, viento, agua y tierra, los cuatro elementos conjurados en multitud de formas comenzaron a diezmar al ejército honorio. Momentos antes la anarcanita y un soldado diestro bastaban para acabar con un arcano poderoso. Sin embargo, las tornas cambiaron, y cualquier arcano que dominase medianamente un hechizo de ataque de segundo orden, podía quemar, arrojar, golpear, o ahogar, a varios honorios sin dificultad. Los lamentos y la sangre cambiaron de bando.

La espiral, antaño gris, había cobrado el color de un blanco intenso.

Ante el nuevo rumbo de los acontecimientos, la Hiena decidió formar un escuadrón con veinte de sus mejores soldados. En cuanto estuvieron listos les encomendó marchar directos contra el rey, romper su aura, sacarle de su círculo y acabar con él. Grimm no lo dudó ni por un segundo; muerto Tabalt, la anarcanita volvería a resultar efectiva. «Tal vez provoque la furia de mi reina, pero debo arriesgarme», pensó el Comandante mientras deseaba suerte a su escuadrón. Él titubeó en si acompañarles o no, pero finalmente decidió permanecer en su posición, en primera fila de batalla.

El competente escuadrón especial de hienas, logró llegar hasta las inmediaciones del rey tras acabar con cinco arcanos sin sufrir más de

tres bajas. En cambio, nada pudieron hacer contra el aura dorada que rodeaba a Elmer. Cuando golpearon el escudo de energía, recibieron sacudidas eléctricas fulminantes. Los que lograron ponerse de pie trataron de huir, pero no llegaron muy lejos. Todos perdieron su vida entre descargas salvajes, que al rey no pareció lo más mínimo costarle convocar.

El centro arcano logró con rapidez contener al centro honorio, y estos últimos no tardaron en retroceder. Lo mismo ocurrió con el flanco de Celandia, donde los magos se cobraron con creces y saña, las bajas iniciales.

Ante el espectáculo de bolas de fuego, temblores de tierra, cuerpos de honorios sin vida o con ella, que volaban arrojados por fuerzas te-lequinéticas, torbellinos de agua, remolinos de viento..., Vestein pasó a ser el *arcano* menos efectivo. Tampoco logró imponer su criterio de mando, y los magos comenzaron a perder sus posiciones defensivas ante su rotundo éxito. La sangría que ocasionaban disimulaba cualquier falta táctica.

—Por fin, hermano, desveláis vuestra carta maestra —Reika habló para sí misma, tal vez para la Historia, pero en ningún caso para los nobles que la escucharon sin comprender un ápice los motivos de su aparente satisfacción—. No buscabais descabezarme a mí, sino hacer que los tuyos se sintieran importantes, que recuperaran su orgullo.

La reina dejó sus reflexiones justo a tiempo para arrojarse al suelo desde su montura. Una hiena muerta surcó el aire, y hubiera golpeado a Reika de no haber sido por su ágil reacción. El soldado chocó contra la testa de la yegua con tal violencia que esta cayó al suelo desplomada.

—No hay tiempo que perder —se dijo la reina al incorporarse.

En mitad del caos, Reika intentó reorganizar sus tropas. El centro se mantenía a duras penas, retrocedía, pero conservaba el orden, y las bajas, aun siendo significativas, eran cubiertas con presteza. Sin embargo, el flanco del Comandante Erpr estaba siendo arrasado. Reika tuvo que desgañitarse y asumir un alto riesgo para lograr que

el ejército basculara por la izquierda en un movimiento envolvente. Los grifos de Helg apenas habían entrado en acción, y al sumarlos a los refuerzos que Solvi enviaba desde la retaguardia, Reika esperaba recuperar la iniciativa.

Pronto el factor numérico equilibró la balanza. Los arcanos sencillamente no daban abasto, y su energía mágica se resentía. Además, la falta de orden producía que no se cubrieran unos a otros, que cada uno hiciera la guerra por su cuenta y que su efectividad se redujera. Vestein seguía intentando reagruparles en mitad del caos, pero en esos momentos bastante tenía con salvar su propio pellejo. No muy lejos de él divisó a la reina, agobiada también al intentar al tiempo, que le hicieran caso y seguir con vida. Observó cómo con inteligencia esperaba a que le lanzaran un hechizo, cómo con destreza lograba esquivarlo y cómo con decisión atacaba entonces.

—Ella contra mí, sería un bonito duelo —se le escuchó decir con satisfacción.

Valle Asolado sufría una segunda desolación. La sangre de unos y otros teñía de rojo la hierba pisoteada, la tierra embarrada, el blanco de la espiral que, sin embargo, resplandecía sin agotamiento. Los cuerpos mutilados, las cabezas decapitadas, el horror, imponían su ley. ¿El precio de la Profecía no resultaba ya demasiado alto? La lluvia caía, indiferente a la muerte.

El primer grifo que levantó el vuelo con su jinete, chilló tan fuerte que llamó la atención de unos y otros. Los honorios no querían creerlo, los arcanos no cupieron en sí de gozo. Había llegado el turno de la retaguardia de los magos.

Otros grifos con otros jinetes secundaron al primero, pero también aves fénix, cuatro águilas enormes, dos pequeños dragones y un ave roc. Los animales que curiosamente conformaban algunas heráldicas de las Guarniciones de los Nueve, pasaban a convertirse en temibles rivales. Eran pura magia, pero también letales bajo sus garras, sus fauces, su fuego, sus picos.

Solvi no pudo resistirlo más y abandonó su puesto, dejó a su segundo al cargo de la retaguardia, un proyecto noble, valeroso y respetado, y marchó al frente para ayudar a la reina, por más que eso supusiera desobedecer.

Del mismo modo, Taros consideró que había llegado el momento de actuar, y su objetivo fue el que todos los honorios esquivaban: el rey. Tras el fracaso del escuadrón que enviara Grimm, los soldados evitaban acercarse al aura mortífera y dorada que recubría a Tabalt.

El que fuera valido de Aglaia no tardó en llegar hasta donde se encontraba el sucesor de esta. Ambos habían compartido cargos, ambición y odios. Tenían muchas cuentas pendientes.

El rey, dentro de su círculo rojo, rodeado por el aura, con un constante hechizo en sus labios y con los ojos cerrados, los abrió al sentir una presencia poderosa. Comprobó de quién se trataba y volvió a cerrar los párpados.

—Nunca imaginé —Taros habló con voz segura— que nos enfrentaríamos de esta manera.

Una esfera energética envolvió al proscrito, quien sonrió a pesar de la indiferencia que le dedicara el rey. Taros entonces abandonó los cauces de la magia clásica para surcar los misterios de la magia que solo el rey creía dominar. En ese momento Tabalt abrió los ojos y le miró con sumo interés.

—Así que no eras tan mal espía... y no todos los libros fueron arrasados en el incendio —dijo el rey con una sonrisa no demasiado feliz.

No hubo más palabras entre ellos, solo magia.

La lluvia arreció. Las túnicas de los dos adversarios se agitaron con violencia, los rizos de uno y el pelo negro de otro se electrificaron, sus protecciones mágicas refulgieron. Taros no lanzó ningún hechizo de alcance, ningún rayo, ninguna bola de fuego, sino que buscó la dominación, o al menos perturbar la espiral que se extendía por todo

el valle. Pronto obtuvo resultados y la espiral comenzó a sufrir intermitencias en sus tonalidades.

El Comandante Oso Erpr recibió el coletazo brutal y ardiente de una de las aves fénix. El golpe le partió la columna vertebral y resultó fatal, apenas tuvo tiempo para saber qué le había pasado, murió boca arriba, y lo último que contempló fue el espectáculo de agua y fuego que en el cielo tenía lugar. La lluvia caía sobre los ígneos animales oscureciendo la tonalidad de sus llamas, y ese era el único efecto que causaba sobre ellos, un efecto que infundía un aspecto aún más pavoroso a sus enemigos.

Los valerosos osos, con su Comandante muerto, con una sangría de bajas entre sus filas, conservaban como podían la posición. Nada les hacía huir, ni siquiera la certera posibilidad de una total aniquilación si no abandonaban sus posiciones. Algunos cuentan que el Coronel Helg, antiguo Comandante de los osos, lloraba desde el otro flanco de la batalla por lo que estaba ocurriendo con su antigua Guarición. También se cuenta que varios hechizos le alcanzaron en ese tramo de la batalla, y que tal era la rabia del Coronel Fénix, que no le causaron ningún daño. En lo que todos estuvieron de acuerdo, es en que luchó incansable y diestro, y que su Guarición fue el aliento que mantuvo en pie al ejército honorio cuando este más lo necesitaba.

Varios rayos descontrolados cayeron muy cerca del rey. Tabalt se mostró preocupado. Una preocupación que no había sentido en mucho tiempo. La incertidumbre recorrió sus venas. El contra hechizo de Taros mostraba consecuencias y estas podían resultar muy graves.

La magia de Taros era más débil que la del rey, pero eso no impidió que la espiral del valle comenzara a mostrar interferencias. Lo más preocupante, sin embargo, radicaba en que el choque de hechizos podía afectar al tejido elaborado a través del círculo rojo, de la espiral, de las entrañas del valle, y producirse una sobrecarga de efectos devastadores.

Tabalt pensó fugazmente en Tierra, la antigua capital del reino, pero desecharó tan funesto recuerdo histórico.

El Consejero, maestro y tutor Solvi, flanqueó a Reika, salvándola del ataque aéreo de uno de los dos dragones. El animal era pura magia, pero su cuello fue cortado como si de carne se tratase. Solo una vez muerto, se disolvió de un modo antinatural.

A partir de las interferencias la muerte se equilibró. El talento primó sobre el número, pero también la imprevisibilidad hizo acto de aparición. La espiral cambiaba de color por momentos; del blanco al gris, del gris al negro, del negro al rojo, del rojo al verde... Y con algunos de estos colores, los efectos que anulaban a su vez los efectos de la anarcanita desaparecían, de modo que la magia se volvía inservible... por momentos.

Las variables de cada combate aumentaron. El ataque de la temible ave roc podía quedar en nada porque sus garras y su pico se licuaran en el momento de su descenso, mientras que un hechizo menor podía resultar mortal; la finta y el posterior ataque de un soldado contra un mago podía resultar inútil al chocar contra una barrera de protección mágica inquebrantable, o mortal de necesidad porque en ese momento la barrera se quebraba fácil a causa de una anarcanita que recobraba su efectividad.

La reina agradeció con un gesto de cabeza la acción salvadora de su maestro, observó por un segundo la cruenta batalla dada en tantos frentes, y retornó a la lucha fiera y valerosa. Debía dar todo en cada embate, porque buscaba siempre al arcano más poderoso. Solvi pronto desesperó con la temeridad que mostraba Reika, pero no podía esperar otra cosa de ella. Lo que la reina no esperaba fue ser recorrida por un sentimiento desconocido, extraño y creciente: la inutilidad de tanto sacrificio.

El flanco derecho de Damon ya no existía, se había fundido en el centro de la batalla, al igual que el flanco izquierdo de Helg. El arcano

y el honorio se toparon frente a frente y no rehuyeron el enfrentamiento.

El ecónomo se sentía cansado, pero orgulloso. Había llegado a la batalla con la creencia de que se dirigía a una auténtica matanza, y en una se encontraba, pero para ambos bandos; su rey les había demostrado que no estaba loco, o al menos que era un loco increíblemente poderoso. El rostro eterno de serenidad del viejo sabio, había desaparecido para ser cubierto por la furia, y por la sangre salpicada de numerosos enemigos muertos bajo su magia.

El Coronel, por su parte, se mostraba tranquilo y rabioso al tiempo, con una ira maquinal que parecía hacerle inexpugnable.

En el primer ataque, Damon intentó quemar al honorio con una ola de fuego, pero este se cubrió hábil con un cadáver. Tampoco pudo el arcano dominar la cabeza del coronel, ni ensartarle con las espadas caídas que telequinéticamente le arrojó. Poco a poco Helg fue ganando terreno en oportunos zigzags, y sus ágiles quiebros se sucedieron ante los hechizos frustrados. Su espada finalmente estuvo cerca. Un tajo certero cortó la barrera mágica y la cota de malla, que momentos antes no lo había logrado por no haber interferencia. La espada cercenó el brazo derecho del arcano a la altura del codo. Damon apenas sintió más dolor que el que le tocaba por morir.

El golpe crítico, sin embargo, no llegó. Primero porque la esfera de protección, inútil instantes antes, volvió a resultar efectiva e hizo rebotar la espada de su enemigo. Y segundo porque dos arcanos aparecieron. Uno se llevó al ecónomo como buenamente pudo, el otro se enfrentó al Coronel.

Vestein por fin lograba imponer orden en los suyos. Los magos juntaron líneas y empezaron a cubrirse las espaldas unos a otros.

La lluvia alcanzó el grado de tormenta en todo el valle.

En las alturas un ave fénix chocó contra un grifo y el jinete de este se precipitó al vacío sin mayores consecuencias gracias a un oportuno hechizo. Las bestias, sin embargo, explotaron en un torbellino

de colores. Las interferencias causaban mayor estrago en las alturas que a ras de tierra.

Los magos prescindieron de las catapultas mágicas por su inestabilidad y su imprecisión, las rocas podían reventar a cualquiera, amigo o enemigo. Los dos ejércitos eran una masa indisoluble; ni flancos ni retaguardia estaban ya claramente definidos. El baño de sangre, el barro, el agotamiento, eran compartidos.

A esta altura de *La Batalla de los Dos Hermanos*, la diferencia numérica entre los ejércitos se había reducido de casi el triple a menos del doble. Es decir, las bajas honorias eran superiores a las arcanas, pero los muertos de estos debido a su número de partida tan inferior, resultaban muy significativos.

Reika, entre hechizo y hechizo que lograba esquivar, tuvo también que alejar de sí nuevamente la pregunta por el sentido de todo aquello. Había esperado una batalla rápida, aplastante, con escasas bajas de los suyos, y razonables en el enemigo, donde pronto acabaría con su hermano y donde de inmediato aplicaría su indulgencia y magnanimidad para con los arcanos. Sin embargo, nada de eso había ocurrido, y por si fuera poco y al margen de la matanza que se producía, su hermano quedaba en manos de Taros, pues ella no tenía ninguna posibilidad de vencerle en tales condiciones.

—Arcano contra arcano para decidir sobre mi reino, ¿quién podría haberlo predicho? —la reina escupió estas palabras, y escupió al suelo, en un suspiro que se concedió.

¿Y quién podría haber imaginado hace tan solo unos meses (pudo haber añadido la reina), que Vestein y ella por fin se enfrentarían, pero del modo en que lo iban a hacer? El proscrito honorio quedó frente a Reika.

—Karak ha enloquecido —dijo Reika antes de cruzar su acero.

Otros duelos particulares conformaron ese momento crucial de la batalla. Celandia frente a Grimm y Solvi contra Thomar. Muchos soldados y arcanos se dieron un respiro. Dejaron de matarse entre ellos

para presenciar tales duelos. Fue un acuerdo tácito que nadie quebrantó, esas batallas particulares dentro de la gran batalla eran una oportunidad para poner cierto orden dentro del caos, y una bocanada de aire que permitía aumentar las posibilidades de sobrevivir, a las que todos deseaban aferrarse.

El tiempo pareció ralentizarse por momentos. Tabalt y Taros por su parte seguían en su duelo particular. En sus miradas se podía reflejar el odio a través de sus auras envolventes y electrificadas. Ningún mago ni honorio se les acercaba, la cantidad de energía que desataban a su alrededor les hubiera repelido de intentarlo. La lucha por dominar la espiral y sus efectos, parecía consumirles.

La Hiena Grimm tal vez pensara que la arcana a la que iba a enfrentarse era atractiva, a pesar del aspecto que presentaba a esas alturas de la batalla, y tal vez se maldijo por no haberse acostado nunca con ninguna maga. «Tal vez no sea demasiado tarde», se dijo quizás, antes de centrar todos sus sentidos en el duelo. Lo que pensara Celandia la Bella, no me atrevo a suponerlo, pero de seguro que no se parecía en nada a lo anterior. Suposiciones al margen, lo que sí se sabe es lo que sucedió, y que les separaban unos doce metros antes de comenzar.

El primer hechizo que Celandia conjuró contra Grimm, fue un rayo de segundo orden que alcanzó en plena coraza al Comandante, y que le hubiera fulminado de inmediato de no ser por una oportuna interferencia. Grimm no perdió el tiempo en celebrar su suerte y decidió apostarlo todo a la fortuna, y a su puñal. Lanzó con precisión su arma y acortó la distancia que les separaba lo más rápido que pudo. Celandia tal vez pudo haber intentado esquivar el cuchillo, pero decidió también apostar por su magia. Tuvo éxito y detuvo el arma arrojadiza, que rebotó contra un escudo de piedra que se materializó a tiempo. No perdió un instante y su talento le permitió un hechizo más antes de ser embestida por el honorio. La arcana logró levantar un muro de hielo a escasos tres metros de ella y Grimm se

lo tragó por entero. El muro se rompió con la violencia del golpe y el honorio clavó las rodillas en el suelo.

Celandia había vencido en todos los envites; alcanzó a su rival con el rayo, le paró el cuchillo e hizo que se tragara el muro de hielo. La maga se acercó con parsimonia y sonriente a Grimm, quien de rodillas y con el rostro lleno de sangre, parecía a punto de derrumbarse por completo. Pero el honorio no solo no cayó de bruces, sino que en cuanto tuvo a su rival a la distancia precisa, giró la muñeca aferrada a la espada, que no había dejado de empuñar en ningún momento, se impulsó hacia delante como un rayo y alcanzó con su acero a Celandia a la altura del pecho. La atravesó de parte a parte y hasta la empuñadura, sin dificultad. Grimm dijo algo al oído a la arcana, luego esta expiró.

El honorio se quitó el yelmo y lo arrojó al suelo, necesitaba tomar aire. Sangraba por la nariz, una ceja y el labio inferior. Se sacudió fragmentos de hielo del rostro. Dejó que por varios segundos la lluvia le purificara y volvió a la pelea. A su alrededor se retomó la batalla, los gritos, las muertes... Grimm buscó rival, apenas le quedaban fuerzas y no quiso malgastarlas. No demasiado lejos de allí divisó a su reina y a Vestein; cruzaban sus aceros. La Hiena decidió acudir en ayuda de su reina.

Solvi maldijo su suerte. En los primeros intercambios de espada con su oponente, descubrió que se enfrentaba a quien habría sido el rival de su vida... de no ser porque este carecía de un brazo. El arcano sorprendió al honorio, primero cuando le retó con la espada en lugar de usar la magia, y segundo cuando demostró una gran destreza a pesar de poseer solo un brazo. El maestro de armas solo necesitó ver cómo empuñaba su rival, cómo evitaba ciertos giros, cómo le costaba realizar otros, para saber que el brazo sano no era su brazo natural de la espada.

Thomar el Negro por su parte tampoco necesitó de muchos lances para saber que iba a morir, salvo que ocurriera algo excepcional, y como

el honorio, lamentó que el duelo no estuviese bajo igualdad de condiciones. Luchó con una plegaria en sus labios: «¡Os exijo, Padre, que cuidéis de Reika!». En ningún momento imploró por él mismo, sabía que tenía ganada la paz y el descanso.

El intercambio de golpes no se alargó. La destreza de Thomar con su *nueva mano*, quedaba lejos de la genialidad que alcanzara con su mano natural, y al menos a la misma distancia, de la genialidad que precisaba para enfrentarse a Solvi. Este paró y atacó con respeto en los primeros compases, e incluso pensó en cambiar de mano para igualar el duelo, pero desechó la idea por vanidosa e infantil. Apretó un poco en sus golpes y pronto cortó a su rival en una pierna y en el costado. El combate pudo cambiar de signo cuando en una guardia mal defendida del arcano, el honorio pudo amputar la única mano de Thomar y no lo hizo, asumiendo Solvi un riesgo que Thomar tampoco aprovechó, tal vez a causa del cansancio. El combate se alargó un poco más, ya sin emoción alguna. El arcano no tenía fuerzas ni para enfadarse con su rival por el aprecio que este le mostraba. Al final aquel clavó su espada en el embarrado suelo, miró a los ojos de Solvi y le dijo:

—Hazlo de una vez.

Y Solvi lo hizo.

Los arcanos que presenciaron el duelo no lamentaron demasiado la pérdida de Thomar. Sin embargo, el rey Tabalt, quien no pudo ver desde su posición el final de su maestro, lo presintió de alguna manera. Las consecuencias de la rabia que explotó en su seno, las pagaron Taros y la espiral. El primero estuvo a punto de salir despedido por los aires ante el ímpetu de la renovada energía del rey; la espiral por su parte recuperó por completo la estabilidad, y los arcanos volvieron a llevar la iniciativa al acabarse las interferencias. Sin embargo, no se trataba de una estabilidad real, pues toda la magia enraizada en la espiral sufría de sobrecarga.

Reika y Vestein llevaban varios minutos cruzando sus espadas cuando Solvi llegó hasta ellos. No le quedó otra, sin embargo, que hacer

lo mismo que Grimm, quien había llegado momentos antes, y que otros muchos arcanos y honorios: observar el duelo. Reina y proscrito lo habían dejado claro: nada de ayudas, y aquel que interviniere... sería atacado por los dos. La Hiena había sufrido el particular despropósito hasta que tuvo que abandonar su intento de ayuda, rabioso. En esos momentos Grimm miraba la contienda, y algunos cuentan que lo hacía con lágrimas en los ojos.

Las espadas restallaban con cada golpe. La lluvia caía con fuerza. Ellos se miraban vacíos de odio, eran pura concentración. Reika era objetivamente más ducha con el acero, pero estaba más cansada y tenía los músculos tensos y agarrotados. Vestein por su parte luchaba sereno, parecía relajado; incluso parecía disfrutar de los requiebros que le ofrecía la vida, de sus ironías tragicómicas.

Dos fintas y una media vuelta seguidas de un rápido tajo descendente, sirvieron a Vestein para alcanzar la rodillera derecha de Reika. La armadura de esta resultaba más pesada que de costumbre y eso le salvó la pierna, pero aun así el filo cortó la protección y llegó a la carne.

A partir de ese momento Reika cojeó, pero rio más. Pareció relajarse. El silencio se extendió, tan solo roto por la energía ruidosa que a bastante distancia bullía en el enfrentamiento de las auras.

La reina recurrió a un estilo imprevisible, pasó a tomar riesgos que Vestein no esperaba y logró alcanzarle en varias articulaciones. Pronto él también cojeó, y perdió movilidad en su brazo izquierdo.

Un ave fénix a lo lejos graznó como si la desgarraran. Al momento explosionó sin motivo aparente. Lo mismo ocurrió con el dragón conjurado que hasta entonces seguía causando estragos en las filas honorias.

Grimm tal vez tuviera un presentimiento, o tal vez no, pero en cualquier caso desobedeció por segunda vez la orden de su reina y se adelantó para ayudarla. Solvi siguió sus pasos. Los arcanos circundantes decidieron por su parte ayudar a Vestein. El caos regresó ante el enfado de la reina y del antiguo Nueve.

Taros llegó al límite de sus fuerzas, para sus adentros debió reconocer que el rey, aquel rey que nunca quiso tener y que no tuvo, le iba a derrotar... y decidió morir matando. Tabalt por su parte fue consciente de estar al límite de sus posibilidades con respecto al control de la espiral, esta podía desbordarse en cualquier momento.

Cuando el rey vio acercarse a Taros, a pesar de que con cada paso se le desgarrara la piel, comprendió lo que este pretendía. Tabalt no tuvo suficiente poder para rechazar a su rival. Asumió lo que se le avecinaba. Por primera vez en su vida se sintió vacío por dentro. El ruido era ensordecedor, los rayos descendían sobre ellos y salían de ellos.

Cuando las dos auras entraron en contacto directo, se produjo una fusión instantánea y una explosión de efectos devastadores.

Logramos entrar al carro después de que Eryx manipulara una extraña palanca. Una puerta lateral se abrió sola, bajo un ruido metálico. Dentro se encendieron luces de distintos colores: rojo, amarillo, verde y morado. Otras puertas, sillas extrañas, y una enorme cantidad de objetos y botones, que ningún karakiano había visto antes, al menos en muchos siglos, se presentaron ante nuestros aturdidos y asombrados ojos. También había multitud de libros desparramados por el suelo. Libros cuyas letras no supe reconocer, y que tampoco Eryx pudo descifrar en ese momento. Sus ojos en cualquier caso brillaban de emoción. Recuerdo lo que el mago dijo, y acabó así con el silencio que a todos nos embargaba:

—Ante nuestros ojos contemplamos otro mundo... que tal vez explique el nuestro.

Desde ese momento, Eryx ha dedicado cada segundo de su vida a examinar todo lo que encontramos en el carro, cuyo nombre más específico, supimos luego, era el de «nave».

Pero lo que hemos ido desentrañando llegó luego, con mucho esfuerzo, mucho tiempo, y principalmente queda fuera de esta historia. Lo que está dentro es el miedo que yo tenía mientras recorría

con cuidado los pasillos coloridos y llenos de cachivaches del inmenso carro. Y el motivo de mi miedo no era lo desconocido, sino Malasombra. Me costaba aceptar que ya no fuera una amenaza por más que su mirada hubiese cambiado desde que mi hija Damara le curó de la descarga que recibiera de Eryx.

El mercenario lo tocaba todo, excepto los libros. El arcano no dejaba nada sin examinar, especialmente los libros. Mi hija había decidido sentarse en la silla más cómoda que hubiera visto jamás (yo no tardé en probarla) y juguetear con los botones que había en sus brazos. Malasombra cogió en su mano una cosa metálica en forma de L, negra, y con una especie de tirador al modo del que tienen las balletas. Apoyó el artefacto en su pecho y apretó el tirador. Se escuchó un «clic», pero no ocurrió nada. Lo recuerdo porque al momento volvió a hablar Eryx. Se dirigió a mí:

—Creo que parte de estos libros están escritos en nuestro protolenguaje, creo que lograré descifrarlos y cubrir muchas de las lagunas históricas que nos envuelven, y creo que al final descifraré la relación entre este carro, Dima y tu hija.

Con la perspectiva que dan los años, Eryx acertó en mucho de lo que dijo entonces, aunque el futuro no fue tan prometedor ni generoso como todos hubiéramos querido. El presente, por su parte, fue aún mucho menos benévolo.

Los truenos pararon, la lluvia también cesó, las nubes dejaron de cubrirlo todo y Vespertina asomó su disco naranja tiñendo con su luz roja un valle enrojecido de por sí.

La explosión había devastado a los dos ejércitos. Los que quedaron en pie, o mejor, los que quedaron vivos, no continuaron la batalla, sino que cuando pasó el tiempo de la confusión total, se encargaron de salvar los despojos y de apilar a los muertos.

En el epicentro de la explosión, tras la sobrecarga mágica producida por el enfrentamiento entre Tabalt y Taros, se encontró al rey,

inconsciente y con el rostro desfigurado por completo, pero vivo, por increíble que pareciese. Había perdido la mayoría de la piel de la cara y su cuerpo sufría de terribles quemaduras entrelazadas con restos de ropa chamuscada. A la pregunta, que muchos se formularían, de cómo sobrevivió a la explosión, se contestó que por el círculo de protección rojo, pues al parecer actuó de barrera mágica y le impidió salir despedido, si bien no había evitado que se golpeara, se quemara, y en definitiva quedara en el estado en el que lo encontraron. Cuando le sintieron respirar, los arcanos pasaron rápidamente del asombro a cierta alegría contenida.

Taros no corrió la misma suerte, o para muchos, la misma mala suerte. Su cadáver fue hallado a cientos de metros de allí. Nada quedaba de su hermoso porte, de sus bellos rasgos, de sus ojos, de su pelo rubio. Se supo que se trataba de él por sus peculiares botas y una hebilla característica donde había cincelado su nombre.

Pero los efectos de la explosión no solo fueron demoledores en el núcleo, sino que su onda expansiva acabó con la vida de aproximadamente el ochenta por ciento de los que aún seguían batallando segundos antes de la detonación. En esa estadística no hubo excepciones por nombres o cargos.

La reina también sobrevivió, y fue de las mejor paradas. El motivo lo encontramos en una gran dosis de casualidad y suerte. Recorremos que dejábamos a Grimm desobedeciendo las órdenes de su reina de no ayudarla. Pues bien, no dio tiempo, sin embargo, a tal ayuda, y cuando tan solo le faltaban unos pasos para alcanzar a los duelistas, se produjo la explosión. Todos salieron despedidos por los aires, con la mala fortuna para la Hiena y la buena para Reika, de que esta, sin desempuñar la espada, ensartó a su Comandante sin poder evitarlo en el primer momento del descontrolado vuelo. La reacción de Grimm fue rodear con los brazos a su reina, y fue él quien recibió el brutal impacto contra la tierra muchos metros más allá de donde habían salido despedidos. Reika se fracturó una pierna y quedó inconsciente,

que es como la encontró Helg. Inconsciente y abrazada al cadáver de su Comandante Grimm, su Nueve más fiel.

Pronto surgió la duda de qué había ocurrido con el proscrito, con Vestein de Acero, pero no se pudo contestar a tal pregunta. Tal vez quedaría sepultado en la fosa común que se abrió para los honorios, o en la de los arcanos, pero eso habría supuesto un descuido malintencionado o mayúsculo, o que su rostro quedara tan desfigurado que no se le reconociera. Esto último lo descarto, puesto que en esa zona la onda expansiva no provocó ese estrago. Y lo primero prefiero descartarlo también. Lo que prefiero pensar, aunque mis innumerables horas de archivo, de entrevistas, de recorrer ciudades... nunca me dieron una pista favorable a este respecto, es que el exteniente honorio y ex instructor arcano, sobrevivió, y aún vive hoy, apartado en una pequeña villa, sin que nadie le reconozca, trabajando (por qué no) como herrero.

Con el Consejero Solvi, con el maestro de armas de la reina, con su tutor y padre, con el gran espadachín... no cupo duda alguna: murió a causa de la onda expansiva, arrastrado y golpeado una y otra vez como tantos otros sin poética alguna. Se le encontró aún con un hilo de vida, rodeado de cadáveres. Moribundo, intentaba decir algo que, sin embargo, el honorio que le encontró no supo descifrar. Cuentan que su expresión era de pena, no de dolor.

Todas las criaturas mágicas, con todos los jinetes que las montaban en el crítico momento, fueron pulverizadas. La explosión recorrió aún si cabe con más violencia el cielo que la tierra.

Más suerte corrió lo que aún podíamos llamar la retaguardia arcaña, donde el económico Damon se recuperaba tras su duelo con Helg. Fue la zona que menos sufrió la devastación gracias a una pequeña elevación de tierra, que hizo de ligera protección. Cientos de los arcanos más poderosos lograron salvar la vida gracias a ello. Fue el propio Damon, quien a pesar de sus heridas, tomó el mando y demostró una gran resistencia y entereza que le valió la admiración de los suyos.

Por parte de los honorios, fue el Coronel Helg quien asumió el mando de la situación, y lo hizo para asombro de los suyos, sin rastro de su tartamudez. La lista de supervivientes fue exigua, la Guarnición Grifo fue la mejor parada con un quinto de sus efectivos, de las Hienas tan solo medio centenar, de los Osos no se llegó a la decena. El Destacamento Noble tuvo más suerte y llegaron a varios miles.

Unas dos horas más tarde de que la batalla hubiera terminado, y con el ocaso ya encima, estaban listos por completo los hospitales de campaña. Uno a cada lado de la colina, uno por bando. Damon y Helg se mostraron infatigables, competentes y generosos. Entre ellos se produjo una cumbre rápida y sin odio; ya habían tenido suficiente locura. Los honorios prestaron material médico a los arcanos, y algunos de estos, tras las órdenes del ecónomo, cambiaron de hospital y ofrecieron su magia curativa a los que habían sido sus enemigos horas antes.

Poco más tarde, con la noche rasa de nubes y cubierta de estrellas, el fuego y la tierra se dieron cita en las dos fosas comunes que se abrieron y se llenaron. Valle Asolado cambió su nombre por el de Valle de la Muerte.

Dalla llegó con sus Fénix cuando aún se oficiaban las ceremonias rituales de despedida, y pasó rápida de la incomprendión a la furia. Quiso reanudar la guerra para acabar de inmediato con los arcanos supervivientes. Helg se lo impidió. Impuso su rango y su convicción. Si la reina despertaba y autorizaba una nueva masacre, él mismo se quitaría de en medio atravesándose con su espada, mientras eso no ocurriera, *La Batalla de los Dos Hermanos* no tendría un epílogo tan desleal.

La reina despertó a media noche. Se cuenta que casi al tiempo lo hizo Tabalt. Reika primero observó a su alrededor, luego escuchó la opinión de su Coronel y de su Teniente. Finalmente ordenó que la condujeran hasta su hermano.

CAPÍTULO XVIII

Luchar nos hace más fuertes, escribir nos da poder, leer nos da vida.

Palabras que el anciano Athan nos dijo en la Montaña, para convencernos a Adel y a mí, de que aprendiéramos a leer.

Villa Soto ardía de noticias, pero sobre todo lo hacía de rumores. Y lo hacía bajo un frío intenso como no se recordaba en décadas.

El enésimo halcón mensajero fue avistado por los lugareños y por los soldados. Unos y otros esperaron que esta vez fuera la definitiva, que el rey saliera de su mutismo y les comunicara qué había de verdad en las historias que circulaban por la villa.

Corría el rumor de que *La Batalla de los Dos Hermanos* la había ganado Reika sin dificultad; pero también el de que fue Tabalt quien se alzó con la victoria; y el de que no lo hizo ninguno, a la espera de una reanudación; y el de que los dos reyes habían muerto tras enfrentarse ellos al inicio de la batalla, sin derramarse luego más sangre; y el de que se enfrentaron cara a cara, pero cuando todos los demás habían muerto; y el de que lo que hubo fue un pacto previo para marchar contra Paria y borrarla del mapa, algo que estaba a punto de ocurrir,

y que por eso Elmer estaba mudo, y que por eso debía producirse un motín...

El anciano acudió a la llamada de su rey en cuanto un suboficial panzudo le comunicó la orden. La Casa del burgomaestre de Soto era algo más grande que la de otras villas, pero por lo demás, muy similar. Construida en piedra, de una única altura, la planta distribuida en forma de cruz y con la estancia principal dedicada para las funciones consistoriales.

El desorden de la Casa era absoluto. Los muebles estaban tirados por el suelo, pocas sillas conservaban las patas, ni un cuadro quedaba colgado. El burgomaestre tenía prohibida la entrada desde hacía varios ciclos y Elmer arrastraba su furia de un lado a otro sin miramiento por nada. Athan entró en la pieza consistorial, la más desordenada de todas, donde le esperaba el rey. Este quedaba sentado en mitad del desorden sobre la única silla que se había salvado, sostenía una jarra de cerveza, con el rostro desencajado y su pelo negro revuelto.

—No sabía que un ciclón hubiera sacudido el lugar.

Athan era consciente de lo que se avecinaba, pero quiso permitirse por última vez su tono desenfadado. La expresión de Elmer se tornó iracunda, se puso de pie con actitud amenazante.

—¿Fuiste tú, viejo, tú la mataste?

—Por fin os atrevéis a hacerme la pregunta que os ha sumido... en esto. Por fin...

—¡No quiero ninguna lección, quiero una respuesta!

No pasaron más de dos segundos y Athan contestó con absoluta tranquilidad:

—Sí, fui yo.

El rey hizo tanta presión sobre la jarra que esta estalló. La cerveza se desparramó por su rostro descompuesto, por el cuerpo, por el suelo. Los cristales saltaron, las dos manos no tardaron en sangrar.

—Lo siento mucho, mi querido niño, pero si pensabais que la libertad no reclama sacrificios, os equivocabais. La libertad exige tanto

dolor como el destino, como los dioses, e incluso más, porque con ella no hay coartadas, no hay excusas, solo responsabilidad.

—¡Maldito viejo! —el rey temblaba—. ¿Qué tipo de respuesta es esa?

—El despertar de vuestra madre fue un accidente inoportuno, una sorpresa para todos y un problema para nosotros. Como es lógico, vos no lo pudisteis ver una vez que el germen del amor os cegó, pero, ¿acaso creéis que la paz firmada por los tres hermanos hubiera sido duradera? Nosotros habríamos perdido la oportunidad que se nos brinda ahora con todo su esplendor. Sacerdocia habría encontrado el modo de reconducir la situación y de extender la figura del Padre, y en cualquier caso, sus Hijos no habrían sido dañados. Tuve que hacerlo y el resultado está a la vista: ¿cómo se puede creer en El Padre, en Zarrk, o en Danadanial, tras la destrucción de Valle Asolado? Y por si fuera poco, os incluyen en el Duelo bajo las mejores condiciones posibles; venced y Paria logrará lo que no podía siquiera soñar, venced y la libertad se extenderá hasta el último confín de Karak.

Athan calló, se mostraba sereno. No dejó de mirar a su rey ni por un segundo. Elmer tenía su ojo vidrioso y relampagueante. Anduvo varios pasos con mucho nerviosismo antes de que el anciano retomara la palabra:

—Vivimos la oportunidad soñada para vos, para Paria...

—Y para vuestra venganza contra Sacerdocia, que es vuestro máximo objetivo.

—Sí, también para eso.

—Podéis tener todas las razones de vuestra parte... ¡Pero era mi madre!

—Era una pieza más en el tablero, como lo somos todos. Y por cierto, una pieza no demasiado honorable, no me hagáis recordarlos...

Athan no terminó la frase, el rey se abalanzó contra el anciano, lleno de rabia.

Los haces de luz que atravesaban la estancia filtrados a través de las grietas, habían desaparecido horas atrás, lo que significaba la

noche. Lo que apareció fue el hambre por medio de los rugidos de nuestros estómagos. Todos parecíamos cansados y hambrientos bajo la luz artificial verdosa que Eryx invocó. Todos, salvo el propio arcano, quien no bajaba un ápice su entusiasmo, y quien hacía un cuidadoso examen de todos los objetos del carro, una vez que el mercenario, mi hija y yo, habíamos perdido por el momento todo interés.

Se tomó entonces una decisión sorprendente. Necesitábamos víveres y agua, y me atreví a sacar la cuestión. La respuesta me cogió de improviso.

—Malasombra irá a por todo lo necesario, sabrá encontrar el camino de vuelta y regresar aquí antes de que nos muramos de hambre y de sed. Y tú, mamá, le acompañarás.

Quedé pasmada. Y sin reducirse mi asombro el mercenario aceptó, y por si fuera poco, me vi dando un paso al frente, en señal de aprobación.

Durante el camino por las galerías de Dima no me abandonó el miedo. Una parte de ese miedo me lo provocaba Malasombra, pero al margen de su rudeza, no pude reprocharle nada. Sin embargo, él no era la única fuente de mis temores.

Nada supimos de Boro, el mercenario que desapareció sin dejar rastro. Y por supuesto me alegré de ello. En cambio, sí que tuvimos que caminar por entre los cadáveres de los lobos y de los compañeros de mi extraño escudero. «Estúpido», y varios gruñidos, fue lo único que Malasombra pronunció al llegar a la cueva, repleta de cuerpos y de un hedor insopportable. Se lo decía a sí mismo, y pensé que podía referirse al hecho de que no me matara para escapar de aquella locura. Aunque teniendo en cuenta que desde que la encontramos, había cargado con el cuerpo de la leal Adel, y que el mercenario pronunció su «estúpido», mientras cavaba una tumba para ella, caben otras interpretaciones. Tras enterrarla a ella, enterró a los suyos, e incluso hizo una fosa común para los animales. Al acabar le sangraban las manos y el «estúpido» no se le había borrado de los labios. Lo cierto

es que desde entonces he vivido muchas horas al lado de Malasombra, pero nunca me atreví a preguntarle a qué se refería exactamente al insultarse así.

Cuando regresamos al *Corazón de Dima*, Malasombra estaba agotado, sin duda por todo el esfuerzo que había hecho y por cargar como una bestia con la mayoría de los víveres. Yo aún seguía sorprendida por cómo pueden cambiar las cosas en tan poco tiempo. Encontré a mi hija dormida, su rostro era pura inocencia y confianza. En cuanto a Eryx, había ordenado fuera del carro negro una buena cantidad de objetos desconocidos, y apilado en diferentes hileras una gran cantidad de libros.

Desperté a Damara y todos recobramos fuerzas con algo de comida y bastante agua. Luego nos fuimos todos a dormir. Mis miedos no se habían marchado, pero sí que palpitaban cada vez con menor intensidad. Esa noche soñé varias veces con Elmer. En uno de los sueños fuimos felices, en el resto no.

Cuando desperté el desayuno estaba listo, Eryx lo había preparado. Al parecer llevaba varias horas despierto. Nos informó emocionado de sus avances:

—Todo lo que saqué del carro, al que por cierto podemos llamar «nave» para ser precisos, y *Flor de Octubre* para serlo del todo, son tesoros. Aunque debo reconocer que aún no sé para qué sirven la mayoría. En cuanto a los libros..., sencillamente no tienen precio.

Eryx se encaminó hacia ellos y siguió con su discurso:

—Estoy siguiendo una doble taxonomía para los libros —se mostró tan feliz que no cayó en la cuenta de que no entendíamos su forma de hablar—. Por un lado, las graffías y los distintos lenguajes en los que están escritos, pudiendo ya apreciarse que la mayoría lo está en algo que podríamos denominar *nuestro protolenguaje*, lo que me permitirá descifrarlos con rapidez. Por otro, sigo una intuición clasificatoria temática. Pero quizás, lo más valioso de todo, radique en que encontré

numerosos diarios personales, llamados a menudo *Cuadernos de Bítacora*, que cuando logre descifrarlos, nos ofrecerán respuestas a preguntas que ni siquiera nos habíamos planteado.

Y vaya si encontró de unas y de otras. Y aún hoy, en estos ciclos de Karak en los que de nuevo se agita la sangre y la Historia, Eryx sigue buscando y arrojando luz sobre las huellas de nuestro pasado más remoto. Y aún ha llegado más lejos, al principio del fin de los humanos, la raza de la que descendemos, la raza que colonizó este planeta que podemos llamar nuestro, aunque no lo fuera hasta una época relativamente reciente, según la temporalidad que empezamos a manejar desde estos descubrimientos. Pero estas y otras muchas maravillas, forman parte de otra historia, cada vez más conocida gracias a la labor de Eryx y de su equipo, del que quiero destacar el papel fundamental de Malasombra *el Arqueólogo*.

Otra historia, que está alejada de nuestro Ciclo Profético, y al que debo volver ya. Y al que volví de golpe cuando veintiún ciclos más tarde, abandonamos, por una de esas órdenes indiscutibles, imperiosas y extrañas de mi hija, *el Corazón de Dima* y la nave para regresar hasta nuestra cueva, por más que Eryx se mostrara descorazonado.

Cuando llegamos a la cámara principal no tardamos en salir a respirar un aire libre que nos había faltado durante mucho tiempo.

Bajo el cielo azul y frío que nos ofrecía la Montaña, a pocos pasos del precipicio... nos reencontramos con él.

Sé que estoy mezclando las cosas y pido perdón por ello, y sé también que debo llegar al final de nuestro relato principal. Pero antes de hacerlo, quisiera esbozar algunas ideas que el arcano ya sabía cuando recibimos la orden de mi hija de marcharnos del *Corazón de Dima*.

Fue el ciclo vigésimo cuando me atreví a leer en voz alta una de las hileras de libros que tenía ordenadas Eryx. Sobre cada lomo, el arcano había escrito y pegado con nuestros caracteres, los nombres que correspondían a las obras producidas. Bajo su atenta mirada y

como si de un examen se tratara, comencé a leer la fila que se encontraba más a la izquierda, bañada de luz por varios haces filtrados, y llamada «Filosofía».

—Confucio, Protágoras, Diógenes, Aristóteles —mi voz sonaba insegura y Eryx me repetía la pronunciación si consideraba que me alejaba demasiado de la forma correcta—, Agustín, Averroes, Giordano Bruno —hice un descanso para tomar aliento—, Copérnico, Galileo, Kant, Marx, Nietzsche, Freud —no había alcanzado la mitad de la hilera y ya estaba agotada, pues hacía mucho tiempo de mi última lección con Athan—, Ortega, Sartre, Chomski, Habermas, Eugenio T., Blanca Schölder... —decidí abandonar, aunque quedaran unos quince títulos solo en esa primera fila.

La tarea era desalentadora, teniendo en cuenta que solo había leído algunos nombres de la primera hilera, y las otras clasificaciones eran igual de abultadas e incluso más, especialmente una que decía «Literatura».

—Necesitaréis varias vidas para leer todo esto —dije al arcano.

—Por desgracia necesitaría de varias centurias para entenderlo, y no quiero pensar en lo que se ha perdido —su tono era una mezcla de tristeza y alegría—. Pero durante el tiempo que se me conceda, haré todo lo que esté en mi mano y me consagrará a dilucidar estas maravillas.

Y ya durante esa primera etapa junto a *Flor de Octubre* y sus misterios, pudo entender una serie de hechos que nos relató mientras salíamos de las galerías de Dima, hacia la luz. Hechos como:

Que venimos de un planeta llamado Tierra del que nuestros antepasados tuvieron que huir tras consumir su mundo de múltiples modos.

Que *Flor de Octubre* fue la única superviviente de *La Ruta 22*, sin poder saberse si en otras rutas —viajes a través de las estrellas por un número desconocido de naves—, hubo mayor o menor suerte. Con el tiempo, Eryx llegaría a creer que existieron sesenta y nueve rutas a

lo largo y ancho del universo, pero nunca hubo más información sobre ninguna de ellas.

Que Dima fue la brújula que salvó la nave cuando sus tripulantes, llamados humanos, ya desesperaban. Por lo que Eryx había deducido de los diarios, los humanos de la nave estaban al borde de la perdi-ción cuando llegó hasta ellos una señal de la Montaña, que fue lo que les condujo hacia este mundo habitable. Y si la nave captó esa señal, esa emanación, fue porque Dima produce o alberga en su seno, el mismo tipo de energía que nuestros antepasados estaban investigando, y que dieron origen a la magia tal y como hoy la concebimos.

Que *Flor de Octubre* debió surcar el firmamento entre veinte y treinta años, y que al aterrizar en el *Corazón de Dima* —sigue el misterio de cómo la Montaña permitió que llegaran hasta sus entrañas, y la única hipótesis que Eryx maneja es la de que la nave, capaz de viajar por las estrellas, podía atravesar también de alguna manera la roca—, des-cendieron alrededor de ciento cincuenta supervivientes.

Que esos «colonos» (nombre que se asignaron) vinieron a organi-zarse como ya recogiera la arcana Xani en sus escritos desde La Torre de la Memoria, quien tuvo acceso a fuentes varias que nosotros desco-nocemos y que paradójicamente, fueron posteriores a *Flor de Octubre*.

Y finalmente, Eryx me llamó aparte para explicarme que las capa-cidades mágicas de mi niña, su precocidad, su don, eran fruto de la violación que sufrí... y de la piedad de la Montaña. Al escucharle me quedé de piedra y al momento le llamé lunático, pero algo en mi in-terior hizo que me tranquilizara. El arcano balbuceó para decirme que no podía explicármelo mejor, pero que Dima de alguna manera, quiso que aquel acto cruel se transformara en una razón de ser, en un sentido.

Aún hoy no sé muy bien qué pensar, mi hija ha crecido bondadosa, sabia, incorruptible y llena de poder, mientras que Dima sigue miste-riosa, insondable, única. Pero por otro lado me cuesta tanto creer que la Montaña hiciera precisamente conmigo y en mi hija un acto de justicia,

cuando la injusticia ronda a cada palpitación de nuestro mundo, y por lo que hemos podido desentrañar hasta ahora, de todos los mundos posibles...

En cualquier caso, es hora de terminar de narrar el Ciclo Profético.

La nieve cercaba la muralla, las puertas, la ciudad... El frío y el viento se colaban por las callejas, en las tabernas, a través de la mamostería de las casas. Nadie en Espada recordaba ciclos tan duros, y cuando el ejército regresó, o mejor, cuando el paupérrimo resto del que fuera un gran ejército regresó, trajo consigo la convicción de que ese clima era fruto de *La Batalla de los Dos Hermanos*, consecuencia directa de la mortífera explosión que había puesto fin al combate.

Los soldados lo tenían claro y así lo hacían constar de taberna en taberna; la magia que los había arrasado, había removido también la tierra y el cielo. Aún se podía respirar esa maldad, y lo que era peor, el principal causante de aquello, el máximo artífice del frío y la muerte, se dirigía hacia ellos, como antes ellos se habían encaminado vanidosos e inconscientes hacia él. En definitiva, el orgullo honorio estaba por los suelos, y la confianza en Reika no era mucho mejor.

Heriho buscaba a la reina sin éxito. No la encontró en sus aposentos, tampoco en el jardín, ni en la Sala del Consejo, ni siquiera en las caballerizas, donde últimamente pasaba las horas sin hacer nada más allá de observar cómo transcurría el tiempo. Cada ciclo Reika se mostraba más esquiva y solitaria. Su tristeza era evidente, sus silencios preoccupantes, y por eso la buscaba el Consejero, para ofrecerle su compañía.

Al final se topó con ella en los pasillos de Palacio que conducían de las cocinas a los baños. Renqueaba ligeramente de una pierna y marchaba meditabunda, indiferente al frío a juzgar por su capa liviana, sobre una blusa de lino blanca y un pantalón de algodón.

—Majestad —Heriho flexionó el cuerpo.

—Querido —la reina carecía de toda emoción en la voz—. ¿Querrías acompañarme?

Por supuesto, el sacerdocio no tuvo ningún inconveniente. No tardaron en llegar al mirador más alto de la colina, al que se desembocabía tras el pequeño jardín situado al noroeste de Palacio. Desde allí se dominaba el Anfiteatro y hacia allá perdió la mirada Reika. Finalmente habló:

—Qué fácil resultará en el futuro señalar, que los hermanos de la Profecía solo podían acabar enfrentándose los tres en la arena, que los hilos del destino, que el juego de los dioses, estaba marcado de antemano. Y sin embargo, yo aún no me lo termino de creer. ¿Cómo es posible que con mi ejército no ganara en Valle Asolado, cómo es posible que Tabalt, me convenciera para ofrecer a nuestro hermano pequeño, la posibilidad de regir nuestros reinos si saliera victorioso del Duelo? Soy una reina desastrosa, ¿acaso hay otra explicación?

Heriho descompuso su rostro y se dispuso a impugnar los pensamientos de su reina, pero esta le dejó claro con un enérgico gesto que no quería tal cosa, y retomó la palabra:

—Me llegan rumores —la reina pareció despertar de su letargo pesimista—, de que la Tenienta Dalla critica de taberna en taberna mis últimas órdenes. Quiero que la comminéis a la medida. También quiero una audiencia urgente con el Capitán Ari y con el Coronel Helg antes del Duelo, quisiera dejar todos los asuntos del reino cerrados.

El Consejero esperó unos segundos para ver si su reina quería decir algo más. Cuando se convenció de que no sería así, habló él:

—Quiero que sepa, majestad, que tiene la admiración y el fervor de su pueblo, que los soldados cantan sobre su valor en la batalla, sobre su destreza, sobre...

—Ya basta, Heriho, mi valor en la batalla no fue mayor que el del resto de los que allí murieron. Mi destreza, no tanta a la vista de los resultados: Grimm atravesado por mi propia espada, Solvi muerto inútilmente, decenas de miles de soldados masacrados... Ya sé que tengo la admiración de unos, al igual que el rechazo de otros. Nada nuevo bajo este cielo, bajo mi caótico reinado. No os preocupéis, querido,

en unas horas derramaré sobre la arena la sangre de mis hermanos. Aunque sea lo último que haga, no permitiré que Honoria sea regida por manos extrañas. Volveré a ganarme el respeto de todos los míos..., aunque solo podrá ser el respeto de los vivos, y este ya me interesa poco. Os seré sincera, Heriho, estoy harta de todo esto, en especial de la Profecía y del Padre.

En otro tiempo el sacerdocio hubiera enrojecido de rabia, habría reprendido a su ahijada, le habría aleccionado sobre los caminos inescrutables que elige el Padre, pero esos tiempos quedaban lejanos también para él, y sin Solvi a su lado para discutir, se sintió vacío y mudo. Lo único que el Consejero hizo fue una reverencia antes de decir:

—Marcharé de inmediato a cumplir sus órdenes, majestad.

El sacerdocio no pudo ocultarse, y así lo recogió horas más tarde en su diario, que su fe estaba tan resquebrajada como la de su reina. Tal vez incluso más.

Vespertina hundía su disco rojo en el horizonte. Tabalt parecía haber escogido ese momento para hacer su acto de aparición. Llegaba a caballo y solo le acompañaban a varios metros de distancia, sus fieles Evan y Estrato. Cruzó por la Puerta de la Guerra, montaba un alazán de patas blancas, crin negra y ojos vivaces. No bajó de su montura mientras atravesaba sin prisa alguna la calle principal de Espada, camino del Palacio Real.

Los honorios al principio se mostraron temerosos, pero pronto el morbo se impuso al miedo y comenzaron a salirle al paso. Le examinaron con descaro. Habían escuchado de las terribles heridas que sufriera el rey en la batalla y querían verlas, querían ver el sufrimiento de quien había anulado a Reika y a su poderoso ejército, de quien había matado a miles de los suyos, de quien, temían muchos, vencería el Duelo sin problemas. Pero no vieron nada.

Tabalt llegaba a cara descubierta y en su rostro no cabía apreciarse ni la más mínima cicatriz. Los agoreros encontraron una reafirmación

en sus posturas. Reika estaba perdida, Honoria también. El arcano esbozaba una sonrisa de desprecio y suficiencia que se interpretó al gusto de los pesimistas: ni la anarcanita, ni la reina, ni la muerte siquiera, eran rivales para ese rey.

Un niño de rizos negros quiso rebelarse contra el derrotismo que imperaba al paso del arcano. A dos metros de él se agachó para recoger una piedra del suelo, la apretó fuerte en su mano y levantó el brazo lleno de convicción. Sin embargo, terminó por dejarla caer al suelo, sin lanzarla. El niño se fue llorando y un anciano que contempló la escena meneó la cabeza como si en ese movimiento estuviera contenido todo lo que había que decir y comprender.

El alazán siguió con su paso tranquilo y no tardaron en llegar al pie de la Loma. Arriba se levantaba el Palacio Real, majestuoso, y hacia él enfilaron. La reina esperaba a las puertas de Palacio. Si le sorprendió que su hermano llegara con tan solo dos de sus sirvientes, lo disimuló y nada dijo al respecto. Se saludaron con frialdad y sin ocultar que en el fondo escudriñaban sus heridas. Ninguno encontró ninguna en el otro. Tabalt no tardó en preguntar por su aposento. Reika llamó a un criado y el arcano se marchó a descansar conducido por este. Evan y Estrato se marcharon a las caballerizas.

La reina no tardaría en recibir en la Sala del Consejo al Capitán y al General de los Nueve, y dejó para más tarde las posibles reflexiones que le había inspirado su hermano.

Tras despedir al criado honorio, el rey cerró la puerta de su estancia. Se trataba de una habitación para invitados que sin ser demasiado grande, estaba decorada de un modo suntuoso. Una gran araña repleta de candelabros colgaba en el centro, un gran espejo ovalado de cuerpo entero se situaba a la derecha, a la izquierda quedaba un escritorio y su silla a juego, de nogal, labrados con florituras y chapados con baños de oro y plata.

Tabalt se situó bajo la araña y miró hacia arriba. No tardaría en escribir que lo había hecho con la esperanza de que esta se desprendiera

y le aplastara, pero su esperanza fue vana. También se vio obligado a desechar de su mente que su hermana quisiera tenderle una trampa antes del Duelo. Se desprendió entonces de la mayor parte de sus ropas, quedándose en paños menores. Con una sensación de ridículo recorriéndole el cuerpo se examinó de arriba abajo frente al espejo. No encontró ni una sola marca, ni un solo indicio de quemadura o cicatriz. La magia una vez más funcionaba. Sonrió lleno de tristeza. Varias gotas de sudor recorrieron su frente a pesar del frío.

Todas las pertenencias que trajera el rey consigo se encontraban en las alforjas, que cargara primero el alazán hasta el Palacio y después el criado hasta la estancia. El arcano sacó de ellas un cuaderno y una pluma. No tardaría en escribir con vehemencia.

Durante las cinco horas que siguieron, el rey escribiría con letra menuda y casi indescifrable, algunas de las páginas más agónicas y hermosas que se han escrito jamás en toda la Historia de Karak. Esas páginas no solo me proporcionaron innumerables hechos, datos, sentimientos e intuiciones que he ido utilizando a lo largo de mis dos libros sobre el Ciclo Profético, sino que su arrebato, pasión y belleza, me han impresionado como pocas cosas en mi vida, y han provocado mis lágrimas en innumerables ocasiones.

Al echar la vista atrás, cuando pienso en todo el dolor que he cargado sobre mis hombros, siempre encuentro dos luces que brillan con especial intensidad en mi corazón, y me hacen seguir adelante. La primera es mi hija Damara, la segunda, el haber aprendido a leer. Al caer en mis manos lo que Tabalt escribiera durante esas horas previas al Duelo, comprendí definitivamente que tenía que escribir el Ciclo Profético, dedicarme a él aun por encima de mi propia paz, de los descubrimientos de Eryx en Dima, e incluso de mi felicidad.

Y cuando el final se acerca, cuando Tabalt en esas hermosas y desquiciadas líneas, ante su hermana se obstina —recordando el encuentro que gravemente heridos mantuvieron tras su Batalla—, en la inclusión de Elmer no solo en el Duelo, como ella le propone, sino también del

premio de gobernar Karak si acaso el pario fuese el vencedor, cuando el arcano se devana en la duda de si ha traicionado o no a su pueblo al rebasar los límites de la naturaleza, cuando escribe que acabará con sus hermanos en la arena y dará al mismo tiempo una lección a todos los asistentes que jamás podrán olvidar, cuando sobre todo eso y de mucho más escribe, a mí me cuesta seguir adelante, consciente de los años dedicados y de la falta de sentido que sobrevendrá una vez acabe. Pero si dejase la pluma, si por miedo a acabar no continuara, ¿qué habría aprendido?

En mitad de la noche gélida y estrellada, llegó Elmer a la capital de Honoria. Lo hizo a caballo, como su hermano, aunque él marchaba acompañado de los suyos.

Los dos centinelas de la Puerta de la Agricultura se llevaron un buen sobresalto cuando el silbido estridente del General Max les sacó de su duermevela. Los soldados no tardaron en desperezarse y en distinguir cuatro figuras a caballo. Aunque estos quedaban envueltos poco más que en sombras y en algún detalle, los centinelas no tardaron en identificarles a todos, a pesar de que nunca antes habían visto a ninguno. Era evidente que el tuerto era el rey, el manco su comandante y la mujer, la ex honoria que ostentaba el cargo de capitana. En cuanto al viejo, solo podía tratarse del pérvido y poderoso Athan.

Fueron escoltados hasta Palacio y a diferencia del paseo de Tabalt, nadie les salió a su encuentro, puesto que la ciudad dormía. Cuando llegaron al pie de la Loma de la Gloria, hicieron un pequeño descanso para admirar la belleza del Palacio bajo la luz de las estrellas. Al llegar a la puerta del mismo, Reika les esperaba envuelta en una capa azul cielo. Heriho quedaba a la izquierda de su reina. Este sujetaba una lámpara de aceite.

La reina se dirigió a los recién llegados:

—General Max —Reika inclinó ligeramente su cabeza—, es un honor conocerle al fin. Capitana Liv —la reina usó el mismo tono respetuoso—,

si hubiéramos sabido conservarla en nuestras filas, es probable que todo esto hubiera acabado hace mucho tiempo. Veo además que vuestro rey ha cumplido con su promesa —la reina no pudo evitar una fugaz mirada hacia el anciano—, así que yo cumpliré una de las mías y en breve podréis reuniros con el prisionero. Hermano —los ojos de Reika titilaban bajo el resplandor de la lámpara sujetada por Heriho—, no diré que me sois querido, pero tampoco quiero ocultaros mi sentimiento de admiración por todo lo que habéis conseguido. Viejo —el desprecio apareció en la voz de Reika con total naturalidad—, supongo que venís a mi casa aceptando las condiciones pactadas.

Athan afirmó con la cabeza. No sonrió, no añadió ni una sola palabra.

—Entonces puedo dejaros pasar —la reina retornó la mirada a su hermano—. ¿Cuántas habitaciones, rey?

Elmer estaba confuso por el recibimiento de su hermana y tardó en contestar. Las palabras de ella le habían sorprendido, al mostrar a una reina menos orgullosa de lo que esperaba. Por otra parte, estaba el asunto del anciano. Tanto la victoria de Reika como la de Tabalt, pondrían a su maestro en las manos de la justicia de sus hermanos. En ambos reinos le creían culpable del asesinato a sangre fría de Alyisia, y le ajusticiarían por ello.

En cambio, si la victoria caía en manos de Elmer, Athan sería ajusticiado sin juicio alguno. El rey tenía la confesión del anciano, y el rey había decidido dar muerte a su maestro.

—Si he de ser el último sacrificado para que reine la libertad, estaré dispuesto a afrontarlo plenamente feliz.

Con esas palabras de Athan, habían zanjado la feroz discusión maestro y discípulo. Este se comprometía a aceptar el Duelo y las condiciones que le ofrecían sus hermanos; aquél, juraba desaparecer de la faz de Karak de un modo u otro, con independencia de quien se alzase con la victoria, con la vida, con el trono de todo Karak.

Mientras Elmer recordaba lo anterior, su hermana seguía esperando una respuesta, también Liv la esperaba, sin tener claro qué quería escuchar. Al final el rey pareció volver en sí:

—Cuatro, queremos cuatro habitaciones, y que vuestro *invitado*, mi Comandante Wint, pueda marchar a la habitación que le asignéis a mi Capitana.

Las gradas del Anfiteatro Snorri II se llenaron al poco de abrirse al público. Alrededor de tres cuartas partes fueron ocupadas por honorios cubiertos con capas, mantones, guantes, bufandas, gorros de piel, botas gruesas y todo lo que sirviera para protegerse del frío. Se mostraban expectantes, casi apáticos, como si no tuvieran esperanza. Aunque los niños, bastante numerosos, conservaban la fe y producían la algarabía que faltaba a los adultos.

El resto de las plazas fueron ocupadas por bulliciosos parios que habían llegado a Espada apenas hacía una o dos horas, en carros y carromatos. Llegaban para animar a su rey, cargados de confianza, y muchos, también de cerveza y vino. El que los parios pudiesen asistir al Duelo había sido una de las condiciones que Elmer exigiera a sus hermanos; que la entrada fuese gratuita, otra. Ni Reika ni Tabalt tuvieron nada que oponer a tales peticiones.

Hacía cuatro horas que había amanecido y Lucero iba camino de su cémit. Hacía un par de ellas que los tres hermanos desayunaron juntos en Palacio sin apenas cruzarse una palabra. La reina y Elmer aun intercambiaron banalidades y algunas frases de cortesía, Tabalt ni siquiera eso. Sus hermanos sabían que el arcano había prohibido a los suyos, salvo a sus dos ayudantes, ir a verle al Duelo. Lo que aquellos no sabían es que de haberlo permitido, muy pocos en Arcania lo habrían hecho.

Los arcanos reconocían que su rey había logrado detener el avance mortal de los honorios, que lo había hecho antes de que Luz sufriera el más mínimo daño, y que con toda seguridad vencería el Duelo de

los Hermanos. Y sin embargo, los magos consideraban que el precio pagado era muy alto, y una ola de furibunda crítica se levantó contra Tabalt *El Odiado*, como rápidamente se le empezó a llamar. El antiguo consejero Karsten y su renacida influencia, tras la muerte de su hija y la de tantos otros arcanos, alentaba tales críticas que el rey no hizo por aminorar, y Damon, uno de sus pocos valedores, no pudo contener.

A pesar del sentimiento que recorría Arcania y de la orden dictada por el rey, un mago parecía haberse colado en el anfiteatro. Así al menos lo pensaron quienes situados en una de las gradas superiores, quedaban al lado de un anciano envuelto en una túnica, de quien se alejaron cuanto pudieron.

Las nubes no impidieron saber que Lucero alcanzaba su cémit. Mientras, la Estrella de la Tarde se desperezaba en el horizonte. El Capitán Ari se asomó desde el palco principal, a la espera de los combatientes. Estos no habían aparecido aún sobre la arena, e incumplían el estricto protocolo.

La comitiva de Elmer, Athan incluido, acompañaba al Capitán honorio en el palco, mientras que el Coronel Helg, llegaba apresurado al mismo, tras prohibir la entrada a Dalla. Finalmente y tras cierta indecisión, a esta se le había dejado ver el combate desde el segundo palco de autoridades. La acusación de traición que pesaba sobre la Tenienta, se valoraría en los próximos ciclos. En este segundo palco, y junto a personalidades de Honoria, pudieron contemplar el duelo el Gran Burgomaestre Sagh, así como Anvar y Tirio, llegados con el resto de parios pocas horas atrás.

En el palco principal, Liv se mordía las uñas a pesar suya; Max respiraba con dificultad sin saber por qué; Wint mostraba seriedad y felicidad, al tiempo que en su rostro se podían apreciar señales de los duros interrogatorios que había padecido; y Athan, Athan permanecía impertérrito.

Los hermanos y reyes por fin saltaron a la arena. Las gradas rugaron sin demasiada convicción. No habría preámbulos, tampoco

Ministro de la Guerra que leyera o recordara tradición ni principio alguno, ni siquiera escuderos. Tan solo la señal de inicio que daría Ari. El silencio sacudió el Anfiteatro, todos examinaban a los reyes.

No tardaron los hermanos en posicionarse en torno al centro de la arena. Quedaban distribuidos como si se pudiera trazar un triángulo equilátero. Una docena de metros separaban los vértices imaginarios que ellos representaban.

Tabalt vestía de negro de los pies a la cabeza: las botas, los pantalones, la camisa acordonada en mangas y cuello, la túnica. El pelo le caía lacio hasta los hombros, también negro, como la barba, sin una sola cana, a diferencia de como siempre había lucido. Lo único que escapaba a la tiranía monocolor que se había impuesto fue su báculo de roble, sencillo, y al tiempo, finamente labrado con runas indescifrables, que bajo un efímero fogonazo segundos antes de comenzar el Duelo, destelló color miel, para volverse más oscuro al segundo siguiente.

Elmer portaba una armadura de placas entre gris y azulada, según la zona, según el relumbre, sin yelmo para sorpresa de todos. Era una protección, compuesta a partes iguales de anarcanita y acero, más ligera de lo que parecía, aunque más pesada de lo que se hubiera esperado. De inmediato se juzgó desde la grada que quedaba vendido a la rapidez de la reina, y a la contundencia de los hechizos del mago. Sin embargo, no tardó en extenderse el rumor de que la armadura la había hechizado el poderoso viejo que desde el palco contemplaba la escena. Tal rumor, y no la formidable hechura de su escudo cuadrangular, o sus hazañas pasadas, o el hecho de que blandiera la legendaria espada del rey Audro, bastó para darle opciones entre las apuestas, y no solo de los suyos.

En cuanto a la reina, el siguiente juicio de sus súbditos recorrió las gradas de manera aplastante: había vuelto a sus orígenes. Esto significaba que apostaba todo a las cartas que la mantuvieron viva en los momentos críticos de su vida: su destreza, su rapidez y su insolencia.

Solo así cabía explicar su armadura ligera desde las botas al yelmo. Vestía una cota de malla de cuero endurecido tintado de rojo intenso, y en tal defensa no podía apreciarse ni rastro de anarcanita. Toda ella quedaba para sus dos espadas, ligeras, a una mano, con las que salió a combatir. Los asistentes establecieron de inmediato ciertos paralelismos con el ya lejano ciclo en el que decapitara a Hakon, dando lugar a sus agitados días de reinado. Los más observadores lograron apreciar su ligera cojera.

El Capitán Ari por fin dio la orden. Ciertas crónicas recogen que en ese preciso momento Lucero logró abrirse paso entre las densas nubes durante un minuto. La mayoría de ellas desdeñan este hecho. Lo incuestionable es que el Duelo a muerte entre los tres hermanos y reyes daba comienzo. En la arena acabaría la guerra que los campos de batalla no lograran dilucidar.

El arcano regresó su vista del cielo.

El pario chocó su espada contra su escudo.

La honoria dio el primer paso.

La reina dio un segundo paso, gritó y echó a correr. Su grito se convirtió en un alarido y su alocada carrera terminaba en Tabalt. Este no se inmutó y esperó el choque. Mientras, Elmer se sintió ridículo, excluido, herido, resentido... Entonces echó también a correr, más lento por el peso que debía soportar, pero con brío, con arrojo. El pario pareció también marchar contra Tabalt, pero sabía que llegaría más tarde que su hermana y lo que pretendía era embestir contra ella.

Tabalt no gritó, no se movió a pesar de lo que se le avecinaba, no invocó aparentemente conjuro alguno. Ni siquiera movió un músculo cuando su hermana levantó a la altura de su rostro, una de las dos espadas a escasos tres metros de él. Y sin embargo, no hizo falta que el arcano hiciera nada. Ni el alarido, ni el ímpetu, ni la anarcanita de las espadas, fueron suficientes. Reika se topó con una barrera invisible a medio cuerpo de su hermano, y contra ella rebotó, volando varios metros hacia atrás. Ese vuelo le salvó la vida.

Elmer, a punto de alcanzar a su hermana en su flanco derecho, que desprotegía por completo, sufrió la misma suerte que ella, sin lograr tampoco rozarla. Él voló también contra su voluntad hacia atrás. El triángulo quedó de nuevo formado, aunque de un tamaño más reducido, y con dos de sus tres vértices en el suelo.

La algarabía de los incansables parios cesó en ese momento, la de los niños honorios también. Un pensamiento se extendió por todo el anfiteatro: la evidencia es la evidencia.

Tal vez esa evidencia tan aparentemente absurda y vacía de significado, pero al tiempo tan lúcida y precisa, llegó a los dos hermanos derribados en la arena. El hecho seguro es que cruzaron sus miradas y sin necesidad de palabra alguna, firmaron un pacto. Primero debían acabar con Tabalt, luego, si aún seguían vivos, tendrían tiempo para matarse entre ellos. Se levantaron sin dificultad, sin nada roto. Sin embargo, en esta ocasión quien dio el primer paso fue el arcano.

Un paso y algo más.

Una llama blanca prendió en la bota negra de Tabalt. La llama no tardó en saltar a la otra bota y en extenderse hacia las piernas. El triángulo imaginario comenzó a cerrarse poco a poco. Los tres se acercaron con calma y, a falta de varios metros, iniciaron al mismo tiempo un movimiento lateral de izquierda, que generaba la sensación de una especie de remolino, mientras entre ellos no se quitaban ojo de encima.

La llama blanca cubrió pronto a Tabalt de cintura para abajo. Sus hermanos no tardaron en tener claro que a él la llama no le quemaba, pero por el calor que esta desprendía, a ellos sí lo podía hacer.

Elmer recurrió a su magia; en un segundo lamentó no haber aprendido más de su maestro, en el siguiente agradeció lo que sí había aprendido, en el tercero decidió olvidar temporalmente cómo había sido traicionado por aquel, en el cuarto, el filo de su espada se prendió con una llama negra y su escudo fulguró de azul humo. Una expresión

de dolor apareció en su rostro, su magia sí le causaba quemaduras y los correajes de su escudo comenzaron a chamuscarle un brazo.

La magia desplegada por sus hermanos tuvo también consecuencias en la reina, sus espadas de anarcanita no solo tintaron su filo de un azul cian, sino que comenzaron a vibrar. A Reika le costó dominarlas, de un instante para otro parecieron pesar toneladas. Pero ella no se rindió, no se amilanó y no bajó su ataque, ni la intención de su carga, ni perdió de vista a ninguno de sus hermanos, a pesar del copioso sudor que inundó su rostro, y por el que comenzó a bizquear.

Les separaban algo menos de dos metros. Las llamas blancas a cada segundo más cegadoras, llegaron al cuello de Tabalt. Elmer colocó su espada bastarda sobre el centro de su escudo, que levantó al momento más de lo habitual, de modo que rostro y buena parte del pecho quedaban cubiertos, al tiempo que con el filo negro de la espada amenazaba a su hermano. Reika mostró su coraje, a su rostro llegaba sin defensa alguna la intensidad del calor blanco. Por este y el sudor, apenas si conseguía abrir los ojos, pero seguía reduciendo la distancia.

Los asistentes parecían hipnotizados y a punto de que se les parase el corazón. Athan pareció perder su serenidad en el palco y se mostró expectante, como no la había estado en muchos años de su longeva vida. Algo parecido cabía decir del arcano que contemplaba el Duelo desde las gradas, y que no era otro que Diometres.

Elmer gritó y saltó al tiempo. Cargó contra su hermano con la espada apoyada en el escudo. Sincronizada como un resorte preciso, Reika también cargó. Una de sus espadas le cubría los ojos, la otra la empuñaba firme, firme y a la altura de la cabeza del arcano, una cabeza ya cubierta también por las llamas blancas.

Una explosión de luz cegadora sacudió el anfiteatro desde los ciemientos a las gradas superiores. Miles de gritos se sucedieron al unísono. De repente ya no importaba el Duelo, la Historia, los reyes, los dioses, la libertad... Todos, salvo los dos ancianos hermanos,

quedaron ciegos. Las lágrimas y los lamentos inundaron las gradas. Se lloraba sin ver.

La mayoría de los que han relatado esos momentos de angustia, lo hacen como si se hubiera tratado de una eternidad. Sin embargo, no duró más que un par de minutos. Luego poco a poco, los asistentes fueron recobrando la vista, y con ella la pasión, y de nuevo importó todo lo que minutos antes hubiera sido arrojado a la hoguera, con tal de desprenderse de esa luz cegadora que se marchó como vino.

Lo que se observó desde las gradas una vez que la ceguera colectiva desapareció, fue a los tres hermanos de la Profecía caídos sobre la arena, lejos entre sí.

El rey arcano se encontraba en el mismo lugar donde habían cargado contra él, en el centro mismo de la arena y del Anfiteatro. Su túnica aún ardía, pero no con una llama blanca, sino con una llama naranja que pronto se extinguió. Tabalt quedaba boca arriba, atravesado por dos espadas. Tenía el acero de Elmer clavado en el costado. Tal vez fuera el ataque de su hermano, que mezcló acero, anarcanita y magia, lo que rompió la defensa del mago, y lo que posibilitó a Reika, atravesar el esternón de este con una de sus espadas.

Esa fue la teoría seguida por muchos, aunque al leer tiempo después los últimos escritos de Tabalt que mencionaba más arriba, legados por Diometres en un gesto que me hizo llorar, no descarto (tampoco me atrevo a asegurarlo) que Tabalt hubiera decidido inmolarse. A veces me gusta pensar que con su último hechizo intentó que todos abrieran los ojos a través de la ceguera. Si ese fue su deseo, debo admitir que fracasó.

En cualquier caso, boca arriba sobre la arena y con las dos espadas clavadas en su cuerpo, el arcano más poderoso que recuerdan las crónicas de Karak, el Elegido de la Profecía, yacía muerto. Al apagarse la pequeña llama de la túnica, pareció marcharse con ella la pátina mágica que aún cubría el cuerpo de Tabalt. Sus heridas previas a este combate, los estragos de la Batalla de Valle Asolado y su enfrentamiento

con Taros, quedaron al descubierto. Ahorraré aquí una descripción de las terribles heridas y secuelas que presentaba su cuerpo mutilado y quemado por todas partes.

La grada aún se commovía con la imagen que a sus recuperados ojos se mostraba, cuando una figura enjuta y anciana, pero más ágil de lo que cabía suponer, saltó a la arena al tiempo que se desembarrazaba de su capa, para quedársela en las manos hasta que con ella llegó al rey, y le cubrió el cuerpo. Fue Athan quien retuvo al Capitán Ari para que este no mandara detener a su hermano. «Dejad tranquilo a Diometres el Arquitecto», dijo, y bastó para que el Capitán honorio le hiciera caso. No había que estar al lado del maestro matemático para saber que este tan solo lloraba a su pupilo.

El cuerpo de Reika se encontraba a unos cuatro metros de distancia del cadáver de Tabalt. Sin duda tras el aura que los envolvió, y tras conseguir atravesar a su hermano, había vuelto a salir despedida, tal vez por un último remanente mágico del arcano. La reina tenía el yelmo abollado contra su rostro a la altura de la nariz. El tabique estaba roto y la sangre se filtraba por el yelmo. Cuando Helg, autorizado por Ari para que bajara hasta la arena, logró quitárselo, comprobó que Reika aún respiraba. Un instante más tarde esta abrió los ojos. El Coronel Helg comenzó a gritar de júbilo:

—¡Nuestra reina vive, nuestra reina vive! —anunció el General a voz en grito.

Ni siquiera la emoción le hizo volver a su tartamudeo. Buena parte de la grada gritó de júbilo, incluso hubo parios que se alegraron. La reina trató de incorporarse.

—La espalda, mi espalda —Reika balbuceó y lloró—. ¡La tengo rota!

La reina no se equivocó, se había roto en la caída varias vértebras de la médula espinal. La Hija de la Profecía, la Elegida, quedaba tendida y rota sobre la arena.

Fue el General Max, después de que lo autorizara Ari, tras negársele este a Athan, y tras declinar Liv, arrasada en lágrimas, quien bajó

a la arena para hacerse cargo del cuerpo inerte de Elmer. Al llegar junto a él, a escasos dos metros del arcano y a unos cinco de la honoria, observó detenidamente a su rey, caído también bocarriba, con su escudo al lado, el brazo derecho quemado, y su ojo sano cerrado y con un hilo de sangre. Entonces el General se dejó caer de rodillas y comenzó a llorar.

No tardó en desaparecer el hilo de sangre del ojo de Elmer. Lo apreció Max entre lágrimas, así como que su rey respiraba.

—¡Vive, vive, vive! —gritó Max una y otra vez dirigiéndose hacia las gradas.

Elmer no tardó en abrir su ojo, por completo blanco en su glóbulo ocular, y en su iris, y en su pupila.

—No veo nada —dijo con una calma asombrosa—. Me he quedado ciego.

El rey se dejó ayudar a ponerse de pie por su pletórico amigo. Elmer recorrió el anfiteatro con su ojo blanquecino sin ver nada. Sin embargo, lo sintió todo. Sintió la honda decepción de los honorios; la profunda tristeza de Diometres cerca de él; la duda que se apoderaba de Helg; la alegría de los suyos; la risa; los llantos; las intrigas que comenzaban a fraguarse; el sentido y el sinsentido de las acciones; la muerte; y la vida de todo cuanto le rodeaba. Y sobre él cayó un profundo abatimiento porque quería participar de esa vida, pero fue consciente de que ya no podría librarse de la muerte.

Elmer sonrió de un modo torcido. El niño destinado al Sacrificio estaba vivo y quedaba en pie. Escupió al suelo con desprecio.

—Malditos dioses —dijo—. Y maldita libertad —añadió.

Entonces apartó de sí a Max y se encaminó hacia su hermano Tabant. No erró lo más mínimo ni titubeó para llegar hasta él. Se agachó, con cuidado tocó primero la capa que sobre el cuerpo echara Diometres, quien observaba con gesto interrogativo. El pario la retiró. Elmer palpó el rostro de su hermano por un momento, para deslizar al siguiente su otra mano, hasta la espada que le clavara en el costado.

Con destreza agarró la empuñadura y sacó limpiamente el arma. Volvió a tapar al arcano y se levantó del suelo.

Elmer se encaminó entonces hacia su hermana. Helg entendió lo que ocurría, y el resto de honorios que contenían el aliento en las gradas, cayeron también en la cuenta. Tampoco esta vez erró el rey el camino. Elmer se había ganado el Derecho de matar a su hermana, y todos, incluida ella, lo sabían. Los dos hermanos cruzaron sus extrañas miradas.

El latido de Karak se detuvo.

EPÍLOGO

Es quizá imposible encontrar en Karak a quien no sepa qué ocurrió entre los hermanos y reyes durante su Duelo, y por tanto, el desenlace del mismo. Pero yo he leído la Historia y las historias de otros mundos, así que, ¿por qué descartar que otros mundos me puedan leer a mí?

Sea el respeto hacia esos posibles lectores, por los que desvelaré sin dilatar las páginas de este epílogo, la decisión de Elmer con respecto a la vida de su hermana.

El silencio inundó el Anfiteatro a la espera del fin. El rey *miró* con su ojo revestido de blanco innatural hacia Reika. Ella, aguardaba la muerte sin reproches. Nadie se movía y menos que nadie, Diometres, Max y Helg, quienes contemplaban la escena de cerca. Parecía que ni siquiera se respiraba.

Un cuervo sobrevoló el anfiteatro y su graznido quebró el silencio.

—¡Basta ya! —dijo Elmer, y arrojó su espada sobre la arena.

El pulso de Karak regresó.

Se escucharon tibios aplausos, también algunos abucheos, la mayor parte de los asistentes no sabían qué hacer o decir.

Max se acercó a su rey y le medio abrazó, le medio sujetó cuando estuvo a punto de derrumbarse. Helg llegó hasta su reina y le tendió su mano, que ella apretó con fuerza y cariño. Diometres se alejó del

cuerpo del que fuera su pupilo y encaminó sus pasos hacia el pario y la arcana.

Volveré sobre ellos antes de acabar nuestro viaje, pero antes debo marchar a otro escenario, que en la sucesión temporal de los hechos que se narran, fue el más cercano.

Tras veintidós amaneceres desde la muerte de Tabalt y la clemencia de Elmer sobre Reika, se produjo una nueva reunión en el Templo Octogonal, en la ciudad sacerdocia de Onar, entre el Gobernador Agrustin y Nespet, el Sumo Guardián de la Fe.

—¡No, hermano! —dijo enfurecido el Sumo Guardián—. ¡Basta de conjuras, basta de guerra, basta de sangre! Debéis asumir que nos equivocamos, que interpretamos mal la Palabra y las enseñanzas del Padre... y que no moveré un dedo para acabar con Reika.

Agrustin hizo un gesto de desesperación, dejó de mirar hacia la cúpula, golpeó con sus nudillos el altar de basalto que quedaba a su lado y dijo:

—Vuestra tozudez es por completo blasfema. El Padre no puede asumir que sus máximos representantes se rindan y le traicionen. Elmer es ahora nuestra baza, después de lo ocurrido con su maestro debemos...

Resonaron entonces unos pasos imprevistos que hicieron callar al Gobernador. Un novicio vestido de negro, que se confundía con el mármol del mismo color con el que estaba construido el templo, avanzó hacia los insignes sacerdicios con un sobre en sus manos. Sus ojos brillaban de manera extraña.

—¿Qué queréis, novicio? —preguntó Agrustin malhumorado—. ¿Qué lleváis ahí?

El joven sacó el contenido del sobre dando unos últimos pasos hasta el altar. El Sumo Guardián reconoció el cuchillo, el Gobernador reconoció al novicio. Nadie dijo nada.

Agrustin trató de huir en cuanto vio cómo el puñal, con el que su hermano sacrificó al hijo de Drastan hacía un cuarto de siglo, era empuñado. El novicio se abalanzó contra el Gobernador. Nespet contempló la escena, impasible.

La cuchillada trató de alcanzar el cuello, pero atinó a cortarle en la cabeza. Al segundo intento el novicio alcanzó su objetivo, sin resultar mortal. Agrustin cayó al suelo entre maldiciones, se arrastró unos cuantos metros hasta la salida, regó el suelo con su sangre. Murió.

Novicio y Guardián contemplaron en silencio y sin moverse cómo el Gobernador abandonaba la vida. Cuando su hermano dejó de arrastrarse sobre el mármol negro teñido de rojo, Nespet dijo sin ninguna emoción en su voz:

—Tendrías preguntas que hacer, pero mi sacrificio exige también mi ignorancia. Así que adelante, no dilatéis lo que vais a hacer.

El novicio le alcanzó en cinco pasos y le apuñaló en el corazón. Nespet se agarró por unos segundos al altar. Sus últimas palabras antes de caer de brúces, fueron: «perdónanos, Padre».

En ese momento el joven comenzó a temblar y desapareció el extraño brillo que despedía su mirada.

Sabemos que entonces el novicio marchó a la que fuera su antigua celda en la Abadía de Onar; sabemos que escribió unas pocas líneas en las que contó lo sucedido en el templo; sabemos que justificó su acto diciendo que debía acabar con aquellos que habían propiciado el Ciclo Profético para cerrarlo definitivamente; sabemos que hizo una rápida referencia al encuentro que tuvo con Athan, quien le ofreciera el cuchillo homicida, nada más acabar el Duelo entre los hermanos; y sabemos que el novicio que fue mandado a Paria antes de que Elmer llegara a rey, perdió la vida en su celda al cortarse las venas nada más terminar de escribir lo que sabemos al respecto.

Hay quien asegura que cometió los asesinatos hechizado por el anciano, hay quien habla de engaño, y hay quien dice que lo hizo convencido de su acto. En cualquier caso, la mayoría apuntan, al margen

de otras consideraciones, sobre las ironías de las muertes de Nespet y Agrustin.

El rey Damon llegó hasta las cercanías de la Magna Biblioteca, y como solía hacer, se paró y levantó la mirada para contemplar en todo su esplendor el inmenso edificio, con sus colores vivos y su forma de esfera, que era rematado en su parte superior por un colossal libro abierto.

El que fuera ecónomo del reino se tocó su brazo derecho, acabado en un muñón, recuerdo de *La Batalla de los Dos Hermanos*, cuatro años atrás. Suspiró con nostalgia y decidió entrar en busca de su principal Consejero, para muchos, el verdadero rey de Arcania, lo cual de haber sido cierto no habría supuesto ningún problema para Damon.

No tardó en encontrarle. Diometres supervisaba tanto el trabajo de los amanuenses que mágica y manualmente copiaban cientos de ejemplares, como a las decenas de estudiantes voluntarios que clasificaban libros y los colocaban en las hileras de las estanterías que recorrían las distintas estancias.

—¿Cómo va el trabajo, amigo?

—No podemos quejarnos. A este ritmo, en otros cuatro años habremos logrado el mismo volumen de ejemplares que poseía la Magna Biblioteca en el momento de su quema. Además, estarán mejor clasificados, y trabajaremos sin descanso para superar a su predecesora.

—Tabalt estaría orgulloso de vuestro trabajo —dijo el rey.

—Tabalt volvería a morir cuantas veces hiciera falta por salvaguardar el saber —y Diometres aún añadió—. Tanto lo amó, que estuvo a punto de destruirlo.

El Consejero se mesó su barba pelirroja, luego miró hacia la efigie de Tabalt que presidía el centro mismo de la Biblioteca. Sonrió.

—Allá donde nuestro rey esté, no solo le imagino rodeado de libros, sino también feliz. Eso es más de lo que él nunca hubiera deseado para sí mismo.

El primer choque de espadas sirvió de calentamiento tanto para los contendientes, como para el público que comenzó a jalear y a apostar por uno u otro.

El Viejo Rey, como se conocía al que fuera durante décadas Capitán de los Nueve, llevaba doce años rigiendo Honoria con justicia, paz y prosperidad. Su pueblo le amaba, pero asumía que la fuerza de su mano declinaría pronto, si acaso no lo hacía en la que era la tercera defensa de su corona. Ari atacó fiero con un baile en el que encadenó ocho golpes.

Bersi de Estaño, Comandante de los Nueve hasta que desapareció de Honoria tras el Duelo en esa misma arena de los hermanos y reyes, paró con destreza todos los ataques de su viejo Capitán y contraatacó con arrojo. Muchos honorios apostaban por su victoria, aunque se desconocían sus pasos una vez terminó El Ciclo Profético. Se rumoreaba que se había dedicado a peregrinar por los tres reinos, y se sabía que regresó meses atrás, derrotando al resto de candidatos que optaban a enfrentarse al rey.

Uno y otro se alcanzaron al tiempo en las corazas, y retrocedieron varios pasos para tomar aire. El rey Ari, a pesar de su edad mostraba su fortaleza. Bersi no le desmerecía. Se concedieron un gesto de respeto con la cabeza y volvieron a cruzar sus aceros.

En el palco, Reika, desde su silla, intentaba no perderse detalle del Duelo, pero para ello debía censurar los recuerdos que volaban una y otra vez doce años atrás hasta el combate con sus hermanos. En el siguiente respiro que se concedieron rey y aspirante, Reika se dejó llevar hasta el momento en el que el anciano de barba pelirroja, que había descendido a la arena para cubrir el cuerpo de Tabalt, se encaminó hacia ella.

—Me gustaría, y sé que vuestro hermano así lo hubiera querido también, reconstruir vuestra espalda rota. Tengo ese poder, y os merecéis recibarlo.

Reika le miró por unos segundos, luego miró a Elmer, quien se había sentado con la ayuda del General Max, y por último miró a Helg, a su lado, quien no soltaba su mano.

—Gracias, venerable anciano, pero declino vuestro ofrecimiento. Me he ganado la invalidez, así estaré segura de no volver a pretender más de lo que se debe.

Ari alcanzó la rodillera de Bersi y acto seguido le derribó. Este, sin embargo, logró levantarse con rapidez y apenas mostró la consecuencia de una ligera cojera, mucho más ligera que la que presentaba el *Viejo Rey*.

Reika regresó de sus recuerdos tras decirse a sí misma: «Tal vez me arrepienta de mi decisión, pero sé que hice lo correcto».

Miró entonces por un momento a su izquierda y se topó con el pacífico rostro de Helg, quien se había consagrado por entero a cuidarla desde su invalidez. Luego miró a su derecha, donde se hallaba quien fuese el niño copero, ya un apuesto arcano que se había convertido en un célebre embajador de su reino, y finalmente Reika se dejó llevar de nuevo lejos del combate, para preguntarse qué sería de Dalla, absuelta por la propia reina de los cargos de traición, a pesar de existir pruebas fundadas contra ella; qué sería de Kolli, de quien todavía circulaban rumores de lo más variopintos; qué sería de Vestein, cuyo cadáver en Valle Asolado y como ya se dijera, nunca apareció. Y aún tuvo tiempo para echar de menos a Solvi y a Grimm.

El público gritó de expectación ante la estocada que se vio en la arena, y llevó de vuelta a la misma a la que aún era reina honorífica. El Duelo quedaba decidido.

Tres años han pasado desde que Bersi se convirtiera en el nuevo rey de Honoria y perdonara a Ari *el Tres Vidas*, emulando el gesto que ya hiciera Reika muchos años atrás.

Quince años por tanto desde que Elmer se alzara con la victoria sobre sus hermanos, y con la derrota sobre todo lo demás, como a él le gusta recordar con un poso de tristeza.

—Me quedé ciego, perdí en el amor, perdí a una madre que solo tuve durante un breve sueño, perdí a mi maestro y con él la confianza

en el mundo, los dioses y la libertad, y por supuesto perdí la corona, por más que la haya llevado durante un tiempo. Por suerte os recobré a vos y gané un reino para Paria.

Creo que sus decepciones están justificadas, a pesar de sus victorias. Y las traiciones que vivió le han convertido en un viejo cascarrabias. Sabio, eso sí, y al que adoro. Pero queridos lectores, todo fin debe llegar para que broten nuevos comienzos, y yo he de irme después de dar respuesta a tres preguntas.

¿Cumplió Athan con su palabra? Solo sabemos que desapareció de la faz de Karak como prometió. Si bien lo anterior no significa con seguridad que se quitara la vida, y desde luego no fue ajusticiado en ninguno de los reinos. Eryx *el Sabio* se muestra convencido de que viajó a otros mundos, gracias a la Montaña y a sus misterios. Yo no sé qué pensar, y Elmer no sabe qué quiere creer.

Por supuesto fue a él a quien nos encontramos al salir del *Corazón de Dima*, tras la orden que horas atrás nos diera mi hija junto a la nave. Por el anciano me enteré en breves pinceladas, y con el precipicio y un día reluciente de fondo, de *La Batalla de los Dos Hermanos*, del posterior Duelo entre los tres, del resultado y las consecuencias..., y de sus propios actos, que en ningún momento trató de justificar.

Después tomó en brazos a Damara y la hizo sonreír como en los viejos tiempos. Me aseguró que Eryx y Malasombra me serían siempre leales, y nos dijo con total tranquilidad que había llegado su hora.

Con paso firme se dirigió a la entrada de Dima y la Montaña se lo tragó bajo las runas que conseguí finalmente desvelar hace unos meses, y que tan solo dicen: «El secreto está en mí», sin aclarar con ello nada en absoluto.

¿Y qué fue de la Capitana Liv? Pues que a pesar de la fragilidad de todos nosotros, sé de su felicidad como burgomaestra de Amananto, junto al afortunado Wint.

¿Y qué de la corona que hubo que acuñar para el reino de Paria?

Elmer gobernó, ciego y con justicia ciega, hasta hace un año. Y pocos reproches se le pueden hacer. Pero llegó también su hora del descanso, su paz, y cedió la corona a Damara. Ahora es mi hija quien rige el reino con sabiduría y templanza, y permite al fin que Elmer, pueda acurrucarse tranquilo a mi lado en nuestra Montaña, desde donde termino de escribir estas líneas de El Ciclo Profético, que cambió Karak para siempre, y sobre todo, a los protagonistas que lo hemos vivido. Porque si una historia no te cambia, entonces no es una buena historia.

ÍNDICE

Prólogo	9
Capítulo I	15
Capítulo II	37
Capítulo III	57
Capítulo IV	71
Capítulo V	91
Capítulo VI	109
Capítulo VII	127
Capítulo VIII	133
Capítulo IX	151
Capítulo X	177
Capítulo XI	193
Capítulo XII	209
Capítulo XIII	225
Capítulo XIV	241
Capítulo XV	247
Capítulo XVI	275
Capítulo XVII	297
Capítulo XVIII	333
Epílogo	359

Este libro forma parte del
proyecto literario de
carlosaymi.com



